

LIZZY BRONTË

EL  
PROFESOR  
*de* *Música*



# El profesor de música

Lizzy Brontë

©Lune Noir, 2019

ISBN:9781099654107

©Todos los derechos reservados. Queda prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra.

*Para todos aquellos que creen en el poder sanador del amor. Ustedes hacen del mundo un lugar mejor.*

*Lizzy*

## Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Diario del camafeo](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Diario del camafeo](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Diario del camafeo](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Diario del camafeo](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Epílogo](#)

# Capítulo 1

*Inglaterra. Enero, 1815.*

Detestaba el hedor que le invadía las fosas nasales cada vez que ingresaba a la habitación del señor de la casa. Prefería la limpieza de los establos, y eso era decir mucho. Si hasta le resultaba más placentero realizar todas las labores del día, las cuales llevaba a cabo sin asistencia alguna, una y otra vez, antes que cumplir con esa asignación.

Golpeó la puerta con severidad, dos, tres, cuatro veces. El estado de sueño traspasaba las barreras de lo profundo en Alexander Russel, así lo comentaba la señora Turner. Elle sabía que era un formalismo que se esgrimía con el único fundamento de contener las habladerías. El sobrino del duque de Perth era, y debía ser, una figura respetable.

En tiempos no muy lejanos lo había sido. Su uniforme de capitán se hallaba en uno de los baúles del ático, ahí, donde él lo deseaba. Muchas anécdotas recorrían los alrededores, y cada una de ellas construían la imagen de un hombre que Elle no había llegado a conocer. Sabía solo de los pocos pedazos que habían quedado de él, y todos olían igual.

Abrió la puerta, podría pasarse horas golpeando sin obtener respuesta. Como era de esperarse, la recibió la total oscuridad, las cortinas no se habían movido a pesar de ser el mediodía. Los restos de los leños del hogar crepitaban, y lo inevitable sucedió: el espantoso perfume a encierro, falta de aseo personal y alcohol derramado le provocaron el primer malestar del día.

Fue hasta el ventanal para permitir que la luz del día le brindara la información que necesitaba: encontrar a su señor. Porque no estaba en la cama, no, cualquier persona en su sano juicio dormiría en una cama —más aún cuando se tenía una amplia y comfortable—, pero el sobrino del duque tenía otras preferencias. Al parecer, la vida en altamar cambiaba a las personas, la rusticidad arrebatava las costumbres de comodidad... ¡Patrañas! El hombre se dormía donde fuese porque perdía la conciencia de tanta adormidera que

consumía. Para Elle, el asunto era por demás sencillo, era un adicto y un borracho que olía muy mal. Por suerte, esto último iba a solucionarse de un momento a otro.

—Señor Russel. —También fue severa con su voz, susurrarle era una pérdida de tiempo.

Estaba acostado en el piso, boca abajo, con la mejilla derecha estampada contra la alfombra. Parecía adrede, su mejilla izquierda, esa que tenía la cicatriz, siempre quedaba expuesta. En la mano aferraba la extraña pipa que podía considerarse una extensión del brazo. ¡Por los cielos, ni en semejante estado de inconsciencia se separaba de ella!

—¡Señor Russel! —insistió a centímetros de su oído alzando un decibel más en la voz.

¿Acaso respiraba? No iba a tocarlo. Estaba todo sudado.

Se recordó que solo estaba ella y la señora Turner en la casa. Nadie podría llamarle la atención. Lo pateó con suavidad. Nada. Las palabras de la mujer resonaron en sus oídos: ¡Muchacha, despiértalo a como dé lugar!

Volvió a patearlo, esta vez con fuerza, con una furia en el movimiento que confesaba que estaba cansada de tener que luchar con las borracheras, los vómitos y los desagradables perfumes matutinos del señor. ¡Capitán con honores! Necesitaba el trabajo, y el duque de Perth era muy bondadoso; por eso se detuvo, por eso y porque se dio cuenta de que el hombre no se movía en lo absoluto. ¿Y si no respiraba? Si no respiraba se quedaría sin trabajo. En la mesita contigua a la cama estaba la bandeja con la cena intacta, fue hasta ella, tomó la cuchara de plata, regresó junto a él y se arrodilló para colocarla a la altura de su nariz.

¡Respiraba! De momento, con eso era suficiente, aunque consideraba esa batalla perdida. No estaba dentro de sus tareas la de cargar al señor de la casa en brazos. ¡No, no!

—¡Señora Turner! ¡Señora Turner! —gritó, tal vez así obtendría doble beneficio, la presencia de Aida y la reacción del capitán.

Tuvo solo un beneficio.

—¡Por todos los santos del cielo, muchacha! ¡Eleva un poco más la voz que creo no te oyeron en Southampton! —Aida Turner le hizo compañía en cuestión de segundos. Ni bien puso un pie en la recámara, torció la boca en una mueca. Le hubiese encantado reprender a Elle, no podía hacerlo dado el espectáculo que veía.

—Lo intenté, señora Turner... en verdad lo intenté.

No iba a poner en duda a la muchacha, le faltaba experiencia con esta clase de... de capitanes.

—Prepara el baño para el señor, y luego ve por Warren —exhaló dominada por el desencanto—, dudo mucho que pueda llegar solo a la tina.

Elle se puso en acción, abandonó la habitación a paso firme, a mitad del corredor se le sumó una nueva indicación por parte de Aida.

—Y dile a Warren que traiga a Pip con él, dos brazos no van a ser suficientes.

¡Vaya que tuvo razón! Los morrudos brazos de Warren apenas lo levantaron un par de centímetros, y Pip, con sus apenas diez años, no pudo contribuir con más.

—He levantado costales de harina con más peso que el señor, no entiendo cómo...

El jefe de cuadras se mostraba ofendido consigo mismo. ¿Cómo podía ser que no pudiese levantar al señor? Es que el cuerpo del capitán estaba agarrotado, entregado a los vicios, y esos vicios oponían resistencia.

—Hay cosas que no deben entenderse, Warren, no se preocupe. Pip, alcánzame el cuenco, por favor.

El niño corrió hasta la pequeña mesa de aseo, cargó con mucho cuidado el cuenco, tenía agua de apariencia turbia y no tenía deseos de mojarse con ella. Se lo entregó a la mujer.

—Gracias, Pip... y recuerda esto —se dirigió solo al pequeño—: A veces, solo a veces, situaciones desesperadas merecen medidas desesperadas.

Ante la mirada expectante de los tres, sin dilataciones, arrojó el contenido del cuenco en el rostro de Alexander Russell. El efecto fue inmediato, la cabeza del capitán se elevó desconcertada.

—¡Qué demonios! —apenas pudo murmurar. Los rayos del sol le atravesaban los ojos como agujas ardientes. Intentó incorporarse, fue en vano, sus brazos no tenían fuerza—. Señora Turner, ¿es usted?

—¡La misma que viste y calza!

—¿Pip? —Reconoció al niño. Los ojos comenzaban a adaptarse a la luz. A duras penas logró enderezarse. Vio a Warren, a Elle—. ¿Qué hacen aquí? —gruñó con malhumor. Sus empleados, los pocos que tenía, todavía no conocían el significado de la palabra intimidación. Se hizo hacia atrás el cabello

empapado, al hacerlo, un fétido vaho atacó a su nariz—. ¡Cielos! ¿De dónde viene ese olor desagradable?

De la habitación, de su ropa, de su piel, su aliento, y la respuesta podría extenderse al infinito. Aida la resumió en:

—De usted, señor Russel.

Tenía sentido, pensó Alexander. ¿Cuánto tiempo llevaba encerrado en su recámara? ¿Cuatro... cinco días?

—¿Qué día es? —preguntó.

—Viernes, señor.

Extraño. Ni cuatro ni cinco días, solo tres. Debía de responsabilizar a Elle por la falta de aseo.

—Primer viernes de enero —agregó la mujer.

Maldición, llevaba casi dos semanas enclaustrado en la habitación, y apenas caía en cuenta de ello. Cuando lo pensaba, abrir los ojos no tenía mucho sentido, si el tiempo volaba cuando se escapaba de la realidad, ¿para qué regresar a ella?

Su mirada se perdió sobre la superficie de la alfombra, bajo la cama se encontraba el objeto de su enajenación, se arrastró hasta llegar a él: una pequeña flor de papel hecha con hojas de partituras.

La escasa fuerza de voluntad que comenzaba a estimular a su inanimado cuerpo se consumió, rodó sobre el suelo hasta quedar de espaldas contra el piso, y ahí se permaneció.

—Despiértame en febrero... —dijo cerrando los ojos.

Aida despidió con un gesto a Elle, quien se marchó de la habitación, feliz; estaba a pasos del vómito. Una vez sin la muchacha, les dio indicaciones a los hombres. Con otro gesto fue suficiente, y con el cuerpo menos rígido, Warren pudo manipularlo; tiró de los brazos de Alexander hasta sentarlo.

—Pip, ve al otro lado...

—No, Pip, quédate donde estás. —Alexander volvió a abrir los ojos.

El niño correspondió a la orden de su padre y de la señora Turner, bastaba con ver al señor de la casa y tener diez años para comprender que nada que lo que dijera el joven capitán podía ser tomado con seriedad en ese momento.

Así, con Pip a la izquierda y con Warren a la derecha, abandonó la fría comodidad del piso para recuperar la verticalidad junto con la conciencia definitiva. La flor de papel se cayó de sus manos, Aida fue más veloz que él, la capturó sabedora de la influencia que esa superficial tontería tenía para él.

—Es mía... —alegó con desesperación, como si la señora Turner quisiera

robarle el tesoro.

—Lo sé, señor, yo me ocupo de ella mientras usted toma un baño —dijo y guardó la flor bajo el delantal de la falda.

Avanzaron de un paso a la vez, el andar de Alexander era lento, sus piernas no recordaban cómo caminar. Warren y Pip tuvieron toda la paciencia que el dinero podía comprar, al fin de cuentas, estaban para servirle. La pequeña habitación contigua a la recámara cumplía la función de sala de aseo, la tina con agua tibia y jabón aguardaba por él. La señora Turner consideró oportuno recordarle sus obligaciones, no era solo una cuestión de necesidad sanitaria más que evidente, también tenía un rol que cumplir.

—Señor Russel, por si le es difícil hacer memoria, le recuerdo que hoy no es cualquier viernes de enero... es seis de enero, el día que se lleva a cabo la celebración de honores del General Wesley.

Escapar de esa realidad no era una alternativa. No solo se trataba de cumplir con la asistencia que le había prometido a su amigo Richard, también estaba en juego su propio honor, le debía más de lo que se podía deber a Frederick Wesley. Las reglas de batalla traían esa cláusula de deuda implícita, sobre todo cuando el enemigo es la muerte.

Dejó que Warren lo ayudara a quitarse la ropa, las prendas se habían hecho piel con él.

—Dígame, ¿qué atuendo le preparo, señor? —preguntó Aida desde la habitación contigua.

Alexander llevaba tiempo retirado de la marina, y se había prometido jamás volver a lucir el uniforme, no había honor alguno en la sangre derramada; además, no requería de un recordatorio del pasado, ya tenía suficiente con la cicatriz en su rostro y la herida de su pierna. No, no volvería a utilizar el uniforme de capitán, ni siquiera en una gala como a la que asistiría.

—El que le parezca correcto, señora Turner... solo eso.

El atuendo correcto se hallaba empolvado en el ático, pero ella no era quién para juzgar, hacía su trabajo lo mejor que podía, y ese «lo mejor» alcanzaba límites sobrehumanos cuando de Alexander Russel se trataba. ¿Acaso había salvación para ese hombre? Tal vez hubiese sido preferible la muerte en batalla para él, porque esa no era vida. Buscó la flor de papel que había guardado en su falda. Las muy malditas se reproducían sin piedad, brotaban de la nada. Atizó el fuego del hogar que estaba a casi nada de extinguirse, hizo un pequeño hueco entre los restos de brasas y arrojó la

condenada flor.

La vio arder lentamente. La vio hacerse cenizas.

Él la olvidaría... siempre lo hacía, después, de la nada, otra la reemplazaría, y todo volvería a empezar.



La celebración se llevaba a cabo en la residencia céntrica de Frederick Wesley, a un par de leguas de la casa de campo Russel, lo que le permitió a Alexander un descanso dentro del carruaje. Fue un sueño sin estimulante previo, la clase de sueño que resulta beneficioso para el cuerpo y para la mente. Por desgracia, la falta de práctica en tal sencilla experiencia no era recurrente en él, el uso y abuso del opio había tomado el control de todo.

El carruaje se detuvo a un par de metros de la puerta principal del hogar del general. Richard Trevor, posiblemente la única amistad que conservaba — tenían una larga historia juntos que se extendía más allá de la guerra— estaba a su espera. Conocía las mañas y malditas costumbres de su amigo, prefería asegurarse de antemano la ausencia de rumores condenatorios; en los últimos meses, Alexander había desarrollado la habilidad de generar dantescos espectáculos con su sola presencia.

Pip asomó el rostro por la ventana del carruaje, viajaba junto a Russel por orden de su padre. Warren y el niño, junto a la señora Turner y Elle, eran los únicos sirvientes con los que contaba. No era por una cuestión de solvencia económica, poseía una herencia familiar y la continua asistencia de su tío. El duque, que no tenía hijos, depositaba toda su fe en Alexander, quien heredaría el título si la situación no cambiaba antes de su muerte. Como fuese, la menguada servidumbre era una elección del propio Russel, prefería mantenerse ajeno o todo contacto social y vínculo, por eso se valía del personal doméstico justo y necesario. Optaba por la soledad, para ahogarse en ella, para fumar opio hasta que sus ojos se cerrasen.

—Lo siento, señor Trevor. —Pip se sintió responsable, no había podido conseguir mantener al señor despierto. Abrió la portezuela y saltó a la acera—. Creo que mi colección de piedras no le resultó interesante. —Traía los bolsillos repletos de ellas.

—No creo que haya sido eso, Pip. —No quería desmerecer la afición del pequeño. Richard comprobó el interior del carruaje, Alexander estaba por completo inconsciente—. De hecho, el propio Alexander, a tu edad, fue el

mayor coleccionista de rocas de Brixton —dijo subiéndose al carruaje—. En otro momento, de seguro, apreciará esas rocas. En este... —masculló con cierto fastidio. Hurgó dentro de su chaqueta hasta dar con el frasco de sales que había preparado y lo acercó a la nariz de Russel—, necesita de otras cosas.

Alexander se resistía a las sales, pero no iba a resistir a la combinación de estas con unas bofetadas. La mano de Richard se estampó en su mejilla, una... dos... Abrió los ojos, se agitó sobre el asiento. Por fin regresaba a la realidad.

—¿Dime que la celebración ya ha terminado? —gimió por el dolor que manifestaba su cuerpo entumecido.

—Tu celebración —fue irónico— ha terminado. La de Wesley recién comienza. —Lo tomó de la chaqueta y lo arrastró fuera del carruaje. Se dirigió al padre de Pip que se encontraba al manejo de las riendas—. Warren, no te vayas muy lejos —susurró—, puede que te necesitemos más temprano de lo esperado. —Resopló, y se volvió a Alexander—. Ven, ingresemos por la parte trasera de la casa...

Lucía que era un espanto, el cabello revuelto, la frente sudada y, a pesar del evidente aseo, su piel desperdigaba un suave pero desagradable perfume a opio. Era parte de él, le brotaba por los poros.

—¿Te avergüenzas de mí, Trevor?

Avanzaron por el sendero lateral.

—¿De ti, Russel? ¡Jamás! —Utilizaban sus apellidos como un juego de provocación, algo que hacían desde niño—. Solo pretendo demorar tu afán de protagonismo; por lo que ha llegado a mis oídos, el espectáculo del día tiene que ser la señorita Wesley.

—¿Señorita Wesley? —repitió para sí, intentando hacer memoria.

Richard se detuvo sin previo aviso, y Alexander, que iba un par de pasos detrás de él, se chocó con su cuerpo.

—Sí, Julia Wesley, la hija del general.

—Pensé que había muerto.

Lo silenció como reprimenda ¿Cómo podía ser que se olvidara de todo en un abrir y cerrar de ojos? ¡Habían hablado de la muchacha la semana pasada!

—Su madre fue la que murió, tiempo atrás...

—Lo siento, apenas la recuerdo —dijo sin darle mayor importancia y retomó el camino. Quería cumplir con Richard y con Wesley, nada más. Unos minutos, unas palabras de cortesía, y se marcharía.

—Apenas la recuerdas, como la mayoría... estuvo en el frente de batalla asistiendo a los enfermos —Los roles se invirtieron, ahora el veloz en el andar era Alexander, aunque algo desigual por la renguera, él quedó por detrás—, y cuando Frederick fue herido regresó para procurarle atenciones.

—¡Toda una perfecta señorita! —Alexander fue sarcástico.

—¡Una perfecta señorita solterona! —agregó Richard ocultando sus ganas de bromear—. Creo que su padre quiere reencauzar el camino de su hija, ya sabes, alguien que esté dispuesto a apiadarse de él y de su...

—Espera, ¿esto es una celebración honorífica o una búsqueda de pretendientes? —Alexander hizo una pausa en la caminata.

—Es una celebración que intenta obtener otro beneficio... si aceptas una sugerencia de mi parte, mantente alejado de ella, yo lo haré.

Eran dos solteros confesos. Richard tenía los intereses puestos en aquello que, de pequeños, los había unido: la música; con la guerra convirtiéndose en recuerdo, pretendía dedicarse de lleno a lo que amaba, un matrimonio era comparable a otra batalla para él, una que no estaba dispuesta a librar. En cuanto a Alexander, algo superior a la guerra lo había dañado, el joven capitán estaba muerto en vida, y los muertos no contraen matrimonio.

—Si fuese por mí, me mantendría alejado de todos.

—Pues eso no va a ser posible —Le palmeó el hombro y lo forzó a retomar el camino, estaban a un par de pasos del jardín trasero—, el general merece nuestros respetos.

Esa fue la bofetada que Alexander necesitó para regresar al presente. Le debía al general su vida, así como Frederick Wesley le debía a él la suya. Ambos habían huido de la muerte dispuestos a abrazar la vida de otra manera, cuando estuvieron al límite del abismo elevaron esa promesa silenciosa al cielo; solo uno la cumplió.

El reflejo de su imagen en los cristales del ventanal fue el último golpe. Su traje oscuro estaba impoluto, y su pañoleta seguía ahí, aferrada al cuello con una maestría absoluta. La señora Turner había hecho una buena selección de vestuario, casi parecía el hombre que antaño supo ser. Casi... la cicatriz en el rostro y los ojos sin brillo le recordaban lo contrario. Richard se adelantó a sus necesidades, le entregó un pañuelo, Alexander lo tomó para quitar los restos perlados de sudor en su frente. Mesó su oscura cabellera revuelta hacia atrás, no llevaba el cabello corto al extremo, así que ocultó parte de los mechones ondulados tras la oreja.

—¿Satisfecho? —preguntó girándose hacia Richard, la actitud

desaprobatoria le marcaba arrugas en la frente.

—Estás presentable, con eso me conformo. Intenta... —Le resultaba difícil encontrar la palabra acorde.

—¿Intenta... qué?

¡Al diablo! El recordatorio no le vendría nada mal.

—Intenta no ser tan sombrío... intenta recordar al Capitán Alexander Russel.

Ese pasado no era muy lejano, aun así, parecía enterrado en las profundidades del océano. ¿Cómo recordar aquello que se obligaba a olvidar a diario? No era la guerra la herida en su alma, era el después de ella lo que le atormentaba el espíritu.

Un agotador desfile de uniformes se expuso ante los ojos de ambos. Richard tampoco lucía el suyo, tenía sus críticas con respecto a las fuerzas militares, críticas que en un período de guerra debían ser silenciadas. Muchos habían perecido, y condados habían sido diezmados en nombre de la batalla. Leipzig era el triunfo del que todos se vanagloriaban, sin embargo, para Trevor no era más que una herida que continuaría sangrando por muchos años.

Pasaron desapercibidos por un par de minutos, los suficientes como para que Alexander se dejara llevar por la marea protocolar de tales eventos. Se hicieron con unas copas de brandy para sobrellevar el momento.

—Pensé que Wellington había muerto —balbuceó Alexander con la copa reposando en los labios. A un par de metros se encontraba el Coronel Nathaniel Wellington, el militar más longevo en la historia inglesa.

—Tú crees a todos muertos, deberías replantearte ese afán de encierro que tienes, no te está haciendo nada bien —bufó molesto, y bebió de su brandy. Se detuvo cuando cayó en cuenta de que Wellington iba en dirección a ellos—. ¡Maldición! ¿Para qué lo has nombrado? —No había quedado en buenos términos con el hombre—. Te dejo el disfrute de su compañía.

Sin más, se marchó, y hasta podría decirse que Wellington lo agradeció, se acercaba solo para intercambiar un par de palabras con Alexander.

—¡Capitán Russel, da gusto verlo en tal particular ocasión!

—Russel, solo... Russel, coronel. Hace tiempo ya que el uniforme y el cargo no me pertenecen.

—Militar se nace y se muere, muchacho... se trae en la sangre. Te he visto

en la batalla, sé de lo que hablo.

Alexander debió contener el deseo de escupirle en el rostro el argumento opuesto. Esa clase de veneno no le corría por las venas, solo le había dejado una cicatriz en el rostro y una renguera ocasional.

—El ejército piensa lo contrario, coronel.

No tuvo que ampliar la información, Wellington sabía que le habían dado una baja con honores. La realidad era que sus secuelas físicas no habían sido tan significativas; su tío, el duque, había intercedido, no estaba dispuesto a perder a su único heredero tras las líneas enemigas.

—El ejército tiene sus razones, muchacho, eso no te excluye de tu lugar de pertenencia... aquí, junto a nosotros —Alzó la voz adrede, con la intención de que Richard Trevor lo oyera, estaba a un par de metros conversando con un grupo de catedráticos—. No como otros, que han utilizado las influencias familiares para abandonar el frente de batalla.

Aquello que Alexander había detestado, Richard lo había reclamado; su hermano, el actual Conde de Mornington, utilizó el rango de nobleza para solicitar un favor al Regente, uno que obtuvo de inmediato.

Alexander viajó al pasado en segundos, reconstruyó cada fragmento roto, si no hubiese sido herido, no lo hubiesen enviado de regreso; si no hubiese estado de regreso, ella no habría llegado a su vida, y si ella no hubiese existido para él... perderla no hubiera sido la razón que lo llevara a la amarga soledad.

Si no hubiese sido herido, ¿qué sería ahora de él?

—¡Alexander! —La voz de Frederick Wesley retumbó a su espalda.

—General... —lo saludó con un gesto de cabeza—. Es un placer para mí estar hoy aquí compartiendo con usted esta celebración.

Wesley lo tomó por lo hombros con la intención de llevarlo en otra dirección.

—Wellington, si me lo permites, Russel y yo tenemos conversaciones pendientes.

Ni bien se distanciaron del epicentro de la reunión, Alexander se permitió indagar en el asunto.

—¿Conversaciones pendientes?

¿Existía algo pendiente entre ellos? De ser así, él no se había dado por enterado.

—Fue la primera excusa que vino a mi cabeza. Estoy al tanto de tu conducta... —Torció los labios en una mueca, el hombre luchó por ocultar su

disconformidad al respecto—, de tu solitaria conducta. Es una pena, un hombre como tú, Russel... con tanto talento.

No se refería a su talento con el fusil, sino a sus cualidades artísticas. Al igual que Richard, la música era lo que, tiempo atrás, lo había definido.

—Sabes, mi hija siente una gran afición por el piano, ahora me culpo por no haberla motivado a más. —Alexander presentía por dónde venía la conversación, y deseaba evaporarse ahí mismo—. Limita su música a las cuatro paredes de nuestro salón, y me parece un despropósito... por eso hoy, debido a este festejo, ha decidido hacerlo frente a todos mis invitados. Me gustaría que tú...

—Frederick —lo interrumpió a un paso del hastío—, lo siento, no creo que pueda ayudarte, mis intereses están dirigidos hacia otro...

—Sé muy bien hacia dónde están dirigidos tus intereses, Alexander... ¡Todos lo sabemos!

Estaba claro que el hombre creía que le estaba haciendo un favor, como si Alexander necesitase ser rescatado de las fauces del infierno.

No había ido hasta ahí para poner en discusión su adicción, solo había ido para dar una obligada congratulación.

—Creo que Richard es la persona que buscas, no yo —intentó desviar la conversación—, no solo es un gran compositor, también es un excelente...

—No como tú —interrumpió Wesley.

—Me valoras demasiado, Frederick. Y viendo y considerando que estás al tanto de «mis intereses», no deberías de hacerlo. —Sí, solo que eso no bastaba, pues los mismos eran compartidos por el general. Nadie pasaba una temporada en el frente y volvía intacto. El vicio de Wesley era el mismo de muchos: alcohol.

—No me digas qué tengo o no que hacer, Alexander, estuvimos en el campo de batalla juntos, puse mi vida en tus manos, confié en ti... y esa confianza aún perdura. Julia es lo único que me queda.

Julia... recordó su nombre. Recordó el color de sus cabellos. ¡Cómo olvidar a esa muchacha de melena rojiza!

—He estado muy ausente en su vida y, sin embargo, ella me ha cuidado, ha sanado mis heridas de batalla y mis heridas del alma. Ella es especial, es... —Estaba perdiendo la atención de Russel, la coraza del joven capitán era impenetrable—. Solo quiero que sea feliz, y si la música la hace feliz, deseo brindarle lo mejor... lo mejor eres tú.

—Lo vuelvo a repetir, Frederick, lo que buscas lo encontrarás en Richard,

no en mí. —Sin más demora, y sin cortesía mediante, se alejó de él en busca de un poco de aire puro.

En un par de pasos se halló de nuevo en los jardines. Podía regresar, ir en busca de Warren, marcharse de una buena vez.

Sí, era lo que debería de hacer.

—¡Ni se te ocurra dar un paso más!

La voz de su amigo actuó como una invisible barrera.

—¡Por los cielos, ¿acaso no tienes nada más que hacer que estar pendiente de mí?!

—Por supuesto que sí, pero me siento en la obligación de hacerlo... en especial cuanto te comportas como un condenado crío. —Caminó hasta él, lo enfrentó—. La hija de Wesley va a deleitar a los invitados con una pieza al piano...

—¿Y se supone que eso debe importarme?

—Si no tienes intención de despreciar a su padre, sí.

Por supuesto que no era esa su intención, lamentablemente, no le estaba resultando muy bien el asunto, lo había dejado al hombre con la palabra en la boca. Y eso no solo era malo en términos de cortesía, también lo era en términos de supervivencia. Wesley era un buen general, un hombre de armas tomar. En lo figurado y en lo literal. Era por todos sabido que un desplante a su persona se pagaba caro, pero no tanto como uno a su hija. A la luz de sus ojos. A su ángel, como solía llamarla.

No, un duelo al amanecer con Frederick por el honor de Julia era lo último que un hombre necesitaba, salvo que quisiera morir. Alexander lo pensó, casi saboreó la idea, antes de descartarla por completo. Tenía asuntos pendientes, no podía morir ahora, ese era su infierno.

—Una melodía, solo una, y me marcho...

Era más que lo que Richard hubiese esperado.

—Una melodía, y ambos nos marchamos, estoy hasta la coronilla de tanto ego.

Habían improvisado un pequeño anfiteatro en torno al piano. Frederick Wesley parecía un presentador de espectáculo, reclamando la atención de todos para poder llenarse la boca con elogios excesivos en torno a su hija. La tal Julia era una joya única ante sus ojos, y solo ante sus ojos. A excepción del

color de sus cabellos —algo que la colocaba muy por encima de la media femenina de la época—, era una solterona sin mucha gracia, y la timidez le decoraba las mejillas. Richard tomó asiento en la primera fila. Alexander, que prefería mantener un perfil por demás bajo, optó por la última hilera de asientos.

Una vez finalizada la paternal presentación, la sala se sumió en el silencio y los dedos de la muchacha danzaron sobre las teclas. Alexander reconoció de inmediato la melodía, el preludio de la sonata n° 4 de Beethoven. Un par de minutos fueron suficientes para evaluarla, su cabello rojizo era lo único que superaba la media, en lo referido a las cualidades musicales dejaba mucho que desear, como la mayoría de las jovencitas que tocaban el piano porque era lo que estaban socialmente forzadas a hacer.

Cerró los ojos... carecía de talento. ¡Por los cielos! Carecía de ritmo, de oído musical. ¡De todo!

De un instante a otro se detuvo, interrumpió la pieza, y a los segundos retomó interpretando otra composición... una no reconocida para los oídos de los presentes. Salvo los de uno: Alexander. No solo la había oído, viajaba al mundo de la inconsciencia de la mano del opio junto a esa melodía.

La reconocía... esa melodía le pertenecía a alguien.

Los latidos del corazón se le aceleraron, vibraron con cada nota. El aire dejó de llegar a sus pulmones, y la desesperación lo embargó. No podía respirar.

Abrió los ojos.

Sí, esa melodía le pertenecía a alguien... ¿Cómo se atrevía? ¿Cómo? Lo que era peor, la muchacha que golpeaba las teclas no era la misma de minutos atrás. Por fuera se veía igual... pero no era la misma. Ahí había pasión, maestría absoluta, compromiso emocional en cada nota. Ella era una con la melodía. ¿Cómo?

—Phoebe... —murmuró para sí.

Nombrarla... Oh, no, no debió nombrarla.

Recordarla fue como recibir una nueva herida.

El sudor volvió a perlar su frente y se hizo extensivo a cada parte del cuerpo. Las manos le sudaban, temblaban.

No, no era posible. Estaba alucinando... debía irse de ahí. Se levantó y el alrededor giró con brusquedad, apenas pudo mantenerse en pie. Tiró de su pañoleta para liberarse el cuello. ¡Necesitaba aire!

Dio un paso y trastabilló, logró sostenerse a tiempo aferrándose al marco

de la puerta, pero su caminar errático se cobró una víctima colateral, uno de los jarrones repletos de flores se estrelló contra el piso.

Agradeció ese incómodo accidente porque gracias a él la música se detuvo. Podía sentir las miradas de todos los presentes clavadas en él, sentía un extraño fuego en la nuca. No se volteó, solo abandonó el salón en busca de un poco de aire. A mitad del corredor, se hizo un alto, su cuerpo no tenía fuerzas para nada más, apoyó la espalda contra la pared para utilizarla como soporte, y se dejó caer.

Esa melodía... ¿Cómo era posible?

No, no lo era. Estaba alucinando, se repitió.

Los ojos le pesaron, intentó mantenerlos abiertos, no pudo, se cerraron llevándose consigo una imagen que no olvidaría jamás: una extraña jovencita de cabellos rojizos.

## Capítulo 2

No le apetecía organizar un evento. Menos, si este la tenía a ella de centro.

—Señorita Julia —La presencia de Hanna puso fin al momento de paz—, ya es tiempo de comenzar a vestirse.

Julia Wesley dejó de lado el libro que tenía entre manos, uno de botánica. No le fascinaba el tema, solo que en su casa no contaban con una gran biblioteca. Leía lo que tenía, cualquier cosa con tal de pasar los días desde el regreso de su padre.

—Gracias, Hanna. No me he percatado de la hora.

El sol comenzaba a descender y perderse detrás de la línea del horizonte. El invierno se volvía cada vez más crudo, y Julia no pudo evitar pensar en aquellos que permanecían en el frente. ¿Dónde estaba Napoleón ahora?, ¿en Austria?, ¿en España? Las noticias nunca llegaban a tiempo a la gente común, para cuando las novedades arribaban, las batallas se disputaban en otra parte. Los brazos de Napoleón abarcaban todo, y Europa olía a muerte en cada rincón.

Lo sabía muy bien. Lo sabía de primera mano.

—No se preocupe, señorita, con la señora Marian nos hemos encargado de todo tal y como nos dijo, nada saldrá mal.

—Me preocupa más que salga bien —bromeó, para darse ánimos.

Frederick Wesley anhelaba encontrar un marido digno para su preciada hija. Una contienda más difícil que ganarle al estratega francés. ¿Quién querría casarse con Julia Wesley?, sin duda, ningún hombre de bien. Tenía veintidós años, una completa solterona, pero no solo eso, una solterona sin vestigios de inocencia. Una mujer hecha y derecha que se había sumado a la campaña contra Napoleón en busca de su padre y que, por ese motivo, había visto más de lo que correspondía a una dama. Cuerpos desnudos, mutilados, por supuesto, pero desnudos al fin. Muerte, sangre, dolor y violencia. También amor, el amor fugaz que surgía entre los hombres y las mujeres tras una batalla. Esa pasión desgarradora que se aferra a la vida, como las piernas de

una amante a la cintura de su amor. Ella jamás lo hubiera permitido y, al ser hija del general, los militares no se lo exigían. La trataban con un respeto propio de un salón de baile, incluso allí, entre extremidades amputadas y últimos alientos. A pesar de ello, de regreso a Londres, la mancha de su reputación fue imborrable. Lo que a un hombre convertía en héroe, a una mujer la hacía paria.

Su padre no lo veía así.

Insistió tanto en que la fiesta en su honor se convirtiera en una presentación reducida en sociedad que no pudo negarse. A decir verdad, desde que había vuelto del frente que Julia se sentía incapaz de negarle algo.

Volver del frente era una forma de decir. Nada de ese Frederick se asemejaba al padre amoroso que supo tener. La muerte de su esposa —y madre de Julia— y la violencia vivida le habían mutilado el espíritu. Uno que ahogaba en gin barato y en esperanzas vacías. Julia lo sabía, quería hallarle un buen esposo para asegurarse de que su hija estaba a resguardo, que no volvería a hacer la locura de ir a la batalla, y entonces, regresar para morir en el campo, donde ya nadie lo extrañara.

La agresividad producto de la frustración y el dolor asustaban a Julia. Había molido a golpes a más de uno que se atrevió a insultarla, retó a duelo a todo aquel que hablaba de ella y reunió a varios con el Creador. El honor de Julia y vencer a Napoleón era lo único que le daba sentido a su vida desde la viudez, y pobre del que se cruzara en su camino.

Por tal motivo, de modo obediente, la muchacha se sentó en el banquillo y le permitió a Hanna que le realizara un sencillo recogido con las delicadas cintas verdes que Frederick le había obsequiado para la ocasión.

Esperaba que la velada fuera ligera y no se extendiera. Lo cierto que las bajas temperaturas y lo cercano a los festejos de año nuevo habían conseguido que la concurrencia fuera reducida, aunque no por eso menos respetable. El hermano del conde de Mornington y el sobrino del duque de Perth eran los más importantes, y en quienes su padre ponía las ilusiones.

*Son héroes, los he visto luchar con valor a mi lado. No son hombres remilgados y pegados de sí mismos. Sabrán ver el tesoro que eres.*

Julia cerraba los ojos y bajaba la cabeza al escucharlo, escondiendo así su temperamento. Algo que junto a su edad espantaba a los pretendientes. No quería saber nada con militares atormentados, no con su... don.

Hanna trenzaba los cabellos cobrizos de Julia enredando en ellos las cintas. La señora Marian llegó con la bandeja con el té, algunas misivas de

disculpa por la ausencia y algo que llamó por demás la atención de la muchacha.

—¿Qué es esto? —preguntó, alzando entre sus dedos un camafeo que jamás había visto. Era una pieza de muchos años. No se veía lujosa, sino más bien antigua. Rezaba a simple vista que el valor era emocional e histórico, más que material.

—No lo sé, señorita, estaba en la bandeja junto a esta nota.

*«Hija, espero que lo uses esta noche, con cariño, padre».*

Julia frunció el cejo al leer esas palabras, y las miró esperando hallar algún sentido oculto. La letra se asemejaba a la de Frederick, pero no parecía ser la de él. De todos modos, nada se parecía al antiguo general.

—Señorita —La voz de Hanna la sacó de su estupor—, si lo pide su padre, es mejor acatar. Ya usted sabe...

La doncella no quería terminar la frase, porque era admitir que a todos en la casa los afectaba los arrebatos de Wesley.

—Tienes razón, Hanna. Es mejor por esta noche no contrariarlo. —*Y dejar las preguntas para después.*

Volvió a tomar el camafeo entre sus manos y sintió una corriente que comenzaba en sus dedos y la recorría por completo. Conocía la sensación, aunque nunca había sido tan intensa. Era por lo que Frederick la llamaba *su ángel*, y el motivo por el cual estaba convencido de que era mejor esposa que cualquiera de esas insulsas debutantes.

Julia lo sintió por primera vez la noche que su madre murió de escarlatina. La mano de la mujer se aferró a la suya y, aunque ya no tenía aliento para decir ni una palabra, logró comunicar sus asuntos pendientes solo con ese gesto. La señorita Wesley supo que su madre le pedía que no dejara a Frederick caer, y fue ese el motivo que la llevó al frente, en su búsqueda.

Una vez allí, con tanta muerte a su alrededor, el don se intensificó. No era algo conciso, como lo de esa gitana que adivinaba los resultados de las batallas y quiénes morirían, no... lo de ella era una corazonada, un sentimiento que se le hacía propio, como si su capacidad de empatía fuera mayor a la media, y eso de *ponerse en la piel del otro* se volviera literal.

Una pieza con tanta historia como ese viejo camafeo podía cargar el dolor de varias generaciones. Lamentó que su padre le pidiera que lo usara, porque le pesaría durante toda la velada.

Una vez enfundada en un vestido de corte alto, que se ampliaba justo debajo de los senos, y con un delicado y abrigado chal, acorde al enero

británico, dejó la habitación. En el corredor, se colocó la cadena del camafeo por el cuello y dejó que la pieza se perdiera por el escote.

La sensación de angustia la abrumó. Esa noche sentiría más de un alma en pena, y todas ellas, vivas.

Frederick Wesley poco sabía de protocolo. O, quizá, solo se valía de él cuando le convenía y lo apartaba cuando no. La velada estaba llena de caballeros solteros y de buena posición, y muy pocas damas casaderas. Las mujeres a su alrededor eran las esposas de los militares, casi todas ellas, de su misma edad, solo que con varios hijos auestas.

Nada la opacaba, y pese a eso, a Julia le costaba brillar.

Uno a uno los hombres fueron presentando sus respetos, y ella, cumpliendo el rol de gentil anfitriona.

—Coronel Wellington, un honor contar con su presencia. —El hombre mayor le besó la mano enguantada.

—El honor es todo mío. Se encuentra radiante, señorita Julia.

—Muchas gracias.

—Permítame presentarle a mi esposa. —La señora Wellington no tenía muchos más años que Julia, era el segundo matrimonio del coronel. La muchacha era amable, y la señorita Wesley pudo percibir que, en cierto modo, feliz.

Solía bastarle con tocar a alguien de manera efímera o estar en contacto con algo que tuviera valor sentimental para comprender las emociones de los demás. En el caso de la mujer, era la paz que Frederick quería para ella, la de conformarse con una vida de madre y esposa de un hombre respetable.

—Señora Wellington, mis más sinceras felicitaciones —dijo sin pensar, y las mejillas de la esposa del coronel se tiñeron.

—¿Perdón?

—Por su futuro hijo...

—¿Có...Cómo lo supo? —balbuceó la mujer, nerviosa y pálida. A Julia le costó salir del embrollo.

—Supongo que lo habré oído...

La señora Wellington se atragantó con la réplica ante la mirada atenta de su marido. No se lo habían comentado a nadie aún, porque era muy reciente. La embarazosa situación podría haber quedado allí, si no fuese porque el

general Wesley se acercó, con una radiante sonrisa, para sumarse a la conversación.

—¿Mi ángel lo ha hecho de nuevo? —preguntó lleno de orgullo—. Ya le digo, coronel. Es un ángel.

—Ya lo creo. —La mueca fue forzada. Más que un ángel, se trataba de un don aterrador, y lo único que le faltaba a Frederick Wesley para perder lo poco de cordura que le quedaba era que acusaran a su hija de brujería o algo similar.

Sin embargo, Julia apenas si podía concentrarse. Quería volver a aferrarse a la mano de la señora Wellington y sentir la dicha de la mujer, la vida en su interior. Cualquier cosa menos el dolor que le transmitía el camafeo. Parecía pesar más ahora, mucho, empujarla al suelo para que se dejara caer por el dolor.

Una mirada negra, intensa, estaba puesta en ella. La reconocía, era Alexander Russel. A su lado, Richard Trevor. Inseparables, como siempre. Julia quería que se acercaran a saludar, pues les debía mucho. Conocía los pormenores de la batalla de Leipzig, del modo en que el capitán Russel fue herido por salvar a Frederick, y luego el general Wesley corrió el mismo destino mientras arrastraban el cuerpo de Russel.

Se debían la vida el uno al otro. Y por esa admiración era que su padre lo ansiaba como yerno. Tenía la falsa idea de que un hombre con ese valor en la batalla defendería en la vida a su mujer como nadie. Bastaba una mirada al capitán para comprobar que no quedaba demasiado del hombre que supo ser.

Los saludos se extendieron y la distrajeron de la presencia de esos dos amigos. Un ir y venir constante, repleto de halagos dichos a viva voz para congraciar al general.

—Su hija es maravillosa —dijo alguien.

—Con esa belleza no tiene nada de qué preocuparse, encontrará un marido digno —agregó una matrona. Julia soportó con estoicismo los cumplidos, por el simple hecho de que cuando Frederick sonreía, no bebía.

—Eso no es nada. Además de las dotes con el bordado... —continuó con las alabanzas el hombre, y su hija por poco se atora. ¿Bordado?, lo único que había cosido en la vida eran heridas—, tiene un don especial para la música. Julia, querida, por favor, deléitanos con una interpretación.

Las mejillas de Julia se tiñeron de escarlata.

—Padre... —masculló, con una ira que camufló con vergüenza. Era pésima al piano, peor cantando.

—Además, humilde —comentó la matrona. Y Wesley hinchó el pecho de orgullo.

—Vamos, pequeña, que el capitán Russel y el coronel Trevor son amantes de la música. De seguro se sentirán como en casa al oír una magnífica melodía.

Estaba en una encrucijada. Había llegado al punto en que negarse hubiera sido de mala educación. Pidió a uno de los lacayos que pasara con la bandeja de brandy, de modo de emborrachar a los espectadores para adormecer el dolor de escucharla al piano y, sin más excusas, se dirigió al banquillo.

Apenas si giró el rostro hacia los lugares que Richard y Alexander ocupaban. Lo hizo con una mueca de disculpa por adelantado. Era conocedora del talento de ambos hombres, de sus capacidades no solo de interpretación, sino también, de composición. Lo que atestiguarían sería un insulto a Beethoven.

Abrió las partituras hasta llegar a la sonata 4ta. e intentó enfocarse en las notas. Por lo menos esa la había practicado.

Cerró los ojos, en un intento de sentir la música, como decía su profesora. *Eres incapaz de transmitir emoción, se quejaba la mujer, ¡siente, siente como sientes el dolor de la gente!*

Por desgracia, cuando se enfocó, en lugar de llegarle lo que el compositor quiso transmitir con su sonata, la alcanzó el rayo de dolor almacenado en el camafeo que colgaba de su cuello. Una lágrima le asaltó la mirada. Se enfocó en las notas de Beethoven, las cuales desacertó por completo. No lograba ni un mínimo de ritmo, y, de todos modos, no desistía. Aporreaba las teclas con pavor al notar cómo el camafeo se apoderaba más y más de ella. Hasta que se perdió por completo en su negrura.

Sin ser consciente de lo que hacía, dejó de leer la partitura, de interpretar la sonata, y pasó a tocar una melodía jamás oída por ella. Era hermosa, la envolvía y la hacía partícipe. Podía casi ver, tocar, oler. Las sensaciones atrapadas en la composición le contaban una historia, una que iba del dolor del abandono a la gloria de sentirse al fin querida y en un hogar.

Los dedos danzaban sobre las teclas, ágiles, veloces. La gente enmudecía ante ella, todos salvo uno: Alexander.

El capitán Russel se puso de pie, llevándose a varios invitados por delante, y rompió el hechizo al arrojar un jarrón y perderse en los pasillos. Julia sintió que una última lágrima la recorría, una que no era de ella y que se deslizaba en nombre del capitán Alexander Russel.

En su naturaleza asistencialista, solo una cosa quedaba por hacer... correr tras el hombre para brindarle el consuelo que demandaba el camafeo. Sintió de manera física cómo el colgante parecía tirar de ella, como si fuera un imán y el atormentado capitán, un yunque de hierro.



Richard rodó los ojos antes de salir en búsqueda de su amigo. Lo esperado había sucedido. El ridículo tocaba su nombre una vez más.

—El talento de mi hija lo ha emocionado —lo defendió Wesley, antes de imitar a Trevor e ir tras atormentado invitado. Los que habían estado al frente, sabían de secuelas, y como la mayoría de ellos eran militares, simularon que nada había sucedido y se enfocaron en comentar la magnífica interpretación.

Richard y Frederick se lanzaron a los jardines, convencidos de que Alexander se había dirigido allí por la necesidad de aire. Julia, por el contrario, sintió en su pecho el grito mudo del capitán y abandonó la sala, evadiendo los halagos. Corrió apresurada, escalera arriba, guiada por el camafeo y por la sensación que era menos fuerte ahora que no estaba al piano, pero aún persistía.

Alguien le dictaba su accionar. Alguien que se preocupaba por Alexander. Tomó de manera inconsciente el colgante entre las manos antes de abrir la puerta de la biblioteca.

—¿Capitán?

Alexander Russel estaba frente al marco de la ventana, con los vidrios abiertos, contemplando el vacío ante él. Julia sabía que evaluaba la posibilidad de saltar, y eso le estrujó las entrañas. El dolor del hombre era tan intenso que no necesitaba tocarlo para sentirlo. Era más fuerte que el de su propio padre, y eso la asustó.

No tanto como la mirada vacía de Alexander cuando se giró a ella.

—¿Cómo demonios conoce esa melodía?!, ¿De dónde la ha sacado?!

—Yo... no... —balbuceó. Alexander dejó atrás sus deseos de autodestrucción para enfocar sus ojos sin vida en ella. Destilaban un demencial brillo que hizo a Julia retroceder.

—¡No huya! —En dos zancadas la alcanzó y la aferró con fuerza del brazo. Al sentir el forcejeo, la inmovilizó contra la pared de la biblioteca.

El frío del invierno se colaba por las ventanas abiertas y hacía que sus

alientos dibujaran vaho en el aire. La muchacha se estremeció por esa helada brisa, que traía nieve y muerte con ella.

—Lo repetiré una última vez, pues no me creo nada eso de que usted es un ángel. Es una timadora, y la descubriré. ¡¿Cómo demonios conoce esa melodía?!

—¡No la conozco! —alzó la voz. Las lágrimas que brotaban le pertenecían a ella ahora. Era su temor, era el miedo hacia el capitán y hacia el don que tantos males le había traído—. No sé lo que sucede...

El momento de vulnerabilidad debilitó a Alexander por unos segundos. Unos efímeros instantes en los que se permitió observar a Julia tal cual era. Los rizos rojizos, los labios llenos y rosas, una piel salpicada de pecas, las cuales se evidenciaban por la palidez que la embargaba. Estaban tan cerca que podía oler su perfume dulce, que se mezclaba con el que él emanaba, recordándole lo profano de la situación. Podía ser que la señorita Wesley hubiera perdido la inocencia en la guerra, pero no esa clase de inocencia, la cual estaba intacta y se estremecía ante la cercanía de un hombre y su atormentado deseo.

La quiso consolar, y se sintió torpe. Pasó la mano por la mejilla, y cuando descendió la mirada, vislumbró el camafeo. Otra vez, la furia le ganó a la razón, y sin pensar lo que hacía, introdujo la mano en el escote alto del vestido. Los gritos de Julia se mezclaron con las demandas de Alexander.

—¡La melodía, y ahora esto! —exclamó el hombre, tirando de la cadena y lastimando la piel de Julia—. ¡Exijo que me lo expliques!

—¡Suélteme! ¡Suélteme, usted no puede exigir nada! No puede tratarme así, no hay dolor en el mundo que lo justifique.

—¿Qué sabes de dolor?

—¡Todo! —gritó—. No sé de dónde salió el camafeo —juró—, solo sé que llegó a mí por una razón.

No... No, era demasiado para Alexander. No toleraba tantas coincidencias. La melodía, el colgante y la explicación. Nadie sabía tanto de su vida, ni siquiera Richard. Se estaba volviendo loco, era eso, la demencia lo alcanzaba como todos decían.

—Démelo, me pertenece. —le ordenó, no había podido arrancárselo.

Julia no tardó en acatar, no quería saber nada más con el maldito objeto. En cuanto se lo quitó, se sintió liviana, una paz que se cortó de inmediato cuando sus manos se tocaron con las del capitán. Los sentimientos atrapados en el colgante no eran solo los del hombre, eran los de alguien más. La pieza

se resistió a cambiar de dueño, la cadena quedó enredada en los dedos de la señorita Wesley

—¿La melodía...? —se atrevió a preguntar, para no prestar atención al extraño suceso. Ojalá no lo hubiera hecho, porque la furia de Alexander volvió a la superficie.

—No puedes conocerla, nadie puede...

—¿Es suya?

—Es... Es... —La neblina de la culpa y el pesar lo tomó prisionero. Otra vez, el ventanal lo llamaba como única salida. Julia lo sintió de manera tan intensa, tan clara, que sin pensarlo se aferró a su cintura para impedirle avanzar.

Así, en esa comprometida situación, los hallaron Richard y Frederick.

—¿Qué significa esto?! —El vozarrón del general retumbó por todo el hogar, y llamó a los invitados a curiosear. En pocos segundos, más de un rostro se asomaba por el umbral, ansiosos de detalles.

—Padre...

Alexander tuvo un único instante de lucidez, y pese a que minutos atrás había estado dispuesto a saltar, entendió que no quería morir. Y eso sucedería si no encontraba una buena explicación para lo sucedido.

¿La verdad?, la verdad era la demencia. Era la locura que lo había llevado a algo peor que a abrazar a una joven soltera, la había zamarreado, insultado, acusado y por poco ahorcado con el colgante. Si por un rumor, el general Wesley era capaz de incrustar una bala, por lo que él había hecho...

—General...

—¿Le he tenido paciencia, capitán!, lo he defendido ante cada habladuría. ¡Jamás hubiera esperado semejante ofensa de su parte! ¿Sabe cómo debemos solucionar este altercado?, sí, sí lo sabe, solo hay un modo...

—¿Padre, no! —intervino Julia, y protegió a Alexander con su propio cuerpo, como si se interpusiera entre él y la futura bala—. No me ha ofendido, me ha... me... —Pensó con rapidez y esgrimió la primera excusa que se le vino a la mente—. Me ha pedido matrimonio, quiso hablarlo conmigo antes de pedir su aprobación, padre.

El mutismo fue popular. Richard tenía la boca abierta, acalambrada por el asombro. Wesley miraba a ambos, buscando comprender el giro. Fue la matrona que adoraba a Julia quien salvó el momento.

—¡Oh, felicidades! No sea así, general Wesley, ya sabemos cómo son los jóvenes. Ya quisiéramos nosotros conservar esa vivacidad.

Ni Julia ni Alexander eran lo que se consideraba jóvenes, pero no discutieron. Russel estaba conmocionado, solo atinaba a comprender que acababa de salvarse de una muerte segura. Miró a Richard, que apenas si parpadeaba, y salió de su quietud. Ya vería cómo solucionaba ese embrollo más adelante.

—General, siento no haberme manejado con la delicadeza que la situación amerita. Es cierto que pienso solicitar la mano de la señorita Julia en matrimonio, siempre y cuando usted lo apruebe... —Al ver que pocos se convencían de ese repentino amor, agregó—: Tenía razón al decir que es un ángel, un ángel de la música. Su interpretación fue lo que me ha hecho abrir los ojos. —Le tomó la mano, que estaba sin guantes dado que había corrido desde el piano a su encuentro, y depositó un suave beso en los nudillos.

—Es lo que siempre dije, capitán. —La sonrisa de Wesley hizo que Julia volviera a respirar—. Mi hija es la mejor esposa a la que un hombre puede aspirar. ¡Señora Marian, adelantemos el brindis de esta velada!, ¡mi amada Julia se ha comprometido!

Entre la avalancha de felicitaciones, Julia solo pudo mirar a los ojos a Alexander una vez. Se alivió al no ver en ellos rencor, sino agradecimiento. Un sentimiento que estaba convencida de que cambiaría, cuando comprendiera que no había escapatoria a su mentira. El general Frederick Wesley los obligaría a cumplir con su promesa.

Sin embargo, Russel pensaba en algo más. En el camafeo que volvía a sus manos, como solía decir su madre. Solo restaba averiguar el porqué.

## Capítulo 3

Era una locura, por supuesto lo era, no existía ningún argumento lógico que pudiera hacer entender a otros la naturaleza del vínculo entre ese camafeo y él. Le pertenecía, traía historia consigo y, en ese momento de su vida, incluía a una protagonista más: Julia Wesley.

¿Por qué? No era la clase de pregunta que estaba dispuesto a responder. Es más, podría decirse que no le interesaba la misma. Si la reliquia familiar regresaba a él de la mano de la muchacha, así la tomaría. Lo único que pretendía descubrir era el camino que la pieza había hecho hasta llegar a las manos de la señorita Wesley.

Le dolía recordar a su última poseedora, todo se reducía a ella. Era el ancla que lo hundía, esa que lo mantenía sumergido en el más profundo mar de oscuridad.

¿Y la melodía? ¿Cómo era posible que la muchacha pudiese interpretarla sin haberla oído jamás? Solo dos personas habían sido testigos de la composición de esa obra, la anterior dueña del camafeo y él. Entonces... ¿cómo?

Sí, estaba loco. Loco de dolor, de culpa. Ese sentimiento era el que tejía en su mente los más absurdos pensamientos, y entre ellos se alzaba el peor, contraer matrimonio con Julia.

—Necesitas ayuda, Alexander. —Richard no pensaba sumarse al infantil juego de su amigo, porque, para él, eso era el asunto del matrimonio—. Podemos... debemos buscar ayuda. El doctor Rupert me ha dicho que conoce un especialista en el estudio de la mente...

—¿Especialista en el estudio de la mente? Creo que ya es un poco tarde para ello, ¿no lo crees así?

La boda era un hecho a llevarse a cabo en cuestión de horas, y contrario a sentirse invadido por sentimientos destructivos, sentía una atípica liviandad de emociones.

—¡Por los cielos, Alexander! —resopló Richard dejándose caer en el

sillón, estaban en la recámara de Russel, ultimando detalles antes del enlace —. ¿Puedes explicarme cómo llegamos a esto?

Alexander hizo el nudo en su pañoleta, se contempló frente al espejo, estaba impoluto, lucía impecable. Era la imagen de un hombre que apenas recordaba.

—Por ti, Richard, llegamos a esto por ti. —La expresión de incompreensión de Trevor le dio el pie a lo demás—. Si mal no recuerdo, fuiste tú el que insistió que fuese a la celebración de Wesley.

—¡Sí, a obsequiarle tu respeto, no a comprometerte con su hija! — Abandonó la comodidad del sillón de un salto.

—Ya te lo he explicado, la situación con la muchacha se escapó de mis manos...

Richard se hacía a la idea de lo que había podido ocurrir entre ambos, Alexander no había estado en su mejor momento en la celebración. ¡Maldición! Todo volvía a la cabeza de Richard, tal vez él estaba en lo cierto, era el responsable. Si no hubiese insistido... si no... Su cuerpo perdió fuerza y cayó de nuevo en el sillón.

—Tu desquicio tiene justificación —murmuró para sí con pesadumbre—, lo que no entiendo son los motivos de la muchacha. ¿Casarse contigo? —La única carta aceptable en manos de Julia era la de la desesperación.

—Era eso o mi vida puesta en juego en un duelo.

Frederick Wesley se hubiese valido de eso para liberar la tensión de sed de batalla. Esa sed que ya no era apaciguada por el alcohol. A pesar de ello, el general manifestó un inusitado alivio ante la confirmación del enlace, prefería a su hija casada a como diera lugar, y un hombre con pasado militar valía la pena sin medir las consecuencias, el hecho de que se casara con un maldito adicto al opio no era un dato relevante.

—Exacto, Alexander... pero tu vida, no la de ella.

Richard estaba en la cierto, era de conocimiento popular que él había perdido la cordura. ¿Cuál era la justificación en ella?

—Julia Wesley debe tener sus razones. —A Alexander le quedaba presuponer que Julia no había actuado solo para comportarse como una buena samaritana—. Tal vez está cansada de ser su «ángel». —Cierto hastío acompañó a su voz en esto último.

La leyenda familiar que se hallaba detrás del camafeo era una historia ajena a Richard Trevor, y a Alexander no le parecía oportuno compartirla, todo aquello que sumara a sus desvaríos debía que ser silenciado. Llevaba

meses atormentado por la pérdida brutal y repentina de... ¡Por los cielos, ni siquiera podía decir su nombre en silencio! Era en lo único que su mente pensaba; respiraba, sobrevivía en torno a ese recuerdo hasta una semana atrás. ¿Qué había cambiado? Ella. Julia Wesley lo cambió todo. La propia señorita Wesley enlazó una condena a su cuello.

—¿Tú crees? —Richard contemplaba la posibilidad elucubrada por Alexander—. Ser la hija de Wesley no debe ser tarea sencilla. Me he enterado que el general, ni bien la boda se concrete, piensa regresar al frente.

No le resultaba extraño, existían hombres nacidos para el campo de batalla, y ahí debían morir, Frederick Wesley era uno de ellos. Sin importar la herencia dejada o los lazos sentimentales, la sangre derramada los convocaba sin piedad.

—Ya veo... buscarle esposo a su hija fue una egoísta necesidad —balbuceó Russel.

—Una que tú supliste de inmediato, ¿no? —El tono de desaprobación de Trevor fue evidente.

—¿Es reproche lo que percibo en tu voz? —Se giró a él para enfrentarlo. Ya no había tiempo para arrepentimientos, ni para comentarios condenatorios o alarmistas.

—No podías solo cumplir con tu parte, ¿no? —La expresión en Richard confesaba una extraña sensación de responsabilidad, por lo menos así lo creyó Alexander—. Tenías que congraciarte con el general un par de minutos, nada más, pero no... tuviste que comportarte como un poseso y arrastrar a su hija contigo.

—Si tú hubieses oído lo que yo...

La maldita melodía al piano había desatado su tormenta mental.

—¡Oí lo mismo que tú, todos los oímos! Y todavía trato de entretejer los hilos del manto de tu súbita locura, esa que te llevó a abandonar el salón como alma que lleva el diablo. —Se incorporó con un intenso movimiento, casi chocó con el cuerpo cercano de su amigo—. No creo que este matrimonio sea beneficioso para ti, ni para ella, primero tendrías que...

—Y una vez más, regresamos a lo mismo...

Al hecho de que él necesitaba de ayuda, algo que no era para nada desacertado, solo poco funcional al momento.

—Mi tío está a favor de este enlace —continuó Alexander conocedor de que la aprobación del duque era su mayor argumento.

El noble parecía convencido de que la muchachita Wesley le haría retomar

el buen camino.

—Sí, lo sé, todo es maravilloso, todos están felices con esta boda, tu tío, el general...

—No te olvides de incluir a la señorita Wesley —agregó Russel.

—¿Y tú?

—Yo cumpliré con mi parte.

—¿Parte? ¡Por favor, Alexander, esto no es una estrategia de ataque o conquista! —Era la última oportunidad para hacerlo entrar en razones—. Esto es para el resto de tu vida, significa una familia, significa...

—Richard, sal y contempla la realidad que nos rodea... ¿significancia? Ninguna. De ser así, Frederick me hubiese metido una bala en la frente antes de aceptar este compromiso.

—Entonces coincides conmigo en que este matrimonio es un verdadero desquicio.

Desquicio o no, él obtendría lo que deseaba. Fue hasta la mesa de noche, una botella de brandy le hacía compañía desde primera hora de la mañana, bebió de ella sin la ayuda de una copa. Su dosis de opio matutina había sido puesta en pausa en pos de la ceremonia, en consecuencia, con algo debía de compensar. Sus malos y apocalípticos humores no desaparecerían por arte de magia, tenía que motivarlos.

—¡Alexander! Prometiste que... —intentó interrumpirlo, Russel parecía dispuesto a vaciar la botella de un trago.

Hizo a un lado la bebida solo para responder.

—Tú me obligas a hacer promesas que no voy a cumplir, y ese es tu problema, no el mío. Ven... —Casi que trastabilló al girar sobre sus talones, de inmediato recobró el control del cuerpo. Depositó la botella en la mesa de noche y pensó en Julia; la muchacha no se merecía un patético espectáculo como boda—, mi futura esposa me espera.

Lo había intentado en más de una ocasión, tiró de la gargantilla del camafeo consiguiendo aquello que Alexander no pudo lograr: arrancar la pieza de joyería de su cuello. Reconocía que poseía una cualidad sensorial que muy pocos podrían llegar a imaginar, y estaba convencida de que ahí afuera, en la más salvaje naturaleza, existían fuerzas superiores que se escapaban de la comprensión humana, pero había una enorme diferencia entre eso y la brujería,

sobre todo si considerabas a esta última como un macabro elemento que se valía de esas fuerzas naturales para su propio beneficio o daño ajeno. A pesar de ello, le era imposible dejar de pensar en una suerte de embrujo, la presilla de la cadena que sostenía el camafeo era débil, con un simple movimiento bastaba para desarmarla y, aun así, para Alexander había sido una tarea imposible. Estaba claro que la antigua joya le pertenecía al capitán, o en su defecto, le pertenecía a alguien muy cercano a él. Podía sentir la carga emocional que llevaba consigo, por eso mismo era que podía sentir esa fuerza sobrenatural que fundía a la pieza en su piel para que él no pudiese recobrarla, por lo menos no de una manera tan sencilla.

Pensó en su padre. En cómo había adquirido el dije. Tal vez conocía el valor sentimental que tenía para el capitán Russel, y en su obsesión por conseguirle un esposo acorde a sus ideales, se valió de ese artilugio para provocar el enlace. ¿Sería capaz? ¿Capaz de orquestar tan grande puesta en escena solo para casarla?

No podía huir de sus sensaciones, menos cuando de su padre se trataba, sentía en todo su ser la verdad silenciada en el hombre. La amaba, como todo padre ama a una hija, pero no la amaba más que a el ejército, la guerra o la muerte. Cuando llevas tanto tiempo rodeado de muerte, la vida se te hace ajena. Frederick no se hallaba a gusto en el mundo de los vivos. Sí, ella era «Su ángel» cuando la requería como un elemento de contención; por desgracia, también era «su demonio» que lo obligaba a echar raíces en donde él no deseaba. Él se lo ocultaba, y hasta lo negaba cuando se lo preguntaba, y para Julia, los silencios o las respuestas vagas con tenor de consuelo no hacían más que poner luz sobre la verdad: el general esperaba el momento para regresar al frente. ¿Su impedimento?: Ella, su hija, la jovencita que había puesto la vida en pausa para seguir sus pasos en la guerra. No la abandonaría a su suerte, y era más una cuestión de correspondencia que de auténtico sentimiento. La desesperante búsqueda de un hombre que contrajera matrimonio con ella había llegado a su fin; no de la mejor manera, todavía se murmuraba por la ciudad el extraño incidente que rodeó la proposición. No se hablaba de boda por conveniencia sino de boda por coerción. Los que estuvieron presentes en aquella velada desperdigaron el rumor de que el capitán Alexander Russel canjeó la soltería por supervivencia. Resultaba increíble que un hombre como él, que había escapado de las garras de la muerte en batalla en más de una oportunidad, se viera sumido en tal inusitado incordio que lo llevaría frente al obispo sin contemplaciones.

Obispo... la realidad era que ningún alto rango eclesiástico iba a santificar la boda, menos una tan precipitada, debían sentirse agradecidos por haber encontrado disponibilidad y predisposición en el párroco local. Obtener el permiso para la unión fue una tarea sencilla, se tomaban esas consideraciones cuando de cargos militares se trataba. Regresar a la línea de batalla era lo primordial, en consecuencia, los matrimonios se efectuaban a la velocidad del rayo; así, una vez con el santo sacramento encima, marchaban de regreso al frente dejando a jóvenes esposas.

En cierta forma, Julia experimentaba la misma amarga emoción que esas esposas de una noche, salvo por la excepción que no sería su esposo el que se marcharía a la mañana siguiente, sino su padre. En ese instante, Julia saboreó el placer que significaba desembarazarse del ejército, el hombre que se convertiría en su marido había dejado la vida militar en el pasado, y lo había hecho con fiel promesa de no retorno. Estaba cansada del dolor, de la muerte y, aunque estaba segura de que su enlace con Russel sería una extraña extensión de ello, prefería esas sensaciones. Alexander sufría, había una intensa angustia en él, y la emoción se magnificaba cada vez que el camafeo y él coincidían en tiempo y lugar. Habían intercambiado un par de fugaces encuentros luego de la celebración de su padre, los suficientes para que Frederick obtuviera la certeza de que el capitán no huiría de su obligación. Julia también obtuvo su certeza con ello, el hombre sufría. No era un maldito adicto sin salvación como había oído —una vez que la boda se transformó en noticia, todo tipo de rumores y opiniones recorrieron Londres—, era un alma en pena. Julia conocía mucho sobre ellas, las sentía, sufría con ellas, porque no había nada más triste que un alma que penaba en vida. La muerte, la muerte era un obsequio comparado a ello, uno que Alexander parecía anhelar en cada paso, pero que desestimaba cuando lo tenía frente así. Él se aferraba a la vida con los pocos recursos con los que contaba, y ella estaba dispuesta a brindarle más. Posiblemente era una ingenua al pensar que podría hacer algo por él, no podía evitarlo, era como si el camafeo le susurrara al oído la melodía que ella debía interpretar para lograrlo. ¿Existía una salvación para Alexander Russel? Creía que sí, y tal vez, ante ese pensamiento, la ingenuidad mutaba a egocentrismo, porque ella se creía parte de su salvación. ¿Quién sabe? Tal vez era al revés, quien necesitaba ser salvada era ella. ¿De qué? Había algo que la unía a él, y nada tenía que ver con el sacramento sobre el cual iban a jugar, ella sentía el vacío en Alexander... lo sentía de la misma manera que lo sentía en su interior.

—Señorita Julia. —La suave voz de Hanna atravesó el silencio de la habitación y la enérgica ola de pensamientos—. ¿Se encuentra lista ya? Su padre me ha advertido sobre la hora.

Por supuesto que estaba lista, llevaba demasiado tiempo estando lista... para todo, para otros, nunca para ella. Y en esa oportunidad volvía a estarlo por su padre, por Alexander Russel. ¿Llegaría el momento en el que ella estuviese lista para ella?

—Dile que, en breve, estoy junto a él.

Las manecillas del reloj corrían rabiosas, como si quisieran adelantar el tiempo, ansiosas del futuro cercano. La iglesia no se encontraba muy lejos, tan solo a unos minutos de carruaje.

Julia se incorporó de la butaca que se encontraba frente al tocador, no deseaba contemplar su imagen. Los ojos de Hanna brillaron con las primeras lágrimas de emoción, la doncella era mucho más joven que Julia, pero había crecido en la casa junto a la señorita, sentía afecto sincero por la hija del general, por eso había puesto especial esmero en su trabajo; Julia lucía preciosa, llevaba un vestido blanco tiza de cuello alto que resaltaba su diminuta cintura y que, a pesar de ocultar con la tela los pechos, con su prominente relieve consagraba la juventud y turgencia de las formas. Mangas apenas abullonadas, guantes que no dejaban ver ni un centímetro de piel, y un cabello recogido con suaves apliques de narcisos blancos. Era la muestra máxima de la pureza y la inocencia, solo un detalle rompía con el hechizo immaculado, el antiguo dije colgando de su cuello dispuesto a ganarse el centro de atención. Y lo logró de inmediato, ni bien Julia estuvo frente a su padre.

Los ojos del general recorrieron con orgullo la imagen de su hija, el tono rojizo de sus cabellos resaltaba en consonancia con el blanco del atuendo, y sus ojos claros brillaban como dos gemas aguamarinas; todo ella era una auténtica joya. Estaba orgulloso, pero era ese orgullo que se precia de la mercancía. Frederick estaba satisfecho consigo mismo, aunque el acuerdo matrimonial no se había dado en el mejor marco, el resultado final no parecía tan malo, Alexander Russel ganaba una batalla más al casarse con Julia, un derroche de buenas cualidades, inocencia y belleza. Sin embargo, esa belleza se vio opacada por algo.

—Hija mía, ¿de dónde has sacado esa antigua baratija?

Estaba al tanto de los requerimientos de augurio para las bodas, aun así, la pieza que colgaba de su cuello se extendía del requerimiento viejo y usado. Inspeccionó el camafeo con los dedos ni bien Julia estuvo frente a él. La

expresión de sorpresa en su hija fue notoria para Frederick, que, sin dudar, abrió la reliquia para comprar los rostros retratados dentro de la misma. No halló nada, y la expresión de sorpresa fue compartida.

—Creí que tú me lo habías regalado, padre —balbuceó ella tratando de unir las piezas para darle un nuevo significado al hecho.

—¿Y por qué habría de regalarte tan simple nadería?

Cuando le hacía obsequios a su hija no ponía reparos. Para Frederick Wesley la imagen era el primer peldaño en la escalera del respeto social, décadas de vida en uniforme lo habían certificado.

—No lo sé, pensé...

*Pensé que me lo habías obsequiado porque lo recibí con una nota en tu nombre.* Las incógnitas se devoraban unas a otras dentro de su cabeza. ¡Si hasta lo había pensado! Conocía la letra de su padre, y la letra de la nota no había sido más que un intento de imitación. Las suposiciones que gestó en torno a la secreta intencionalidad del general se hicieron añicos. Si él no había puesto en sus manos el camafeo... ¿Quién lo había hecho? ¿Y con qué intención?

Esto último también se hizo añicos contra el piso, estaba claro ya que la intención era vincularla de manera directa con el capitán Russel. ¿Existía alguien más deseoso que su padre de convertirla en la esposa del capitán? Al parecer sí... lo único que faltaba en esa nueva hipótesis era un «por qué».

—¡Quítatelo, Julia, opaca tu imagen! Estás preciosa, luces joven y radiante... —Sus dedos treparon por la cadena hasta llegar a la presilla, intentó vencerla, no pudo. Resopló fastidiado—. ¡Por todos los cielos, creo que se ha atorado!

No, no se había atorado, respondía solo a su actual legítima portadora. Frederick continuó con la labor, quería otorgarle el exilio a la reliquia.

—Padre, déjalo... es de mi agrado, yo lo he elegido. —No iba a desistir, al contrario, ponía más esmero en la insustancial lucha—. Además, también le agrada al capitán...

Lo importante fue dicho, y Frederick le puso fin a la pequeña batalla. Sonrió satisfecho.

—De ser así, ven... —Le entregó el brazo para que se sostuviera—, no lo hagamos esperar. Unos pajarillos me han dicho que ya se encuentra en la iglesia.

—¿Unos pajarillos? ¿Enviaste espías para asegurarte de su presencia?

Julia no iba a negarlo tampoco, esa idea también había vagado por su

mente y por sus sueños. ¿Si él no se presentaba? ¿Si ponía, finalmente, un pie del lado de la línea de la cordura y huía?

—No, solo no quería hacerlo esperar por demás, eso es todo —mintió, llevaba el uniforme de gala y la reluciente espada colgando de su cintura. No hubiese dudado ni un segundo en usarla si volvía a faltarle el respeto.

—Pues no lo hagamos esperar más, padre...

Julia dio el primer paso que la llevó fuera de la casa, una que, tiempo atrás, cuando su madre vivía, había sido su hogar. Ya no lo era, había soledad, perfume a sangre, gloria de muerte. Ya no lo era, y jamás volvería a serlo; en horas, viviría bajo otro techo, sería otra... se convertiría en otra mujer. ¿En cuál? Todavía era una pregunta que no quería responder.

Por la insistencia del recién casado, abandonaron la celebración matrimonial ni bien formaron parte de ella. El único dispuesto al festejo era Frederick, y no era de extrañar su comportamiento con el desfile constante de bebidas alcohólicas que llegaban a sus manos. Era libre, podía beber en exceso con justificación. En segundos el rumor sobre la ansiedad que gobernaba los cuerpos de la pareja recorrió cada una de las habitaciones del hogar Wesley, era preferible esa habladería plagada de deseo que la amarga realidad que los llevaba lejos de allí.

La ceremonia había sido sencilla y fugaz, de hecho, en más de una ocasión, Alexander había interrumpido al párroco para que éste se limitara al discurso justo y necesario. ¡Nadie necesitaba de un recordatorio de las palabras del libro sagrado! Como tampoco era indispensable una plegaria al cielo para augurarle un bien futuro al matrimonio. ¡Al diablo con todo! De ser por Alexander, hubiera dejado la iglesia junto a su esposa una vez manifestada la unión, y si no llegó a ocurrir fue porque Richard Trevor se adelantó para impedirlo. El matrimonio no era más que una fantochada, y como tal, debía solventarse con las apariencias adecuadas. Esas apariencias se sostuvieron hasta el hogar Wesley, y luego del brindis oficial, la despedida ocurrió sin piedad. No hubo felicitaciones particulares, ni melodías, ni pastel... solo un adiós con sabor a tristeza en los labios de Julia.

Una vez a solas en el carruaje, Alexander se valió del primer momento de intimidad que tuvieron para compartir con su esposa la realidad que le esperaba. Estaban enfrentados, disfrutaban de manera individual la comodidad

de las butacas acolchadas. El capitán dejó que su cuerpo influenciado por el fastidio y el desgano se apropiara de la mayor cantidad de espacio. Ni siquiera le pareció un atrevimiento rozar las rodillas de Julia con las suyas.

—Señora Russel... —Reclinó su cabeza y cerró los ojos para apelar al sueño; verla ante él con el camafeo reluciendo en su pecho lo inquietaba—, lo que sea que esperes de mí, no lo vas a obtener. —Seguía pensando que la muchacha tenía algún motivo oculto, por eso agregó—: Lo que quieras de mí, tampoco. Si comprendes eso, mi estimada reciente esposa, sobreviviremos.

Julia no respondió, se hizo a un lado para poder gozar del poco espacio libre que quedaba, y con ese movimiento se libró del molesto roce de piernas. Ante su silencio, Alexander abrió los ojos y levantó la cabeza para escudriñarla desde esa escasa distancia. Julia se sintió obligada a romper su mutismo, por lo visto, él requería de algún tipo de confirmación.

—Sobreviviremos, señor Russel... —A Julia le pareció una excelente oportunidad para esbozar sus requerimientos—. Sobreviviremos siempre y cuando usted no espere ni demande nada de mí.

Alexander enderezó la espalda, atrás quedó la intención de simular profundo sueño hasta la llegada a la casa. No iba a negar que la primera impresión que había tenido de Julia era la de una perfecta discípula de la sumisión. ¡Si hasta había ido a la guerra para estar atenta a las necesidades de su padre! Le habían inculcado el sometimiento y la obediencia desde la cuna, podía olerse a la legua. Sin embargo, esa sumisión parecía decidida a romper la estructura que la sostenía.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Julia?

—Por supuesto que sí, Alexander. —Había utilizado el «Señor Russel» con la misma intención de sarcasmo que él, y ahora se abrazaría al tuteo en igualdad de condiciones.

—¿Por qué te casaste conmigo?

Julia se distrajo observando el paisaje, todavía no se sentía preparada para batallar con su mirada, el intenso ébano de sus ojos era comparable a la oscuridad de las noches sin luna.

—Soy una muchacha soltera en un mundo de hombres, ¿necesitas más respuesta que esa?

Él rio, y retomó su postura anterior, se reclinó, pero antes de que pudiese cerrar los ojos, ella habló:

—¿Por qué te casaste tú conmigo?

—Sabes la respuesta. —Cerró los ojos.

—Aun así, me gustaría oírla.

—Mi comportamiento fue inadecuado, y tuvo sus consecuencias. No tenía deseos de enfrentarme a tu padre.

—He oído anécdotas sobre ti, del gran capitán Russel. Me sorprende que hayas temido por tu vida.

—Temí por mi vida y la suya —murmuró con fastidio, el estado de lucidez en el que se encontraba sacaba a flote su egocentrismo—, el resultado de un posible enfrentamiento entre ambos era una incógnita.

—Mi padre no ha fallado nunca en un disparo.

—Lo sé. Yo tampoco.

—Bueno, creo que eso puede discutirse, he oído también otras anécdotas. —Julia estaba decidida a arrojar sal sobre la herida. Eso era mejor que el silencio.

—¿Qué anécdotas?

—Unas que hacen referencia a la pérdida de sus capacidades a causa de...

—¿A causa de qué?

El fastidio tomó control de su cuerpo, se incorporó para enfrentarla. La distancia entre cuerpos desapareció. Los rostros contaban con apenas unos centímetros de separación. Las bocas podían llegar a hacer eso que, instantes atrás, hicieron sus rodillas: rozarse. Todavía no conocían en sabor de sus labios, Alexander también había salteado ese paso en la iglesia... ¡El beso no era necesario para sellar la unión! No, solo conseguía estimular a los presentes ¡Y que la tierra se abriese bajo sus pies y lo tragara por completo si él pretendía eso!

—De sus... —Seleccionó las palabras más amables posibles— poco saludables costumbres.

La exhalación furibunda de Alexander se fundió con el suspiro de satisfacción de Julia.

—Mis poco saludables costumbres no son de tu incumbencia. —Su espalda chocó contra el respaldo, necesitaba alejarse de ella, de su perfume, del luminoso brillo azul de sus ojos—. Como sea, me casé contigo para evitar una desgracia, sin importar la víctima de tal asunto, y, además —agregó sin ocultar el malhumor que lo había tomado como prisionero—, me casé contigo para recuperar algo que me pertenece. —Sus ojos fueron en una única dirección: el camafeo.

Julia siguió el camino de su mirada, tomó el dije con los dedos enguantados, lo acarició como si el valor sentimental colocado en la joya

fuese por demás importante para ella. No lo era, no podía serlo.

—¿Lo quieres? —Pareció una provocación de su parte.

No lo fue. Fue una sensación sin explicación ni nombre. Era el momento, se lo susurraban a su oído. Era como si una voz fantasmal le confesara sus deseos y secretos, y ella... ella no podía dejar de oírla, sentirla.

Alexander abrió los ojos de par en par, la furia le tiñó el rostro de rojo.

—¡Tómalo! —finalizó ella acercándose a él.

Así lo hizo, tiró del colgante como lo había hecho días atrás, y de igual manera, obtuvo el mismo frustrante resultado. Aprisionó el camafeo con su mano, no se separaría más de él. Julia, sin más alternativa, aflojó la presilla que aferraba la gargantilla a su cuello y dejó la pieza en manos de Alexander.

Una extraña sensación de calma inundó el carruaje. Los dos suspiraron a la par, como si se sintieran libres, satisfechos por primera vez en mucho tiempo. Alexander guardó el colgante en el bolsillo de su chaqueta y retomó la posición de descanso contra el respaldo. Cerró los ojos, no tuvo que simular el sueño, en segundos, los primeros signos de la ensoñación profunda lo alcanzaron.

Julia no pudo sumarse a él, su cabeza nadaba en un mar de nuevos pensamientos. La anterior dueña del camafeo había sido una mujer, lo había sentido, finalmente lo había hecho. Una pieza menos del rompecabezas que conformaba la vida del joven capitán. Solo una... confiaba en que descubriría las demás.

## Capítulo 4

Si no hubiese sido por el mismo Richard Trevor, la señora Turner no se daba por enterada de que el señor de la casa contraería matrimonio. Maldijo a los cielos y al infierno. Pretendía brindarle una amable bienvenida a la futura señora Russel, pero le era imposible contando con tan solo un par de horas. Retuvo a Joan, la cocinera de medio tiempo, para que elaborara una comida acorde al acontecimiento, por lo menos podrían brindarle una sabrosa y abundante cena de bienvenida.

—¡Elle, muchacha, vamos... deprisa!

—¡Eso intento, señora Turner, eso intento! —protestó. Limpiar la habitación del señor no era la tarea más agradable de todas—. Si el señor me permitiera asear la recámara más a menudo, no tendría que lidiar con tanto ahora. —Resopló con notoriedad. Días de encierro y de descuido personal no podían desaparecer de un instante al otro.

—Piensa a futuro, Elle, de ahora en más, la recámara será compartida... dudo mucho que la nueva señora Russel tolere las actividades ermitañas de su esposo.

—¿Usted cree? —Elle había perdido la esperanza tiempo atrás. Fregaba la alfombra con extremo esmero, podía jurar que olía a orín. No era de extrañar, en más de una oportunidad habían encontrado al capitán inconsciente con los pantalones húmedos. No quería ni recordarlo—. ¿Y si el señor Russel halló a la perfecta señora Russel para él? —Se refería a una mujer con sus mismas tendencias adictivas, había oído que algunas mujeres también caían en ese vicio.

—El señor Trevor me ha comentado que la elegida ha sido, nada más ni nada menos, que la hija del general Wesley.

Elle indagó en su memoria, era adepta al chisme; tenía amistades que eran doncellas y sirvientas en casas de familias de renombre, y siempre la ponían al día sobre los cotilleos sociales en auge. No encontró a ninguna jovencita Wesley dentro de sus recuerdos chismosos.

—No oí nunca hablar de ella.

—Y con eso es más que suficiente para nosotras. No me cabe la menor duda de que es una buena muchacha.

Alexander Russel y sus vicios eran un tópico común de conversación en las reuniones y los antros londinenses. Que no corrieran rumores sobre la joven Wesley traía consigo una agradable sensación de respiro, hasta podría llegar a compararse a una pequeña abertura en el cielo donde se cuele el sol en un día nublado.

—Si es una buena muchacha, ¿por qué se casa con el señor Russel? —dijo Elle sin medir sus palabras. Se incorporó decidida a abandonar la habitación, ya había finalizado la labor tanto como era posible. Un aseo digno requeriría de más días.

Tendría que haberla reprendido por el atrevido cuestionamiento. Tendría. La pregunta de Elle llevó a la señora Turner al mismo pensamiento. Sentía aprecio por Alexander, lo conocía desde pequeño, había lidiado con sus travesuras en los veranos que había pasado en la casa del duque; se había deleitado en más de una oportunidad con su maravilloso talento musical. En aquellos tiempos, cuando la música guiaba sus pasos, otra había sido la historia de Alexander, luego... luego llegó la guerra, y las armoniosas melodías fueron reemplazadas por estallidos y gritos agónicos. ¿Acaso se lo podía culpar por tener el alma desgarrada? Para colmo de tormentos, después de la guerra se enfrentó a lo peor... justo cuando su vida regresaba al camino de la música. ¡Por los cielos! Aida Turner prefería no recordarlo. Sí, era un alma desgarrada, y eso no podía ocultarse, un alma dispuesta a arrastrar a otras a su camino. Entonces... ¿Por qué? Elle estaba en lo cierto. ¿Qué clase de mujer se condenaría a una vida así? Pronto tendría la respuesta.

La casa de Alexander Russel se encontraba dentro de los territorios que poseía su tío, el duque de Perth. Era un lugar de estructura campestre, pequeño y muy bien cuidado. Esto último, de seguro, nada tenía que ver con la administración de su esposo, que dormía con la boca abierta frente a ella. Sabía por Richard Trevor que el duque ponía especial cuidado en su sobrino ya que era el único heredero que tenía. Una bofetada imaginaria le sacudió el rostro a Julia, si Alexander llegaba a heredar el título, ella también lo haría... podría llegar a ser duquesa. ¡Vaya, no lo había siquiera pensado! Y vaya que

se sentía ajena a la nobleza.

Respiró profundo y exhaló dirigiendo la mirada a la de su esposo, dadas las presentes evidencias, era muy posible que el duque sobreviviera al sobrino.

Asomó el rostro por la ventanilla del carruaje para contemplar la residencia que se convertiría en su hogar. Una pequeña casa de dos plantas, construida a base de piedra gris, con un oscuro tejaz. El ocaso de la tarde le arrebató el más mínimo rastro de luminosidad, dejando entrever una oscuridad que parecía abrazar a la casa y a los alrededores con afán obsesivo. Julia sintió un frío repentino, el lugar no era más que una extensión de Alexander. El aire se hizo denso, imposible de respirar, y Julia se preguntó si era posible que el dolor se respira. Porque eso parecía ser lo que estaba haciendo... sus pulmones se llenaban de una pesada congoja.

A unos cuantos metros de la casa se alzaba el establo y lo que parecía ser una pequeña residencia contigua. Un niño salió a la carrera para recibirlos con una sonrisa. El carruaje se detuvo no muy lejos de la puerta principal y, de inmediato, dos mujeres salieron al recibimiento. No hubo sonrisas por parte de ellas, solo una disimulada mirada evaluativa gobernada por la obligada amabilidad.

Warren descendió para abrirle la portezuela, al hacerlo pudo ver el estado del señor, dormía profundamente, abierto de piernas y con el cuello colgando hacia adelante.

—Alexander... —susurró Julia pretendiendo ser amable, despertar de mala manera no era algo agradable para nadie. Como no se movió ni un solo centímetro, insistió, esta vez sacudiendo con suavidad una de sus rodillas—. Alexander... ¡Alexander!

A Warren le hubiese resultado más práctico cargarlo a sus hombros para llevarlo dentro de la casa como solía hacer, pero dado el suceso importante de día, no le parecía correcto. Aunque tampoco le pareció correcto someter a la muchacha a la situación embarazosa. Tosió, carraspeó fuerte, varias veces. Alexander reaccionó, su cerebro ya estaba adaptado a ese estímulo.

—¿Qué ha ocurrido? —Cabeceó hacia atrás con tanta fuerza que se golpeó la nuca.

—Hemos llegado, señor —Warren respondió a la pregunta.

—¿Te encuentras bien? —Julia intentó asistirlo intentando tocar el lugar del golpe.

Alexander le apartó la mano y, sin dar respuesta, abandonó el carruaje de

un salto. Ya fuera del vehículo, estiró la espalda con un exagerado movimiento —había dormido en la peor postura de todas— y se dedicó a las presentaciones.

—Señora Turner, Elle, Pip... les presento a la señora Russel —dijo señalando el interior del vehículo. Por lo visto, no iba a ayudar a su esposa a descender. Se giró hacia ella—. Si es que algún día decide hacernos compañía.

Julia agradeció su elección de vestido, pese a que su padre había criticado por su sencillez; gracias a ello podría descender sin asistencia. Warren volvió a carraspear, y en segundos, Pip estuvo junto a Julia extendiendo su pequeña mano. Ni bien entró en contacto con el niño, sintió la inocencia intacta, la felicidad sin limitaciones, y la sensación la llenó de energía y buen augurio. Si el niño todavía podía albergar sentimientos tan fuertes y puros en un entorno tan sombrío y ponzoñoso, existía una posibilidad de esperanza.

—Gracias, Pip —dijo grabando el nombre en su mente. Una vez junto a su esposo, se dirigió a las mujeres—. Señora Turner, Elle, es un gusto conocerlas.

—Le damos la bienvenida, señora Russel —saludó en nombre de las dos Aida.

—Julia, por favor... solo Julia. —No se sentía una Russel en lo absoluto.

—Señora Turner —interrumpió Alexander ansioso—, la dejo a su cuidado, acompáñela a un recorrido por la casa... yo estaré en la recámara. — Sin decir más, se perdió en el interior de la casa.

El silencio reemplazó a Russel, y a él se le sumaron los duelos de miradas. Nadie sabía qué hacer o qué decir ante semejante desplante.

—Creo que la boda lo ha agotado. —Julia fue la única con el coraje suficiente como para hablar.

Elle casi se quiebra en una carcajada, para ella, el estado del señor era el mismo todos los días, con boda o sin boda mediante. Aida la codeó para reprenderla, y habló:

—Me imagino que sí, lo ha agotado, al igual que a usted. —Se hizo a un lado para marcarle el camino de ingreso a la residencia—. Por favor, venga, un descanso le sentará muy bien. —Julia avanzó sin demora, el frío le estaba calando los huesos. Aida se dirigió al padre de Pip—. Warren, lleva las maletas de la señora a la habitación.

Una vez dentro de la casa, extrañamente se sintió a gusto. Una sensación de calor, que nada tenía que ver con los leños que ardían en la chimenea

central, le devolvió la vida a su cuerpo.

—¿Le enseñó el camino a la recámara, señora? —Aida fue tras los pasos de la muchacha.

—Julia... —le recordó—, nada de señora. Y no, mi marido desea descansar, creo que sería más conveniente llevar a cabo su proposición, si no es mucha molestia...

Se refería al recorrido por la casa. Aida Turner tragó saliva, volvía a preguntarse ¿por qué una muchacha como esa se casaría con Alexander Russel? Si podía verse a la legua que era un derroche de cualidades y amabilidad.

—Lo que guste, señora Julia. —Antes de que ella dijera algo, Aida completó—. Llevo muchos años cumpliendo funciones de ama de llaves, lo siento, no puedo quitar el «señora».

Julia sonrió. Era la segunda vez que sonría en el día. Sí, llevaba la cuenta para no decaer, se había propuesto no dejarse arrastrar por el embrujo amargo que dominaba a su esposo.

—Señora Julia será. —Lo que fuese con tal de no oír el «Russel»—. Después de usted, señora Turner...

Cuando se evaluaba la totalidad de la vivienda se le encontraba la razón de ser, era como el anexo de una mansión inexistente. Su función era la de alojar visitas, aunque desde hacía décadas se consagraba como hogar del joven capitán retirado. La señora Turner no parecía muy dispuesta al diálogo profundo, por lo menos no en esa primera instancia de presentación. Fue breve y concisa con la historia familiar. Joseph Russel, el hermano menor del duque, había fallecido a temprana edad dejando a su esposa viuda con tan solo dos inviernos de júbilo matrimonial y un recién nacido a costas. La mansión lindera a la pequeña casa se hallaba a un par de leguas, ahí había nacido Alexander, hogar que abandonó junto a su madre meses después de la muerte de su padre. Demasiados recuerdos y demasiadas habitaciones para la joven viuda Sophie Russel, por ello optó por la vivienda anexa, un lugar armonioso, que en tiempos de antaño se asemejaba a un cuento de hadas. Durante mucho tiempo la casa fue un cúmulo de risas y melodías, inclusive tras la muerte de Sophie, se mantuvo así hasta la guerra, así hasta...

—¿Hasta... qué, señora Turner?

La mujer había enmudecido ante la evocación de un recuerdo que parecía no querer hacerse palabra. Julia estaba ávida de preguntas y respuestas, y se encontraba con la triste realidad de que no iba a ser una tarea sencilla encontrarlas.

—¡Por los cielos! —Aida hizo un giro drástico en la conversación—, qué cabeza la mía, no he caído en cuenta de la hora, debe de estar hambrienta.

Ambas habían perdido la noción del tiempo. La luz de la tarde había desaparecido casi por completo, la penumbra comenzaba a pisarle los talones. Habían recorrido la planta alta con las habitaciones, tan solo tres, una destinada a las visitas, y dos principales —una de ellas era la que Alexander habitaba— que se comunicaban entre sí; y se encontraban finalizando el recorrido de la planta baja: salón principal, comedor, biblioteca —pequeña, pero bien dotada, que a la vez cumplía la función de despacho personal—, una sala disponible para tareas femeninas —si las hubiese—, y la cocina con su respectiva despensa. Las habitaciones de los empleados se encontraban en la construcción contigua a los establos.

—No tanto, no se preocupe por mí... —Julia estaba acostumbrada a valerse por sí misma, un mal hábito afianzado en sus años de asistencia en el frente.

—Es mi labor preocuparme por usted. —La señora Turner no pudo evitar sonar un tanto dictatorial, su función era servir, no sabía hacer más que eso, su existencia se erguía sobre esa tarea, y no aceptaría que ninguna amable bondad se la arrebatara—. Con su permiso, voy a indicar que dispongan la cena en el salón.

Antes de que pudiera marcharse, Julia reclamó la información faltante:

—¿Y cuál es el uso de esa habitación? —Señaló la puerta al final del corredor, no habían llegado hasta ella, y dada la palidez repentina de Aida, había un motivo.

—Es... —titubeó— es la sala de música.

La información le sentó de maravillas a Julia, no era una buena concertista de piano, pero disfrutaba de jugar con las teclas, la relajaba.

—Oh, he deseado conocer el piano de Alexander desde hace días. —Al fin de cuentas, su marido había sido un gran compositor, y uno de los más jóvenes profesores de piano de Londres.

No pudo contenerse, avanzó decidida a dejarse impactar por el hermoso espectáculo que significaría ese salón de música en particular. El cerrojo opuso resistencia.

—Lo siento, señora... está cerrado.

—¿Podría facilitarme la llave? —Era por demás lógico pensar que el ama de llaves la tendría en sus manos.

—La llave se encuentra en poder del señor Alexander...

La palidez, el mutismo repentino en compañía de esa confesión, hicieron eco dentro de la cabeza de Julia.

—Cuando esté la cena dispuesta se lo comunicaré, señora—finalizó y se marchó

La presuposición de Elle fue equivocada, la nueva señora de la casa no compartiría recámara con su esposo, él se había asegurado de ello. Las maletas de Julia fueron a decorar el espacio de la habitación contigua. La muchacha no hizo más que bufar por lo bajo, el trabajo se le duplicaba, no solo tendría que continuar luchando con la inmundicia del capitán, sino también con la de su esposa; lo único que la mantenía en pie era la apariencia pulcra de Julia, con suerte no tendría que fregar con tanto ímpetu.

—Señora Russel. —Golpeó al tiempo que habló desde la puerta.

—Sí, adelante...

—La señora Turner me envía a decirle que la cena ya se encuentra dispuesta en el salón comedor —informó sin mucho esmero.

Dio un paso más hacia el interior de la habitación para observar con disimulo las pertenencias de la mujer. Dos baúles, una maleta y un par de cajas con sombreros, todo con un contenido para nada envidiable. La decepción se le contagió a la voz, y aunque no tenía deseos de convertirse en su doncella personal, sintió pena por ella. El capitán Russel no era un hueso fácil de roer.

—¿Necesita ayuda? —preguntó a conciencia de que la señora jamás podría quitarse el vestido de novia sin asistencia, tenía una extensa hilera de botones.

Julia llevaba minutos tratando de llegar a los condenados botones que se hallaban anclados entremedio de los omóplatos, era una lucha perdida; barajaba la posibilidad de arrancarlos de un tirón, aun a costa de desgarrar el vestido, ¿qué perdería? Ni que fuese a volver a utilizarlo. Ni que fuese algo a atesorar como memorable.

—Por favor, si eres tan amable —dijo en cambio y giró para darle la

espalda.

Elle no era amable, solo lo aparentaba porque se encontraba dentro del abanico de responsabilidades que debía cumplir por la paga. Uno a uno, desprendió los botones sin decir palabra al respecto.

—Solo los botones... yo me ocupo de lo demás.

Los delicados cuidados de Hannah en el hogar Wesley habían sido más que apreciados por Julia, no contar más con ella era algo que la tenía sin cuidado, la vida en el frente de batalla la había convertido de manera definitiva en una mujer independiente. Lo único que extrañaría serían las amables conversaciones con su doncella, Elle no parecía proclive a charlar.

—Gracias, puedes retirarle, informaré a mi esposo sobre la cena, y bajaremos al salón comedor.

La sirvienta contuvo una carcajada, apretujó los labios con notoriedad, no pretendía ocultar la reacción, al contrario.

—El señor no suele... —El tono jocosó se le escapó de los labios— bajar al salón comedor. —No satisfecha con lo dicho, agregó: —En realidad, el señor no cena en lo absoluto.

La actitud poco cortés de Elle dejó de resultar agradable para Julia.

—El señor puede que haga una excepción por el día de hoy —rebatíó, confiada de que su esposo tendría la decencia de comer con ella en su primera noche en la casa ¡En su primera cena como matrimonio!

—Como usted diga, señora —finalizó con una notoria risilla—. Con su permiso. —Hizo una reverencia sin sentido.

Frío y malhumor. ¡Vaya manera de inaugurar sensaciones y emociones en el que sería su nuevo hogar! Gruñó para sí, como un modo de descargar la tensión recién adquirida. Reemplazó el vestido de novia por uno que le brindara más abrigo, optó por uno color verde musgo con apliques en beige. Era agradable a la vista, le sentaba cómodo y le brindaba confort ante los cambios de temperatura.

Fue hasta la puerta que comunicaba su habitación con la de Alexander. Ni bien golpeó, el cerrojo que se encontraba sin llave se rindió a ella.

—¿Alexander? —No hubo respuesta. Con la punta del pie, amplió los centímetros—. ¿Alexander?... —Nada, solo un leve, casi imperceptible, ronquido. Alzó la voz—. ¡Alexander!

Podría gritar que obtendría una y otra vez el mismo resultado: nada.

Alexander estaba en el sillón, con una pierna a lo largo, otra colgando del apoyabrazos, y la cabeza a un lado, con la barbilla apoyada en el hombro. Se

acercó a él, y volvió a repetir su nombre: Alexander. Casi que lo gritó en el oído.

Indagar el contexto que lo rodeaba fue suficiente para obtener una respuesta. En su mano, que también colgaba del apoyabrazos, tenía aferrada una pipa y el camafeo, las dos piezas parecían fundirse con la fuerza de la presión de la palma. El perfume a opio en su piel y cabello fue el último descubrimiento de la noche para Julia. No despertaría, por lo menos no esa noche.

Frío, malhumor y un atisbo de melancolía. Melancolía por él, por la forma en que rechazaba la vida.

Fue hasta la cama en busca de una almohada, regresó a su lado, y la colocó detrás de su cuello. Era lo único que podía hacer por él en ese momento. Eso y procurarle más calor; tomó un edredón, y lo cubrió. Intentó acomodar su cuerpo lo más que pudo, él no se daría cuenta de nada, estaba sumido en un profundo sueño. Cuando lo movió, una llave con un cordel cayó al suelo. Julia la examinó sin mucho sentido, no conocía nada de la casa, aunque no tendría que ser una mente iluminada para suponer qué abría: era la llave de la única habitación cerrada de la casa: la sala de música.

Un movimiento inesperado por parte de Alexander la hizo retroceder, con la llave en mano se sentía una usurpadora, una que debía conservar el silencio. El giro brusco de su esposo fue una reacción a la comodidad que ella le había brindado, se reacomodó en la almohada, cambió la posición de sus piernas, y sus brazos se refugiaron bajo el cobertor. El camafeo fue liberado sobre la alfombra. Julia lo recogió.

No debía, se dijo a sí misma. No debía tomarlo. El camafeo había retornado a su dueño y ahí debía quedarse.

No, no debía. Sus dedos fueron más rápidos que sus pensamientos contradictorios. Guardó ambos objetos dentro de la pechera de su vestido. Los regresaría cuando su esposo despertara... si es que algún día lo hacía.

En el salón comedor la esperaban Aida Turner, Elle y un festín que podía alimentar a medio batallón. Todo se veía y olía de maravillas, en otro momento Julia se hubiese lanzado a la degustación de cada uno de los manjares con gran placer, en ese instante, su estómago no se hallaba con ganas de festejo.

—Buenas noches —saludó, y las dos mujeres respondieron con un sutil movimiento de cabeza.

Tomó asiento en lo que parecía ser su lugar en la mesa, a la derecha de la cabecera. Sin mucha más alternativa, informó:

—El señor no va a bajar a cenar.

Aida tuvo que pellizcar a Elle para que esta no gimoteara entre risas. Para suerte de las tres mujeres, y de la incomodidad que nacía segundo tras segundo, una visita inesperada llamó a la puerta.

Las tres se miraron desconcertadas, ¿una visita a esas horas? La expresión de desconcierto en Julia le hizo comprender a Aida que no era un familiar o conocido de la nueva señora.

—Con su permiso, señora Julia —se excusó para ir a cumplir con su labor.

¿Cómo no adivinarlo? Era la única persona que gozaba con el privilegio de visita fuera de las horas convencionales: Richard Trevor.

La señora Turner lo invitó a pasar al salón comedor sin preámbulo protocolar, intuía que la señora Russel se sentiría a gusto recibiendo al imprevisto invitado.

No se equivocó. Julia saltó de la silla como si un resorte la hubiese impulsado.

—¡Señor Trevor!

Fue su sonrisa lo que le confirmó a Aida que había hecho lo correcto.

—No, por favor, nada de señor, ni Trevor... llámame Richard, señorita... —se corrigió de inmediato—, señora Russel.

La emoción les hizo olvidar a ambos los saludos formales, no hubo ni un solo «buenas noches» o «bienvenido».

—Richard será... con una condición —agregó con tono alegre, dejando atrás el mal humor y la melancolía que se había instaurado en ella—: que yo sea Julia para usted.

Él sonrió. Ella se sumó a su sonrisa para perpetuar la que ya tenía en los labios.

—Julia será... —Richard observó a ambos lados como si quisiera hallar algo o alguien. Finalmente, preguntó— ¿Alexander?

—No se encuentra en condiciones... creo que la boda lo ha agotado.

Una vez más, la risilla de Elle coronó el momento. La señora Turner le ordenó por lo bajo que se retirara. Así lo hizo, llevándose consigo la picardía de reírse con descaro ante la señora de la casa.

Trevor resopló víctima de un fastidio que no era más que el resultado de sus pasados entrecruzamientos de palabras con Alexander. Él le había dicho que ese matrimonio era una locura sin sentido. Y ahí estaba la «locura sin sentido», sola, en su primera noche de boda, en una casa que en nada se comparaba al que había sido su hogar.

—Me imagino, debe estar igual de agotado que tú. —El tuteo decidió formar parte del intercambio de palabras.

Ella volvió a sonreír y dejó entrever la melancolía oculta en su mirada.

Aida intervino, no debía de hacerlo, estaba muy fuera de lugar, pero lo hizo porque se le estrujaba el corazón dentro del pecho por la pobre mujer que tenía ante ella. Alexander no tendría perdón, dejarla librada a su suerte, ¡cómo fue capaz de tal grosería?!

—Señor Trevor, ¿va a acompañar a la señora en la cena?

Los ojos de Julia parpadearon descontrolados. ¡Vaya que era una grandiosa idea!

Trevor ya había cenado, pero se reservó la información, las miradas expectantes de las mujeres lo forzaron a callarse.

—Oh, Richard, sería una agradable compañía para mí. —Las palabras escaparon de la boca de Julia.

—Y para mí también sería igual de agradable.

Julia y Aida actuaron en perfecta combinación, reacomodaron la vajilla sobre la mesa y la colocaron al otro lado, enfrentada a la de ella.

Tomaron asiento, y fueron atendidos por la señora Turner. Una vez que las copas fueron llenadas y los platos saturados con comida, los dejó a solas. La conversación se tornó más directa y personal.

—¿Cómo te ha resultado el nuevo hogar?

La duda le enredó la lengua. ¿Qué palabras utilizar?

—Agradable... comfortable —dijo sin un atisbo de emoción.

—¿Agradable y comfortable? —Richard no se creía esa historia, jugó con los vegetales del plato, pinchó con el tenedor un espárrago, lo degustó, y volvió a plantear la pregunta—. ¿Cómo te ha resultado, sinceramente, el nuevo hogar?

—¿Sinceramente? —Los ojos de Richard la evaluaron desde la escasa distancia, tenía una actitud distendida, y si a eso le sumabas que era un joven carismático, amable y poseedor de bellas facciones, sucumbías a sus encantos y preguntas—. Sinceramente me resulta extraña, solitaria... y fría. Muy fría. — Fue asaltada por un escalofrío.

Richard no pudo más que reír.

—¡Doy fe de ello! ¡Muy fría!

Rieron juntos. Julia bebió vino para ayudar al cuerpo a templarse.

—Considerando que no es una casa muy grande —continuó— es por demás llamativa su temperatura. No la recuerdo así en mi niñez.

—¿Has venido a esta casa en tu niñez?

—He venido a esta casa desde que tengo memoria... Alexander es comparable a un hermano para mí.

—¿Se conocen desde muy niños?

Estaba al tanto de que la amistad databa de años, no más que eso. La información que tenía sobre Alexander estaba conformada a base de rumores, y anécdotas de su padre.

—Sí, casi desde los seis años... para aquella época, mi familia adquirió la que supo ser la mansión Russel.

—¿Te refieres a la mansión al otro lado de la laguna? ¿Ahí vives?

—Sí, esa misma... vas a tener que acostumbrarte a mí —bromeó—, soy lo único que tienes a leguas a la redonda.

Julia exhaló. Le agradaba saber que contaba con la cercanía de una persona amable y dispuesta como Richard Trevor, su padre también le había contado historias sobre el hermano del conde. Era un hombre que merecía su confianza.

—Me agrada saberlo.

—Lo que sea que necesites, Julia... cuando lo necesites, no tienes más que ir y golpear a mi puerta.

Alguien tendría que velar por el bienestar de la muchacha. Richard se sentía responsable de su destino, si no hubiese llevado a Alexander a la condenada fiesta del general, la vida de Julia Wesley sería otra. Una menos fría y con cenas en compañía.

—Y si no necesitas nada, también —agregó—. No dudes en ir a golpear a mi puerta, mi madre estará feliz de contar con una visita femenina en la casa.

—Lo tendré en cuenta, Richard, muchas gracias.

Él alzó la copa de vino al aire como gesto de brindis. Julia lo imitó. Sonrieron y bebieron.

«Extraña, solitaria y muy fría».

Experimentaría la extrañeza por un tiempo, lucharía contra el frío el resto del invierno. En cuanto a la solitaria sensación... Richard, poco a poco, se la llevaría consigo.

Volvieron a sonreír y disfrutaron de la cena entre anécdotas compartidas.

Lo correcto hubiese sido ir a la cama, el día había sido largo y agotador, tenía que estar cansada; sin embargo, no lo estaba. La breve compañía de Richard Trevor resultó ser más estimulante de lo esperado y, en complot con la ansiedad que su cabeza alimentaba desde mucho antes de la cena, plantó en su mente la semilla de lo indebido.

La casa estaba sumida en un silencio sepulcral. Aida y Elle ya se habían retirado al apartado de sus habitaciones, solo quedaban ella y Alexander, que seguía dormido en la exacta posición en la que lo había dejado horas atrás.

El camafeo y lo que creía que era la llave de la sala de música se encontraban bajo su almohada, las había ocultado en ese lugar cuando Elle la interrumpió para ayudarla con la ropa de cama, y ahí continuaban, a la espera...

Lo correcto hubiese sido forzarse a dormir. ¡Al demonio con ello! Se colocó el camafeo al cuello y enredó los dedos en el cordel de la llave. Abandonó la habitación con la asistencia luminosa de una sola vela. Se había olvidado de preguntarle a la señora Turner en dónde las almacenaban, y contaba con ese escaso suministro. ¿Quién iba a suponer que la nueva señora Russel disfrutaría de tales paseos nocturnos?

Descendió las escaleras con lentitud, asegurándose de sentir la madera bajo los pies antes de dejar caer la totalidad del peso del cuerpo. Apenas podía ver más allá de unos centímetros, la casa estaba envuelta en una profunda oscuridad, como si un manto de penumbra la cubriera. Cuando llegó a la planta baja, la brisa que recorría el corredor principal hizo danzar la tela de su camión. La baja temperatura nocturna le heló los pies, los escarpines tejidos no fueron abrigo suficiente, su cuerpo se entregó al primer temblor. La brisa se transformó en un incordio inesperado, sopló como si quisiera ser viento y apagó la vela. La casa era pequeña, y en torno al corredor se encontraban el acceso al resto de los ambientes, por lo que no había lugar para ventanas; estaba completamente a ciegas, la luna que, de seguro, brillaba en lo alto, no tenía paso al interior, aunque lo desease.

Extendió la mano derecha para tantear cualquier elemento que se cruzara en su camino. Avanzó temerosa ante el desconocimiento al que se enfrentaba. Desistir no era una alternativa, la negra espesura la acompañaría en cualquier

dirección. Contó los pasos a modo de crear un mapa mental, luego de sumar cincuenta y ocho, su mano rozó una superficie que reconoció de inmediato, estaba en el destino deseado. Recorrió la madera con la yema de los dedos hasta dar con el cerrojo, como pudo, tanteando los relieves de la llave, la introdujo en la cerradura, giró... y la brisa, todavía traviesa, la abrió con fuerza de par en par.

Tuvo que entrecerrar los ojos para adaptarse al cambio de luz repentino, dentro de la habitación el hogar ardía con ímpetu, parecía un fuego recién encendido. ¿Cómo era posible? Si Alexander era el único que poseía la llave y llevaba horas dormido en profundidad.

La cadena inagotable de posibles preguntas se rompió cuando la totalidad de la sala se presentó ante sus ojos. La tapa superior del piano estaba en lo alto y, sobre el atril, reposaban partituras desordenadas, pero...

No solo ahí había hojas de partituras, el piso del salón estaba cubierto de ellas, era como si alguien las hubiese arrojado al aire con el propósito de generar caos. Se dejó caer de rodillas para recogerlas, una a una, y cada una de ellas le contaba una historia, de la nada río, y de la misma manera, la risa fue suplantada por una intensa necesidad de llanto. Esas emociones no le pertenecían, eran de la dueña de esas partituras, también oía la música... la melodía que, tiempo atrás, había sido sinónimo de amor y esperanza.

Recogió todas las hojas y las acomodó en el atril junto a las otras, no les dio el orden que requerían, no sabía cómo, supuso que Alexander se encargaría. La luz de las llamas jugó con el marfil de las teclas, y la mirada de Julia se detuvo al observar una flor de papel que reposaba ahí a la espera de ser hallada. La sostuvo entre sus manos, quería percibirla, sentirla...

No obtuvo nada a cambio, lo que le resultó por demás peculiar. No había carga emocional en esa figura de papel.

—¡Suéltala! —La voz de Alexander irrumpió como un rayo, quebrando la paz del ambiente. Fue hasta ella y le arrancó la flor de la mano—. ¡No te pertenece, es para mí!

Lo confesión de pertenencia solo la llevó al siguiente escalón de duda. Si él era el destinatario, ¿quién había sido el emisario?

—Lo siento, solo la encontré, no tenía intenciones de apropiarme de ella.

Alexander se encontraba en la invisible línea que separaba el sueño de la vigilia. Cada noche llegaba hasta ese salón guiado por el mismo motivo, y cada noche hallaba el recuerdo de un pasado que no quería ser enterrado.

—¿Cómo lograste ingresar?

—Con la llave...

De inmediato, Alexander tanteó su bolsillo. La desesperación lo invadió, todo era difuso, lo que veía, lo que sentía, lo ocurrido horas atrás... el opio había cumplido con su parte del trato. Julia exhibió ante su mirada aquello que él no hallaba. Alexander intentó capturar la llave sin mucho éxito, solo consiguió pellizcar el aire y, como resultado, se tambaleó perdiendo el equilibrio.

—La hallé en el piso de la habitación —mintió mientras lo ayudaba a estabilizarse con su cuerpo como sostén—. Supuse que era la llave de esta sala —Alexander tomó asiento en la butaca—, y como no podía dormir...

—¿No podías dormir?

Segundos después comprendió la naturaleza idiota de su pregunta. ¡Había sido el día de su boda, por supuesto que no iba a conciliar el sueño de manera tan sencilla!

—No, y cuando eso sucede suelo tocar el piano... —Fue otra pequeña mentira.

Tenía deseos de gritarle en el oído la regla principal de la casa: ¡Nadie ingresa a la sala de música a excepción de él! ¡Nadie!

Los deseos se desvanecieron ante la culpa, apenas conocía a Julia Wesley... Russel, se recordó. Era su esposa. Apenas conocía a su esposa, y no necesitaba saber mucho de ella para reconocer que no había maldad ni malas intenciones en su corazón. Su vida junto a él sería una lenta condena, podía esperar un par de horas más antes de hacérsela cumplir.

—Si quieres un piano, te traeré otro —masculló para esconder la furia que quería apoderarse de sus palabras, ella no la merecía.

—No es necesario, podría utilizar este. —Estaba hurgando en una herida, Julia lo sabía, como también sabía que la única forma de aliviar el dolor era de esa manera.

—¡No! —No pudo contenerse, casi que gruñó—. Este piano le perteneció a alguien... —Respiró profundo para controlarse, regular su temperamento explosivo—. No vuelvas a ingresar aquí, nadie puede entrar aquí. ¿Me has oído?

Tras esa pregunta, cometió un error, ir en busca del rostro de su esposa. Era bella...bella como la más hermosa noche de primavera, y en ese instante supo que la calma, esa que no alcanzaba hallar ni con todo el opio del mundo, se encontraba en Julia, en sus ojos.

La joven se limitó a asentir, giró sobre los talones dispuesta a marcharse.

Antes de sumergirse en la oscuridad del corredor, preguntó:

—¿A quién le perteneció ese piano?

¿Qué sentido tenía callar? Si todas las paredes de esa casa clamaban su nombre para no dejarla ir. Si todavía estaba ahí, con él, en cada rosa...

La flor de papel danzó en los dedos de Alexander. La acarició víctima de la rememoración.

—Phoebe...su nombre era Phoebe.

## Capítulo 5

Despertó y se encontró con un par de ojos que la miraban de una manera indescifrable. Parpadeó para disimular la incomodidad, esos iris oscuros pertenecían a su marido y todavía no se acostumbraba a ellos. Había tenido poco contacto con los mismos, Alexander y Julia se rehuían mutuamente, era la dinámica entre ambos, una que parecía que iba a cambiar esa mañana.

Estaba sentado sobre la cama, esperando a que despertara. Vaya a saber cuánto tiempo estuvo ahí. ¿Minutos? ¿Horas? Ante ese pensamiento la piel de Julia se crispó al sentirse invadida en la intimidad.

¿Intimidad? Se corrigió en silencio. Eran marido y mujer, y ella no era ninguna doncella inocente, por lo menos no en pensamiento. El roce de la mano de Alexander en su cuello volvió a erizarle la piel. Su cuerpo reaccionaba ante la cercanía, más de lo que deseaba, más de lo que esperaba. Se movió entre sábanas para tomar distancia. Tarde, las manos de Alexander le aprisionaban el cuello, la atraían a él. Sintió un pellizco en la nuca, mientras los labios se enfrentaban al minúsculo espacio vacío entre ellos. La exhalación profunda de él se mezcló con la respiración agitada de ella. ¿Iba a besarla?

Los labios se desviaron hacia un lado hasta llegar a su oído.

—No vuelvas a tomarlo... —le susurró.

Julia recordó que llevaba el camafeo en el cuello, y ese era el destino final de las manos de su esposo. Los dedos de Alexander vencieron el abrojo de la cadena y, con suavidad, recuperó la joya.

—Debemos acordar en algunos términos de convivencia —dijo poniéndose en pie—, no en vano nuestras habitaciones se encuentran separadas, procuremos no invadirlas.

Las cejas de Julia se alzaron en un gesto de incredulidad. ¿Acaso no estaba él haciendo justamente eso? Carraspeó para que comprendiera la vaguedad de su discurso.

—De ahora en adelante procuraremos no invadirlas —agregó él.

—¿Alguna excepción a la regla? —Ese estilo de prohibiciones no comulgaban bien con el sentido aventurero de Julia.

La pregunta descolocó a Alexander. Siendo la hija de Wesley no debía de extrañar la naturaleza combativa de la muchacha.

—No lo sé, ¿tienes una excepción a la regla?

Ninguno de los dos estaba dispuesto a hablar de los deberes maritales. Para Alexander no era una prioridad, ni siquiera una esposa había sido una prioridad ¡Por los cielos, caía en cuenta de que estaba casado! Tenía una esposa ¡Esposa!

Debía maldecir a Richard, él era el que lo motivaba a contemplar la vida libre de estímulos alucinógenos. Al diablo con eso, la sobriedad nunca traía nada bueno consigo, una esposa era el claro ejemplo.

—No de momento... —Julia también debía de establecer sus reglas, no pensaba ser la única en ceder—, pero estoy segura de que alguna vendrá a mi cabeza.

Aunque lo disimuló, el tono de Julia fue demandante, y no pasó desapercibido para Russel.

—Cuando eso suceda, volveremos a evaluar los términos. —Alexander consideró prudente no extender el asunto más de lo que debía, presentía que su joven esposa poseía una experta habilidad: la de la dulce manipulación—. En el presente solo tienes que respetar los territorios que involucran a mi recámara y la sala de música. Con respecto al piano...

Julio hizo a un lado las cobijas para abandonar la tibieza de la cama.

—El piano ya es un asunto solucionado —lo interrumpió sin más mientras se cubría con la bata—. Richard Trevor me ha invitado al pleno uso de los que él dispone, creo que será suficiente por ahora. Si el deseo amerita más...

Era una de las tantas cosas de las que habían hablado durante la cena. Richard daba clases de piano, y no solo se ofreció a facilitarle el uso del instrumento, también estaba dispuesto a brindarle su conocimiento musical.

—¿Richard estuvo aquí? —La interrupción fue interrumpida—. ¿Cuándo?

—Si el deseo amerita más —repitió Julia para finalizar con su discurso—, haré traer mi piano. —Cuando expuso lo que deseaba, respondió a su pregunta—. Richard Trevor estuvo ayer a última hora del día, y tuvo la amable cortesía de cenar conmigo.

Alexander tragó saliva, la palabra «cortesía» se le había atorado en la garganta, y una sensación de incomodidad le tensó el rostro. Él no era esa clase de hombre, por lo menos no el que había sido gran parte de su vida; se

había transformado en esto a sabiendas de que la soledad era su única compañía. El problema era que ya no estaba solo, había cometido una gran estupidez, la de casarse, y recién —sin los efectos del opio nublando sus pensamientos— comenzaba a comprender los pormenores del asunto.

El llamado a la puerta los libró de la ríspida situación. Los dos agradecieron la llegada de Elle, que se asomó por la puerta ni bien le dieron el permiso.

—Señora Julia... señor Russel —saludó a ambos con falsa cortesía—, el desayuno se encuentra a la espera en el salón comedor.

—Gracias, Elle. —Julia fue la única que respondió.

—¿Necesita ayuda? —preguntó la muchacha sabiendo que entre sus nuevas tareas estaba la de ser doncella.

—Oh, sí, por favor...

Los ojos de las mujeres se posaron en Alexander con una clara indirecta, debía marcharse. Dio un par de pasos hacia atrás, se sentía un extranjero en su propia tierra, sus talones chocaron con una de las sillas.

—Le indicaré a la señora Turner que te envíe una bandeja con desayuno a la recámara. —Daba por hecho que su querido esposo no se tomaría la molestia de abandonar su templo de tormento para ingerir un bocado.

—No es necesario.

—El señor no desayuna —fingió susurrar Elle, en realidad pretendía que Russel también lo oyera—. Esta suele ser su hora de descanso.

—Ya veo. —Julia intentó lucir despreocupada, se dirigió al ropero para seleccionar un vestido de día cómodo, tenía intenciones de recorrer los alrededores, parecía una linda mañana—. Ven, Elle, ayúdame con esto. —No había desempacado del todo, quería lucir su vestido azul con bordados en ocre, y estaba segura de que se encontraba dentro de uno de los baúles.

Así, al igual que cuando entró, la partida de Alexander pasó desapercibida para Julia. En silencio, regresó a su habitación decidido a arrojarse sobre el colchón. Estaba más consciente de lo esperado a esas horas del día, poco habitual en él, y eso le permitía tomar una decisión sabia, utilizar la cama en vez del suelo.

Elle estaba en lo cierto, la hora de descanso comenzaba a primera hora de la mañana. No podía dormir durante la noche; cuando el manto oscuro cubría el cielo, los fantasmas del pasado lo perseguían, y Alexander los esperaba. Esperaba a uno en particular, y luego... luego se entregaba al éxtasis del olvido influenciado por todo aquello que estaba a su alcance.

Cerró los ojos, tal vez Morfeo se apiadaría de él en esa ocasión y lo invitaría a su mundo con una cálida bienvenida. Giró hasta quedar boca abajo, hundió el rostro en la almohada.

O tal vez no... No lo sabría. Le había perdido la paciencia a la vida. Nada seguía el curso natural para Alexander, todo debía manipularse, forzarse. Estiró el brazo hasta dar con la parte baja de la cama, ahí escondía su tesoro. Tanteó el suelo para dar con la pipa —una de tantas— y con el pequeño cofre que contenía el polvillo de adormidera. Halló ambas cosas y, satisfecho por su logro, reptó sobre el colchón para no exigirse demasiado. Desde ahí, con piernas a lo largo, y brazos y cabeza colgando, preparó el elixir que lo llevaría al desvanecimiento profundo.

Como si de un eco fantasmal se tratase, lo dicho por Julia minutos atrás retumbó en su cabeza:

*«Tuvo la amable cortesía de cenar conmigo».*

Una y otra vez. Una y otra vez.

Maldijo para sus adentros; se enfureció con él, no por lo que le había hecho a su esposa la noche de bodas, sino por las nuevas responsabilidades que le condicionarían la vida. ¿Hasta cuándo podía huir de ellas?

Analizó todo en detalle. Se hallaba en ese punto exacto en donde se definiría la base del matrimonio. Podría ceder, en pequeños asuntos, para hacer de la vida de Julia algo tolerable; o, podría continuar con la realidad de su existencia sin variación alguna, y ella no tendría más que adaptarse. Esto último le garantizaba la nulidad de expectativas. Sin expectativas no habría decepción, y sin decepciones no habría culpas.

Culpa. Alexander no podía cargar con una más a su espalda. Sin embargo, la muy condenada le susurraba al oído:

*«Tuvo la amable cortesía de cenar conmigo».*

*«El señor no desayuna... esta suele ser su hora de descanso».*

Gruñó. Se enojó consigo mismo, se abofeteó como castigo y regresó los elementos de aislamiento y apagado sensorial bajo la cama.

Solo por hoy, por esa mañana, se dijo. Solo por hoy tendría la misma cortesía con ella.



El trozo de tostada se atascó en la garganta de Julia, tuvo que toser para luchar contra la molestia. Aida y Elle hicieron lo mismo, tosieron; la sorpresa

de la presencia de Alexander fue comparable a la de una hogaza de pan atravesada.

Ni una palabra rozó el aire. Todo parecía fuera de lugar, él, ellas. La existencia de Alexander se limitaba a dos habitaciones: la recámara y el salón de música. Llevaba casi un año sin poner en pie en los otros espacios comunes, salvo por el corredor principal, por supuesto, que lo recorría a la fuerza cuando Richard Trevor se encaprichaba en obligarlo a tomar una bocanada de aire puro, gozar de uno que otro rayo de sol —cuando estos se dignaban a aparecer—, y estirar las piernas entumecidas.

Una sinfonía discordante de platos y tazas desterró al silencio, en segundos, la cabecera de la mesa, que solía ser ocupada por Russel, fue nutrida con los elementos necesarios para un desayuno. Té, pan tostado, mantequilla, huevos hervidos a media cocción y alguna que otra fruta de estación en dulce almíbar. El estómago de Alexander se retorció, su dieta estaba constituida a base de bebidas alcohólicas; los alimentos sólidos eran un recuerdo, en consecuencia, la exposición a tal majestuosidad culinaria de primera mañana le resultó intolerable.

Aida aprovechó la situación de debilidad del señor para llenar la taza con té y leche. Con mucho té y leche.

—Gracias... —balbuceó Alexander, un dolor de cabeza punzante lo atormentaba. Apenas podía mantener abiertos los ojos. Parecía que su cuerpo se alzaba en rebeldía contra la decisión de comportarse como un individuo común y corriente.

Julia redobló la apuesta, podía verse a la legua que el cuerpo de su esposo requería mucho más que líquidos. Deslizó hacia él un apoya huevos con uno en su cima, cascó la parte superior con una cuchara, se deshizo de los restos de cáscara innecesarios y se lo extendió.

Alexander se apretujó los ojos hasta motivarlos a abrirse por completo, y una vez logrado el objetivo, fue en busca de los ojos de su esposa.

—Gracias —repitió con un poco más de esmero en esta ocasión.

Los «gracias» fueron correspondidos con miradas por parte de Julia y Aida. Esas miradas reclamaban la acción. Solo Elle se mantenía ajena al despliegue de atenciones. Sin más alternativa, tomó una tostada, hundió la punta en la yema tibia y cremosa, y la degustó de un mordisco.

¡Vaya sorpresa! Estaba deliciosa, demasiado deliciosa. Con cucharilla en mano devoró la totalidad del huevo en milésimas de segundos. Alexander Russel estaba comenzando a recordar los placeres de la vida; en particular, el

de la comida.

Té, tostada con mantequilla, más té. Otro huevo... higos en almíbar. Más té, y bueno, una o dos tostadas como cierre final. No, mejor tres.

La sonrisa de Julia no pasó desapercibida para Alexander quien la observaba de reojo, con disimulo, pero no dejaba de observarla. Y ahí estaba ella, con su cabello rojizo enlazado en lo alto, con sus ojos azules brillando en consonancia con el sol de la mañana, y las comisuras de sus labios rosados y carnosos ensanchándose a fuerza de sonrisas que pretendía ocultar con la ayuda de la taza.

¿Qué decirle? ¡Por los cielos, se había olvidado de cómo entablar una conversación!

Ella salió a su rescate.

—¿Cómo has dormido?

Esa clase de pregunta amable y condescendiente tendría que haber salido de sus labios considerando que ella había pasado la primera noche a solas en el hogar matrimonial, pero cuando lo primero que le dices al abrir los ojos es «no vuelvas a tomarlo», la amable condescendencia pierde sentido. En realidad, todo perdía sentido después de eso, anulaba cualquier cortesía brindada durante el transcurso del día.

—No he dormido aún. —De nada servía mentirle. La reciente señora Russel debía de adaptarse a sus costumbres.

Julio esbozó un suave y casi inaudible... «Oh». Dejó la taza con la bebida ya tibia sobre el platillo, y sin hacer contacto visual con él —tenía sus motivos, y cada uno de ellos se vinculaba a sensaciones nuevas que prefería mantener a raya—, compartió sus planes.

—Estaba pensando en recorrer los alrededores, parece un día cálido...

Considerando que estaban a mediados de invierno, era algo que se escapaba de lo común.

—Hazlo —la interrumpió antes de que se le ocurriera incluirlo en la excursión, y sugirió una alternativa—. Puedes llevar a Pip contigo... conoce los alrededores como la palma de su mano.

—No era mi intención llevar a Pip. —Julia se reprochó el no haber sido directa: *Estaba pensando en que podríamos recorrer los alrededores.*

—Pues no me parece adecuado que salgas sola, luce como un día cálido, pero, por estas regiones, las tormentas repentinas son habituales. Podrías perderte...

Alexander no tenía que disfrazar más los argumentos. Julia no era tonta,

comprendía el sutil desplante que le hacía, al fin de cuentas, esa era la dinámica matrimonial que él intentaba establecer.

—No pretendía salir sola, contaba con tu presencia. —Lo dijo conocedora de la respuesta, es más, lo dijo para poner en jaque a la creatividad argumental de Alexander.

—Ya conozco los alrededores de mi casa, prefiero invertir mi tiempo en otras actividades. —Hizo a un lado la taza de té como un indicador de que la conversación lo incomodaba al punto tal de marcharse.

—¿Qué tipo de actividades?

Reconocía la inocencia en su esposa, era una mujer transparente, por eso reconocía también la inteligencia mordaz que se camuflada en algunas de sus palabras.

—No quieres saberlo.

Involucraba una pipa y sustancias alucinógenas que, combinadas con bebidas alcohólicas de la mejor calidad, daban como resultado un profundo estado de sueño carente de cualidades reparadoras.

—Quiero saberlo, tal vez podríamos llevar a cabo una de esas actividades juntos.

Julia lanzó la propuesta al aire sabedora de la respuesta, sabedora de las actividades en sí. Había oído hablar mucho sobre el capitán Alexander Russel, un centenar de anécdotas que nada tenían que ver con el hombre que hoy aparentaba ser. El dolor lo había cambiado, y Julia conocía el dolor, el propio y el ajeno. De este último no podía escapar, bastaba un roce para sentirlo. Y esa casa, él, ese camafeo, el nombre «Phoebe» confesaban dolor a cada segundo.

Ese fue el punto final para Alexander, prefería sumergirse en «sus actividades» antes que extender esa conversación. Con un abrupto movimiento —el control del cuerpo se escapaba de él a esas horas de la mañana—, abandonó la silla dispuesto a regresar a la recámara.

—No, no podríamos... —Atravesó el comedor en un par de zancadas y antes de cruzar la puerta, le recordó—. Llévate a Pip contigo. —En esa oportunidad no sonó como una sugerencia, sino a orden.

Posiblemente no volvería a tener noticias de él por el resto del día, se encerraría en la habitación y... ¿quién sabe? Tal vez al otro día la despertara con una nueva demanda. O no. Debía aprovechar cada momento al máximo, presionar, y también plasmar las propias demandas.

—¿Quién es Phoebe? —Atacó sin piedad esperando lograr un cometido.

Uno que consiguió. Alexander se detuvo para girar con brusquedad y toda la afabilidad demostrada se hizo trizas. Su rostro mutó a severo, sus cejas se alzaron tensando el ceño y su cicatriz se hizo más evidente.

—«Quién fue...». Esa es la expresión acorde.

La ira repentina en su voz fue notable, sin embargo, Julia no se sintió como la destinataria de la misma. No, era furia que tenía como único objetivo torturarlo.

—¿Quién fue Phoebe? —No se amedrentó, hizo presión en la herida.

Alexander prefirió el silencio, sabía que más temprano que tarde, debería de responsabilizarse de sus palabras, en especial de aquellas que albergaban una violencia injustificada. Julia no tenía por qué cargar con la furia de un pasado que él no se permitía liberar. Se alejó para evitar futuros arrepentimientos. Se alejó porque prefería la soledad, y la misma estaba en riesgo con ella en su vida. Sí, había sido el peor de los idiotas, y el peor de los cobardes. Tendría que haber elegido el enfrentamiento a duelo antes que el matrimonio. Un duelo ante Frederick habría significado la muerte; su vida junto a Julia era peor, significaba la posibilidad de nuevos deseos. No los quería... no quería desearla, sentirla.

No, no lo quería.



Phoebe era el pasado, era un nombre sin rostro y sin historia, porque nadie osaba siquiera nombrarla. Lo intentó con Elle, y la muchacha se mostró inquieta hasta el límite de excusarse con tareas inventadas. Hizo lo mismo con la señora Turner, la anciana mujer siempre estaba más predispuesta al diálogo, en especial cuando este tenía como fin hallar una manera de encarrilar al señor de la casa. Para Aida esa era su función principal, la que le había encomendado el duque.

—Esa historia no me corresponde a mí contarla, señora Julia. Si su esposo se resguarda en el silencio, deberá aceptarlo, tiene sus razones.

—¿Razones? ¿Se refiere a esas mismas que lo llevan a relegar su vida dentro de las cuatro paredes de la habitación?

Julia era un sabueso bien entrenado, sabía dónde olfatear, dónde propinar la mordida.

—Como sea, señora, son razones al fin. No todos pueden afrontar la pérdida de un ser querido.

—Es verdad, lo sé por experiencia, debí afrontar la muerte de mi madre... y con su muerte aprendí algo que no voy a olvidar jamás, las pérdidas no se combaten con el encierro y la soledad, sino con aceptación.

—Cuando la muerte se lleva a alguien a tan temprana edad, la aceptación es una tarea muy difícil. —Aida se había dejado llevar por la conversación sin medir la información que se le escapaba de los labios.

—¿Temprana edad? —Sin decir mucho, Aida le había dicho más de lo que Julia esperaba—. ¿Phoebe era una niña?

La expresión tensa en el rostro de la señora Turner le dio una respuesta afirmativa. Julia trazó un sinfín de hipótesis, y cada una de ellas se gestaba en el mismo pensamiento:

—¿Alexander tuvo una hija?

De ser así había sido una hija ilegítima. Cuando lo pensaba era más común de lo que creía, conocía muchas historias de capitanes que tenían hijos no reconocidos en algún lugar del mundo. La vida en altamar hacía olvidar a los hombres que en el hogar los esperaba una esposa.

—No... —La mujer dudó, se corrigió—. Sí... —Volvió a dudar—. Le repito, señora Julia, no es una historia que me corresponda a mí contar —finalizó y se llamó al silencio retornando su actividad: terminar con el pulido de la platería.

Indagar más, encontrar la manera de hacer preguntas indirectas —una cualidad innata en Julia— solo generaría malestar en la señora Turner.

Ni Aida, ni Elle, ni siquiera el mismísimo Richard Trevor le brindarían la información que reclamaba. Se encontraban atados a la soga de la lealtad. En el caso de las mujeres era una lealtad laboral; para Trevor, en cambio, era sentimental. Existía un individuo que todavía no se hallaba comprometido a ninguno de esos lazos, uno libre de normas sociales, que podía hablar de esa niña como lo que era ... porque los niños eran eso, «niños», hasta que la sociedad les imponía reglas y deberes.

—Señora Turner, voy a ir a dar un paseo.

Era pasado el mediodía, y el sol de la mañana había sido devorado por el cielo gris tan característico de la época invernal.

—¿A estas horas, señora? —La preocupación le hizo recuperar la voz a Aida—. ¿Sola?

—Sí, falta un par de horas para la llegada de la noche, y no, sola no. Alexander me ha sugerido al mejor compañero de aventuras: Pip.

Aida sonrió. Confiaba en el pequeño, era el único que conocía cada

centímetro a la redonda.

Conocía cada centímetro a la redonda y los recorría a una velocidad inigualable, Julia tuvo que pedir piedad para poder respirar.

—Detente, Pip... —Buscó sostén en un árbol, respiró profundo y exhaló varias veces.

—Pero ya casi llegamos, señora Julia —Él no necesitaba de respiraciones extras ni descansos—, cierre los ojos y escuche... —le indicó con alegre motivación—. ¿Puede oírla?

El sonido era leve, no lejano, tan solo leve, la laguna no mostraba la fuerza del mar, lo que la hacía en extremo calma.

—Sí, puedo oírla, pero si quieres que dé un paso más, ven... —Estiró la mano a él—, necesito ayuda.

Pip eliminó los metros que los separaba a la corrida, la tomó de la mano sin considerar tal acto algo incorrecto y tiró de ella para estimularla a la caminata. Tras unos minutos a paso firme, llegaron a la parte plana de la laguna.

—Más allá —explicó el pequeño señalando a lo lejos—, se encuentra el puente, cerca de la cascada, pero a mi padre no le agrada que explore por esos lares.

Julia se dejó caer de nalgas sobre el césped, sus piernas requerían de un descanso si pretendía contar con ellas para el regreso.

—¿Por qué?

—Por lo que sucedió —dijo Pip en voz baja como si estuviera confesando algo que no debía.

—¿Qué sucedió?

Para hacer más profundo el clima confidencial, se acercó y ocupó el espacio de césped contiguo a ella.

—Mi padre dice que es mejor no hablar, que hay que olvidar...

—¿Olvidar? ¿Qué tienes que olvidar?

—A los muertos —susurró comprobando que no hubiese nadie alrededor—, porque cuando uno habla de los muertos, ellos regresan...

La piel de Julia se erizó, en especial tras su nuca; le adjudicó la sensación a la temperatura que comenzaba a descender más a cada minuto, se ajustó la chaqueta y se cubrió el cuello acomodando el chal tejido. Era su oportunidad,

no la desperdiciaría.

—¿Te refieres a Phoebe? —El niño asintió. Lo que no había logrado con los otros a fuerza de preguntas, con Pip surgía de manera natural—. He oído hablar de ella... ¿era tu amiga?

—Sí —respondió cambiando el matiz confidente por el de tristeza.

—¿Vivía aquí?

Había pocas habitaciones en la casa, y en ninguna de ellas había encontrado señales de la existencia de un niño.

—Solo algunos días, se suponía que iba a quedarse, pero... bueno, murió, y ya no pudo —retomó el secretismo—, aunque mi padre dice que aún está aquí, que no se ha ido.

El cielo se oscureció más de lo esperado a esas horas, como si las agujas del reloj hubiesen corrido rápido, acelerando el paso del día. Una brisa que duró segundos agitó las hojas de los árboles para luego transformarse en irrefrenable viento.

—¿Phoebe? —El repentino cambio de clima perdió relevancia ante la inagotable fuente de información que tenía junto a ella—. ¿Tu padre piensa que Phoebe... que su espíritu sigue aquí?

Asintió, al igual que Julia, no estaba preocupado por lo que parecía ser una inminente tormenta, estaba acostumbrado.

—Y por eso es que el señor Russel está... —No se atrevía a decirlo. Pip también tenía su límite.

—¿Está cómo?

Pip giró el dedo a la altura de su sien, era la manera que tenía de demostrar aquello que no podía decir: *El señor está loco*.

Loco de dolor. Loco de tormento. La apreciación no era del todo equivocada.

Un trueno quebró la calma del lugar, y a él le siguieron otros más. Tuvieron que refugiarse bajo los árboles. Desde ahí contemplaron el cielo, refulgía sin piedad atacado por un centenar de rayos, y a esos rayos les seguían truenos. No tardó mucho más en desatarse la tormenta, y ellos estaban en el peor de los lugares para recibirla. Si uno de esos rayos tocaba la copa del árbol, no contarían la historia.

—¿Pip, hay algún lugar cercano para refugiarnos?

La casa estaba demasiado lejos, era muy posible que un rayo los interceptara en el camino, y no pondría al niño en ese riesgo. La mansión de los Trevor se hallaba más cercana en distancia, pero no lo suficiente como

para librarlos del mismo inconveniente.

—Sí, hay un lugar, pero... —se detuvo.

—Pero, ¿qué?

—Pero no le agradará a mi padre, ni al señor Russel.

—En este momento, Pip —Estaban empapados, y el cielo rugía atemorizante—, no creo que lo consideren así si es nuestra única alternativa.

Tenía razón, era eso o quedarse bajo el resguardo de unos árboles que, en breve, cederían su dominio a la tormenta.

—Corra detrás de mí y no se detenga —le ordenó el pequeño, y una vez obtenida la confirmación, se lanzó a la carrera.

Julia siguió sus pasos como pudo, luchando contra la respiración agitada y con el frío que comenzaba a calarle los huesos a causa de la humedad en la ropa. La lluvia era comparable a una gran cortina de agua, su visibilidad estaba comprometida, el cuerpo de Pip era una sombra desfigurada. Al cabo de unos minutos de carrera, el sonido de la madera bajo los pies le indicó que estaban en el destino deseado, el puente.

—Deme la mano, señora Julia —gritó el pequeño en el descenso lateral. El único refugio momentáneo se encontraba bajo la construcción de madera.

Estiró la mano al niño y se dejó guiar, el agua ya había hecho de las suyas con la tierra, y sus botines se hundieron en el barro. Perdió el control del cuerpo y patinó, toda su falda se tiñó de marrón oscuro. Recobró la verticalidad gracias a Pip, que tenía más fuerza de la que aparentaba. Los tablones del puente se convirtieron en el techo que necesitaban. Había un espacio cubierto de rocas que delimitaba el borde de la laguna, ahí se mantuvieron firmes.

—El agua no subirá, ¿verdad? —Temió por ambos, la laguna había perdido la calma.

Pip alzó los hombros, luego agregó:

—No debería de subir... —Y se forzó al silencio.

La tormenta no tenía intenciones de doblegarse, parecía un animal rabioso. ¿Cuánto podrían resistir así, mojados de los pies a la cabeza? Si no los atravesaba un rayo, morirían a causa de la hipotermia. Julia intentó visualizar otras posibilidades. ¿Posibilidades? Casi rio por el pensamiento idiota. ¡Si apenas conocía el maldito alrededor!

—Aquí murió ella...

La voz de Pip retumbó bajo el puente. Julia se giró hacia él, tenía los ojos perdidos en la nada, en dirección al agua que corría.

—¿Quién? ¿Phoebe?

—Sí... mi padre me contó que se lanzó a la laguna una tarde como esta, una tarde de tormenta.

—¿Phoebe se lanzó?

Alzó los hombros.

—Eso dicen... —Pip se mostraba incrédulo ante el asunto—. Algunos dicen que se lanzó, otros que se cayó, y como no sabía nadar, se ahogó.

El concepto del suicidio no cabía en la mente inocente de Pip, y tampoco hallaba lógica en la de Julia. Y con justa razón. ¿Suicidio? ¿Una niña?

—¿Cuántos años tenía Phoebe?

—Ahora tendría, casi, dos años más que yo —confesó con pena—. Y sabía nadar, yo le enseñé. No me creen, pero yo le enseñé.

El cascoteo de una cercana cabalgata la puso en alerta, alguien se acercaba.

—Quédate aquí, Pip, alguien viene, pediré ayuda.

Salió del resguardo, trepó por el lodo y se arrastró hasta la superficie. Divisó un carruaje a lo lejos, uno dispuesto a cruzar por el lugar. Se colocó a mitad del puente y agitó los brazos con frenetismo.

—¡Ayuda! ¡Deténgase, por favor!

La visibilidad del cochero estaba comprometida por la tempestad, reaccionó justo a tiempo, los caballos alzaron las patas a pasos de Julia. Una figura masculina descendió de inmediato.

—¡Por todos los cielos! —exclamó despojándose del abrigo seco mientras se acercaba a ella.

Julia descubrió el rostro de su salvador: Richard Trevor.

—Julia... ¿qué haces aquí? —dijo cubriéndola con la larga chaqueta decidido a guiarla al interior del carruaje.

—No, Pip...—Ella se mantuvo firme—. Pip está bajo el puente —dijo decidida a ir por el niño.

—Pues yo iré por él, no tú... Ven, sube, ponte a resguardo.

La subió al interior del vehículo y, una vez asegurado su bienestar, emprendió el camino en busca del niño.

—Ten cuidado —lo alertó asomando el rostro por la pequeña ventana—, el barro puede traicionarte.

—No te preocupes, conozco este puente como si lo hubiese construido.

Julia lo perdió de vista, la tormenta lo había cubierto con su manto. El tiempo se le hizo eterno, los minutos fueron horas y, cuando la mano de

Richard abrió la portezuela para invitar al niño al interior, Julia exhaló de felicidad. Se abrazó a Pip en cuanto pudo.

—Gracias, Richard... —Le habló cuando lo tuvo frente a ella—. Estamos en deuda contigo.

Se quitó la chaqueta corta y cubrió a Pip con ella. Quedó en camisa y chaleco.

—De ser así, ya sé cómo podrán saldarla. —Sonrió y, ante la mirada expectante de sus pasajeros, continuó—: La próxima expedición será comandada por mí.

—Así será. —Julia le devolvió la sonrisa—. Así será...

Pip quedó bajo el cuidado de su padre. No hubo llamados de atención en público, lo haría en privado.

Julia recibió las inmediatas atenciones de Aida y Elle, de hecho, ya habían dispuesto agua caliente para brindarle un baño que le devolviera la correcta temperatura al cuerpo.

—Lo siento señora, Warren ya estaba partiendo en la búsqueda de ambos —informó la señora Turner—. Supuse que la tormenta los había dejado varados en algún lugar del camino...

—No se preocupe, señora Turner —Podía percibir la angustia en la mujer —, fue mi imprudencia, no conozco el clima de la región... es más, no conozco nada de nada. —Tosió inaugurando el primer estadio de malestar.

—¿Alexander? —preguntó Richard con un fastidio latente en la voz.

—Intenté despertarlo... —Aida no encontraba excusas para justificarlo.

—¿Por qué no me extraña? —murmuró por lo bajo Trevor.

—Richard —Julia atravesó su pensamiento—, puedo pedirte un favor.

—Por supuesto que sí.

—Podríamos mantener esto entre nosotros, no quiero que Alexander se sienta responsable de...

—¿Alexander? —La interrumpió—. ¿Responsable? —fue irónico—. ¡Lo dudo!

Julia suspiró, estaba agotada, y el frío todavía le corroía el cuerpo. Richard puso en pausa su malhumor, uno que nada tenía que ver con ella.

—Está bien, esto quedará entre nosotros.

Julia sonrió como muestra de agradecimiento, luego fue en busca de la

mirada de la señora Turner.

—¿Señora Turner? —Apelaba a su silencio también.

—Lo que usted decida, señora. —Si la señora de la casa deseaba mantener a su esposo ajeno al incidente, lo respetaría—. Ahora, con su permiso, voy a comprobar que su baño esté preparado.

Cuando quedó a solas con Richard, se tomó el atrevimiento de solicitar más asistencia de su parte.

—Richard, sé que no corresponde, que es un gran atrevimiento de mi parte...

—¿Pero? —Él dio el paso que ella no sabía cómo dar—. Dime, ¿qué necesitas?

—Yo no... Alexander.

—¿Qué hay con él? —Richard ya imaginaba todo lo que iba a decirle en cuanto estuviese a solas con él.

—Necesita salir de la casa, del encierro de la habitación. En mi breve estadía aquí, lo he visto fuera de ella apenas un par de horas. —La preocupación se hizo evidente en su voz—. No es saludable...

—Por supuesto que no lo es, pero hacérselo entender a Alexander Russel no es tarea sencilla. Créeme, lo he intentado.

—Lo sé, por eso te pido una excusa... una que lo lleve lejos de aquí por un par de horas.

Julia tenía dobles intenciones con ese pedido, y la parte secreta de las mismas morirían con ella.

—¿Excusa? ¡Ya las he utilizado todas!

—Pues inventa alguna nueva, por favor, tú lo conoces de toda la vida...

Ese «por favor» hizo eco en el corazón de Richard. Resopló, una vez, otra vez.

—Está bien, si mañana, para estas horas, no ardes en fiebre —La neumonía era un fantasma posible todavía—, lo llevaré lejos de aquí.

—Prometo no arder en fiebre —dijo con una sonrisa de par en par.

Sin medir sus acciones, se levantó del sillón en el que estaba refugiada junto al fuego y lo besó en la mejilla en el momento justo en que Elle ingresaba al salón. El intercambio de miradas entre él y la muchacha fue por demás llamativo, al punto tal que las mejillas de la joven sirvienta se enrojecieron de manera repentina.

—Señora Russel —resaltó el «Russel» como si quisiera recordarle su reciente relación—, el baño ya está listo.

—No se diga más —Richard actuó rápido—, me marchó. Buenas noches, Julia.

—Buenas noches, Richard... y gracias. Gracias por todo.

—No hay de qué, para eso estamos los amigos. —Saludó con un gesto de cabeza a ambas—. Conozco la salida. Adiós.

Los dedos de Elle hicieron presión en el brazo de Julia, ella lo disimuló, intentaba comprender la razón de su comportamiento.

Esa casa estaba llena de secretos, de silencios, de...

Tal vez Warren, el padre de Pip, estaba en lo cierto... esa casa también estaba llena de fantasmas, y todos tenían el mismo nombre: Phoebe.

## Capítulo 6

Richard demostró una vez más ser un buen amigo. Fue en busca de Alexander temprano al día siguiente, antes de que el capitán comenzara con su rutina de olvido.

Pocas palabras y muchas miradas compartieron con Julia, una conversación muda de complicidad que molestó a Russel en lo más profundo. Pese a lo poco que hacía al respecto, era su mujer, y le dolía saber que ella contaba más con su amigo que con su esposo.

No estaba seguro de por qué eso lo afectaba, cuando lo que más deseaba era quedar al margen de la vida. Pero, aunque luchara, la espinilla ya estaba clavada. Una más de tantas, una que sabía adormecer con el remedio habitual.

Julia no hizo preguntas. Confiaba en Richard y dejó en sus manos el trabajo de sacar a Alexander de su sopor.

Durante las primeras horas de ausencia, Julia se sintió liviana, de buen humor. Pidió a Elle y Aida que aprovecharan para ventilar y asear la habitación de su esposo, mientras ella se encargaba de las tareas de cocina para alivianar a la señora Turner. Caviló la posibilidad de pedirle a Alexander que contratara a Hanna. La extrañaba, había sido su confidente por años, y en esos instantes la necesitaba de manera física además de espiritual. Todas las manos eran bienvenidas, el deterioro de Russel había dejado huellas en la casa de campo.

Los aromas a pastel de calabaza y budín invadieron el recinto y reemplazaron con su esencia el olor del vicio mezclado con alcohol.

Pip correteaba feliz, ajeno al castigo impuesto por su padre, y Warren no tuvo la fuerza para mantenerse firme. Al fin volvía el ritmo de hogar a esas paredes.

Julia se sentía esperanzada. Aguardaría el regreso de Alexander con un plato de comida saludable, una charla amena e intentaría abordar los problemas maritales con una dosis extra de cariño. Un cariño que creía que su esposo merecía, aunque no hiciera demasiado por ganárselo.

Quizá, si al igual que Pip, Warren, Aida o Elle revivían la alegría de los tiempos pasados, Alexander recuperara las ganas de vivir, y le permitiera hacer a ella algo para lo que había demostrado ser buena. Soltar los fantasmas del pasado y curar las heridas del espíritu.

Sin embargo, las horas pasaron, con ellas llegó la noche y la espera se volvió vigilia.

—Señora Julia —se apenó Aida a su lado—, ¿por qué mejor no come algo?

Julia sintió que la garganta se le anudaba. El pastel de calabazas delante de ella se burlaba de sus intentos y con la oscuridad y la niebla, las esperanzas se disipaban.

—Tiene razón, por favor, siéntese conmigo —pidió. De pronto, se sintió demasiado sola.

En el frente había conocido muchos hombres como Alexander. Torturados por los horrores de la guerra y con una vida truncada por la misma. Pérdidas de todo tipo, y con ellas se iban las ganas de vivir. Un soldado sin ganas de vivir era un soldado muerto.

Ella había conseguido que más de uno viera que había más que eso. A veces, solo bastaba un diente de león que pujara por romper la tierra del campo de batalla para demostrarles que la vida siempre se renovaba, que lo malo existía en su contrapartida: lo bueno. Y que solo bastaba apartar la vista del pozo oscuro, mirar hacia adelante y aferrarse a lo luminoso.

Los que veían lo malo, solían valorar mucho más lo bueno. Ella era un claro ejemplo. Pero en ese momento en el que se sentía arrancada de su seno, arrastrada por las circunstancias a un matrimonio inesperado, sola y con un hombre que no quería sanar, le ganó la derrota.

—No creo que sea apropiado... —musitó la señora Turner.

—Tiene razón. —Julia se puso de pie, dejó la servilleta a un lado y con una falsa actuación de determinación se infundió fuerzas—. Este lugar es de Alexander. Todo nos recuerda su ausencia, una que es más que física.

Tomó la fuente de pastel de calabaza, le indicó a Aida que hiciera lo mismo con el budín y llevó ambas cosas a la cocina.

—Llame a Warren, Elle y Pip. Cenaremos juntos. —Pretendía hacer de eso un acto habitual. Compartiría actividades con los sirvientes, todas ellas. Sin importar cuán inapropiadas fueran para una dama.

—Señora...

—Señora Turner, si mi marido no da indicios de saber que tiene una

esposa y no está dispuesto a permitirme cumplir con mis tareas, entonces emprenderé otras, de ser posible alguna útil, como quitar telarañas. Alguna que pueda ver su mal... —interrumpió el exabrupto—, su resultado.

Todos tenían derecho a sentirse útiles. Por eso decían que el trabajo dignificaba a las personas, pero trabajar para que todo se dinamitara en una noche era lo más frustrante del mundo, y Julia necesitaba mantenerse firme, fuerte, digna... necesitaba recordar quién era, cuál era su don y darle un significado a tanto dolor no pedido. Porque ella no lo había solicitado, no le hacía ninguna gracia ir por la vida absorbiendo las penas ajenas, como para encima perderse ella misma en las nieblas del dolor de los demás. No.

Aida no discutió por esa noche. Tenía intenciones de imponer resistencia las próximas. Porque vendrían. Ella, mejor que nadie, sabía cuán duro de roer era el hueso llamado Alexander Russel.

En unos minutos, Warren, Pip y Elle se sumaron en el tablón central de la cocina a degustar los manjares cocinados por Julia. Le halagaron su habilidad, le pidieron consejos de cocina y terminaron la noche comentando algunas anécdotas menores, ninguna de las cuales implicó a Alexander.

Julia sabía que en parte era para no entristecerla, pero también para no ahondar en el ancla que empujaba al capitán al fondo del mar de culpas: Phoebe.

Nadie la mencionaba, no solo estaba muerta, también comenzaban a olvidarla. Y el olvido es peor que la muerte. Quizá por eso Phoebe se aferraba a permanecer allí, como brisa, como aroma, como un dejo de melodía... porque no quería ser olvidada.

La niña era la respuesta a todo. La niña que no podía ser olvidada por Alexander ni con alcohol ni con opio. Su memoria era más fuerte que el vicio y la muerte. Era Phoebe quien, en lugar de arrastrar al capitán a la muerte, volvía para obligarlo a la vida.

Phoebe era su aliada.

Por desgracia, Julia no era médium, no sabía de fantasmas ni almas en pena. Había escuchado cosas por el estilo en el frente, mujeres y hombres que veían de modo espectral a los caídos en batallas. Decían que el viejo general Harrison deambulaba dando órdenes antes de cada enfrentamiento, y que, si el espíritu no se presentaba, significaba que perderían la batalla.

Almas con asuntos pendientes, solían decir. Al parecer, Harrison descansaría en paz cuando le ganaran a Napoleón. ¿Y Phoebe?, ¿cuándo descansaría Phoebe? ¿Podía una niña tener asuntos pendientes?

Tras la cena, lavaron los utensilios y los sirvientes sintieron pena de dejarla sola.

—Por favor, vayan —dijo con amabilidad la reciente señora Russel—, sus actividades comienzan muy temprano en la mañana.

—Cualquier cosa que necesite... —La sugerencia de Aida fue aceptada con un asentimiento de cabeza. Julia se haría un té, buscaría un libro y esperaría por su esposo.

No sabía para qué. Lo más probable era que regresara en penosas condiciones, en las cuales cualquier conversación sería imposible.

La luna se escondía tras la niebla cuando los cascos de caballo se hicieron oír en la espesura. Julia estaba sin quererlo en un estado de duermevela. Tenía en las manos un libro, y la vela, que la acompañaba junto al hogar, se había consumido en gran medida, al igual que los leños.

Tuvo que refregarse la vista para acostumbrarla a la penumbra y se rodeó con un pesado chal antes de dejar la sala que hacía las veces de despacho y biblioteca para asomar las narices hacia la puerta. Richard forcejeaba con el cuerpo inerte de Alexander.

El aroma de pastel de calabaza se disolvió al instante. Una vez más, el del vicio y la pena se hizo presente.

—Richard...

—¡Julia, por Dios, me has dado un susto de muerte! —Trevor aprisionó el cuerpo de su amigo contra la pared para que no se fuera de bruces al suelo y la joven esposa se apuró a ayudarlo.

—Lo estaba esperando, creí... pensé...

—Lo siento, Julia, no pude hacerlo desistir.

La muchacha se sintió mal al instante. Claro que no podía culpar a Richard por los vicios de Alexander, pero si le pedía que lo sacara de allí era para evitar que terminara adormecido por el opio, no para que terminara en un fumadero. En esos antros de los que las damas de bien no debían saber.

Russel olía a alcohol, a sudor y a droga. Los ojos de Julia se llenaron de lágrimas de alivio cuando comprendió que entre todos esos horribles olores no se encontraba el de otra mujer. No podía decir lo mismo de Richard, pero él era un hombre soltero, sin compromisos, y ella no era nadie para reclamarle algo.

—No nos lamentemos ahora. Solo ayúdame a llevarlo a la habitación. No quiero despertar a Warren, ya hace más por Alexander que por sus caballos.

—Bien, toma sus pies...

—Sí, sé cómo hacerlo —respondió ella. Tenía experiencia arrastrando hombres inertes, incluso cadáveres.

Alexander parecía uno. Al no haber controlado su dosis ni el origen del producto ingerido, era probable que hubiese recibido una dosis mayor de la habitual. Y eso era mucho decir. Julia se reprendió por todos sus lamentos y lloriqueos de esposa abandonada, frente a ella tenía la magnitud de la batalla. El capitán Russel podía morir, cualquiera de las juergas que saliera mal lo llevaría directo y sin escalas junto al Creador. Y algo le decía que, si eso pasaba, Phoebe tendría un compañero de andanzas en este mundo. Porque al igual que la niña, el capitán se marcharía sin una pizca de paz.

Las botas sucias del hombre dejaron una huella en el vestido de Julia. Nada de eso importaba. Richard lo cargaba por debajo de los hombros y avanzaba de reversa, siguiendo las instrucciones de la mujer que le cantaba los obstáculos a sortear.

Llegaron a la recámara principal, y Trevor no pudo contener la expresión al notar los cambios. Acostumbrado a ser un ayudante de cámara para su amigo, estaba habituado al olor a encierro, a droga, alcohol y sus consecuencias. Nada de eso se hallaba allí.

—Julia, quizá sea mejor que descanses...

La mirada azul de la muchacha se hizo gélida.

—No, Richard. Sé que ninguno de los dos pidió este matrimonio, pero aquí estamos, y todavía no he alzado el pañuelo blanco de la derrota. Cumpliré mi parte.

—¿Crees que hay algo por hacer? —Julia emprendió la tarea de desvestir a un desmayado Alexander—. He estado a su lado por años, este último fue lo peor que he visto. Lo intenté...

—Lo sé. —La sonrisa de la muchacha fue genuina.

—Soy un hombre fuerte, Julia. Decidido, tenaz. Alexander solía ser como yo... No quiero menospreciar tus habilidades, créeme, pero si yo no he podido ayudarlo...

El resto de la frase flotó en el aire junto a los olores del fumadero que ambos traían impregnados en la ropa. Si yo no he podido ayudarlo, ¿cómo podrás tú?

—Esperemos que encuentre el modo. Ambos deseamos lo mejor para el

capitán Russel. Confía en mí, Richard.

—Lo hago, solo... —La mirada del hombre se posó en ella con pena—, solo espero que no te arrastre con él. No creas que soy un mal amigo, te lo suplico...

—Jamás pensaría eso —lo serenó ella y apoyó la mano en el antebrazo de un atormentado Richard.

—Intento que no me hunda con él. Lo aprecio, quiero que se recupere, pero también quiero mi vida de regreso, Julia. Yo también fui al frente, dejé la música como él, y a mi regreso intenté componer sin éxito alguno. Quiero volver a ser yo.

Julia sintió la legítima pena de Trevor. Era una pena por la música, extrañaba su don perdido, y pudo percibir que eso consumía al hombre casi tanto como el nombre Phoebe hacía con su marido.

—Tienes razón, y si puedo hacer cualquier cosa para ayudarte con eso, no dudes en pedírmelo. Para eso estamos los amigos. —Utilizó las mismas palabras que él dijo ante el favor solicitado, entablando así un vínculo de amistad recíproco.

—Gracias...

—Ahora ve, ve a buscar algo de beber o comer. Lo que desees. Yo me encargo de Alexander, dejaremos este asunto para cuando el sol esté a lo alto. Ya verás cómo la luz nos ayuda a ver todo con mayor claridad.

Richard asintió antes de abandonar la habitación, y Julia se encargó sin demoras de atender las necesidades de su esposo. Intentó quitarse de encima el peso del vínculo, sin lograrlo.

Infinidad de veces había visto hombres desnudos. Esa era una de las razones por la cual se había convertido en una solterona pese a ser la hija de un prestigioso general, tener una aceptable dote y poseer una discreta belleza. Nadie quería casarse con una dama que conocía la anatomía humana de una manera tan... bíblica.

Sin embargo, si en lugar de ser unos estirados pacatos, supiesen de qué hablaban, entenderían que cuando una atiende un cuerpo herido, mutilado, enfermo, no hay lugar para la lujuria ni el deseo.

Por ese motivo, apreciar la belleza de Alexander tomó a Julia por sorpresa. A medida que quitaba las prendas y lavaba con un paño húmedo el cuerpo sudado, divisaba los músculos firmes, la piel tersa, las pequeñas heridas que las batallas habían dejado en él y las graves, como la de la pierna, que cada tanto se manifestaba en una pequeña renguera.

Se adivinaba que, si bien la caída había sido devastadora, rápida, sin respiro, no llevaba demasiado tiempo de depresión. Menos de un año. Julia lo había visto con su padre, el alcohol pronto dejaba evidencia en un vientre hinchado y en un mentón que perdía su firmeza para pasar a ser flácido. Nada de eso estaba presente aún en Alexander.

Phoebe. Otra vez el nombre y la presencia. Casi podía sentirse allí, a su lado, con la pena al ver el estado de Alexander. Julia no sabía la fecha exacta, pero si calculaba la última batalla del capitán, Leipzig, en la que había sido herido al igual que su padre, y si la niña había muerto después, el tiempo de pena no era más que un par de meses. Unos meses devastadores.

Otra vez la invadió la sensación de que era de vida o muerte, que, si soltaba a Russel, moriría. No podría perdonárselo jamás.

Lo arropó e hizo lo mismo con ella. Se rodeó con el chal, consciente de un frío que iba más allá del clima invernal. Se trataba de algo interior, que parecía calarle los huesos. Sus ojos fueron hacia el camafeo que descansaba en la mesa de noche, y la tentación de tomarlo fue muy fuerte. Quería hallar respuestas, y todas parecían estar encerradas entre las tapas vacías de esa reliquia familiar.

Desestimó la idea en segundos, tenía asuntos inmediatos que atender. Debía ofrecerle asilo a Richard, dada la hora. Sabía que se negaría, vivía a unas millas de allí y el hogar Russel era acogedor pero no grande. De todos modos, era lo que correspondía.

Fue en su búsqueda, esperaba hallarlo en la sala. Al no encontrarlo, deambuló por la casa que aún le parecía ajena. La sala de música la llamaba, al igual que el camafeo. Todo lo que podía servirle de guía para llegar al corazón de Alexander estaba vedado para ella.

Algunos susurros llegaron lejanos, y los siguió con sigilo hasta encontrar su procedencia. En las puertas que unían la cocina con la despensa se encontraba Richard discutiendo con Elle. La sorpresa llevó a Julia a hacer algo impropio: escuchar a escondidas.

—¡Te pedí una única cosa...! —reclamaba Trevor—, parece incapaz de hacerlo.

—Es la nueva señora, al parecer te cae demasiado bien...

Fue el perfume de la joven lo que la delató, y ambos se voltearon a ella con los rostros llenos de culpa.

—¿Qué significa esto? —inquirió Julia con la voz quebrada. No quería pensar mal de ellos, no de las únicas personas con las que contaba en su nuevo

rol de esposa.

—Elle, por favor, permíteme hablar con Julia —pidió Richard, como si tuviera autoridad bajo ese techo. La nueva esposa se sintió diminuta en su rol, y eso le molestó. Era cierto que era un mundo de hombres, que ellos se hacían oír por encima de todas las mujeres, pero a la joven le hubiera gustado tener un lugar, pequeño, íntimo, pero un lugar en el mundo que fuera suyo. En el que los hombres y su afán de guerra y poder no la subyugaran.

Elle se escabulló casi con alivio. Julia adivinó que la muchacha permanecía tras el corredor, ansiosa de oír retazos de la charla.

—Vuelvo a preguntar, Richard, ¿qué significa esto?, ¿qué tratos tienes con Elle?

—No me siento orgulloso. Elle me brinda información de Alexander —confesó el hombre, apenado. Su voz no transmitía culpa, sino más bien la vergüenza de hallarse descubierto.

—¿Información?, ¿y qué tengo que ver yo en todo esto?

—Julia... —Richard se acercó a ella a paso firme y le tomó las manos—. Yo le pago unos peniques a Elle para que cuide de mi amigo, para que me informe si empeora, si mejora, si me necesita... tú... tú has cambiado sus tareas. Teme que no le pague más ese extra.

Julia asintió en silencio, y el sentimiento de agradecimiento la embargó. Richard era un buen amigo, hasta ahora, había estado siempre que lo había necesitado. Debía admitir que no le gustaba mucho que obrara a sus espaldas y así lo expresó.

—Elle tiene razón en tener miedo, pues su trabajo ya no es necesario. Richard, Alexander me tiene a mí. Seré una buena esposa, lo ayudaré. Lo prometo.

—Ahora ya sabes por qué estaba molesta. —La sonrisa de Trevor se amplió—. Mejor me marchó.

—¿No deseas quedarte?, la habitación de invitados...

—No —la interrumpió algo brusco—. No, prefiero descansar un poco y ver si consigo componer. Tengo en mente una obra que eclipsará la de Beethoven, ya lo verás.

—Te deseo lo mejor, Richard. Lo mereces.

Lo acompañó al ingreso y lo vio perderse con el carruaje en la espesura. Ella regresó con determinación renovada a la recámara.

Alexander la tenía a ella. Quizá el destino volvía a meter sus narices y ese matrimonio pasaba de ser un error a ser un designio.



## Capítulo 7

Una hora, un día, una semana. El paso del tiempo era indescifrable para Alexander, así lo deseaba, hacía de ello una obsesiva tarea. Lo que separaba a la noche del día era una delgada línea que él atravesaba con ojos cerrados. De mantenerse así, la realidad de su existencia hubiese sido perfecta, de camino directo al abismo definitivo. El capitán Alexander Russel añoraba el abismo, uno que ahora se encontraba interrumpido por unos adorables ojos color azul cielo. ¿Y si había muerto? ¿Y si así era el paraíso? No, no existía el paraíso para hombres como él. La sangre se limpia, pero no desaparece del todo; y la culpa es un ancla que te ata a las fauces del infierno.

Quizás era por eso que reaccionaba como lo hacía a los cuidados de su esposa. Cada vez que abría los ojos, ahí estaba ella, y la detestaba en ese aspecto. ¿Por qué no se rendía? ¿Acaso no comprendía que era una fruta rancia y podrida? ¿Que nada podría obtener ya de él?

Alexander pretendía dinamitar el espíritu asistencial de Julia. Ella tenía la posibilidad de una vida plena, y la viviría siempre y cuando se mantuviera alejada de él. A su lado no conocería más que el desolador frío de un alma extinguida. ¿Cómo lograrlo? Ese sí que era un nuevo dilema que se sumaba a su tortuosa diatriba mental. ¿Cómo mantenerla cerca y lejos a la vez? Si se encontraba bajo el mismo techo, a escasos pasos de él. Si hasta podía sentir su perfume, y conocía de memoria el ritmo melodioso de su respiración.

La conversación mantenida con Richard noches atrás, en aquella salida que se convirtió en una expedición a los más profundos y bajos deseos, seguía tejiendo un manto de estrategia en la cabeza de Alexander.

—Recuerdas lo que me dijiste antes de lanzarte a este matrimonio sin sentido, dijiste que «cumplirías con tu parte».

—Y lo estoy haciendo...

—¿Cómo? ¿Dejando a tu esposa a la buena del Creador?

Richard insistía una y otra vez en el abandono hacia la muchacha. Una vida nueva, una casa nueva, ni hablar de las responsabilidades adjuntas, y todo

eso desde la más notable soledad.

—Hablas de ella como si fuese un cordero recién nacido abandonado a campo abierto.

—La comparación me resulta por completo irrespetuosa, Alexander.

—Es solo una comparación. —Cuando Alexander bebía se ponía creativo con las palabras.

—Contigo es más que eso, y lo sabes. ¡Mira dónde hemos terminado!

Lo que había iniciado como una salida de medio día a un club de caballeros, dio un giro abrupto hasta convertirse en una inadecuada aventura en el submundo londinense: alcohol, mujeres, y todo lo necesario para acallar los pensamientos y ocultar las heridas del alma.

—Estamos aquí porque tú lo necesitas, Richard —bromeó Alexander, y de inmediato convocó a una de las mujeres que brindaban servicios íntimos. Ni bien se acercó entabló conversación con ella—. ¿Cómo te llamas?

—Para ti... —Escudriñó en la mirada del joven capitán como si quisiera adivinar sus deseos—, me llamo Milena —lo provocó acariciándolo en la mejilla.

Alexander no hizo más que quebrarse en una carcajada, el nombre le sentó demasiado exótico para su gusto. A pesar de ello, no era su intención recurrir a las atenciones de la mujer, sino obtenerlas como un obsequio para su amigo.

—¿Y para él? ¿Cómo te llamarías para él? —El juego de la mujer le resultó un artilugio de distracción que pensaba utilizar para que Richard hiciera a un lado el asunto de su «esposa».

—A ver, déjame ver... —La experta mujer que alcanzaba la treintena, desplegó sobre Richard las alas de la experiencia. Sin permiso alguno, se sentó sobre su regazo y le acarició el rostro. Indagó en sus ojos—. ¡Vaya, vaya, tú sí que eres un enigma! Pero nada se escapa de mí —agregó victoriosa—. Para ti seré, Jul... —dudó al ver como el rostro del hombre palidecía y la respiración de su compañero de mesa se hacía profunda y tensa— Juliette ¡Eso es, Juliette!

No hubo carcajadas por la ocurrencia de la mujer, al contrario, la función por la cual Alexander había estado decidido a pagar se evaporó al instante, regresaban de nuevo a ese camino llamado «Julia», y lo habían hecho con otro giro abrupto.

—Pues llévatelo de aquí, Juliette —resaltó el nombre con hastío colocando un par de libras en el escote del vestido.

Richard se dejó manipular por ella, no pretendía satisfacer deseos

sexuales, sino tomar distancia de su amigo a riesgo de dejarlo librado a la suerte en el peor lugar de todos. Era eso o enfrentarse a la inquisición de su mirada, y en ese momento un nombre se encontraba grabado en las pupilas de ambos: Julia.

Así fue como el pensamiento de noches atrás se apoderó de su sueño y su escasa vigilia. «*Un cordero recién nacido abandonado a campo abierto*». ¿Y si era en verdad un cordero? Si lo fuera, contaba con dos alternativas: morir de soledad o ser devorada por perros salvajes.

¡Maldición! ¡Una y mil veces, maldición! No permitiría que ninguna fiera se acercara a ella. Esa tenía que ser su responsabilidad primera.

La puerta se abrió para dar lugar a unos pasos dentro de la recámara, no despegó los párpados. El debate mental que le devoraba los sesos dejó en segundo plano a sus sentidos, tarde comprendió que el perfume que atravesaba la habitación no era el de Julia, sino el de la señora Turner. No existía razón para perpetuar el juego del hombre dormido, se incorporó hasta acomodarse en el borde de la cama con tal sutileza que provocó un susto inesperado en Aida cuando ésta se giró hacia él luego de correr las cortinas.

—¡Por belcebú, señor Russel... casi me mata del espanto! —dijo la mujer aprisionando el pecho como si su corazón quisiera escapar—. Pensé que dormía.

A esas horas del mediodía solía hacerlo, pero la realidad era que llevaba días fingiendo un sueño que ya no poseía, posiblemente porque la adormidera y la pipa yacían bajo la cama a su espera. Julia se comportaba como las celadoras de los orfanatos, chequeaba su estado a cada hora, inclusive en la noche. ¡Dios, ahora que lo pensaba, no le tenía piedad! ¡No le daba ni un respiro para fumar en paz, para perderse en la nada misma a pura voluntad!

—Yo también —manifestó como forma de protesta—. ¿Dónde se encuentra Julia? —preguntó por la mujer que le arrebatava el sueño de día para forzarlo a dormir a la noche.

—La señora se está preparando para un paseo.

—Bien... —rumió con cierto alivio en la voz, y se dejó caer de espaldas.

Si estaba fuera de la casa él se encontraba libre de hacer lo que se le antojara, y se le antojaba la pérdida total de consciencia motivada por el consumo de sustancias poco saludables. Cerró los ojos a la espera de que la

señora Turner se marchara.

No lo hizo. Podía sentirla, inmóvil, a la espera de...

—¿Qué? —Alexander levantó la cabeza con desgano en dirección a ella —. ¿Qué sucede? Habla, Aida. —El tuteo salió a flote gracias a la impaciencia y el malhumor.

—No me parece una buena idea que la señora salga a un paseo sola.

—Que Pip vaya con ella, y problema solucionado. —Se cubrió el rostro con la almohada para dar por finalizada la conversación.

—Tampoco creo que sea buena la compañía de Pip, el niño es un tanto distraído...

—¡Distracción! Perfecto, mi esposa requiere de ella en grandes dosis.

—Creo que hablamos de «distracciones» diferentes, mi señor.

«*Mi señor*». Conocía demasiado a Aida Turner como para reconocer que, a su manera, lo estaba reprendiendo. Apartó la almohada con fastidio, resopló con notoriedad y volvió a sentarse en el borde de la cama.

—Dime lo que tengas que decir, Aida.

—En la última expedición junto a Pip, tomaron un camino demasiado largo y una tormenta los mantuvo prisioneros a la intemperie bajo la helada lluvia. —La preocupación en la mujer era imposible de ocultar, la pulmonía cobraba víctimas en una cifra comparable a la de la guerra. Al diablo la promesa que le había hecho a la señora—. Si no hubiese sido por el señor Trevor...

Sin saberlo, Aida dijo la palabra clave. Alexander la interrumpió.

—¿Perdón? ¿Trevor? ¿Qué tiene que ver Richard en todo esto?

—Por milagro del destino se cruzó con ellos y los trajo de regreso sanos y salvos.

¡Ja! ¡Milagro del destino!

Alexander quería reír a carcajadas. No existía tal cosa. Ni los milagros, ni el destino, la vida era una miserable y solitaria experiencia.

—Y por milagro también, no cogieron una pulmonía.

Suficiente para Alexander.

—¿Qué quieres que haga, Aida? No puedo ser un perro faldero tras los pasos de mi esposa.

—No, por los cielos, no permitamos eso. ¿Usted tras los pasos de su esposa? ¡Jamás! —La ironía acompañó a sus palabras—. Pero, por lo menos, como su esposo, podría hacerla entrar en razones.

—¿Y cuáles serían esas razones, señora Turner? ¡Ilumíneme, por favor!

—¡Cualquiera que se le ocurra! La creatividad siempre lo ha acompañado, mi capitán. —Como último recurso motivador, agregó—: Le ha pedido a Warren que le prepare un caballo, creo que piensa recorrer los alrededores cabalgando.

¡Diablos! Alexander se apretujó la cabeza como señal de malestar. Ni siquiera sabía que su esposa cabalgaba. ¿Era buena?, ¿mala? También lo desconocía, y no quería quedarse viudo a la primera semana de matrimonio. No porque le importase el vínculo, sino por el qué dirán. Ya contaba con muchos rumores en su nombre.

El tamborileo de sus botas sobre el piso fue la antesala a la decisión. Al cabo de unos segundos, le solicitó:

—Dile que quiero hablar con ella.

Los labios de Aida se curvaron en una sonrisa de triunfo. Asintió con la cabeza y se marchó decidida a cumplir con una orden que consideraba inmediata. Lo que no fue inmediato fue la presencia de Julia. Por lo visto, la señora Russel estaba decidida a tomarse todo el tiempo del mundo antes de responder al llamado de su esposo.

El malhumor de Alexander se abrazó a la impaciencia conformando una amistad que no sería nada provechosa para Julia. Cada segundo que demoraba, más inquieto se sentía. La poca creatividad que albergaba de sus tiempos de antaño se le escapó por los poros ni bien el rostro de su esposa se asomó por la puerta. Observarla en estado de sobriedad no era habitual, como tampoco lo era su belleza. Llevaba el cabello suelto, solo unos mechones a los costados de la cabeza se encontraban sostenidos con horquillas, y sus ojos, azules como cielo de primavera, parpadeaban ansiosos de la vida. Demasiado hermosa para él, no la merecía. Pensó en los hombres solteros de Inglaterra, todos y cada uno de ellos eran perfectos idiotas.

—¿Me has enviado a llamar, Alexander? —preguntó desde la seguridad de la puerta.

No se estaba escudando, en realidad solo deseaba confirmar el pedido; de lo contrario, regresaría a la organización de su salida matutina, no quería perder tiempo, comenzaba a descifrar el clima de la región y a encontrar los momentos de máximo esplendor.

Alexander respiró profundo y exhaló tratando de disimular el pésimo humor. Necesitaba tranquilizarse, y a la vez, no deseaba que ella percibiera el control que requería para mantener sus emociones a raya.

—Sí, por favor, necesito hablar contigo. —Fue serio, distante pero

amable.

Ante los ojos de Julia, lucía como siempre, con el cabello negro enrulado desordenado, con pantalón y camisa arrugada, lo único que lo diferenciaba era el perfume de su piel, que no era perfume en sí, sino la ausencia de opio, alcohol y sudor combinados. Julia quiso sonreír, el hombre que tenía ante ella era la sombra del que alguna vez había sido, y eso era un logro.

Mirarlo a los ojos era una tarea a la que Julia aún no se había acostumbrado, casi siempre lidiaba con él en estados de somnolencia y sopor, sin tener que enfrentarse a la inquisición de su mirada. Hizo lo que siempre hacía cada vez que ponía un pie en la recámara, ser funcional: fue hasta la cama y acomodó las sábanas alborotadas.

—Habla, te escucho. —Tomó una de las almohadas de plumas, la sacudió con la intención de abullonarla para hacerla más confortable.

—La señora Turner me comentó que planeas dar un paseo.

—Planeo más que eso. —Regresó la almohada a su lugar para tomar a la compañera.

La respuesta fue comparable a una suave bofetada, de esas que te dan cuando pretenden despertarte.

—¿Qué quieres decir?

—He preparado una cesta con unos tentempiés. La última vez me comporté como una novata.

—¿Solicitaste un caballo? —Hablarle a su espalda no era nada agradable, aunque no iba a negarlo, coincidía en secreto con Julia en lo mismo: no se encontraba preparado para enfrentarse a los ojos de su mujer.

—Sí, como ya dije, no pretendo comportarme como una novata, y eso implica no ir a pie.

—¿Sabes cabalgar?

Julia simuló una falsa y corta carcajada. Finalizó con la almohada y se dedicó al repliegue del cobertor.

—¡Por supuesto que sí! ¿Qué clase de pregunta es esa?

Tenía un buen punto.

—¡La de alguien que se preocupa por tu bienestar!

Una nueva y falsa carcajada se escapó de los labios de Julia. Ella quiso disimularlo, no pudo.

—Pues no es necesario, yo puedo preocuparme por mi bienestar —rebatía luchando con el pesado cobertor, pretendía asegurarlo bajo el colchón.

—No lo parece...

Julia puso un freno a lo que estaba haciendo para girarse a él, lo enfrentó con los brazos en jarra. No le había agradado el comentario tendencioso. Lo increpó con la mirada a que continuara.

—No conoces los alrededores, no conoces el clima, no conoces nada de nada...

—Y si sigo encerrada entre estas paredes, nunca lo haré.

La puja de voluntades dio inicio.

—No es un buen día para un paseo extenso.

—Nunca lo es.

—Es muy posible que llueva. —Era un argumento repetitivo, Alexander lo sabía, aun así, lo utilizó.

—Es muy posible, desde mi llegada ha llovido cada día... no creo que hoy sea una excepción.

Las excusas argumentales se le agotaban al señor de la casa.

—Puedes enfermarte.

—Soy una mujer fuerte.

Lo era, había sobrevivido en el frente de batalla asistiendo a enfermos y moribundos sin seguir el mismo camino que ellos, desde ese aspecto no podía discutirse.

—Puedes extraviarte —alegó en última instancia.

—El caballo me traerá de regreso.

En esa ocasión, el que rio con falsedad fue él.

—Yo que tú, no me fiaría.

Ella respiró profundo con notoriedad. ¡Vaya carácter el de la señora Russel!

—Entonces, acompáñame tú. —Fue directa, casi como una puñalada inesperada.

El silencio se convirtió en la respuesta de Alexander. Por segundos, los ojos de ambos se encontraron a mitad del camino de sus miradas, él rehuyó de los de ella.

—Me lo imaginaba —murmuró Julia mientras se volvía a girar para finalizar con la tarea de asegurar el cobertor.

La cama era ancha y alta, mobiliario digno de la nobleza, debía reconocer el buen gusto del duque en lo que se refería a la decoración de la casa. El problema se hallaba en la destreza de su cuerpo que no comulgaba tan bien con el despliegue de lujos. Tuvo que estirarse demasiado, y al hacerlo, la pequeña misiva que había colocado en el diminuto bolsillo de su chaqueta, fue

a parar al piso. Ella no cayó en cuenta de lo sucedido, Alexander sí.

La tomó para entregársela no sin antes evaluarla: era una nota de Frederick Wesley, su padre.

—Julia... —La llamó. Cuando obtuvo su atención, extendió la carta a ella —. Ten, se ha caído de tu bolsillo.

—Ah, gracias. —Lo inexpresivo en su rostro fue por demás vistoso.

Ahora que lo pensaba, había oído la campanilla de la puerta principal un par de horas atrás; acababa de comprobar que había sido el cartero, lo que lo llevaba a pensar el motivo por el cual su esposa conservaba la carta sin abrir. Extraño, por lo que recordaba tenía un vínculo muy intenso con su padre, esa clase de vínculo que te llevaría a desgarrar el papel de la misiva ni bien estuviese en tus manos.

—¿No vas a leerla?

—No necesito hacerlo —dijo y volvió a colocarla en el bolsillo—. Ya sé lo que dice.

—¿Y qué dice? —interrogó a sabiendas de que traspasaba un límite que no debía. Si él demandaba, ella también lo haría.

—Que regresará al frente.

—Pensé que iba a retirarse. —Eso le había comentado Richard, y sonaba más que lógico a su edad.

—No, solo se tomó el tiempo suficiente para asegurarse de que su hija quedara... —Las palabras correctas hubiesen sido «en buenas manos», pero Alexander era lo opuesto a ello— bajo el resguardo de una casa que no fuese la Wesley.

En resumen, su padre se había tomado una licencia con la única meta de matrimoniar a su hija para luego partir. Alexander había hecho de eso una tarea más que rápida gracias al absurdo comportamiento que expresó en la fiesta. Sintió pena por ella, podía ver la decepción brillar en sus bellos ojos azules.

—¿Cómo te sientes con respecto a su partida?

Increíble, el cielo iba a partirse en dos, un tornado azotaría a la región. ¡A Alexander Russel le importaba el bienestar emocional de su esposa!

—Es un hombre de mar, un hombre de guerra, no conoce nada más que eso. —La tristeza le quebró la voz, lo ocultó. Finalizó con el arreglo de la cama—. ¿Tienes alguna sugerencia antes de mi partida? —Puso en claro que no iba a ceder ante su demanda.

Alexander comenzaba a entrever el motivo que llevaba a Julia lejos de la

casa, la necesidad de un cambio de aire. Los dos lo sabían, Frederick Wesley no regresaría, perecería con espada en mano, y lo haría sin haberse despedido de su hija.

—Sí...

Ya en la puerta, Julia se volteó hacia él, su rictus confesaba que no estaba dispuesta a intercambios de palabras sin sentido. Quería cabalgar hasta que el viento se llevara los pensamientos y se llevara el dolor.

—Dile a Warren que prepare otro caballo, iré contigo.

Cabalgaron por los alrededores de la casa y se alejaron hasta llegar a los territorios cercanos a la mansión del ducado. Iban a paso lento; para Julia, ir a mujeriegas no era para nada cómodo. Alexander fue una muda compañía, y el silencio los acompañó hasta que la majestuosidad arquitectónica de la residencia del duque de Perth se exhibió ante los ojos de ambos. Julia quedó estupefacta, el cargo militar que su padre poseía lo había llevado a relacionarse con la nobleza, aunque no lo suficiente como para que su hija recorriese los corredores de las mansiones de los nobles. Los eventos sociales habían sido apartados de las prioridades familiares tras la muerte de su madre; no era de sorprender entonces que Julia se hubiese consagrado como una auténtica solterona, su padre había contribuido a ello con sus acciones.

—Es... es —titubeó embelesada—. No tengo palabras.

Desde esa distancia ni siquiera llegaba a contar las ventanas sin perder la cuenta.

—Tal vez pueda ayudarte con eso... —Alexander dejó la mudez atrás, la conversación tenía gusto a simple banalidad, y eso le agradaba—. Pretenciosa, esa es la palabra exacta, como todo lo que involucra a la nobleza.

Julia rio, y su mirada alegre fue un terrible afrodisíaco para Alexander, no pudo evitar corresponderle con otra sonrisa.

—Supongo que, si de nobleza se trata, tengo que valerme de tu experiencia —alegó ella. Se aferró a las riendas y continuó la cabalgata.

—Sí, aunque no suelo vanagloriarme de esa experiencia, en especial porque la misma se ha conformado en base a travesuras durante mi niñez. —La rememoración fue el paliativo que su espíritu fragmentado requería. Disfrutó aquel fugaz viaje al pasado—. Conozco cada habitación, cada esquina, cada escondite... es más, creo que aún hoy podría recorrerla con los ojos cerrados.

Al parecer, su esposo era una enciclopedia en lo referido a la mansión Perth, y Julia pensaba despejar todas las dudas.

—Dime, entonces, ¿cuántas habitaciones posee? —El embeleso dio lugar a la intriga.

El estatus económico de los Wesley no llegaba a los talones de la aristocracia británica, menos aún a la nobleza. Había crecido con buena educación y con todas las necesidades básicas satisfechas, una agradable casa con tres habitaciones, un comfortable salón, dependencias de servicio y una cálida cocina; tal vez por ello, a pesar de la inexistente relación matrimonial, se sentía a gusto en el nuevo hogar, uno sin pretensiones que la hacía sentir un poco, tan solo un poco, a gusto.

—No muchas, cuenta con diecisiete habitaciones principales, once habitaciones de empleados...

Enumeraba todo con una tranquilidad absoluta. En contraposición a él, estaba Julia, que no podía contener a su mandíbula que, en breve, rozaría el césped.

—Tres salones —continuó como quien cuenta pétalos en una rosa—, dos bibliotecas, tres despachos y siete habitaciones sanitarias. —Se detuvo, hizo un último recorrido mental y agregó—: Y, por supuesto, dos cocinas con las respectivas despensas.

Al finalizar, volteó hacia ella, la expresión en su rostro le resultó por completo adorable. Pestañeaba, sus párpados se agitaban como alas de mariposas. Movi6 las riendas con disimulo para acercarse más a Julia, tanto como le permitieran los cuerpos de los animales.

—Es una mansión pequeña, lo sabes ¿no?

Julia resopló y rio combinando incredulidad con sarcasmo.

—Y dime, ¿cuántos habitantes tiene esta... «mansión pequeña»?

—Lord Francis Russel, el tercer duque de Perth —proclamó con falsa solemnidad—. Lady Margaret Cole, mi tía, y sus dos retoños, Josephine y Camille. Déjame aclarar que los retoños me superan en edad.

¡Y pensar que hasta hacía unas semanas Julia se sentía como la única soltera en todo Londres que pasaba la veintena!

—¿Solo ellos? —Habló sin pensar, mientras contabilizaba el total de las habitaciones: ¡Vaya desperdicio de espacio!

—Solo ellos, pero cuentan con veintitrés empleados, lo que hace que la casa no se sienta tan vacía —bromeó.

—Tu tío... —se corrigió—, el duque, ¿no tiene hijos?

—No, no tiene... tuvo uno —dijo con cierta nostalgia, su tío era un buen hombre, si en el presente tenían roces era por el comportamiento autodestructivo que él manifestaba—. Murió a las horas de nacido, al igual que su esposa, y nunca más volvió a contraer matrimonio. —Una vez más, la rememoración lo abofeteó—. Mi madre solía decir que la mayor condena de los Russel era el amor, por eso el ducado perecería... y considerando que yo soy su único heredero, estuvo en lo cierto.

Lo dicho fue una confesión, la crónica de una muerte anunciada a fuerza de egoísta y macabra voluntad. Una parte de él quería morir, y otra, que todavía no hallaba la fuerza necesaria para salir a flote, deseaba vivir. Por sobre esto, una pregunta flotaba en el aire: ¿qué quedaba para ella? Los restos... nada más, pero los restos de qué.

—Y estuvo en lo cierto —repitió Julia luchando con el sabor amargo que torturaba a su garganta. Sin más que decir, invocó de regreso al silencio y lo convirtió en una muralla.

Nunca antes dos personas que se encontraban tan cerca se sintieron tan lejos. Agitó las riendas y se alejó de él a la carrera.

Alexander fue detrás de ella, manteniendo distancia, la naturaleza condenatoria de sus palabras hacía eco en su mente para recordarle a cada galope lo imbécil que era. Parecía que nunca en la vida hubiera tratado con una mujer. ¡Doblemente imbécil!

El error ya se había cometido, no existía vuelta atrás, era su esposa. La brisa que agitaba sus cabellos trajo consigo una epifanía. Si engendraba un heredero mataría dos pájaros de un tiro, satisfaría a su tío perpetuando el legado, y Julia volcaría el exceso de atenciones en el niño. Sí, era un pensamiento grotesco y mezquino, que tenía como objetivo final librarlo de cuanta responsabilidad pudiera, pero era un pensamiento funcional.

El entramado de su plan lo llevó a perder el sentido de orientación. Estaban lejos, muy lejos del hogar Russel, y el encapotado cielo gris auguraba un posible chaparrón.

—¡Julia! ¡Julia! —la llamó mientras la igualaba en carrera.

En segundos estuvo a su lado, y lanzando el caballo contra el de ella, redujo el trote del animal hasta poder tomarlo de las riendas.

—¿Qué sucede? —La señora Russel estaba que trinaba y no pretendía ocultarlo.

—Mira el cielo... —Con esa indicación bastaba. El sol estaba condenado a la prisión gris de las nubes.

Julia gruñó por lo bajo, no era el momento perfecto para regresar, debía de reconocer que su mente, en un principio, se había distendido; sin embargo, otra era la historia ahora, luego de la conversación sobre el legado familiar que no se extendería. En pocas palabras: su cabeza era un volcán en erupción. Un volcán que arrasaría con todo a su paso, y eso incluía a Alexander Russel.

Recordó que Julia había preparado una cesta con tentempiés y, aunque la hora del almuerzo les había ganado la carrera a ambos, a Alexander le pareció oportuno valerse del apetito pospuesto para contribuir al retorno de la calma en su esposa.

Espoleó con suavidad a el caballo llevando consigo las riendas del de Julia, pretendía tomar otra dirección, una que nada tenía que ver con el regreso a casa.

—Ven, conozco un lugar en el que podemos refugiarnos en la más agradable comodidad.

El rictus tenso de Julia dio lugar a una nueva expresión, indescifrable, pero diferente al fin. Alexander lo consideró el primer escalón a un futuro triunfo.

—No sé tú, pero a mí me vendría de maravillas lo que sea que traes en esa canasta.

Mentira, una gigantesca y poco creíble mentira, en especial para Julia. Si Alexander ingería una comida al día era producto de un milagro supremo y por la perseverancia agotadora de ella, nada más. ¿Y ahora deseaba un bocadillo? Bueno, así lo harían, Julia llenaría el estómago de su marido con todo lo que había traído, no perdería la oportunidad, una que había nacido gracias a la reciente culpa.

Asintió y se dejó guiar por él. En conjunto volvieron al galope, y al cabo de unos cuantos minutos, llegaron a lo que parecía ser una pequeña residencia campestre.

—¿Dónde estamos?

Se encontraban dentro de los territorios del ducado, y la respuesta fue más que obvia.

—En una de las residencias de mi tío...

¡Como si la mansión del ducado no fuese suficiente!, pensó Julia al recordar la pobreza en Londres y en el resto del mundo.

Dejaron los caballos en el remanso del estanque contiguo a la casa, y se dirigieron a la entrada principal. Alexander se apropió de la cesta con víveres para librarla del peso, Julia se mantuvo a su lado como soldado siguiendo a un

general.

La puerta se abrió ni bien la campanilla repiqueteó en sus manos. Un hombre de avanzada edad los recibió con una mueca de sorpresa.

—¿Capitán Russel, es usted? —La sorpresa mutó a alegría.

—Sí, Harvey, soy yo...

A Julia le llamó la atención que Alexander no hubiese corregido al hombre, lo hacía cada vez que alguien anteponía el «Capitán» a su apellido.

—Y ella es la señora Russel, mi esposa —agregó con un matiz de felicidad inesperado. Era como si estuviese en una realidad paralela, una en la que podía vivir esa parte de su vida sin la experiencia del dolor pasado.

—¡Oh, por los cielos, qué agradable noticia! —El hombre elevó los brazos para magnificar lo dicho, luego se hizo a un lado—. ¡Bienvenida, señora Russel! La casa es de ustedes.

Julia no sabía cómo comportarse, sonrió de par en par, para ella también era como estar en una realidad paralela, una en la que parecía que el matrimonio se había conformado por amor.

—Estábamos de paseo por los alrededores —Alexander puso en perspectiva a Harvey—, pensábamos disfrutar de un picnic al aire libre, pero por lo visto el clima no está decidido a ayudarnos... creo que lloverá.

—No lo crea, capitán... va a llover. —Iba a la cabeza de la peregrinación que los llevaba al salón principal. Se giró a ellos señalando sus rodillas—. ¡Ellas nunca fallan! —Ya en la puerta del salón, los invitó a pasar—. Le diré a Letizia que prepare algo de vajilla para ustedes. ¿Qué más necesitan?

Una rápida inspección en la canasta fue suficiente para una respuesta.

—Con eso basta, Harvey. Gracias. —Julia había pensado en cada detalle.

El fuego del hogar estaba encendido, Alexander solo lo atizó para generar más llama.

Aprovechando el calor, Julia se quitó la chaqueta al tiempo que recorría el lugar con la mirada. El mobiliario y la decoración le eran muy familiar, casi una imitación a la del hogar Russel.

—Me recuerda a tu casa —dejó escapar la primera impresión que se le había gestado en la cabeza.

—Nuestra casa... —la corrigió sin quitar la vista del fuego. Reconocerlo era el paso inicial a sentirlo. ¡Eso sí que era un avance! Continuó nadando en las aguas de los recuerdos olvidados—. Tras la muerte de mi padre, mi tío decoró esta casa para nosotros, se sentía más seguro teniéndonos cerca, pero mi madre no lo quiso... no quería vivir aquí, ni en la mansión del ducado, ni

siquiera en la gran casona que mi padre le había obsequiado. —Sonrió, recordar a su madre siempre tenía ese efecto en él—. Prefirió la casa de invitados... nunca llegó a contármelo, pero creo que en esa casa vivió los mejores momentos junto a mi padre. —Abandonó el atizador. Fue hasta el sillón cercano y se dejó caer en él—. Según la memoria infantil de Warren, cuando la tarde caía, mis padres se escabullían allí... ¿El porqué? Nadie lo sabe. Contaban con la intimidad necesaria en la casona, pero, aun así, ellos preferían lo que esa pequeña casa les brindaba.

La conversación se vio interrumpida por la ansiosa presencia de Letizia que traía consigo más que los elementos de cocina, también cargaba con el deseo de conocer a la esposa del capitán. Detrás de ella le seguía Harvey, con una única misión, la de controlar a su parlanchina mujer.

—Buenas tardes, capitán Russel. ¡Qué alegría tenerlo de regreso por aquí!

Acomodó la vajilla con rapidez sobre la pequeña mesa que se hallaba cerca del hogar. Se apresuró a evaluar a la figura femenina presente, la escasa luz que ingresaba por la ventana no le permitía observar en detalle los rasgos de la muchacha.

—Buenas tardes, señora Russel. ¡Un placer conocerla! —dijo tan entusiasmada que le agregó una pequeña reverencia al saludo.

Alexander y Julia combinaron en una sonrisa.

—Lo mismo digo, Letizia... —se acercó hasta ella y la imitó haciendo otra reverencia.

La cercanía al fuego hizo que el rostro se le iluminara destacando el color rojizo del cabello, los ojos color zafiro y el cutis blanco. Para Letizia era comparable a una de esas princesas celtas de los cuentos que le narraban de pequeña.

—¡Oh, capitán Russel, es hermosa! —No pudo contenerse, hasta deseos de acariciar sus cabellos tenía—. ¿De qué exótica y peligrosa isla la ha rescatado?

La inocente pregunta no hizo más que poner la lupa en el lugar exacto. ¿Quién había sido el rescatado en esa unión?

Harvey intervino, su esposa podía convertirse en un incordio de un instante a otro.

—Venga, mujer... dejemos a los señores a solas. —La tomó del brazo con discreción y se dirigió a Alexander—. Cualquier cosa que necesiten, hágamelo saber, capitán. Con su permiso —finalizó llevándose consigo a Letizia.

Para no permitir que el silencio los volviera a gobernar, Julia se valió de la pregunta de la mujer.

—Crees que la hubiésemos desmotivado si le decíamos que me has rescatado de Mayfair.

—Posiblemente, aunque Mayfair es bastante... bastante exótica con su fauna regional —bromeó con picardía, y Julia se echó a reír a carcajadas.

—Doy fe de ello —afirmó entre risas mientras se sentaba en el sillón enfrente al de él—. Ahora que lo pienso, debo agradecerte por dicho rescate.

Los ojos de Alexander la miraron de soslayo. Ella se dedicaba a la tarea de distribuir la vajilla sobre la pequeña mesa circular entre los sillones, al tiempo que exhibía los tesoros que había resguardado en la cesta de picnic.

Una vez más... ¿Quién había sido el rescatado en esa unión?

—Dudo mucho que tú seas esa clase de mujer —confesó para asombro de Julia.

—¿Qué clase de mujer?

—La clase de mujer que necesita ser rescatada...

La lluvia augurada todavía no se había hecho presente, pero el cielo ya había comenzado a darle la bienvenida con sus rugidos. Un trueno resonó en el afuera, se miraron, y sus ojos quedaron prendados por más tiempo del que hubiesen deseado. Sus pupilas eran la representación del todo, la oscuridad de los ojos de Alexander se alzaba como la más profunda noche, y el intenso azul de los de Julia se contraponía como la más bella luz del día.

—Y, sin embargo, aquí estás —Julia optó por saltar de nuevo el obstáculo del silencio—, rescatándome de la tormenta.

—Verdad, soy todo un caballero heroico...

—Para Letizia serías un capitán heroico.

Trozó el pan, colocó dos rodajas en cada plato, y le sumó lonjas de res, queso y dátiles. Luego sirvió vino en ambas copas.

—Nuevamente estás en lo cierto. —Tomó la copa, la alzó como sutil brindis y bebió.

La lluvia decoró los cristales de las ventanas y golpeó con fiereza los tejados. Estarían en esa casa más tiempo de lo que habían pensado, las tormentas de esa zona no cedían con facilidad.

—¿Todavía te llaman «capitán»? —Julia consideró la situación como una oportunidad que debía de aprovecharse al máximo. El malhumor de Alexander parecía un recuerdo, y estaba dispuesto a la plática.

Hablar de su tiempo en la marina no era algo que lo incomodara en sí, solo en determinados momentos y ocasiones, cuando las anécdotas lo llevaban cerca del abismo del presente.

—No pueden evitarlo, en especial, Letizia... su familia era gente de mar, todos sirvieron en la marina, inclusive sus hijos.

—¿Sirvieron?

—Murieron hace unos años, en la batalla de Lyngor.

—Oh, lo siento por ellos.

—Estamos en tiempos de guerra, Julia, la muerte es moneda corriente.

—Lo sé...

No iba a recordarle que ella había luchado mano a mano con la muerte cuando estuvo asistiendo a los heridos en el frente. Optó por comer un trozo de queso, cuando lo pensaba, prefería salir de ese territorio de conversación.

—¿Cómo te encuentras? Digo, con respecto a tu padre...

Y él la llevó de regreso a ese territorio indeseado.

—Lo importante es cómo se encuentra él, y la respuesta a eso es que se encuentra en el lugar que desea. Yo solo fui un estorbo...

—Un estorbo que lo siguió a la batalla. —Alexander le demostró que no dejaría pasar ese detalle por alto. Armó un emparedado con la res, el queso y el pan.

—¡Y me odió por ello! —Fue una liberación para Julia decirlo. Se premió por su osadía con un dátil, lo devoró con un par de mordiscos.

—No, no lo creo. —La incredulidad se mezcló con risa en Alexander, mordió un trozo del sándwich—. Se llenaba la boca hablando de ti, de tu coraje y cualidades.

—Sí, pero no confiaba en mi capacidad para mantenerme a salvo, y cuidaba mis espaldas como si de una obsesión se tratase, poniendo en juego su comandancia.

Se lo había dicho: «No puedo velar por ti y por la seguridad de mi batallón al mismo tiempo». Si alguien a su mando moría, sería su responsabilidad.

—¿Obsesión? Yo diría amor. —Qué más podía esperarse de un padre. Alexander hablaba desde su experiencia, había crecido sin un padre, pero había gozado del privilegio de tener una amorosa madre que lo había nutrido con un sinfín de anécdotas de él.

La tormenta creció de manera exponencial, las ventanas se agitaban con tanta fuerza que una de ellas se abrió de par en par. Julia se adjudicó la tarea

de volverla a cerrar y, aprovechando la distancia, se permitió ser libre de palabras y pensamiento.

—El amor no hace de la muerte un estandarte. —Fue lapidaria, ya no hablaba solo de su padre, también lo incluía a él—. La muerte nos encuentra a todos, pero ir en busca de ella no es más que un acto de puro egoísmo.

El trozo de res que bailaba dentro de la boca de Alexander rodó hacia su garganta y se quedó atorado. No pudo quitar la mirada de ella, la siguió en cada paso que dio desde la ventana hasta el sillón. Cuando estuvo de nuevo frente a él, tomó un sorbo de vino y tragó.

—Veo que quedaron asuntos pendientes entre ustedes.

Para Alexander era preferible mantener la conversación en la línea «padre e hija», sabía que Julia la había direccionado para hacerlo caer en la misma red. No lo haría, por muy extraño que pareciese, no tenía deseos de derrumbarse sobre el pozo de la melancolía, estaba... ¡Por los cielos, estaba disfrutando del día!, con sus matices grises y de confesión. ¿Quién lo hubiese imaginado?

—Sí, y valiéndome de tus palabras: En tiempos de guerra, los asuntos pendientes son moneda corriente también. —Y se metió otro dátil en la boca para obligarse a callar por unos segundos. Solo unos segundos.

—Lo sé, yo cargo con varios asuntos pendientes...

—¿Cómo cuáles?

Él había sembrado esa semilla, era de esperar que Julia reclamara la cosecha.

Afuera llovía. En otra circunstancia hubiese optado por la pipa, el opio y su consecuente sueño alucinógeno. Ahí, la alternativa era desechada, contaba con un hogar, dátiles y una hermosa esposa que estaba decidida a obtener todo lo posible de él. Y tal vez no era mala idea entregárselo, tal vez así dejaría las preguntas de una buena vez.

—Mi madre, nuestra despedida es un asunto pendiente... murió cuando yo estaba en mi tercer servicio al frente. Antes de morir me escribió una carta. — La había memorizado de tanto leerla. Era parte de él, y le sentó extraño el deseo de querer compartirla con Julia—: *No llores por los muertos, llora por los vivos. No odies a la muerte, ama la vida. Y recuerda, cerca, lejos, por tierra o por mar, en la luz o en la oscuridad, siempre encontrarás el camino de regreso a casa.*

Todavía vagaba en la oscuridad. Todavía no había regresado a casa.

Bebió el vino que le quedaba en la copa, y se sirvió más. Buscaba coraje,

uno diferente al que se utilizaba en el campo de batalla.

—El camafeo... —dijo como quien lanza una daga al aire—, mi madre me lo dio.

La piel de Julia se erizó por completo. Se obligó a no hacer preguntas para no intervenir en el relato.

—Pertenebió a su familia por siglos... Verás, de ella aprendí todo lo importante, aprendí sobre la música y el mar. —El ceño de Julia se frunció, y a Alexander le resultó enternecedor—. Los «Boyle»... —agregó para ubicarla en el contexto—. Mi madre se llamaba Catherine Boyle, eran hombres de mar. Me alimenté de las historias familiares toda mi vida, no es de extrañar que, a pesar de mi habilidad musical...

—¿Habilidad? —tuvo que intervenir—. Lo que tú llamas habilidad, otros lo llaman «don».

—Como gustes —dijo vaciando por segunda vez la copa de vino—. A pesar de mi... —No, no podía decirlo. Podía hablar del mar con liviandad, no de la música— destreza, me dediqué a la marina, al igual que mi abuelo, mi bisabuelo... y así hasta el infinito —bromeó. Obtuvo a cambio una sonrisa, lo necesario para continuar—. Cuenta la historia que uno de nuestros antepasados conoció a una mujer en una isla lejana y la tomó como esposa...

—¡Ah, ya veo, es herencia familiar eso de andar rescatando mujeres en islas exóticas!

Alexander rio a sus anchas. Ni la tormenta podía oírse a causa de sus risas.

—Creo que Letizia está más informada de lo que creía —agregó.

Alexander era un maremoto de sensaciones, por momentos se sentía agobiado por los recuerdos, luego lo atacaba la melancolía; para su suerte ésta era relegada por una dosis repentina de bienestar y alegría. Y, si era sincero consigo, la dosis de droga a la que recurría tenía nombre y apellido: Julia Wesley.

¡No, maldito tonto! Russel... ¡Julia Russel! ¡Su esposa!

—Dejemos los conocimientos de Letizia para otro momento —Julia pretendía continuar con la anécdota, en especial porque esa anécdota le permitía disfrutar de un esposo poco habitual—, estoy más interesada en «la mujer de una isla lejana».

—Su nombre era Alannah, y dicen que era una hechicera... fue ella quién forjó un colgante para su esposo con la intención de que lo llevara con él cada vez que se lanzara a la aventura del mar: «*Él te traerá de regreso a mí*».

Julia se sentía como una niña oyendo un cuento de hadas, apoyó los codos sobre la mesa para acercarse más a Alexander.

—¿Y lo hizo? ¿Regresó? —murmuró con ansia de saber.

Él la imitó, apoyó los codos sobre la mesa y acercó el rostro al de ella. Las respiraciones se rozaron, bailaron juntas frente al fuego. Se sonrieron.

—Regresó, una y otra vez... hasta que un día se olvidó el colgante y nunca nadie más supo de él.

La tristeza inundó a Julia, el corazón se le estrujó.

—El colgante se mantuvo en la familia cumpliendo con su función por décadas: la de regresar al hogar a su portador. Se heredó generación tras generación, de mujer a mujer... mi bisabuela fue la que lo llevó a un orfebre y le dio la forma de un camafeo.

—Y llegó a ti por tu madre. —Julia compartió la conclusión con él.

—Sí, y quizás fue por mis recuerdos de niño, por las anécdotas oídas, no lo sé... —Se dirigió junto al fuego, jugó con el atizador, movió los leños—. Lo único que sé es que cuando me encontré perdido en el medio del océano...

Estaba haciendo referencia al naufragio ocurrido durante la segunda batalla de Copenhague, Julia conocía la historia de boca de su padre, él había liderado las tropas británicas contra los daneses, y entre tantos otros capitanes, Alexander había estado bajo su mando. El enfrentamiento había sido una gran y fugaz conquista, la ciudad había sido rodeada en días, y el botín obtenido amplió la flota inglesa en gran medida —navíos, barcasas y cañoneras entre otras, todos de origen danés—. El capitán Russel comandó uno de los buques confiscados, pero el mismo encalló y fue incendiado cerca de la isla de Hven debido al inesperado levantamiento de un grupo rezagado de la fuerza militar terrestre danesa. Alexander, con lo que quedó de su tripulación, sobrevivió a mar abierto por tres días hasta que fueron encontrados. La pequeña cicatriz que le decoraba el rostro —ya casi indistinguible por el paso de los años y el efecto del sol— se la había ganado allí.

—Sabía y confiaba de que regresaría a casa... —continuó con la melancolía escapándose de sus labios—, porque tenía ese camafeo conmigo.

—Y lo hiciste... regresaste.

Era un relato triste y esperanzador. Un camafeo con cualidades mágicas ¡Eso sí que era una historia digna de un cuento de hadas! Los años en soledad, los años junto a la muerte y el dolor, le habían enseñado a Julia que no existía tal cosa, la realidad superaba en creces a cualquier fábula. Su esposo confiaba

en el poder de esa joya antigua, y lo hacía a base de anécdotas familiares. Ella no las requería, había sentido el poder, la historia, los recuerdos que esa pequeña pieza albergaba.

—Regresé sano y salvo, y lo que quedaba de mi tripulación también lo hizo.

Alexander se hallaba sumergido en un profundo estanque de calma, su cuerpo cedía, se relajaba como en años no lo hacía, su mente con los filosos pensamientos también. Por un instante contempló la posibilidad de no marcharse, de quedarse en esa casa con Julia para comenzar ahí lo que fuese que tenía que iniciar con ella. El que era el hogar Russel estaba plagado de culpas, de recuerdos tortuosos, de sueños gloriosos devenidos en pesadillas, y no había lugar para una esposa. Por lo menos no de la manera en la que Julia pudiera desearlo.

Utilizó la estructura de loza del hogar como soporte, se volteó hacia Julia y apoyó la espalda.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Ahora, sin la furia, sin el descontrol mental que siempre lo gobernaba, podía pedirle una respuesta.

—Por supuesto que sí.

—¿Cómo llegó a tus manos ese camafeo, Julia? Necesito saberlo.

No iba a mentirle, sin embargo, Julia presentía que Alexander iba a creer que lo hacía.

—No lo sé... —dijo incorporándose para estar en igualdad de condiciones. El capitán era un hombre alto, con unos cuantos centímetros de distancia podía mirarlo a los ojos con comodidad—, creí que me lo había obsequiado mi padre, pero no fue así. Intenté averiguar su origen y no encontré mucha información, la joya me llegó junto a una nota que luego supe era falsa...

Cuando recapitulaba sobre el hecho, lo reconocía, todo el suceso había sido más que inusual; la expresión de incredulidad en Alexander era entendible, y no se la tomaría personal.

—La nota indicaba que me lo había entregado mi padre, pero repito, no fue así.

—Espera, me estás diciendo que alguien se tomó la molestia de escribir una nota falsa para entregarte ese camafeo. ¿Con qué intención?

Lo narrado cobraba un extraño sentido. El camafeo había llegado a ella por un accionar humano, no por una cuestión del destino o por un hecho

sobrenatural. Para comprender el punto central había que observar desde otra perspectiva, una que involucraba intencionalidad.

—Supongo que para que lo luciera esa misma tarde. Ese fue el motivo por el cual lo utilicé, no quería despreciar el obsequio de mi padre. Jamás se me hubiese ocurrido que tú...

—Que yo reaccionaría como un violento poseso... —murmuró por lo bajo mientras le daba la espalda. Las llamas lo seducían con sus movimientos, estimulando aún más la tranquilidad en él. No quería dejar escapar esa sensación.

Toda se estaba dando en el marco de una perfecta e inusitada armonía, y Julia reclamó su parte también.

—¿Puedo yo hacerte una pregunta ahora?

Era lo justo. Un ida y vuelta. Estaban construyendo un puente entre ambos, y eso no parecía malo en lo absoluto.

Alexander asintió sin quitar la mirada del fuego.

—¿Quién fue Phoebe?

Estaba claro ya que Phoebe había sido la anterior portadora del camafeo, por eso podía sentir su impronta cada vez que se lo colgaba al cuello.

El silencio atenazó los labios de Alexander por unos minutos, Julia le permitió su tiempo.

—Era una niña... —Después de casi un año hablaba de ella—, una huérfana. Muy talentosa, demasiado talentosa para este mundo... Llegué a ella por intermedio de Richard, vivía en el orfanato Lancashire.

Julia recordó la conversación con Richard de noches atrás en la cena, en el presente se dedicaba a la composición y a la educación musical. Brindaba clases en su casa y en el orfanato.

—No hablaba, apenas se relacionaba con otros niños, solo tocaba el piano... de una manera única, sublime. —No pudo evitar sonreír, cuando la evocaba en momentos de armonía mental, todo lo bueno, lo vivido, retornaba a él. Por desgracia, en los últimos meses, los recuerdos de Phoebe se gestaban en las fauces del vicio y el dolor, causando agonía en vez de sonrisas—. Ni bien la conocí comprendí que no necesitaba de palabras porque la música era su forma de comunicación, y a través de esa música encontré la forma de llegar a ella. Solo yo... solo yo pude llegar a Phoebe. Me convertí en su profesor... fue mi alumna por meses.

Abandonó la cercanía del fuego para deambular por el resto de la habitación, sus piernas estaban inquietas, la leve renguera se evidenciaba a

cada paso, y si no hacía algo al respecto, serían el prelude para el resto de su cuerpo.

—Con el paso del tiempo se convirtió en una necesidad para mí. No podía regresar a la batalla ni al mar, no estaba en condiciones físicas —Resopló con cierto aire de fastidio—, y mi tío se había encargado de hacer todo lo posible para impedir mi regreso.

¡El bendito ducado... el bendito ducado importaba más que el honor, que el deseo! Desde pequeño, Alexander supo que jamás podría ser lo que quería ser, existía una sola función para él, la de ser el siguiente en la línea sucesoria.

—Sin mi madre y sin el mar, perdí el rumbo...y ese rumbo me lo devolvió Phoebe al recordarme aquello que yo había olvidado, el placer de la música. Ella, en cierta forma, me devolvió a la vida, y como pago, como humilde pago, lo único que quise ofrecerle fue lo que ella anhelaba: una familia... yo sería su familia, el hogar Russel, la música serían su familia. Le hice una promesa y no pude cumplirla.

Esa promesa era su peor fantasma. Lo enloquecía al punto tal que se apartaba de sí mismo a como diera lugar. Alcohol, sustancias alucinógenas, todo era bienvenido. Cerró los puños con fuerza, mutaba, la ira tomaba el control. Julia fue hasta él, se aferró a sus manos. Las acarició. ¿Y si lo abrazaba? ¿Si lo intentaba? El cuerpo de Alexander confesaba con su inquieto silencio que requería de afecto, calor...

—Todavía no logro aceptar lo que ocurrió. ¡No, no puedo! —Tomó distancia, se separó de Julia porque no quería hacer de ella un salvavidas. No quería necesitarla—. No puedo creer lo que dicen que le sucedió.

—¿Lo que dicen?

—¡Sí, lo que dicen! Dime... ¿cómo una niña puede lanzarse a la muerte por voluntad? ¡¿Cómo?!

La muerte de Phoebe era una espina en su corazón, sin embargo, la sombra que lo perseguía por las noches no era la de ella, sino las habladurías en torno a su muerte. ¡Suicidio!

—¡Ellos no la conocían, no la conocían como yo! —gritó, era una forma de exorcismo para él. Regresó al sillón, se desplomó. Respiró una y otra vez —. Le entregué ese camafeo a modo de promesa, de que conmigo tendría un hogar, y que, si lo llevaba con ella, siempre... siempre encontraría el camino a ese hogar. —Hizo una pausa, el motivo real por el cual había aceptado casarse con ella, finalmente, cobraba sentido—. Creo que, en cierta forma, encontré ese camino. No sé cómo o por qué, pero lo hizo... encontró el camino contigo.

Era una verdad indiscutible e inquietante, porque sobre ella se construía un enigma inesperado. ¿Cómo había llegado ese camafeo a sus manos? y ¿Por qué? La persona que lo dejó a su merced, como un falso obsequio, buscaba algo, pero... ¿qué?

Y ella sabía que Phoebe estaba allí, la había sentido en la música, en los dedos danzando sobre las teclas del piano.

—La melodía. —Julia intentó recapitular cada momento de aquel día—. La melodía que interpreté en el piano... enloqueciste al oírla ¿Por qué?

—Porque era una composición de Phoebe, solo los íntimos la conocíamos. ¿Cómo supiste de ella? ¿Dónde obtuviste las partituras? —le demandó dejando las buenas maneras a un lado.

Era imposible, Alexander se había encargado de guardarlas en una caja de madera, escondida en la sala de música, con una intrincada combinación que abría compartimentos secretos y constataba a diario que allí estuvieran. Si Phoebe no podía interpretarlas no tenía sentido que el mundo la oyera.

—Es difícil de explicar.

—Inténtalo —sentenció recobrando la verticalidad para ir ante ella. Se enfrentaron, nuevamente, solo centímetros separaban los rostros.

—La sentí... la melodía vino a mí, a mi cabeza, a mis manos. Suelo percibir ciertas cosas, ciertas personas.

—¿Percibir? —El tono fue de sarcasmo—. ¿Como una médium o algo así? —Parecía que se burlaba de ella con desdén.

—Los médiums se comunican con espíritus... yo, yo solo recibo información, retazos de una historia, y generalmente lo siento de los vivos, es la primera vez que me sucede con... con un objeto.

Alexander rio.

—¿Pretendes que te crea?

—¡Por supuesto que sí! ¿Crees en las cualidades mágicas de un camafeo, pero no crees en mis habilidades?

Sin duda alguna, era habilidosa. No la quería de enemiga en el campo de batalla, sabía cómo contraatacar. Avanzó hasta rozar el cuerpo de Julia con el suyo, era un ataque a la vanguardia inesperado para ella. Demasiadas emociones flotaban en el aire... demasiadas.

—¿Y dime? ¿Qué percibes ahora? —Tomó la mano de Julia y, con delicadeza la apoyó en su pecho, cerca del corazón—. ¿Puedes sentirme?

Con su mano libre, corrió los bucles rojizos que le cubrían el rostro para acariciarle la mejilla. No sabía si ella lo sentía o no, no importaba, él lo

hacía. La sentía vibrar ante su cercanía, y oía a su corazón latir con la misma fuerza de la tormenta que golpeaba las ventanas.

Un beso, ese beso que le debía. Solo un beso.

La mano de Julia recorrió la de él, los dedos se entrelazaron, y ella besó con delicadeza su palma.

¡Mentira! No sería solo un beso. Sería todo.

La tormenta que, desde su rabiosa naturaleza había escuchado y presenciado el acercamiento del matrimonio, decidió ser partícipe del encuentro.

Los labios apenas comenzaron a rozarse cuando las ventanas, cuatro en total, se abrieron a la par con la fuerza de mil huracanes. Uno de los cristales se hizo añicos por el impacto.

El estallido los separó, y de inmediato, fueron asistidos por Harvey y Letizia.

—¡Por todos los santos del cielo! —exclamó Letizia. Harvey se dedicaba a la tarea de juntar los vidrios rotos—. ¿Se encuentran bien?

Julia asintió. Estaba incapacitada para hablar, todavía le ardían los labios, unos labios que no habían sido saciados.

—Sí —respondió Alexander, y evaluó la situación dispuesto a ayudar a Harvey—. Vamos a tener que cubrir la ventana.

—Sí, capitán, en el pórtico trasero hay tablones que pueden servir.

—Perfecto, voy por ellos.

Al cabo de una hora finalizaron con el trabajo, quitaron los restos de cristal y cubrieron la totalidad de la ventana. La tormenta parecía decidida a extenderse por una eternidad, a lo que Letizia preguntó:

—¿Preparo la habitación principal, capitán?

La casa se encontraba habitada solo por ellos, y en muy raras ocasiones recibían visitas, las habitaciones no siempre estaban dispuestas.

—Por favor, Letizia, hazlo. No creo que podamos regresar con este temporal.

—Yo tampoco, capitán —agregó Harvey—. Es más seguro que pasen la noche aquí.

Julia no opuso resistencia, reconocía que la decisión era la más apropiada dada la circunstancia. Esperó a que la habitación estuviese lista para retirarse a descansar, presentía que Alexander no le haría compañía, y prefirió ser ella la que marcara la distancia en esa oportunidad. El beso, ese beso que no fue, no había sido más que una provocación, un juego de burla y desacreditación.

Echó el cerrojo a la puerta, tal vez por la falta de familiaridad con el lugar. Pasada la medianoche oyó unos pasos tras la puerta. Era él, reconocía su andar, su respiración en la madrugada. Giró el picaporte en vano...

—Julia... —la llamó en un susurro—. Julia.

Ella no respondió, y al cabo de unos segundos, desistió y se marchó. Julia no quería un lugar en su cama. Quería un lugar en su corazón, y para obtenerlo, primero tenía que extirpar a la densa oscuridad de la culpa que lo ocupaba. ¿Cómo?

Con la ayuda del camafeo.

## Capítulo 8

Solía despertarse a primera hora del día, casi siempre movida por la inquietud del bienestar de Alexander. Aquella mañana era diferente, se había librado de la obligación, el hecho de encontrarse entre paredes extrañas le hizo olvidar la realidad cotidiana. Se sentó en la cama, estiró los brazos cuanto pudo, la espalda le crujió, y le resultó maravilloso. Había dormido poco, el sueño la golpeó al rostro luego de que se hubiese ahogado en pensamientos y sensaciones por horas; a pesar de ello, el descanso había sido más que reparador.

Con la energía renovada por completo, saltó de la cama decidida a afrontar el nuevo día y todo lo que eso implicaba: su esposo. El aroma a pan horneado la guio por los corredores de la casa. A esas horas, el sol todavía no iluminaba la totalidad del lugar. Bajó la escalera con cuidado para dirigirse al salón en donde había dejado a Alexander la noche anterior, con copa de coñac en mano frente al fuego. Quizás, el desvío de madrugada —ese que lo había llevado a la habitación en la que ella descansaba sin éxito— lo había arrastrado a algún escondite de la casa. En breve lo averiguaría.

No. Ahí estaba, en el mismo lugar, solo que se encontraba en una posición diferente. Las piernas colgando por uno de los apoyabrazos, y la espada encorvada buscando soporte en el respaldo. El fuego se había extinguido, el frío le erizó la piel. Tomó uno de los cobertores que se encontraban junto al hogar, y lo cubrió. El cuerpo de Alexander no se dio por enterado.

—¡Hombres! —exclamó con suavidad la voz de Letizia detrás de ella—. ¡No importa que cuenten con un centenar de habitaciones, duermen donde se les place!

—Buen día, Letizia. —Giró a la mujer y le sonrió.

—Buen día, señora Russel. Oí sus pasos en la escalera.

—¡Vaya, qué oído! —Había sido en extremo silenciosa.

—No tanto, oí sus pasos porque venía a traer esto para el capitán. — Exhibió el pequeño cojín que llevaba consigo. Fue hasta Alexander y lo

colocó en su cuello para darle más comodidad a la cabeza.

La situación ameritaba una superficial explicación. A Alexander le fastidiaban las habladurías, y a Julia también.

—Me dormí apenas apoyé la cabeza en la almohada... —mintió, poner en evidencia el fiasco de su matrimonio no era algo que tuviese en mente a esas horas de la mañana—. No noté su ausencia hasta que abrí mis ojos.

El detalle de haber cerrado la habitación con llave se lo reservó.

—Mi Harvey, cuando era joven, también pasaba la mayor parte de la noche dormido en cualquier habitación de la casa.

Letizia pretendía ser amable, ya había escrito en su fabuladora cabeza una historia romántica digna de ser contada en libros, y no pretendía desecharla por esa desoladora imagen.

—¿Y usted qué hacía al respecto? —preguntó, tal vez Letizia le podría brindar algún artilugio que pudiese utilizar a futuro.

—¿Yo? ¿Qué hacía? —Colocó los brazos en jarra a su cintura y comenzó a reírse—. ¡Lo dejaba! —Al notar el barullo que ella misma generaba, se acercó hasta Julia para murmurar en confidencia—. Señora Russel, aprender a valorar los momentos de soledad es de sabios. —La codeó con actitud cómplice sin importar las normas sociales—. El desayuno ya está listo si lo desea.

—Huelo a pan horneado, por supuesto que lo deseo.

—Sígueme entonces.

El capitán Russel roncaba, y si Julia se basaba en la breve experiencia de convivencia, podía asegurar que se levantaría pasado el mediodía. Alexander había desarrollado como habilidad el hecho de dormir en las peores posiciones habidas y por haber.

—Preparé la mesa del salón comedor para su mayor comodidad —le informó Letizia mientras atravesaban el corredor camino a la cocina.

La mesa estaba preparada para dos, cabecera y lateral derecho, lo que indicaba que desayunaría a solas. Detestaba desayunar sin compañía, en el hogar Russel ya había roto la barrera protocolar y compartía la mesa con Elle, la señora Turner y Pip.

—¿Y usted y el señor Harvey?

—Oh, no... el señor Harvey y yo tomamos nuestro desayuno donde corresponde —dijo con una sonrisa. Su vida al servicio de otros no le molestaba ni un ápice, en cierta forma, lo disfrutaba.

—Pues, si no es mucha molestia... me gustaría acompañarlos.

Letizia volvió a sonreír. Esperaba esa actitud por parte de la muchacha, a primera vista era simple, amable y genuina, le agradaba confirmar que eso no era solo en apariencia.

—Como guste... aunque le advierto, Harvey mastica muy fuerte.

Las risas de Julia fueron una confirmación de aceptación, prefería a Harvey antes que al silencio.

—No se preocupe, creo que puedo lidiar con eso.

La potente mandíbula de Harvey no llegó a ser molestia alguna, Letizia se encargó de compensar tal incomodidad hablando sin parar. Entre pan, mantequilla y tocino, la historia del matrimonio desfiló ante Julia. Llevaban décadas al servicio del ducado y contaban con esa clase de anécdotas que solo los empleados de servicio conocían.

—Resulta que el duque les tenía miedo a las ardillas...

—¡Oh, no, no la historia de las ardillas! —protestó Harvey—. Te lo prohíbo.

Letizia aprisionó los labios, no iba a tener un entredicho con él por su bendita boca.

—¡Yo quiero oír la historia de las ardillas! —Julia reclamó, estaba de muy buen humor.

—Y yo también quiero oírla...

Alexander los tomó por sorpresa. La taza que Julia sostenía en las manos quedó a mitad del camino entre la mesa y su boca. Reaccionó de esa manera por su comportamiento en la madrugada, era su esposo, y ella le había negado el ingreso a la habitación. La pregunta era si él lo sabía. No. ¿Cómo podría saberlo?

El matrimonio se incorporó para darle la bienvenida.

—Buen día, capitán —saludaron al unísono.

—Buen día... —dijo, fue hasta Julia y la besó con dulzura en la frente—. Buen día, cariño.

Julia tosió. ¿Qué espíritu amoroso había poseído a su esposo? Alexander se comportó de manera autosuficiente, fue en busca de una taza, se sentó junto a Julia, sirvió té y retomó la conversación como si su presencia no hubiese sido de relevancia.

—Recuerdo que mi madre maldijo a mi tío hasta el agotamiento, tuvimos la casa llena de ardillas por semanas...

—Es cierto —convino Harvey—, y aquí sufrimos las mismas consecuencias.

La anécdota siguió su curso, y Julia rio a carcajadas por minutos. ¿Quién iba a imaginar que el famoso duque de Perth era fóbico y naturalista por partes iguales? Detestaba a las ardillas porque les temía, pero no lo suficiente como para matarlas. Le bastaba con expulsarlas de los alrededores, y las casas aledañas habían sufrido las consecuencias de la invasión roedora.

A la historia de las ardillas, le siguió la de las ranas y unas extrañas cualidades que estas poseían en su saliva. Letizia no solo era una gran cocinera y ama de llaves, también era una excelente narradora, una que les robó un centenar de risas al matrimonio Russel. Pasado el mediodía, luego de ser tentados por los deliciosos manjares de un almuerzo a base de pescado fresco y vegetales cosechados en la huerta personal del duque, Julia y Alexander se obligaron a regresar al hogar.

Hicieron el mismo recorrido que el día anterior, rodearon la mansión Perth solo para volverse a reír de las anécdotas oídas horas atrás.

—¡Por favor, Alexander, prométeme que nunca voy a conocer al duque en persona!

Por la señora Turner estaba al tanto de que tío y sobrino llevaban más de dos años distanciados, si se requería de algún tipo de comunicación entre ellos, se llevaba a cabo de forma epistolar.

—¿Acaso no te lo he mencionado? —fingió seriedad—. La semana que viene nos ha invitado a una cena, y he aceptado.

Julia palideció, no había puesto en la balanza lo que ese matrimonio significaba. Siempre había pensado en Alexander como el «capitán Russel», no como lo que era: un heredero.

Él no pudo más, la expresión en el rostro de Julia le retorció las tripas, estalló en una carcajada y confesó la verdad.

—¡Estoy bromeando! —Julia exhaló aliviada, y para fastidiarla, agregó —: ¡Aunque estoy bromeando solo en parte!

—¿Qué quieres decir? —No estaba preparada para codearse con la nobleza.

—Nos invitó a una cena, y yo me negué.

Julia volvió a exhalar, y el color rosado retornó a sus mejillas. La reacción despreocupada de su esposa le llamó la atención, y Alexander sintió la necesidad de interrogar al respecto:

—¿No te molesta? —Iban a paso lento, llevando un ritmo ideal para la conversación.

—No me molesta, ¿qué?

—Que haya tomado la decisión de no asistir a esa cena sin comentarlo contigo.

—En lo absoluto, al contrario, lo agradezco.

No iba a negarlo, las relaciones sociales no formaban parte de su catálogo de habilidades, había cambiado la reclusión en el hogar por la atención de heridos en el frente de batalla, y así había forjado su carácter. Lejos habían quedado los deseos de vestidos lujosos y grandes salones. Si Alexander pretendía una mujer que fuese un accesorio, se llevaría una sorpresa.

—¡Vaya, pues entonces me he casado con la mujer correcta! —confesó a gusto con la locura que había cometido al unirse a ella en ese extraño matrimonio.

—Así es, te has casado con la mujer correcta —repitió con glorioso énfasis Julia.

Suficiente para Alexander, tiró de las riendas para detener al caballo e hizo lo mismo con el de ella. Debía constatar ese enunciado de una buena vez por todas, y lo haría solo si sus labios finalizaban con el trabajo pospuesto. Descendió del caballo y le tendió la mano, no sin antes ponerla en alerta de lo que sucedería.

—Ven aquí, mujer correcta. —Su voz tembló llena de lujuria.

Una lujuria que fue compartida. Julia tomó su mano y se deslizó sobre la montura hasta caer en la prisión de sus brazos. Ella ansiaba ese beso tanto como él, y no dudó en demostrarlo, recorrió el pecho con sus palmas, enredó los dedos en su cabellera. Las narices se rozaron, las palabras ya estaban de más, fueron suplantadas por los latidos de dos corazones ansiosos. La yema del pulgar de Alexander trazó un pequeño camino en el cuello de Julia. Este podría ser un nuevo principio para él, tenerla entre sus brazos era una droga más potente a todas las conocidas. ¿Y si hacía de ella su adicción?

Los labios se encontraron, se fundieron con el calor contenido. Ella los abrió como invitación, deseosa de brindarle su humedad y decidida a saborear la de él...

—¡Aquí están! ¡Los he encontrado!

La voz de Richard, combinada con una cabalgata desesperada, separó los cuerpos. Alexander se mordió los labios víctima del deseo reprimido y la furia. Era su amigo, lo apreciaba, pero en ese momento tenía ganas de romperle el cuello con las manos.

Una vez más, Richard Trevor llegaba al rescate. Aunque los rescatados no lo habían solicitado. Tras él, en una lejanía prudencial, se acercaron un par de

hombres a caballo, entre ellos Warren. ¡Un auténtico despliegue de rescate! Cuando tuvieron la confirmación de que el capitán Russel y su esposa estaban a salvo, retornaron a sus respectivas labores, dejando a Trevor a cargo de lo demás.

Ni bien estuvo ante ellos, Richard se lanzó del caballo.

—¿Se encuentran bien? —La preocupación parecía exagerada, pero sincera.

En un acto reflejo sin sentido, Alexander se antepuso a Julia, como si quisiera protegerla del recién llegado. O, tal vez, como una simple muestra de egoísmo, no pretendía compartir lo que le pertenecía.

—Por supuesto que sí, ¿por qué habríamos de encontrarnos de otra manera? —La respuesta de Alexander fue áspera, para nada amable.

Los ojos de Richard fueron en busca de los de Julia, como si esperara de ella un gesto, una señal para actuar.

—Partieron ayer al mediodía y, desde ese momento, no se tuvo más noticias de ustedes. ¡La señora Turner casi entra en estado de pánico! —La exageración de su preocupación tenía una base sustentable—. La tormenta ha hecho estragos en los alrededores, pensamos lo peor.

La realidad paralela que se había alzado de manera inesperada en ese paseo les había hecho olvidar todo. Como, por ejemplo, el hecho de que sus ausencias levantarían alarmas de socorro con justa razón.

Julia se sentía como una niña siendo reprendida por una travesura, si es que pasar la tarde y noche con su esposo, lejos de casa, podía considerarse una.

—Lo sé, por eso decidimos pasar la noche en una de las casas del ducado. —Tomó de la cintura a Julia para ayudarla a trepar a la montura. Ya no habría besos ni caricias con Richard como espectador.

—¿Te encuentras bien, Julia? —Richard no pudo evitar dirigirse a ella. La verdad era que desconfiaba de los cuidados que Alexander pudiese brindarle.

La pregunta no hizo más que alterar a Russel, y Julia maldijo por lo bajo, sentía que todo lo logrado se iba a echar por tierra en segundos. Trevor parecía ser una molesta voz de conciencia para su esposo, una que no tenía intenciones de oír a esa hora del día.

—De maravillas, Richard... me encuentro de maravillas.

Alexander sonrió triunfal frente al rostro de su amigo. Se aferró a la montura y, con la fuerza del impulso, recobró el control del animal.

—Hazte a un lado, Richard, no queremos que la señora Turner se entregue

al pánico —fue irónico. Le costaba creer que Aida reaccionara de esa manera, en especial, porque lo conocía desde pequeño.

Julia y Alexander iniciaron una caminata lenta para darle tiempo a Richard a que los alcanzara. Lo hizo de inmediato. Su caballo, un gran estratega, se coló entre ellos, dejando a esposa y esposo separados.

—¿La culpas? —Se refería a Aida—. Con una tormenta como la de ayer era imposible no pensar lo peor. Tendrías que haberla puesto al tanto de tu decisión...

—¿Qué decisión?

—La de pasar la noche fuera de la casa. ¿Qué más?

Julia realizó un rápido análisis mental, el duque de Perth le pagaba a Aida Turner para que esta se preocupara y lo informara sobre el estado de Alexander. Richard le pagaba a Elle por lo mismo. La pregunta faltante era: ¿Quién le pagaba a Richard Trevor por tal tarea? Porque hacía de ello una tarea sin tregua.

—¿Y cómo pretendías que la pusiese al tanto? —rio con sarcasmo. ¡Sí, justamente, iba a enviar a Harvey o a un mensajero bajo la tempestad para alertar a su ama de llaves!

—No lo sé... —balbuceó Richard reconociendo la tontería de su pensamiento.

—La próxima vez le diré a Julia que incluya en la cesta de picnic a una paloma mensajera. ¿Te parece, Richard?

—Me parece que es un mal momento para una de tus bromas, Alexander. —Se mostró ofendido, y con motivo—. Temí que algo les hubiese ocurrido.

—No tienes que preocuparte por mí, lo sabes.

Se lo repetía hasta el hartazgo, Alexander se hacía responsable de sus decisiones con sus consecuencias, y no lo necesitaba a él como un lazarillo.

—No solo me preocupé por ti —dijo mirando de soslayo a Julia, y el encuentro de miradas entre ellos no pudo evitarse—. Tu seguridad no era la única puesta en juego.

Un sentimiento nacido de emociones todavía no reconocidas alzó los primeros metros de un muro jamás imaginado entre ambos hombres.

—He mantenido a salvo la vida de cientos de soldados bajo mi comando en la línea de batalla, Richard. Quédate tranquilo, aún en mis condiciones actuales... —Con vicios y descontrol incluido—, puedo procurarle la misma seguridad a mi esposa. —Retrajo a su caballo para cambiar de posición en la marcha. Se ubicó del lado opuesto a Richard, junto a Julia—. De ahora en

adelante, líbrate de esa responsabilidad.

Espoleó al caballo, y motivó al de su esposa a que hiciera lo mismo. Juntos se alejaron dejando a Richard solo a campo abierto. Julia optó por reservarse la palabra, su esposo estaba marcando territorio, y dada la naturaleza de su matrimonio, podía considerarse como un beneficioso avance. Sonrió, y al llegar a la casa, Alexander no pudo pasar por alto su expresión.

—¿Qué? —Desde que habían dejado atrás a Richard, esperaba algún comentario de su parte—. Vamos, dilo.

—Has sido muy descortés con Richard.

Le entregaron los caballos a Warren y se tomaron su tiempo antes de ingresar a la casa.

—Y él ha sido muy entrometido.

—Entrometerse no es la palabra correcta, y lo sabes.

—¡Es la única palabra posible! —La capturó de nuevo por la cintura, y la aprisionó con un abrazo que reclamaba más que un beso—. Déjame recordar en dónde nos quedamos —murmuró sobre sus labios.

Julia no se resistió, su cuerpo se rindió a la sensual manipulación de Alexander hasta que su espalda chocó contra una de las ventanas de la casa. Obtendría unos besos allí, y todo lo demás, en la habitación, cuando la cargara en sus brazos con rumbo directo a ella.

Evitaron el preámbulo amoroso, la experiencia de las dos veces anteriores los alertaba sobre el tiempo perdido en vano. El roce de labios fue inminente, y el encuentro de lenguas fue el desenlace esperado. Saborearse era poco, reconocerse era todo. Las manos se sumaron al deseo, acariciando cuellos, aferrándose a las mejillas con desesperación. No querían separarse, hallaban el elixir perfecto para combatir a la soledad en los labios del otro. Quizás por eso habían dilatado el encuentro, porque sabían de antemano lo que sucedería, el fuego de ambos se convertiría en hoguera. Una hoguera de anhelo y dependencia.

La ropa era un obstáculo que no podía sortearse en ese escenario, el calor del hogar los reclamaba. Y no solo el calor, también alguien más...

La señora Turner, que cumplía a rajatabla con sus funciones, actuó ante el extraño golpeteo en la puerta, la abrió sin saber que los cuerpos entrelazados del matrimonio Russel se encontraban retozando al otro lado de la madera. De milagro no se dieron de bruces contra el suelo.

—¡Oh, no! —Aida se llevó las manos a la boca ante la vergüenza—. ¡Lo siento, pensé que era el perro de Pip rasguñando para entrar!

Alexander sostuvo a Julia entre sus brazos. No podían evitar reír. Los dos tenían un único destino en mente: la habitación.

—¿Se han hecho daño? —preguntó con las mejillas enrojecidas. No habían caído al suelo, pero los cuerpos habían rebotado contra las paredes del hall—. ¿Se encuentran bien?

—No se preocupe, señora Turner. —Julia trató de tranquilizarla, mientras entrelazaba los dedos de su mano con los de su esposo—. Lamentamos la tardanza, la tormenta nos...

La mano de Alexander soltó la suya, y no fue la acción en sí lo que inquietó a Julia, sino la forma en que lo hizo. Con brusquedad, con esa clase de aspereza que lo gobernaba a diario.

Se alejó de ellas con el rictus severo, el hombre trastornado regresaba a él al instante de haber puesto un pie en la casa.

—¿Qué han hecho? —gritó de camino al final del pasillo, en donde se encontraba la puerta de ingreso a la sala de música.

—¿Qué? —balbuceó la mujer sin entender lo que quería decir—. ¿Que hemos hecho qué, señor Russel?

Julia fue tras sus pasos, al hacerlo, tuvo el mismo panorama que él, al ras de la puerta sobresalía la hoja de una partitura.

—¿Cómo se han atrevido a entrar? —gruñó furioso. En su cuello llevaba colgada la llave de la sala, se la quitó para abrir el cerrojo.

—¿Entrar dónde? —Aida finalmente comprendía lo que decía—. Señor Russel, no tenemos acceso a la sala de música, usted posee la única llave, ¿recuerda?

El cerrojo crujió, la puerta también. La luz del mediodía apenas alumbraba, las cortinas le prohibían el ingreso al sol; a pesar de ello, podía observarse el apocalíptico escenario. Era como si una tempestad hubiese azotado a esas cuatro paredes, un centenar de hojas de partituras se encontraban desparramadas a lo largo y ancho, una de las sillas estaba caída, y algunos libros, que cumplían la función de decoración, se hallaban en el piso. Con eso hubiese sido suficiente para enloquecer a cualquiera, pero no... la gota que derramara el vaso de la locura de Alexander lo aguardaba sobre el piano: una flor, una flor hecha con partituras.

—¡Márchense de aquí! —les ordenó.

La señora Turner cumplió con el mandato sin emitir palabra. Julia lo desoyó, comenzó a ordenar tomando entre sus brazos las partituras.

—¿No me has oído? —le arrancó las hojas y las arrojó al aire para que

volviesen a decorar el suelo—. ¡Vete, Julia...vete! —La empujó hasta conseguir sacarla de la habitación—. No debí sumarme a tu estúpido paseo, esto es tu culpa. ¡Tu culpa!

—¡Alexander, no hagas esto, por favor! —La puerta se cerró a un centímetro de su nariz.

La historia entre ambos volvía a sus inicios y borraba de un plumazo los últimos momentos vividos. De nuevo eran dos extraños, separados por algo más que un recuerdo. ¿Acaso Phoebe se encontraba allí, atrapada en esas paredes? Necesitaba averiguarlo, y lo haría a como diera lugar.



Al demonio con el día pasado, al demonio con los besos, con lo construido. Alexander estaba peor que nunca, porque la culpa tenía el poder de potenciarse ante cualquier otro sentimiento. Se sumaba el hecho de haber disfrutado junto a Julia, un goce del que no se creía digno.

Edificaba en torno a él las nuevas paredes de su infierno personal, y tomaba la invasión de su esposa como una excusa para remodelarlo. Hacerlo con más fuego y muros más altos. Hacerlo impenetrable para ella e imposible de escapar para él.

La adormidera y la pipa aguardaban por Alexander. La dosis fue elevada, más de lo que acostumbraba, una delgada línea a la muerte, y lo sabía. El capitán Russel lo sabía, conocía su cuerpo, sus efectos, la respuesta a los estímulos. Lo mezcló con altas dosis de alcohol y se dejó caer sobre el colchón a esperar el letargo. Las cortinas estaban corridas, impidiendo el paso de la luz, un sol que teñía de plata el cielo tras las nubes, pero que era incapaz de atravesar la tormenta desatada en el hombre.

—Phoebe... perdona, pequeña, perdona mis momentos de olvido — proclamó entre delirios y bebió un profundo sorbo de gin.

El único olvido posible era el mismo que lo llevaba a la destrucción. El otro, el de la redención, el que representaba Julia, no le correspondía. Esa clase de alivio era para los buenos hombres, y Alexander no se consideraba uno.

Quizá Richard, pensó con los vestigios de celos que ya no podían abrumarlo. Pues no se sentía a la altura de tal emoción. Los celos, la pasión, el deseo de abrazar un cuerpo cálido no le pertenecían.

Lo único que restaba era vivir atrapado en el recuerdo de aquella niña a

quien quiso ayudar y solo empujó a una muerte prematura. Un fin sin sentido, sin justicia. ¿Qué había sucedido con ella?, ¿estaba loca como todos decían?, ¿la demencia que acompaña a la genialidad? ¿Y si la había presionado demasiado? ¿Exigido en su afán de logro?

No Phoebe, no esa pequeña. Ella dejaba escapar el dolor a través de la música, porque solo sabía convertir lo horrible en bello, como había hecho con el mutilado capitán Russel.

La somnolencia lo hizo cautivo, los efectos alucinógenos lo acompañaron, y en el sueño encontró el tormento esperado. Julia, Richard y Phoebe se presentaban para recordarle que no debía ser feliz, que sus fallos eran demasiado grandes para ser perdonados, que la muerte no debía alcanzarlo en paz.

Nunca debió regresar de la guerra.

La negrura lo embargó, y en los confines de su mente se dejó llevar por el castigo.



Los gritos de Alexander se hacían oír a través de las paredes de la pequeña casa. Aida intentaba mantener el temple. Julia adivinaba el esfuerzo en el rictus severo, en los dientes apretados y en el rechinar de los mismos que acompañaba cada alarido del capitán.

La señora Russel ya no requería de explicaciones, aunque era la primera vez que lo veía en semejante estado. Su esposo buscaba la muerte, un par de dosis más de esa magnitud lo llevarían directo al más allá, con todo su dolor, con el de ella, porque sí, maldición, le dolería su muerte. Y también acarrearía con algo más: con la verdad.

Pip tampoco creía en el desenlace de Phoebe. Los niños tenían una forma transparente de ver la vida, y sería una ilusa si se rehusaba a escucharlo.

No negaba la posibilidad, había visto cosas horribles en su vida. Necesitaba la confirmación, un manto de luz que pudiera traerle algo de paz a Alexander.

—Julia... —La voz de Richard la hizo tensarse. Lo apreciaba, le agradaba contar con él, saberlo un buen amigo, pero en esos instantes deseó que desapareciera. Le recordaban al Alexander que ella deseaba salvar, al de horas atrás, a ese hombre capaz de sentir celos de otro hombre. Un esposo amoroso, protector. Un hombre que la reclamaba y le daba alas para soñar en

lo más parecido a un matrimonio real de lo que era capaz.

—Richard, siento mucho haber interrumpido tu día con nuestro accidentado paseo. Creo que lo mejor es que te marches ahora. —Aida simulaba asear sobre lo limpio, y Elle se sumaba a la inútil tarea. Lo malo de las casas pequeñas era lo propensas que eran a las habladurías.

—Alexander está peor que nunca...

—¿Crees que no lo sé?! —alzó la voz apenas, no lo suficiente como para acallar los lamentos de su esposo. Los ojos se le anegaron, y los brazos de Richard no tardaron en rodearla en un cálido abrazo—. Pensé que había avanzado con él, vislumbré retazos del hombre que fue, y ¿sabes qué?, hubiera preferido no hacerlo. Porque ahora comprendo que valen la pena el esfuerzo y el sufrimiento salvarlo. Y ya no me siento tan segura de poder lograrlo.

—Julia... —Mi dulce Julia, agregó mentalmente—. Hay batallas en las que es mejor rendirse, juntar los restos, rearmarse y enfrentar un nuevo conflicto con mayor saber y fuerzas renovadas.

—Lo sé, pero no hablamos de una sola batalla aquí. Cada día es una nueva, y cada día pierdo, y hago lo que dices, me rearmo, alzo el mentón y me lanzo a ciegas, como mi padre en el frente... y vuelvo a perder. No quiero rendirme en esta guerra, tú, mejor que nadie, lo sabe. ¿Por qué estás aquí?

Esa era la pregunta que rondaba a Julia a cada instante, ¿por qué Richard no se rendía?

Sí, era cierto que los vestigios del verdadero Alexander Russel eran pura luz y merecían ser salvados. Se podía adivinar la nobleza de sus actos, lo heroico de su lucha. También el talento que supo tener en la música y la generosidad en sus enseñanzas. Sí, había sido un gran hombre, y Julia se aferraba a la esperanza de que volviera a serlo. Tenía sus motivos: su don, ese que le impedía huir del dolor ajeno, y su vínculo, uno forzado por el matrimonio inesperado. ¿Richard?, ¿tan fuerte era la amistad?

—No lo sé —confesó Trevor—, no sé cuánto de lo que hago es por él y cuánto por ti, porque me siento responsable de tu suerte.

—¿Responsable?

—Si no hubiese insistido en llevarlo a esa fiesta en honor a tu padre... Lo siento, Julia, realmente lo siento.

La condescendencia de Richard la enfureció. Su pena, su lástima... y, sobre todo, la culpa. Ese sentimiento inútil que sumergía a su esposo en el opio y a su amigo en una tarea titánica de intromisión constante.

—No tienes nada que sentir, si no era Alexander, mi padre hubiera

encontrado otro candidato. Y créeme, a mi edad no quedan los mejores — intentó bromear, quitar solemnidad al asunto. La mirada de Richard en ella, esa intensidad, la incomodaba.

Tras compartir un beso con su esposo, una tarde y una noche, sentía que el vínculo los enlazaba de modo más real. Algo que no se limitaba a un simple papel firmado y a una bendición eclesiástica, por lo que resguardar los celos del capitán le parecía lo correcto en esos momentos.

—Si necesitas algo...

—¿Sabes? —La sonrisa de Julia fue sincera, tanto en su afabilidad como en su pena—, lo mejor que puedes hacer por mí, por ti y por Alexander es volver a tu hogar y componer tu bella ópera. Estoy segura de que la música sana, y que conseguirás con ella llegar al capitán.

La confesión fue honesta, y Richard pudo verlo. Tanto como que prefería que la música fuera el resguardo de Russel, en lugar del opio.

—Así lo haré.

Se despidieron, y Julia quedó a solas con Aida. Elle había acompañado a Trevor a la puerta. El malestar de la señora Turner era palpable, la celaba en ausencia de su patrón. Las mejillas de la muchacha se tiñeron de escarlata, a sabiendas de que, de algún modo, se escondía una declaración de afecto en las palabras de Richard.

Ella no lo correspondía, y no tenía nada de qué avergonzarse. La incomodidad del momento fue rota por otro quejido de Alexander que las atravesó con su dolor. De más estaba decir algo, comentar como quien habla del clima.

—Aida, ¿cómo pudo suceder lo de la sala de música? —se atrevió a preguntar—. Entré tras Alexander, antes de que pudiera echarme logré ver que las ventanas no sufrieron los daños de la tormenta. Y el revuelo no era el que puede hacer una simple brisa...

—No lo sé, señora. Nunca lo hemos averiguado.

—¿A qué te refieres? —Ambas dejaron de simular que estaban ocupadas y se miraron a los ojos. *Nunca lo hemos averiguado...*—. ¿Acaso ha sucedido antes?

—Muchas veces, desde... desde...

—Desde la muerte de Phoebe —se animó a adivinar.

—¿Se lo ha contado? —La sorpresa de la señora Turner era genuina.

—En partes, y en parte he sobornado a Pip. Aida, por favor... —rogó que se abriera a ella. El llanto de Alexander ponía en manifiesto que por más

lealtad que tuviera al duque, quien la necesitaba era el capitán.

—El señor no se tomó bien la muerte de la niña, aunque al principio no se dejaba llevar por el vicio, sino por una demencial lucidez. Bebía solo café, nada de té o ingestas que lo adormecieran. Iba al lago, al orfanato, preguntaba a todo el mundo. Llamó a detectives privados y no les daba ni un día, si en veinticuatro horas no traían evidencias de que Phoebe no había cometido... no... —Aida no podía decirlo en voz alta. Suicidio, una sentencia al infierno, una muerte que llevaba a la niña a estar enterrada en terreno no consagrado.

—¿Qué ocurrió luego?

—Empezaron los rumores de que el capitán había perdido la cabeza. Y a los rumores le siguieron las flores.

—¿Qué flores?

—Las flores de papel, hechas con partitura. Alexander las fabricaba con las partituras erróneas de Phoebe, para recordarle que se podía hacer algo bello de las equivocaciones también, con eso calmaba sus ataques.

Julia continuó escuchando la confesión de Aida. Asentía con la cabeza e indagaba en los puntos que le resultaban curiosos, como esos famosos ataques. La niña, tal y como Alexander le había contado, no hablaba ni se comunicaba, solo usaba la música. Y cuando la frustración le ganaba, se dejaba llevar por terribles berrinches que el capitán aprendió a manejar. Con paciencia y dedicación, Russel le enseñó a escribir las melodías que resonaban en su cabeza, al tiempo que Phoebe le recordaba que valía la pena la vida, incluso en tiempos de guerra.

—Así fue —finalizó Aida—, como pasó de noches y noches sin dormir, en busca de explicaciones, a días y días de somnolencia, arrastrado por el vicio y el dolor.

Y de allí Julia debía rescatarlo. Encontrar la explicación a la muerte de Phoebe y a la presencia de las flores de papel. Las respuestas estaban a su alrededor, atrapadas en esas personas, en esas paredes... en un objeto en particular, uno al que el mismo Alexander le otorgaba poderes. El camafeo.

Divisó a lo lejos a Richard, hablaba con Elle en los establos antes de marcharse. Sabía que le pagaba por cuidar de su amigo, aunque ya no fuese necesario. Volvía a rearmarse, a ponerse de pie, a reagruparse y juntar fuerzas para una nueva batalla. Una que vencería. ¿Acaso no era una Wesley?

Con determinación, se dirigió a la recámara del capitán. Alexander se removía en la cama, entre lamentos y pesadillas. Le pidió a Aida que revisara cada dos horas el estado del hombre, debía superar esa dosis excesiva y no

caer en la deshidratación. Además de evitar que vomitara estando boca arriba. Era una tarea desagradable, y como Elle se mostraba mal dispuesta, Julia prefirió alternar los turnos con la señora Turner y Warren. Ella misma lo haría por la noche, para que ambos sirvientes descansaran.

Mientras tanto, tenía un par de horas para llevar a cabo su propio acto de demencia. Rebuscó entre el cuerpo sudado de su esposo hasta dar con el camafeo, que colgaba del cuello del hombre y parecía pesar más que de costumbre. Sin que lo notara, se lo quitó y de inmediato sintió la fuerza albergada en el interior del objeto. Los ojos se le llenaron de lágrimas, era como cargar la cruz de Alexander, dividir parte de la carga.

Con esas emociones que la hacían trastabillar, se encaminó a su propia habitación y se sentó frente al tocador. Se colocó el camafeo y buscó el reflejo de su mirada. De pronto, le pareció que sus ojos mutaban y dejaban de verse celestes para pasar a tener un tono ámbar.

Se arrancó la pieza del cuello con pavor y la arrojó al suelo, desde donde la observó, convenciéndose de su poder. Vencida la reacción de temor inicial, se agachó junto a la joya y la acarició con su dedo índice, hasta comprender qué demandaba de ella. En un raptó de lucidez, se puso de pie con premura y corrió en busca de papel, tinta y pluma. Lo halló en el salón principal, en el espacio destinado a la correspondencia. Como necesitaba intimidad, en lugar de escribir allí, llevó las cosas a la habitación y volvió a ocupar el lugar en el tocador.

Una vez más, se colocó el camafeo y sus ojos dejaron de ser aguamarina para convertirse en dos piedras ambarinas. Dos piedras que habían visto mucho y tenían demasiado para contar. La mano de Julia tomó la pluma, la sumergió en el tintero y se lanzó a la aventura de hallar la verdad que solo esa reliquia familiar conocía.

# Capítulo 9

## *Diario del camafeo*

*El fulgor de la batalla se había apagado, y era tiempo de ir en búsqueda de cuerpos mutilados y prisioneros de guerra. Corría el año 1813, el 17 de octubre, segundo día de la batalla de Leipzig. Los aliados eran más, pero no podían con las fuerzas de Napoleón. Los enfrentamientos se habían reducido a pequeñas escaramuzas a la espera de refuerzos.*

*Las noticias llegaron al norte, donde el príncipe Carl Johan comandaba las fuerzas suecas. Bajo ese mando, un refuerzo de tropas del Reino Unido se sumó a prestar servicio.*

*El general Wesley se acercó a paso firme, como era su costumbre. La cabellera roja no se movía, la humedad del aire se había fijado en ella y también el frío, convertido en hielo. El otoño se abría camino en esa zona de Alemania, entre las aldeas de Groß-Wiederitzsch y de Klein-Wiederitzsch, y se sumaba a la guerra como un aliado o un enemigo, según los estrategas supieran darle uso.*

*Las botas resonaron en la proa del barco, luego, lo hizo su voz. «Capitán Russel», exclamó.*

*Las botas de Alexander también retumbaron sobre la madera, solo que lo hicieron debajo de mí al tiempo que yo me movía de modo pendular sobre su pecho. Constaté al compañero de mi portador, Richard Trevor, que lucía el uniforme tan correcto como era posible dadas las circunstancias. Demasiadas batallas atrás había quedado la elegancia, y en esos momentos, darían lo que fuera por el resguardo de piel que llevaban los suecos.*

*Frederick Wesley se acercó a nosotros, y en cuanto lo tuve delante, leí en su mirada que las noticias no eran buenas. Los tres hombres se dirigieron juntos al camarote del capitán Russel, donde eran capaces de conversar sin ser oídos. Las malas nuevas no debían llegar a aquellos que podían morir en breve.*

*Una vez a resguardo, Wesley los puso al tanto de la situación. El frente polaco resistía pese a la desventaja numérica. Si bien lograban repelerlos, no conseguían vencerlos y las bajas se daban en números catastróficos. Los hospitales de campaña estaban repletos, no había espacio para más prisioneros y las condiciones se volvían insalubres. Estaban ante la mayor batalla jamás peleada en esa guerra contra Napoleón, y aún sería mayor. Los aliados no dejaban de enviar refuerzos, y los franceses de recibir nuevos.*

*«¿Cuál es la estrategia?», preguntó Russel, concentrado en el mapa desplegado sobre la mesa. Richard colocaba piedras de diversos colores para marcar los ejércitos y sus posiciones, al igual que el modo en que se moverían.*

*«Avanzar, avanzar a como dé lugar»*

*Richard y Alexander compartieron miradas de asombro. Sería una carnicería. Entendían que dado el avance de Napoleón era imposible rendirse o dedicarse a estrategias sutiles, pero demasiadas batallas perdidas los hacía temblar ante las consecuencias.*

*Durante ese segundo día, el batallón del Reino Unido se mantuvo prácticamente al margen, en la retaguardia del frente norte, a la espera de órdenes del príncipe Carl Johan. El amanecer los encontró atendiendo heridos, colaborando con el armamento y asegurando misivas. En el límite este de la guerra, las fuerzas del Reino Unido solo eran de apoyo, la guerra la luchaban los rusos, persas y suecos. Richard no parecía molesto al respecto, y Alexander no paraba de reprochárselo.*

*«Lo sabes, ¿verdad?», decía Trevor, el hermano del conde, «nos han enviado aquí porque es el lugar menos peligroso».*

*«¿Y cómo esperan que demos nuestra valía?». La risa de Richard resonó irónica y lúgubre, como todo en ese lugar.*

*«No esperan eso de nosotros, solo desean que regresemos con un par de medallas compradas para agregar brillo a los títulos familiares». Trevor daba en el clavo, en el lugar exacto en que le dolía a Alexander. Había renunciado a la música por un tiempo para demostrar su coraje, para luchar por el Reino Unido, y no le permitían hacerlo. «Además», bromeó Richard, «¿qué más pretendes?, ya tienes tu herida para justificar el lugar que ha comprado tu tío. Podrás relatar la anécdota y conquistar debutantes hasta hallar a una digna de ser la próxima duquesa».*

*«Realmente estás de humor para molestarme, algo que me sorprende*

*dado el panorama».*

*«¿Crees que llorando sufrirán menos, que, si dejo entrever mi miedo y mi rostro compungido, esos hombres sanarán? Mejor reír, bromear, beber y fo...»*

*«Fortalecer el ánimo de los hombres bajo nuestro mando, ¿eso íbas a decir?»*

*Y pese al lúgubre entorno, los amigos rieron. Dejaron escapar carcajadas, y se sumaron a los demás integrantes del batallón que se hallaban insomnes por la expectativa de un nuevo día.*

*Un amanecer que les trajo vientos de cambio: Napoleón se rendía, retrocedía hasta Leipzig.*



*El toque de corneta los puso en alerta. El general Wesley corría al encuentro del capitán Russel como alma que lleva el diablo. Los gritos, las órdenes, se entremezclaron sin generar caos, sino un accionar rápido y eficiente, de hombres acostumbrados a la acción.*

*Los deseos de Alexander habían sido oídos, la hora de demostrar su valía, su honor, había llegado.*

*«Napoleón huye, deberá cruzar el río Elster, los encerraremos allí».*

*Richard, Alexander y Frederick marcharon al trote hasta la carpa de campaña del príncipe sueco, en donde recibirían las órdenes y se los pondría al corriente de la estrategia completa. La batalla principal sería por tierra, motivo por el cual, hasta el momento, la marina del Reino Unido había participado poco, no más que para trasladar noticias y heridos. Pero en esas circunstancias, eran requeridos para un enfrentamiento de río.*

*«Alexander...», la preocupación de Richard era palpable. No era lo mismo que el mar, era por todos sabidos que nadie vencía a un británico en aguas marinas... sin embargo, río...*

*«Lo lograremos», expuso, y pidió la palabra a Carl Johan para exponer su plan de acción. La adrenalina se apoderó de ellos, podía ser la oportunidad no solo de mostrar de qué estaban hechos, sino también de poner fin a esa guerra interminable.*

*Matar a Napoleón. Casi podían saborearlo.*

*Se lanzaron a la acción de inmediato. Tres buques de la corona del Reino Unido, muchos más del batallón sueco, todos surcando las intrincadas*

*aguas del río Elster con la intención de cortar la retirada de Bonaparte.*

*Desde el instante en que se pusieron en marcha, las comunicaciones quedaron interrumpidas. Hasta el final del día no recibirían información alguna, debían atenerse al plan del príncipe sueco y esperar que cada parte cumpliera con lo cometido. Sin contar con el ruego mudo para que entre ellos no hubiera espías.*

*Espías... Los pensamientos de Alexander me embargaban hasta sentirlos dentro de mí, en cada latido de su corazón que golpeaba contra el metal que me recubre. El capitán Russel odiaba a los espías, tanto a los franceses como a los ingleses, y conocía a demasiados de ellos.*

*Sabía que las pautas de esa guerra silenciosa de mensajes incautados, falsos datos y telarañas de mentiras eran algo desarrollado por el enemigo al que querían vencer. Pero que un noble inglés se prestara a algo tan indigno como el espionaje lo asqueaba, incluso cuando era funcional.*

*Por eso él prefería la cicatriz que le surcaba el rostro, las misiones menores aunque riesgosas que se le encomendaban por ser un protegido del duque; sí, al menos había honor en su rol.*

*Y ese día podía conseguir mucho más. Saboreó la gloria con antelación y, por acto reflejo, me tomó en sus manos, como si pudiera sentir el camino al hogar que yo albergaba en mi interior. Lo sentí sonreír, saborear los días de paz que tan merecido tenía.*

*Por desgracia, la guerra es cruel, y además de vidas, arrebatada esperanzas. Las de Alexander se hundieron en el río, junto a los cuerpos de varios de sus hombres. Pues no contaron con que, en el lado francés, también existían hombres de honor, de valor y entereza. Hombres que luchaban por Napoleón con fervor. Entre ellos, el mariscal francés, de origen polaco, Józef Antoni Poniatowski.*

*El capitán Russel tuvo que admitir que Poniatowski era un digno adversario. Si de morir en el frente se trataba, prefería hacerlo ante el valiente mariscal que se enfrentaba a una muerte segura para proteger a su líder.*

*La batalla tiñó de rojo las aguas del Elster. Los aliados intentaban avanzar hasta la comitiva de huida, mientras que los franceses, sabedores de la derrota, avanzaban dispuestos a todo.*

*Detuvieron a un batallón, y a otro, y a otro, hasta que un puñado de hombres logró romper la defensiva y subir a la borda del barco de Russel. Alexander dejó su lugar de privilegio para defender el buque de guerra*

*junto a sus hombres.*

*«¿Qué haces?», lo reprendió Richard, «¿Estás demente?».*

*«¿Acaso la guerra no es locura?», dijo mientras se lanzaba a la escaramuza. No era el único en hacerlo, dejando de lado su rango y su lugar. Wesley estaba en primera línea, defendiendo la flota británica de los malditos franceses como los llamaba a los gritos, cada vez que hería a uno o lo lanzaba por la borda.*

*Pero los malditos franceses no eran tontos, y en cuanto comprendieron que estaban ante un general, fueron en busca de él para tomarlo como prisionero, o matarlo si no quedaba más remedio. Dado el panorama, era un premio consuelo, la máxima posibilidad de victoria en esa retirada.*

*«¡Richard, debemos proteger a Wesley!»*

*«¡Malditos imbéciles los dos!», espetó el hermano del conde antes de sumarse a la pelea y adentrarse en las zonas más peligrosas.*

*Con los sables se abrieron camino entre los invasores franceses y los defensores aliados. Los suecos seguían en su afán de alcanzar a Napoleón y se veían los rostros con el mismo Poniatowski, que se mostraba incansable. Ellos, en cambio, daban todo de sí por no perder la flota y minimizar las bajas.*

*Alexander divisó el momento exacto en que Frederick Wesley perdía su arma, sin pensar más, corrió a salvaguardarlo. Un general valía más que un capitán, incluso cuando el segundo era el heredero del ducado de Perth. Detrás de él, Richard continuaba con sus maldiciones, que no iban dirigidas a los franceses, sino a aquellos irracionales hombres que tan poco miedo mostraban a la muerte.*

*Tres franceses rodeaban a un Wesley desarmado. Uno de ellos pereció ante el sable de Russel, el segundo lo hizo ante el de Richard, y el tercero... el tercero mostró por qué Napoleón contaba con tantas batallas ganadas. En un ágil movimiento de sable desarmó a Richard con un profundo corte en su mano, luego se lanzó a Alexander. Wesley alcanzó su daga corta, y la incrustó en la carne de su enemigo, pero mientras la muerte se lo llevaba, consiguió un último golpe de gloria, lacerando la pierna de Russel con el sable para luego largar la última exhalación sobre la bota ensangrentada del capitán.*

*El Reino Unido conservó su flota, recontó los muertos y supo que las victorias nunca eran felices. Habían ganado, habían hecho a Napoleón retroceder y recuperaban tierras de la zona germana. Sí. Y también lanzaban*

*los cuerpos sin vida al río, para que el agua les diera eterno descanso. Sin contar con los heridos, algunos de los cuales acompañarían a los caídos antes del nuevo amanecer. Entre ellos, dos: Wesley y Russel. Ambos con heridas graves, ambos a merced del destino. Las infecciones eran ahora el principal enemigo, la nueva batalla a vencer.*

*Richard Trevor tenía una herida menor, su mano volvería a ser la de antes. Ni siquiera los nervios habían sido dañados, el corte era superficial. Podía permanecer ahí, festejar con los suecos o dirigirse junto a sus compatriotas al frente este. Sin embargo, optó por acompañar a su amigo y regresar a Inglaterra.*

*«¿Te encuentras bien?», preguntó en el camarote del capitán Russel.*

*«Vivo, que dadas las circunstancias es mucho, ¿tú?»*

*«Vivo y sano, que, dadas las circunstancias, es un milagro». La risa de Alexander se cortó por el dolor.*

*«¿Wesley?»*

*«Sufriendo merecidamente, como tú. Son unos malditos imbéciles».*

*«Sí, creo que escuché tu acusación mientras me rebanaban media pierna». En esa ocasión, ni el intento de risa brotó de sus labios. El sufrimiento era insoportable, la herida había tenido que ser curada, cauterizada y cosida sin ningún calmante más que un trago de ginebra. Por fortuna, se había desmayado del dolor, pero el mismo aguardaba por él cuando despertó. El olor a piel quemada le llegaba junto con el del sudor. Un sudor que cargaba con el miedo de la muerte.*

*«Pese a que creo que lo mereces, seré un buen amigo y te brindaré algo de paz».*

*«¿De qué hablas?».*

*«Lo conseguí en Londres, es de las Indias. Lo traje conmigo pensando que sería yo quien lo usaría», Richard develó lo que traía consigo. Algo que había escondido en su camarote y protegido con recelo, pues sabía que muchos serían capaces de asesinarlo por ello: una pipa y opio.*

*«Richard... ¡estás loco!», lo reprendió Alexander al comprender el riesgo que corría al darle eso.*

*«¿Acaso la guerra no es locura?», esgrimió las mismas palabras que el capitán había utilizado antes, durante el fulgor de la escaramuza.*

*Un par de pitadas bastaron para darle la calma necesaria a Alexander. Poco a poco dejó de sentir sus extremidades y fue capaz de conseguir un descanso inimaginable ante la herida de su pierna. En el letargo, con los*

*efectos del opiáceo en el organismo, se aferró a la mano de Richard y confesó:*

*«Sabía que volveríamos a casa, nunca corrí ningún riesgo...».*

*«¿De qué hablas?».*

*«De esto...», y llevó la mano a su pecho, donde yo descansaba, testigo de todo lo vivido. Richard pensaba que se trataba de un delirio producto de la droga, yo, en cambio, refulgí a sabiendas de que había cumplido mi misión una vez más. Había llevado a un Russel de regreso a su hogar.*

## Capítulo 10

La experiencia le resultó devastadora. Un viaje a un pasado de la mano del espectador menos pensado: el camafeo.

Se quitó la joya del cuello, no podría tolerar más por ese día. Las cualidades mágicas que la pieza albergaba cobraban un sentido mayor, era un pasaporte a todo lo vivido por sus portadores. La verdad silenciada, el dolor contenido y los finales inconclusos se encontraban allí, en ese pequeño dije labrado.

¿Cuánta historia cobijaba? ¿Cuánto pasado? Se había aferrado a él con la intención de nadar en el mar de pena que mantenía al alma de Phoebe prisionera en esta vida, y contrario a nadar en sus aguas, naufragó en el mar del pasado de Alexander. En la batalla de Leipzig se hallaban los inicios de su perdición. Sí, había regresado a casa, el camafeo le había mostrado el camino, pero falló en su cometido. Solo una parte de Alexander regresó, un fragmento de su espíritu se había quedado anclado en las profundidades del Elster. Era un hombre de honor, de pura bravía; un ave rapaz a la que le habían arrancado las alas en nombre de un deber engarzado a su apellido.

Ahora comprendía el recelo y rechazo hacia su tío, el duque, y todo lo que significaba el ducado. Como también comprendía a alguien más: Richard Trevor. La débil duda que había empañado el pensamiento de Julia con respecto a él se disipaba. La culpa, la maldita culpa. La desgraciada se encontraba por doquier, capturando el alma de buenos hombres. Richard Trevor se sentía responsable del destino de Alexander; con el fin de procurarle un paliativo momentáneo al dolor, había colocado a su mejor amigo en el camino que lo conduciría a la peor adicción: el opio. Y no solo eso, también se sentía responsable de ella, del sabor a desamor que le inundaba la boca a causa de un matrimonio que, tal vez, nunca tendría que haber sido tal.

La experiencia en el frente de batalla le había dado la lección más importante a Julia, para sanar por completo, había que sanar el cuerpo y el alma. Por desgracia, esta última siempre quedaba librada a la buena de Dios.

Alexander sufría, estaba dañado, por fuera y por dentro; y Richard Trevor no era la excepción, cargaba con una herida, una que llevaba años sangrando.

Con la misma delicadeza con la que lo había obtenido, regresó el camafeo al cuello de Alexander. Dormía, de manera profunda, gracias a la botella de ron vacía que sostenía en la mano. Lo cubrió con un edredón, el frío que traería el fin de la tarde le helaría los huesos. O no, considerando el veneno que le corría por las venas. Cuando finalizó con la tarea, se sentó en la punta de la cama. Lo observó. Aparentaba calma, y ella deseó que lo fuera. Es más, la envidió. Estaba inquieta, si por las venas de Alexander corría alcohol y restos de opio, por las de ella se deslizaba algo peor: la droga de la revelación. Era una intrusa a un pasado que no le correspondía, y a la vez, se sentía como la narradora que traía consigo el final que todos necesitaban. Pensó en Richard, en cómo lo había invitado a marcharse con cortesía cuando el hombre, lo único que pretendía, era apaciguar a la fiera de su propio desprecio.

Fue hasta la ventana para contemplar el avance de la tarde, tendría un par de horas antes de que el sol se ocultase. Tomó un chal, lo calzó a sus hombros, y se aseguró de no pasar frío cubriéndose con una abrigada capa.

—Señora Turner —dijo colocándose unos guantes de cuero—, voy a salir.

Aida frunció el ceño, se encontraba en la sala de labores zurciendo un cojín.

—Disculpe, señora —apartó los elementos de zurcido para incorporarse—, no la he oído bien. ¿Qué va a hacer, qué? —Había oído a la perfección, el tono de irónica disconformidad era evidente.

—Voy a salir... —repitió.

—¿A estas horas?

—Sí.

—¿Con estas temperaturas?

—Sí.

—¿A pie?

Un detalle que a Julia se le había escapado. Consideró las alternativas

—No... le pediré a Warren que me prepare la calesa.

Entrometida y precavida, eran los segundos nombres de la señora Turner.

—Podría hacer más que eso, podría decirle que la acompañe a donde sea que vaya. —Era una maestra en el arte de obtener información.

—No es necesario, voy a la mansión de los Trevor, tan solo es un par de leguas.

—Ah, ya veo, los Trevor. ¿Cenará con ellos, señora Russel? —La desaprobación estaba tatuada en su mirada.

—Por supuesto que no, cenaré junto a mi esposo, como corresponde.

Aunque esa cena significara una improvisada bandeja sobre su falda, devorada junto al tibio calor del hogar de la recámara de Alexander, en el más solitario y triste de los silencios.

—Entonces, tendremos la cena dispuesta a la misma hora de siempre, señora Russel.

Decidida a marcharse de una vez por todas, emprendió el camino a la puerta, se detuvo bajo el dintel al recordar algo.

—Por favor, dile a Elle que procure el estado del fuego del hogar de la habitación de mi esposo. Creo que esta noche habrá una helada.

—Así lo haremos, señora. —Aida no iba a ceder en su actitud de indirecto reproche—. ¿Algo más?

Julia le iba a recordar que, dadas las circunstancias de su matrimonio y de la dinámica de la casa, era absurdo reprobar comportamiento alguno.

—Sí, quita esa expresión de tu rostro. Necesito hablar con el señor Trevor, nada más.

—Con los «nada más», nacen los rumores, señora —contraatacó la mujer.

—Pues ocúpate de contener esos rumores, las dos sabemos que, si nacen, lo hacen bajo este techo.

Aida resopló. Julia sonrió. La extraña amistad entre ellas ya no tenía vuelta atrás, y funcionaba de esa manera.

—Estaré de regreso para la cena —finalizó retomando la caminata.

—La esperaremos... —la oyó decir a lo lejos—. He preparado pudding de calabaza.

Julia volvió a sonreír. Era su favorito.

Era la primera vez que Julia ponía un pie en la mansión Trevor que, décadas atrás, había sido la residencia de los Russel. El nacimiento de Alexander fue bajo ese techo, cada una de esas paredes habían oído sus llantos de niño, y ese simple pensamiento hizo que Julia se mostrara feliz de estar ahí. Tal vez, demasiado.

El mayordomo le dio la bienvenida guiándola hasta el salón de recepción principal. Una alegre melodía al piano retumbaba por los corredores. A Julia

no le fue difícil hallar su lugar de origen, el salón contiguo.

—Aguarde aquí, señora Russel, informaré de su llegada.

Ella siguió sus pasos, fue sigilosa, y él no notó su presencia. El salón contiguo estaba destinado a la exploración y práctica musical. Unas risas se escaparon por la puerta entreabierta, Julia no pudo evitar curiosear. Tres pianos conformando una perfecta trinidad central, en dos de ellos, se encontraban sentados una niña y un niño; en el piano que se encontraba a la cabeza, Richard.

—Perfecto, Beth... continúa con esa armonía. —Desde el refugio que la puerta le brindaba llegó a ver la sonrisa que decoraba el rostro de Richard. Se lo veía feliz, como nunca antes lo había visto ella— ¡Timothy, solfeo en clave de fa! —Podía notarse que estaban disfrutando de un momento de juego musical.

Cuando el mayordomo le murmuró al oído la noticia de la visita, Richard se detuvo, y los niños hicieron lo mismo. Los ojos de Richard fueron en busca de los de ella.

—¡Niños, tenemos visitas! ¿Cómo recibimos a las visitas?

—¡Así! —respondió Timothy dejando danzar sus dedos en las teclas.

A Julia le pareció reconocer a una de las sonatas de Beethoven, no podía certificar cuál, si se comparaba con los niños, estaba claro que no les llegaba ni a los talones en cuanto a conocimiento musical.

La melancolía inundó el lugar, y Beth decidió romperla con una alegre composición de Haydn.

Era un duelo que solo consagraría a un ganador... Timothy sucumbió junto a Beethoven, otorgándole a Beth la victoria ante la mejor bienvenida.

—¡Esa es mi pequeña! —festejó Richard.

Julia aplaudió, y la niña se incorporó de la banqueta para hacer una amable reverencia. Timothy frunció el ceño enojado, por lo visto, no lidiaba bien con el fracaso, ni aunque este fuese como consecuencia del juego.

—¡No es justo, sus dedos son más largos que los míos! —El niño parecía frustrado por la derrota musical, una que no era tal.

—Timothy... ¿qué es lo que siempre les digo? —Richard fue a sopesar los ánimos del pequeño, ubicándose junto a él en la banqueta del piano.

—Que en la música no existen vencedores ni perdedores... —masculló con los primeros trazos de buen humor en la voz.

—Exacto, la música es música, y solo debe disfrutarse.

Era enternecedora la escena que tenía ante ella, y sin proponérselo, Julia

se hizo partícipe.

—Además, si de bienvenidas se trata, las dos han sido maravillosas. ¡Creo que fue la mejor bienvenida de mi vida!

Las mejillas de Timothy se sonrojaron, eran la combinación perfecta de vergüenza y satisfacción.

—¿Has oído, Timothy? Y esas palabras no han salido de la boca de cualquiera, Julia sabe de música, toca el piano al igual que nosotros.

—¿En serio? —Beth se comportó ansiosa, abandonó la banqueta para ir hasta ella—. ¿Tocas el piano?

—Sí, pero no tan bien como ustedes... —Ahora, las mejillas sonrojadas eran las de Julia.

—¿Tocarías conmigo? —Beth era decidida y no esperaba un no como respuesta, la tomó de la mano para arrastrarla con delicadeza al piano—. El profesor Trevor y Timothy siempre tocan juntos...

Julia y Richard compartieron una mirada de soslayo, estaba claro que el que necesitaba un soporte de ayuda era el niño. El talento saltaba a la vista en la niña.

Beth no le dio tregua, con un infantil empujón, la sentó en la butaca.

—Podemos tocar lo que tú quieras... —La niña estaba ansiosa, si hasta colocó las manos de Julia sobre las teclas.

—Pues en otro momento será. —Richard fue al rescate—. Retomaremos en la próxima clase.

Ambos niños emitieron quejas, y no era solo porque la visita los estimulara a seguir trabajando, podía notarse que les encantaba su clase de música, y que Richard era un excelente profesor.

—Despídanse de la... —«Señora Russel». No, se corrigió—. Despídanse de Julia, niños.

—¿Señora o señorita? —preguntó Beth, coronándose como toda una metiche con tan solo nueve años.

—Señora...

La niña sonrió satisfecha, ya estaba aleccionada en función de los estándares de la época, si no era una «señora» a esa edad, era una solterona, y la palabra sonaba igual de fea que un piano desafinado. Beth perfilaba su futuro, aunque quería dedicarse a la música, no quería ser una solterona, así lo había manifestado.

—Señor Toole... —Richard demandó la asistencia del mayordomo que se había mantenido en silencio y a la espera en un extremo del salón—.

Acompañe a los niños, por favor, sus carruajes deben estar a la espera.

Luego de una competencia de reverencias infantiles, en la que, por supuesto, Beth volvió a verse victoriosa; Richard y Julia quedaron a solas.

—Siento mucho mi interrupción. —Se excusó ella ni bien pudo.

—Nunca eres una interrupción, Julia —dijo con un tono que pondría a todas las matronas en alerta. Fue hasta ella, y se sentó en la banqueta para hacerle compañía—. Dime, ¿en qué puedo ayudarte? —Jugó con algunas teclas y, de repente, se detuvo—. ¿Ha ocurrido algo? ¿Alexander?

Como siempre, la preocupación, nacida de una responsabilidad impuesta, lo dominaba. La expresión relajada de su rostro fue suplantada por un rictus adusto.

—No, no ha ocurrido nada... —resopló para forzarse a una sonrisa, y agregó—: Nada fuera de lo habitual.

Alexander, el opio, el alcohol y el estado de inconsciencia.

Los cuerpos giraron sobre la banqueta, las rodillas se rozaron.

—¿Eso quiere decir que has venido aquí por el simple motivo de visita? —Richard no pudo ocultar la felicidad.

—Sí... —Pero mentiría si le hacía creer en la totalidad de esa afirmación, por eso, le aclaró— y no.

La sonrisa naciente en Trevor se vio interrumpida por un gesto de fingida tristeza.

—¡Me has roto el corazón! —dijo posando su mano en la de ella.

La respuesta de Julia fue inmediata, se apartó de él. No podía evitar recordar a la señora Turner; se la imaginaba ahí, con mirada desaprobatoria.

—Estoy bromeando. —Richard intentó salir del pozo lodoso en el que se había hundido.

—Lo sé —respondió Julia, confiada de que no había sido más que una simple demostración de afecto fraternal. Para evitar incomodidades fue directo al grano—. Estoy aquí porque necesitaba conversar algo contigo.

El matiz serio hizo que Richard apartara los ánimos bromistas.

—Por supuesto, ¿quieres conversar aquí? ¿o prefieres que vayamos a mi despacho?

—No, no, aquí está perfecto. —Intentó buscar las palabras más lógicas para exponer aquello que la había llevado hasta a él a esas horas del día. El trance vivido gracias a las cualidades mágicas del camafeo debía mantenerse en secreto. El suceso era digno de evaluación médica. Julia podía verse internada en uno de esos hospicios en los que aislaban a las mentes alienadas

— He estado pensando en ti... —modificó lo dicho para evitar interpretaciones de tinte amorosas—, en el peso que cargas en tus hombros, un peso que ya no te corresponde, y la verdad, nunca te correspondió.

Había tenido una buena intención, ayudarle a soportar el dolor físico a su amigo con la única herramienta a mano, la entrega definitiva a la adicción le pertenecía al capitán Russel.

—¿A qué te refieres?

—A Alexander, sé... —Cómo decirlo sin dar a entender locura—. He hablado con él, me ha contado —Se detuvo para constatar que no hubiese rudeza en su tono, aunque eso podía llegar a ser inevitable— por qué recurrió a la adormidera.

—¿Qué te ha contado? —Richard requería exactitud.

—Lo ocurrido en *Leipzig*, mi padre, su lesión... el insoportable dolor, y cómo lo combatió.

La inquietud azotó a Trevor, parecía esos niños perfectos que se abochornaban ante el descubrimiento de sus travesuras porque sentían que perderían la imagen de hijo pródigo. No deseaba el desencanto, en especial, el de Julia.

—¡Era un paliativo, Julia, solo eso! —Comenzó a caminar de un lado al otro. Ella lo interceptó a medio andar. Se aferró a sus brazos.

—Y lo fue, Richard, lo fue. Lo que ocurrió después ya se escapa de tu control.

Trevor hizo aquello que no le había sido permitido minutos atrás, tomó las manos de Julia entre las suyas y, en esa oportunidad, el contacto no fue rechazado. Al contrario, se convirtió en una inesperada caricia.

—¡Si hubiese sabido que ese iba a ser el primer peldaño de la escalera que lo llevaría a la perdición, hubiese arrojado la maldita pipa por la borda!

—Pero no lo supiste, y no hay vuelta atrás.

—Ya lo sé, ¿crees que no lo sé, Julia? Me lo recuerdo a diario, cada vez que lo veo desmayado en la cama a mitad del día.

—Pues deja de recordarlo, Richard. Las decisiones de Alexander son de su entera responsabilidad.

—Necesita ayuda, Julia —dijo apretando sus manos con delicadeza—. Debo ayudarlo.

Ese motivo era lo que la había llevado hasta ahí, arrancar de raíz la culpa y una responsabilidad caducada desde su principio.

—No, ya no necesitas ayudarlo, esa es mi responsabilidad, una que acepté

ante Dios al unirme en matrimonio con él. Tú, Richard... tú tienes que ser su amigo, nada más.

No sabía cuánto de verdad había en las palabras de la señora Turner, según ella, Richard estaba tan obsesionado con el cuidado de su amigo que se había olvidado de sus necesidades, por eso era un hombre soltero. Para él existían dos cosas, la música y la asistencia culposa hacia Alexander, y no había más lugares vacíos que ocupar.

—Y también, tienes que vivir tu vida. Ser feliz.

—No creo que eso pueda ser enteramente posible —dijo acariciando las manos de Julia con un gesto que se escapaba del simple aprecio.

Como si con el roce de manos no fuese suficiente, deshizo de un paso la distancia que los separaba. Julia contrarrestó ese avance dando otro hacia atrás.

—Yo creo que sí, solo tienes que intentarlo —retomó el hilo fundamental de la conversación para salir del incómodo momento—. Quítate el peso que llevas en la espalda, Alexander no es un niño... ya no tienes que correr en cuanto entra en una crisis, ni requieres de los servicios de Elle para constatar su estado. Confía en mí, yo cuidaré de él.

—Pero Julia...

—No, no hay «peros». Haz esto que haces, ser maravilloso con esos niños, ser maravilloso al piano.

Quería estimularlo a crecer en el ámbito musical, sabía que Richard era talentoso, no tanto como Alexander —ese comentario se oía cada vez que los comparaban— y por eso mismo retraía sus capacidades. Llevaba años componiendo una ópera que parecía no tener fin, porque la baja autoestima le jugaba en contra.

—¡Oh, si el señor Toole no me pone al tanto de las visitas, ni me entero!

Fueron interrumpidos por Lady Blanche Trevor, la madre de Richard. Julia había oído hablar de ella en los últimos días. A la señora Turner se le llenaba la boca de halagos cuando hablaba de la mujer, según Aida, era todo lo que la nobleza debía de ser. El comentario era acertado, el porte, su andar, su vestido azul añil, todo destilaba un perfume de grandeza y elegancia; y la tonalidad gris plata del cabello no hacía más que sumar la cualidad de sabiduría a su imagen.

—Lo siento, madre, en el preciso momento en el que ingresabas, le comentaba a Julia de ti —mintió y buscó complicidad en Julia guiñándole un ojo—. Estábamos por ir a verte...

—Richard, mis oídos pueden fallarme, pero mi vista y reflejos no... —Lo golpeó en el pecho a modo de reprimenda—, he visto cómo le has guiñado el ojo. —Volvió a golpearlo—. Ahora, preséntanos como es debido, muchacho, ¿dónde están tus modales?

—Madre, ella es Julia Russel.

—Es un placer conocerla...—Julia hizo su parte. Demonios, hablando de nobleza, ese mundo tan ajeno al de ella, no sabía si tenía que utilizar el «señora» o el «lady». Dudó, y la mujer la libró del inconveniente.

—Dime, Blanche, muchacha... con eso basta. —La examinó de la cabeza a los pies en segundos—. ¿Russel? ¿La reciente esposa de Alexander? —preguntó haciendo contacto visual con su hijo.

—Sí, madre.

—¡Vaya, qué afortunado el capitán! —Capturó el rostro de Julia con una de sus manos para evaluarla con detenimiento—. ¡Y qué desperdicio! —dijo a modo de dictamen final.

El fuerte vínculo de amistad, casi de hermandad, que unía a Richard y Alexander no aparentaba ser compartido por Lady Blanche.

—Es la hija del general Wesley, madre. —Richard sumó información.

—¡Mira tú! —Le sonrió, la revelación del árbol genealógico de Julia le agradó—. He oído mucho de tu padre, y he tenido el gusto de conocerlo... —Con el atrevimiento que los años y el estatus social le permitía, entrelazó el brazo de Julia al de ella—. Ven, me imagino que nos acompañarás en la cena. —Haciendo extensivo el atrevimiento, la forzó a caminar a su par.

—Oh, no, le agradezco la invitación, pero no puedo aceptarla, me esperan en casa para la cena.

—¿Quién te espera, cariño? —Blanche fue suspicaz—. ¿Tu esposo? ¿Alexander? —rio de manera burlona.

Richard tosió, su madre solía atravesar todos los límites habidos y por haber cuando de alcanzar un objetivo se trataba, en ese instante, la visita inesperada lo era.

La mudez se amotinó en la garganta de Julia, y la vergüenza conquistó a sus mejillas, le ardían. No quería ni pensar en lo que sus ojos demostrarían.

—No te preocupes, él no notará tu ausencia, créeme.

El comentario era doloroso y realista en partes iguales. Escabullirse de los brazos de la madre de Richard aparentaba ser una odisea, si lo lograba, como resultado obtendría una cena en solitario frente al hogar de la recámara de su esposo.

—Richard me ha contado sobre ti... —Blanche se consideró victoriosa cuando dejó de percibir la resistencia en la muchacha—. Bueno, sobre la hija del general Wesley. ¿Es verdad que estuviste en el frente de batalla, cariño?

La mujer la reconocía no por ser la reciente esposa del capitán Russel — que era la noticia que circulaba por los alrededores—, la conocía por ser la hija del general. ¿Desde cuándo Richard hablaba de ella?

—Sí —le confirmó con timidez, su experiencia en el ejército solía ser más un estigma que un punto de admiración.

—¡Por los cielos! ¿Has visto sangre? Oh, yo me desmayaría ¡Qué muchacha valiente eres! Cuéntame, cuéntame todo.

Una cena. Una cena en compañía. Podía permitirse eso.



Si luchar contra el afán asistencial de Richard era difícil, enfrentarse a la fuerza conjunta de madre e hijo lo fue más. Retornó a casa en un carruaje de la familia, la calesa y el caballo que la habían llevado hasta la mansión quedaron al cuidado del jefe de cuadras de los Trevor, lo enviarían al día siguiente.

La noción del tiempo desapareció ni bien Blanche la ubicó a su lado en la mesa, y esa noción perdida volvió a manifestarse cuando el rostro de Aida Turner le dio la bienvenida en el hogar Russel. Como siempre, trabajaba en sus bordados; era lo que hacía en los ratos libres, los cuales eran muy escasos. Estaba en el sillón de la antesala al salón principal que se comunicaba con el hall de entrada, desde ahí podía tener el control de los ingresos y salidas. Alzó la mirada sin levantar la cabeza.

—La bandeja con la cena la aguarda, señora Russel.

—Le agradezco, señora Turner, pero ya he cenado en la casa de los Trevor.

Alexander no demandaba explicaciones, y ella respondía solo a su esposo, no tenía por qué argumentar a la defensiva frente a Aida. La mujer abandonó la labor en silencio, decidida a retirarse a su lugar de descanso. Su actitud hizo mella en Julia, sentía que la señora Turner se guardaba todo aquello que quería decir. De seguro consideraba que su comportamiento era indecoroso: una mujer casada cenando fuera del hogar, en la casa de un hombre soltero. Cuando lo pensaba, hasta ella se desaprobaba.

—Lady Blanche me invitó a cenar con ellos, y no pude negarme.

El nombre clave se mencionó, Aida reaccionó en función de ello.

—¡Oh, Lady Blanche! ¿Quién podría negarle algo? Sería una herejía. — Coincidieron en miradas y sonrieron, Julia exhaló con notoriedad, y Aida lo consideró como una especie de liberación por parte de la señora de la casa. Creyó correcto poner sobre la mesa su opinión de una vez por todas—. Señora Julia, es importante que sepa que, si yo hago alguna mención con respecto a sus salidas o compañías, lo hago solo por la preocupación ante su bienestar, no la juzgo... ni la juzgaría.

—Gracias, señora Turner, me da gusto saberlo. —Volvió a exhalar—. He tomado decisiones en mi vida que me han empujado a la independencia y autosuficiencia. Ahora, siendo lo que soy... una esposa, entro en conflicto conmigo misma.

—Es verdad, es una esposa, y como tal se debe a su esposo, pero creo que la función debe ser recíproca, señora.

La reciprocidad que Aida planteaba no era más que la sombra de una posibilidad muy lejana. La crudeza de las palabras de la mujer le retorció las tripas a Julia.

—Eso intento, señora Turner.

Lo intentaba con todas sus fuerzas, quería rescatar a Alexander de las profundidades de la culpa y la adicción.

—Lo sé, lo veo... pero, mientras tanto, procure darle satisfacción y alegría a su vida, algo que no va a conseguir a la vela de un hombre que apenas tiene deseos de abrir los ojos.

Una bofetada inesperada y dolorosa. Aida se despidió de ella dejándola a solas en un pozo de dudas y reproches. Como fuese, ya era demasiado tarde. Lo único que podría disolver a ese matrimonio sería la muerte. Ella no tenía planes de hacerlo, es más, lo vivenciado junto a las trincheras le había hecho amar más a la vida; y en lo que a su esposo se refería, tampoco se lo permitiría a él.

Se apropió de la bandeja con la cena por si Alexander se despertaba con apetito en medio de la madrugada. Subió la escalera con calma, nadie le pisaba los talones. Disfrutó del silencio, de la paz que inundaba la casa. Estaban solo ella y él. Ingresó a la recámara en puntillas de pie; era una costumbre sin sentido, lo reconocía, aun así, no podía evitarlo, era como un acto reflejo. Apoyó la bandeja en la mesa de noche contigua a la cama, se quitó la capa, los guantes y, sin pensárselo dos veces, se recostó junto a Alexander. Él no caería en cuenta de su presencia, menos que menos, de su cercanía. Estaba agotada, y no era el cansancio del día, era más que eso: el no

dormir, la preocupación constante, la percepción de un futuro cercano sin muchos logros. En fin, el abatimiento emocional le atenazaba el cuerpo, la derrumbaba. Cerró los ojos por unos segundos.

No se dormiría, solo descansaría los ojos.

No se dormiría, fue una proclamación, una orden... una que no cumplió.



¿Lo había conseguido? ¿Finalmente la muerte se apiadó de él? No, no se merecía la muerte. No se merecía la vida. Lo que era peor, no la merecía a ella.

Julia era lo más cercano a un paraíso en la tierra para él, al punto tal que si al capitán Russel le preguntasen cómo lo describiría, diría: rojo caoba, como su cabello; con pequeñas montañas blancas, al igual que su inmaculada piel, y con dos astros lapislázuli, ninguna otra comparación le hacía justicia al azul intenso de sus ojos, dispuestos a iluminar el camino hasta al más ciego de los hombres.

A la culpa que le carcomía el alma, se le unía el recordatorio cotidiano de su más grande error, el de casarse con ella. Lejos quedaba ya el desinterés por su bienestar, lo que en un principio había sido analizado por el simple pensamiento «Julia Wesley tendrá sus motivos», hoy se contemplaba como una locura sin justificación.

—Muchacha tonta... —balbuceó para sí—, no debiste casarte conmigo.

La arrastraría al infierno con él, y Lucifer la devoraría de un solo bocado.

—No he debido de hacer muchas cosas. —Julia abrió los ojos, llevaba el mismo tiempo que él despierta—. Mi padre me lo ha dicho cientos de veces, y también me ha llamado «tonta» en más de una oportunidad.

—En esta oportunidad no puedes negarlo, has sido una completa tonta.

Cambió de posición en la cama, giró para acomodarse bocarriba, estar echado de lado lo llevaba a enfrentarse a ella y a la evaluación de su mirada. La hermosa evaluación de su mirada.

—Puntos de vista —dijo Julia imitándolo en posición.

Así quedaron, de espaldas al colchón, con los ojos anclados en las molduras del cielorraso.

El silencio estaba al acecho, esperando el segundo perfecto para dar un zarpazo. Alexander fue más rápido:

—He pensado en nuestro matrimonio... —Hizo una pausa porque la

realidad de la oración no parecía pertenecerle.

Era verdad, desde que habían pasado aquella extraña pero bella tarde, con su consecuente noche y mañana fuera del hogar, no pudo dejar de pensar en ello.

Para Julia debió de ser un instante de gloria, que su esposo se expresara en conjunto por primera vez era un logro. Aun así, el motivo de esa sutil victoria se desvaneció de inmediato, era imposible pasar por alto el matiz de sentencia en la voz del capitán. Se reservó la palabra para que él continuara.

—He pensado en nuestro matrimonio —repetió, y agregó con más fuerza de voluntad—: y en lo que es más adecuado para ti.

¡Al diablo el silencio condescendiente! Julia se mordió los labios, y luego los dejó libres para que hablaran sin barreras.

—¿Adecuado para mí? —De un solo movimiento se incorporó sobre la cama, giró hacia él y lo enfrentó. Alexander tuvo que abandonar la contemplación del techo—. ¿Por qué hablas en singular, cuando la propia palabra «matrimonio» amerita el plural?

—Porque esto no es un matrimonio, y nunca lo será, por lo menos no en el sentido bíblico de la palabra. —Un sarcasmo fuera de lugar se apoderó de él consiguiendo el despertar de la furia en Julia.

La señora Russel estaba que echaba humo. De un salto, se lanzó de la cama al suelo, tenía que combatir la ira de alguna manera. La alternativa fue caminar de un lado a otro. ¡Por los cielos! ¿Se podía ser más descarado? ¿«Sentido bíblico»? Todo lo que ese matrimonio era o no era tenía un porqué: él.

—Consideré opciones —Alexander prosiguió sin cavilación aparente, era más fácil así, como arrojar alcohol a una herida. Ardía, dolía, pero lo hacía por unos segundos, luego comenzaba el proceso de sanación—, y creo que la más adecuada de ellas es que tomemos distancia.

¡Un par de horas! Como mucho tres ¡Un par de horas durmiendo a su lado y él alzaba la bandera de la distancia!

—¿Distancia? Creo que la puerta que separa ambas recámaras ya es distancia suficiente. ¿No lo crees así?

Ella era un maldito problema. Julia no se conformaba con poco, jamás lo haría. Era una mujer condenadamente tenaz. Si no la apartaba de su lado, caería al abismo con él sin importar las consecuencias.

—No, Julia, no es suficiente, y nunca lo será. —Le hizo compañía en el caminar rabioso, la detuvo. La tomó de los brazos para sacudirla y que entrara

en razones—. ¡Entiéndelo de una vez! ¡No soy bueno para ti, no soy bueno para nadie! —Cuando los ojos de Julia brillaron con las primeras lágrimas, se apartó de ella—. Soy un maldito veneno, imperceptible y lento... pero veneno al fin. Tarde o temprano contaminaré tu sangre, tu espíritu, y nada quedará de ti.

Quería abofetearlo, porque detestaba esa imagen que él tenía de sí mismo. Tal vez estaba en lo cierto, era un veneno, pero ella era inmune. El abatimiento lo gobernaba, podía verlo, y llevar el diálogo al terreno de la discusión solo conseguiría desmoronarlo más. Tenía que ser cautelosa, inteligente, no rendirse.

—¿Y cuáles serían esas opciones? —preguntó mientras se dejaba caer en la cama.

—El ducado posee varias casas, cualquiera de ellas está a nuestra disposición... tu disposición. Es más, puede ser en la ciudad, contamos con una hermosa residencia en el centro de Londres.

—Nunca me agradó del todo la ciudad.

Vaya, esa sí que era una batalla ganada en la primera embestida, pensó Russel. Julia estaba dispuesta a marcharse. Un amargo y ácido sabor le subió por la garganta hasta llegar a su boca. Tosió para oponer resistencia a la incomodidad.

—Puede ser en una región costera como Brighton.

—No me gusta vivir junto al mar, me trae recuerdos, en especial aquellos que involucran los viajes en altamar de mi padre.

¿Había pensado en «batalla ganada»? ¡Patrañas!

Tomó asiento junto a ella sobre la cama. Las piernas se rozaron, los brazos buscaron disimulado contacto.

—Bueno, puede ser cualquiera de las casas campestres, inclusive aquella en la que viven Harvey y Letizia.

—¿Harvey y Letizia? Me agradan... —Volteó el rostro hacia él, le sonrió de manera forzada—, pero prefiero a la señora Turner, gracias. ¡Y a Elle y Pip! También a Warren, no es justo que me olvide de él.

—¡Por todos los santos del cielo, Julia! —Se apretujó la cabeza con las manos. Tenía jaqueca, y nada tenía que ver con los efectos del opio. Ella lo enloquecía—. ¿Qué parte no entiendes de que quiero que te alejes de mí?

—¿Y tú qué parte no entiendes de que no voy a hacerlo?

—¡No soy bueno para ti, Julia! —gritó de repente sabedor de que la aturdiría, luego se volteó a ella—. ¿Lo entiendes así? A los gritos —elevó la

voz sin llevarla al límite, y repitió—: ¡No soy bueno para ti!

—Pero yo sí, yo sí lo soy para ti. —Buscó su mano y la cobijó entre las de ella—. Sería agradable que, por una vez, lo reconocieras.

Sí, era condenadamente tenaz. Y también era hermosa, única.

—¡Cielos, tu padre y yo estamos en lo cierto, eres una tonta... una grandísima tonta!

—Una tonta decidida a ayudarte, porque eso es lo que te hace falta, Alexander. —Descendió de la cama y se arrodilló ante él manteniendo las manos unidas—. Ayuda, no distancia.

—La ayuda está sobrevalorada y genera una atroz dependencia. Hubo un tiempo en el que me abracé a ella... —La melancolía le apagó la voz— y, cuando ya no la tuve, perdí el equilibrio, caí, y no pude volver a levantarme. —Julia no tuvo ni que preguntar, reconocía el perfume a Phoebe en esas palabras—. Por eso opté por otro tipo de sostén, la clase de ayuda que no te abandona.

El opio.

—Recuerdas lo que me dijiste noches atrás. —Julia no iba a dejarlo caer, ni ese día, ni nunca—. Cuando me contaste la historia de Phoebe y el camafeo, me dijiste... —Consiguió la atención de Alexander, las miradas se encontraron— que no sabías cómo o por qué, pero que la joya había encontrado el camino de regreso conmigo.

Alexander asintió, imposible olvidar esa noche junto a ella.

—No sabemos cómo llegó, eso ya lo hablamos, será por siempre una incógnita, pero lo importante aquí es el «para qué». Y estoy convencida de que estoy aquí para ayudarte de la misma manera que Phoebe lo hizo.

Él rio. Eran demasiadas fantasías sobrenaturales las que Julia esbozaba.

—¿Estás convencida? —se burló—. ¿Tu extraño don te ha convencido de ello?

—¿Don? Esto no es un don... es dolor, tristeza y la impotencia de sentirse incapaz de poder hacer algo. —Dejó la postura de rodillas para incorporarse. La sensación de sentirse inútil le tensó el cuerpo.

—¿Impotente? ¿Así te sientes conmigo, con respecto a mí? —Indagar en las emociones de su esposa no estaba en sus planes, sin embargo, no podía evitarlo.

—No, no he perdido las esperanzas contigo aún... —Le sonrió con dulzura. Creía en eso, todavía no había tocado fondo—, pero me he sentido así gran parte de mi vida.

—Este... —Alexander no sabía cómo llamarlo, por lo visto la palabra «don» no le agradaba a Julia—. Esto que sientes, que experimentas, ¿te acompaña desde nacida?

—No lo sé, puede ser. —Regresó a su lado en la cama—. Tomé conciencia de él cuando mi madre murió. Fue como nadar en sus pensamientos. Ahí estaba yo, sosteniendo sus manos mientras exhalaba su último suspiro, y ahí estaba ella... lamentándose de la soledad en la que me dejaba, sufriendo por un esposo que podía no regresar jamás de la guerra.

—¿Qué edad tenías cuando tu madre murió?

—Quince.

—Debió ser difícil para ti lidiar con su pérdida.

—Más difícil fue lidiar con el enfado de mi padre... Verás, conmigo era afectuoso y me obsequiaba palabras amables, pero por dentro otra era la historia. «Su ángel», como él me llama, su ángel sentía todo, en especial el enfado hacia mi madre por haber muerto forzándolo a abandonar el campo de batalla para criar a una niña.

Si de sentir se trataba, Alexander comenzaba a sentir a Julia. Sufrió con ella ante lo confesado, y la necesidad de contenerla, de ser su esposo, cobró vida. La rodeó con el brazo, y ella se cobijó en su pecho.

—Dudo que algún día pueda llegar a imaginarme lo que sentiste en ese momento, Julia —le murmuró.

—¿Sabes? Hubo un tiempo en el que pensé en huir para liberarlo de esa carga, luego hallé una estrategia mejor, lo convencí de regresar a la batalla, y así lo hizo. —Ahondar en su historia no era para nada liberador, porque recién ahora comprendía que no había hecho las paces con su padre—. Estuvo casi un año fuera de casa, pero cuando regresó, fue peor... peor para mí. Comprendí que cuando estaba lejos sentía culpa de dejarme sola, y cuando estaba conmigo sentía frustración por hallarse atado a mí. ¡Yo era una navaja de doble filo para él!

Alexander unió las piezas del rompecabezas. Muchas veces se había preguntado qué había llevado a una muchacha delicada como Julia junto a las trincheras. Alzó el mentón de su esposa para poder indagar en su mirada.

—¿Por eso fuiste a la guerra? —preguntó.

Julia asintió, las lágrimas volvían a sus ojos, y Alexander agradeció no ser el motivo de ellas en esa oportunidad.

—Fue la última alternativa que me quedó, si estaba junto a él no sentiría culpa, ni frustración. Como siempre, me equivoqué. Como te he dicho, en

cierta forma me odió por mi decisión.

—¿Cuántos años serviste en el frente? —Nunca se lo había preguntado.

—Casi tres, con una licencia de dos meses de descanso en el medio. —  
Volvió a acurrucarse en su pecho, comenzaba a generar su propia adicción, la del calor de su cuerpo.

—¿Tres años solo para aplacar las emociones opuestas de tu padre?

—No, al principio fue solo por eso, luego caí en cuenta de mi verdadera misión allí, ayudar en las despedidas. No hay peor muerte que aquella que se lleva lo que no nos atrevimos a decir.

Alexander había oído historias, todas eran diferentes, algunas más realistas que otras. Las había oído hasta el hartazgo: Las cartas que enviaba la muerte. Eran misivas que trasladaban los últimos deseos de los muertos, palabras de despedida o confesiones no dichas.

—¿Eras tú? ¿La que enviaba esas cartas eras tú?

—Tenía que hacerlo —dijo alzando el rostro hacia él—. Cuando se lanzan a la batalla lo hacen creyendo que han aceptado la muerte de antemano, pero no es así, y cuando ella los abofetea al rostro ya es demasiado tarde para preparar su bienvenida. Cientos de hombres han muerto en mis brazos, y al igual que mi madre, con su último suspiro, me confesaron en silencio sus asuntos pendientes... declaraciones de amor, expiaciones, palabras de adiós, inclusive secretos que debían ser develados. —Era su misión, lo sabía, no sentía remordimiento por tales acciones—. Así lo hice, y no me arrepiento.

—No tienes por qué arrepentirte... lo que hiciste fue muy valioso, yo hubiese dado todo lo que tengo por conocer los últimos pensamientos de Phoebe.

—Sé que sufres por ella, Alexander, que esto en lo que te has convertido, en parte, es por la misma impotencia que yo hoy siento. ¿Crees que pudiste hacer algo para evitar su muerte?

—Sí, y eso es lo que me destroza el alma. —Fue en busca de la mano de Julia y la colocó a la altura de su corazón—. ¿Puedes sentirme?

—Puedo sentir todo...

—No estoy loco, Julia, tú misma viste lo que ocurrió en el salón de música. ¿Cómo es posible? Dime, ¿cómo?

No tenía mucha experiencia con contactos fantasmales, conocía mujeres que sí, ella solo era un canal de despedida.

—No lo sé —balbuceó inundada de dudas. Lo presenciado había bordeado el límite de lo espeluznante.

—Es Phoebe... es ella, sé que pretende decirme algo, y yo no sé cómo oírla, cómo ayudarla.

—Pues, déjame ayudarla.

—¿Cómo?

—Ayudándote a ti primero.

Llevaba meses sumido en la miseria emocional, convocando a la muerte con cuanto artificio tuviese a mano, y ahora Julia le pedía que se detuviera, que abandonara la búsqueda de esa conquista por el bien de Phoebe.

Se apartó de ella, caminó hasta el hogar, contempló las cenizas ardientes.

Ceder ante la conquista de la muerte significaba una cosa: vivir. Volver a vivir con todo lo que eso implicaba, lo bueno, lo malo, el dolor, la felicidad... el amor.

Por el bien de Phoebe, se repitió en el silencio de su mente.

Fue hasta Julia, hurgó en el bolsillo del pantalón hasta dar con lo que buscaba: el camafeo. Tomó su mano, la colocó palma arriba y apoyó en ella la pequeña joya labrada.

—Ayúdala, por favor, ayúdala.

# Capítulo 11

## *Diario del camafeo*

*Una vez en Londres, la recuperación fue menos dolorosa. Por ese entonces, solía acompañarlo a todas partes, pendiendo de su cuello. Los contactos de Richard en la ciudad conseguían opio de la India y no necesitaban racionarlo para que durara el trayecto en buque.*

*Los amigos pasaban las horas en mutua compañía, y el hermano del conde no titubeaba a la hora de sumarse con su pipa y sus vicios. Era la única forma que tenían de sobrellevar el regreso a la vida social. Una vida que se les presentaba vacía y sin objetivos.*

*«Casi prefiero volver al frente», confesó Richard bajo los efectos de la droga. «Hasta un inútil como yo vale de algo en el campo de batalla. Aquí no se cansan de hacernos notar que sobramos».*

*«No eres un inútil. De hecho, me eres de gran utilidad». La broma de Alexander consiguió hacerlo sonreír apenas y simularon brindar con las pipas.*

*«A la salud del olvido».*

*Lo cierto era que la herida de Russel sanaba y con ella se terminaban las excusas que lo mantenían en el exilio... y en el sopor del opio. Una leve reingenera y una cicatriz en el rostro eran los acompañantes del capitán. Dos recuerdos de su valor que hacían suspirar a las jóvenes debutantes y esperar al duque de Perth con una posible unión que continuara con el linaje familiar.*

*Al menos tenía eso, pensaba Richard con cierto malestar. Pues él no contaba con un destino forjado desde ese punto en adelante. Era el tercer hermano varón del nuevo conde de Mornington, un título que había llegado a los Trevor tras la muerte de un primo lejano. Una terrible tragedia que se llevara al resto de los varones debía azotar a la familia para que recayera en él el título. Lo único que lo mantenía a flote era su nueva ambición, una*

que lo unía a Alexander mucho más que las batallas compartidas.

«¿Has escuchado la obra orquestal de Beethoven?», le preguntó en un evento en la ópera en que los amigos asistieron en representación del duque y el conde, respectivamente.

«No tuve el gusto».

«Es todo un éxito, pese a no ser lo mejor que ha compuesto», susurró Richard, y Lady Catherine lo reprendió con el abanico por hablar durante la obra. Los hombres se pusieron de pie y se dirigieron a los pasillos para conversar. La cantante lírica estaba destrozando su interpretación de La Odisea, y con ello, los tímpanos sensibles de Russel y Trevor.

El corredor estaba en penumbras, pocas personas lo recorrían; por respeto a los artistas en el escenario, soportaban de modo estoico el espectáculo. Ellos estaban más allá de las normas, era uno de los pocos beneficios ganados en la guerra. Sus uniformes de gala, sus medallas y la posibilidad de mostrarse excéntricos por una temporada. Ni siquiera se veía con malos ojos la afición a los fumadores londinenses. Sin embargo, tantos años juntos, de compartir amistad y la pasión por la música, los hacía comprender que se sentían vacíos. Una sensación que los podía arrastrar al mismo infierno si no lograban combatirla. Era un enemigo peor que Napoleón.

Alexander sabía qué lo provocaba en él: el título que heredaría. Había querido hacer algo valioso con su vida antes de ocupar ese espacio que no se había granjeado. Y si bien cargaba con dos cicatrices y algunas medallas, lo cierto era que en el frente no había hecho gran cosa, siempre al resguardo por su lugar en el árbol genealógico Russel.

En cambio, no sabía qué aquejaba a Richard, y consideró ese momento oportuno para indagar.

«Vamos, lárgalo», pidió. Trevor exhaló, como si el aire atrapado en sus pulmones llevara la verdad que debía ser soltada.

«Quiero pasar a la historia por lo que sé hacer, no por un par de batallas al resguardo», confesó con alivio. Alexander era el único capaz de comprenderlo, compartían la responsabilidad para con sus familias, los motivos para ir al frente y la pasión por la música. «Quiero componer una obra como la de Beethoven, ¿no lo ves?», instó a su amigo para que asomaran las cabezas por a través de las cortinas del palco, «todos ellos quieren escuchar sobre la guerra, las emociones desgarradoras, el dolor, la esperanza... quieren eso, sin vivirlo. Por eso La Victoria de Wellington tiene

*éxito sin ser lo mejor del compositor. ¿De qué me sirvió ir al frente, vivirlo en carne propia, si no consigo plasmarlo en una obra orquestal?».*

*«¿Quién dice que no puedes?», intentó animarlo.*

*«Yo lo digo, desde que hemos regresado llevo intentando dar con una melodía, pero solo consigo el mismo vacío que siento. Alexander... estoy derrotado». Russel no sabía cómo reaccionar ante semejante confesión, no podía ver a su amigo en ese estado, no a Richard, el joven capaz de bromear hasta en las peores circunstancias.*

*«De nada sirve la pena, Richard. Vamos, hombre, solo dime en qué puedo ayudarte para que vuelvas a encontrar la inspiración. ¿Necesitas mi casa en el medio de la nada?, la paz suele ser buena...».*

*Trevor pareció meditarlo por un tiempo. Era su mayor ambición y no deseaba rendirse, tal era así, que, pese a la vergüenza de mostrarse abatido, había compartido el pesar con su hermano, el conde, mucho antes de hacerlo con Alexander. Notaba cómo las noches en los fumadores se volvían más frecuente, cómo la hora del té se convertía en la del primer whisky, y cómo la compañía femenina dejaba de ser Lady Algo para pasar a ser un nombre al azar, inventado para el placer de una noche. Se sumía en la depresión y en la desesperación, en la nebulosa en la que veía a sus compañeros de batalla. Hasta el general Wesley parecía perdido tras el regreso, se decía que bebía mucho y que solo su hija, una muchacha capaz de ir al frente mismo en busca de su padre, era capaz de sostenerlo y mantenerlo en el sendero de la cordura. Pero, ¿qué quedaría para él?*

*Su hermano le había dado una opción, una tarea que le resultó indigna e insultante: enseñar música en el orfanato de Lancashire. Un agujero de miserias peor que un hospital de campaña, un lugar lleno de desesperanza en la que Lord Mornington hacía donaciones para conservar la conciencia tranquila de buen samaritano.*

*«El director del orfanato dice que hay una niña prodigio. Quizá sea lo que necesitas». Y esa sugerencia no tardó en hacerse orden. En cada ocasión en que se reunía la familia, el conde le recordaba el compromiso. En cada rumor de andanzas en los salones de mala muerte londinense, su hermano lo culpaba de no querer salir a flote.*

*La ópera finalizó con un desentonado alarido de la cantante principal y un eco de aplausos a los que no pudo sumarse ni por mera educación. Estaba sumido en pensamientos, los cuales se volvían menos lúgubres a cada segundo. Su mente comenzaba a idear un plan, con la ayuda recién*

*ofrecida de su buen amigo.*

*«Alexander...». Lo detuvo a la salida del palco, empezaba a pensar que un cambio de rutina le daría la inspiración necesaria. No más fumadores, no más opio ni alcohol por un tiempo, ni mujeres, ni distracciones. Tampoco responsabilidades. ¿Acaso no le bastaba a su familia con las medallas que colgaban de su pecho?, ¿no demostraba eso el valor del condado? Un poco de egoísmo, eso era exactamente lo que requería, egoísmo para hacer lo que amaba.*

*«Dime».*

*«Espero que tu oferta no fuera por simple camaradería, pues pienso valerme de ella». La sonrisa de Russel le dijo que no, que la amistad que habían forjado se pondría a prueba con una promesa inquebrantable. «Necesito que vayas a ver a una supuesta niña prodigio en el orfanato de Lancashire, mi hermano insiste con que brinde clases de música allí, pero si hago eso, no tendré tiempo de componer».*

*«¿Clases de música?», Alexander comenzaba a lamentarlo. Había impartido lecciones en el pasado, a niños poco dotados que luego aporreaban las teclas de un piano a la espera de aplausos, como los monos de los circos que hacen su gracia a cambio de galletas. La risa de Richard le dijo que sabía muy bien la tortura que representaba, al igual que el hecho de que estaba atado a su palabra. «Lo estás disfrutando», le recriminó al tiempo que le devolvía la sonrisa. Sí, era preferible ese ir y venir de bromas que la tristeza de minutos atrás.*

*«¿Lo harás?».*

*«Sí, parece que a ambos nos vendrá bien un poco de aire de campo».*

*Esa noche no recorrieron la ciudad, ni gozaron del uso excesivo de los vicios, se marcharon de la ópera directo a sus respectivas viviendas de solteros. Estaban ansiosos por emprender sus nuevas misiones, tareas que afrontarían como un mando del general Wesley. Richard compondría una obra maestra, y Alexander se convertiría en el más paciente de los profesores de música.*



*El día estaba nublado, con una cálida brisa que pronosticaba una lluvia primaveral. Alexander se vio obligado a utilizar uno de los carruajes del duque para dirigirse a Lancashire por temor a que la tormenta lo tomara*

por asalto.

*El orfanato se habría pasado en el desértico paisaje, era una vieja construcción algo destaralada que supo ser propiedad del condado de Mornington siglos atrás. Parecía no haber sufrido refacciones desde entonces. El estilo medieval, de ventanas altas, muros de piedra y pasadizos oscuros prevalecía por sobre encima de las pocas secciones modernizadas, como la cocina y los sanitarios exteriores.*

*Transmitía tristeza.*

*Alexander descendió del carro antes de que el mismo terminara de transitar el camino de ingreso, sin embargo, su intención de pasar desapercibido fracasó. Los niños salieron a tropel para vislumbrar al invitado y al lujo que ostentaba. Por un instante, el capitán odió ser un privilegiado Russel.*

*«¡Niños, niños!», los alaridos de la mujer que estaba a cargo le llegaron por encima del barullo de los pequeños. Alexander sintió que el estómago se le estrujaba al verlos, y se prometió que la próxima visita llevaría algunos presentes para que la alegría fuera mayor. Sí, tan solo una mirada bastó para que asumiera el compromiso de volver. En mi interior, experimenté la sensación de agradecimiento hacia Richard y su plan.*

*«¿Quién es usted? Mi nombre es Michael... Thomas... Lucinda... Francine...». Uno a uno, los niños y niñas se fueron presentando y demandando la atención del recién llegado. Alexander notó la magia del momento, un encanto que solo los más jóvenes poseían: el de quitarte el desgaste físico mientras te compartían parte de su energía vital. Sin previo aviso, pude ver en el rostro del capitán una sonrisa genuina, completa y luminosa, una sonrisa llena de vida y esperanza. Y de promesas... una promesa que iba más allá de la hecha a Trevor, una que ahora hacía a esos huérfanos hambrientos de afecto y atención. Por fortuna, y gracias al conde, era la única necesidad que pasaban, todas las demás estaban cubiertas.*

*«Bueno, bueno, ¿qué tenemos aquí?». Un hombretón robusto con rostro de bonachón se hizo partícipe del momento, el capitán supo que se trataba del señor O'Neil, el director del lugar.*

*Antes de que Alexander pudiera responder, los niños lo hicieron por él, poniendo en manifiesto la desbordante imaginación de los de su edad. «Es un caballero del Rey Arturo», «¡No!, ¿no has visto su herida?, es un pirata».*

*«Lamento decepcionarlos, pero soy solo Alexander Russel», dijo el capitán y extendió la mano hacia el director.*

*«Lo esperábamos, recibimos la nota que nos ha enviado esta misma mañana. Acompáñeme». Tras ellos, los niños los siguieron dando saltos y comentando cada detalle del invitado. Se sentían extasiados por ese cambio de rutina. Alexander, divertido como hacía demasiado tiempo no le pasaba, se volteó y le guiñó el ojo a Michael, para luego murmurar:*

*«Sí, soy pirata».*

*«¡Lo sabía, lo sabía!».*

*La señora Roberts instó a los niños a que fueran al salón principal, donde les relatarían un cuento para entretenerlos mientras los mayores hablaban. Por supuesto, sería una historia de piratas, prometió para convencerlos.*

*«Ya ve», comentó O'Neil una vez a solas, «son adorables».*

*«Estoy seguro de que esconde a los díscolos para no espantar a los invitados».*

*La ocurrencia del capitán hizo carcajear al director.*

*«Los díscolos no duran en este lugar. No me malinterprete, no somos severos en demasía, solo que aquí no hay rejas ni candados. Los que no quieren estar, enseguida se marchan. Por desgracia...»*

*No tuvo que decir más. La suerte de los huérfanos era por demás de conocida. Terminaban en los bajos fondos, siendo ladronzuelos. Los que no eran llevados a prisión para morir a temprana edad, terminaban su vida como criminales peligrosos.*

*«Es admirable lo que hacen aquí», comentó, emocionado.*

*«Gracias... y lo más importante, no lo hacemos solos. Por lo que el agradecimiento va más allá de la mera cortesía. Gracias por venir».*

*«No tiene por qué, empiezo a sospechar que aquí encontraré más de lo que vengo a otorgar».*

*O'Neil se volteó para constatar que las palabras eran sinceras, antes de pedirle que lo acompañara a su improvisado despacho. Era un lugar pequeño, con una ventana en lo alto, cubierta por barrotes. Alexander hizo un recuento mental del recorrido hecho tras los pasos del director, habían subido por la torre. Concluyó que ese espacio que ahora se utilizaba como despacho supo ser una celda.*

*«¿Era un castillo?», curioseó el capitán.*

*«No, el viejo fuerte Mornington. Aunque el aspecto es tan... desesperanzador, los niños logran sobrellevarlo inventando historias de fantasmas medievales, caballeros y doncellas». Tras una leve pausa, agregó:*

*«Por favor, tome asiento».*

*Alexander se acomodó en la butaca y aguardó a que O'Neil tomara la palabra. El silencio le dijo que el hombre no estaba al tanto del cambio de planes, y que la presencia del capitán, aunque deseada, lo tomaba desprevenido. El director no escatimaba en amabilidad para quienes podían ser de ayuda al orfanato, y la posibilidad de contar con el sobrino del duque como posible benefactor lo había hecho mostrarse tan exultante como los niños minutos atrás.*

*«¿Qué lo trae por aquí?», se atrevió a preguntar.*

*«Verá... comprendo que no está al tanto. Pues bien...», vaciló en busca de las palabras apropiadas. «Me une una gran amistad a Richard Trevor...»*

*«¡Oh!, el pequeño Richard. Espero que se encuentre bien».*

*«Sí, muy bien. Por fortuna, hemos regresado del frente sanos y salvos. El tema es... El conde le solicitó que impartiera lecciones de música aquí, y él, como un favor personal, me pidió si podía reemplazarlo».*

*«¿Desea dar clases de música aquí?». La sorpresa de O'Neil fue reflejo de la del capitán.*

*«Lo siento, creí que usted lo había solicitado. Ya veo que no tengo toda la información...». La sonrisa de Alexander se congeló en su rostro, demostrando la furia que lo embargaba hacia todos en el condado de Mornington. Comprendió que no existía tal compromiso con el orfanato, sino que había sido un plan del conde para empujar a su hermano a la buena senda. Y el muy maldito de Richard no se había ocupado de indagar en el asunto antes de enviarlo a cumplir una tarea que no había sido solicitada. El bonachón del director logró enfriar el enojo con su contagiosa carcajada.*

*«No, no... jamás pido algo al conde. Ya mucho nos brinda con las donaciones, pero me alegra saber que escucha mis palabras, incluso cuando divago». Ante el desconcierto del capitán, O'Neil carraspeó, aclaró su garganta y prosiguió: «En primer lugar, si usted está dispuesto a impartir lecciones, es bienvenido y más que agradecido. Solo me resta advertirle que el único instrumento con el que contamos es el órgano de la iglesia...».*

*«Entiendo». Alexander meditó por unos segundos, tiempo que el director le otorgó a modo de respetuoso silencio. Albergaba fe en el efecto de las risas y alegría de los niños, en la capacidad de convicción mucho mayor a la de mil palabras. «Creo que podremos empezar con algo fácil de acarrear, como un laúd o... ya se me ocurrirá». El capitán se sentía incapaz de*

*abandonar a los huérfanos, de marcharse y apagar esa felicidad. «¿En segundo lugar...?»*

*«En segundo lugar...», retomó el hombre, «está lo que de hecho le comenté al conde, una niña que llegó de un orfanato de Londres, lo hizo con una carta de la directora que decía que el lugar adecuado para la pequeña era un manicomio...».*

*«Perdón, pero ¿qué tiene que ver eso con la música?».*

*«Es difícil de explicar. Phoebe... así la hemos llamado, pues no tenía nombre... Phoebe no habla, tiene, creemos, once años. No se comunica, no nos mira, no hace señas... Venga, acompáñeme, por favor, creo que será más sencillo si se lo muestro».*

*La curiosidad propulsó los pasos de Alexander. Pude sentir que su pecho latía acelerado, comprendía, a cada zancada que lo acercaba a la niña, que estaba a punto de dar un vuelco en su vida. Ya se había comprometido a impartir clases, cuando podría haber evadido la responsabilidad. Y ahora, avanzaba por los intrincados corredores de la vieja fortaleza, consciente de que, sin importar cuán grave fuera el caso de Phoebe, se vería imposibilitado emocionalmente de negar su asistencia.*

*O'Neil parecía saber a dónde lo llevaba. Phoebe no estaba con los demás niños, por lo que abandonaron el edificio principal y cruzaron el jardín hasta llegar a la pequeña capilla de piedra.*

*«La única puerta que permanece con llave», dijo el director antes de manipular la cerradura y abrirla. El olor a humedad e incienso inundó las fosas nasales de Alexander.*

*«¿Y Phoebe?».*

*La enigmática sonrisa del director fue la única respuesta. El hombre se apoyó sobre la madera, como si aguardara algo... o alguien. Cuando el capitán estaba a punto de emitir una queja ante el extraño comportamiento, el sonido de unos pies sobre el suelo lo puso en alerta. Una vez más, O'Neil solo sonreía.*

*«Nunca falla», le confesó, «no sé cómo lo hace, simplemente sabe cuándo la iglesia está abierta, y viene corriendo a tocar el órgano».*

*Phoebe, con el cabello castaño oscuro recogido en dos trenzas a los lados, un vestido marrón, idéntico al de las demás niñas del orfanato y los pies enfundados en unos viejos zapatos que le iban algo grande, pasó por la hendidura de la puerta ignorando a los dos intrusos y corrió, sin responder a nada ni a nadie, en dirección a la escalinata que daba hacia el recinto del*

órgano.

*Los primeros acordes no tardaron en hacerse oír, y tras unos minutos de estupor, Alexander se atrevió a hablar.*

*«¿Sabe qué melodía es esa?, no la he escuchado nunca».*

*«Nadie lo ha hecho, hice la prueba hace unos meses, quité y escondí todas las partituras. Así corroboré que las inventa».*

*«No es posible...». Pero sí lo era, y lo estaba presenciando. Una niña prodigio, tal y como el conde la había descrito.*

*Permaneció en el umbral por un largo rato, atento a los cambios en la melodía. Era magistral, única, perfecta... era...*

*«¿Me dijo que no habla?», inquirió.*

*«Ni una palabra».*

*En esa ocasión, fue Russel quien sonrió de manera enigmática. No habla... ilusos. No era que Phoebe no hablara, era que los demás no escuchaban. Allí se encontraba ella, comunicándose, a la espera de que alguien la oyera. Y ese alguien era el capitán Alexander Russel.*

*Con determinación de probar su teoría, subió hacia el órgano y meditó por unos segundos sobre qué obra tocar. ¿Qué estaba intentando decir Phoebe?, que estaba aburrida... su interpretación decía que los días le parecían todos iguales, lo adivinaba en la repetición, se trataba de una composición simple que contaba de tres partes: mañana, tarde y noche.*

*Con esa presunción, Alexander se posicionó frente a las teclas del órgano y, a la par de Phoebe, comenzó a repetir la secuencia, alterándola apenas un par de notas, para romper la monotonía.*

*Sin mirarlo, Phoebe se sumó a la dinámica. Al finalizar, la niña hizo una pausa, tomó aire, se sonó las articulaciones de los dedos y comenzó una nueva melodía, en esa ocasión, una versión más alegre. Una composición que Alexander supo que era para él, pues se podía oír en cada acorde que se trataba del hombre que rompió el aburrimiento.*

*La alegría de Russel era tan grande que la percibí explotando en su pecho. Había hallado más que a una niña prodigio de la música, había hallado una razón, un motivo, un orden en el medio del caos que era la vida.*

*«O'Neil... cuenta conmigo. Impartiré clases de música una vez a la semana para los niños, pero vendré cada mañana por Phoebe. Ella no necesita aprender, solo requiere transmitir».*

*No esperó la aprobación, pues la determinación se apoderó de él. Y cuando el capitán Russel tenía un objetivo, vencía.*



## Capítulo 12

Los viajes al pasado junto al camafeo resultaban agotadores. Nadie en la casa sabía qué hacía la señora cuando cerraba la puerta de la habitación y se perdía por horas. Julia, precavida ante lo que podían ser habladurías, escondía las hojas escritas a puño y letra, no sin antes leerlas y maravillarse de la caligrafía tan distinta a la suya y de las verdades que allí se revelaban.

Tomó un breve descanso, en unas horas sería el amanecer y ella debía mantener la apariencia de buena esposa. Sin embargo, en esa ocasión, además de lo sucedido en el orfanato, Julia contaba con algo más, una herramienta para ayudar a Alexander: la música.

Gracias al camafeo, sabía que Phoebe y la música habían sacado al capitán de los vicios una vez, y estaba convencida de que la fuerza de la pasión por ese arte lo volvería a conseguir. Aunque no existiese reemplazo para la niña, se aferraba a la esperanza de ser ella un nuevo comienzo, uno que traería consigo el grato recuerdo de quien ya no estaba, y borraría las sombras oscuras que su muerte había dejado.

La pregunta que la acompañó durante su duermevela fue ¿cómo?, ¿cómo conseguir que la música volviera a atravesar las paredes de la casa Russel?, ¿cómo, cuando la sala que albergaba todos los instrumentos se hallaba vedada? La respuesta era clara, rompiendo las reglas.

No siempre ser una esposa sumisa era sinónimo de ser una buena mujer. Alexander no era tampoco un derroche de virtudes en su rol, por lo que desafiarlo podía ser la única salida. Confiada de su decisión, emprendió un nuevo día con energías renovadas.

—¡Señora Turner! —La saludó con efusividad, algo que rompió la silenciosa armonía que solía embargar esas horas—. Qué bello día, ¿no le parece?

Un trueno, seguido de la ceja alzada de la mujer parecieron burlarse del entusiasmo de la joven. De todos modos, Julia no se dejó amedrentar. Ya estaba habituada a ese maldito clima, si esperaba al sol para emprender alguna

actividad, moriría con mohos sobre sus extremidades entumecidas por tanta quietud.

—Buenos días, señora.

—¿Sabe?, dado que tenemos demasiado tiempo libre... —La ceja de Aida estaba predestinada a mantenerse alzada—, he pensado en que podría impartir algunas clases al pequeño Pip.

—Es... es una buena idea. —No le pareció sabio discutir. Al fin de cuentas, ya demasiado se iba de boca, y lo sabía. La conversación sobre los rumores y la intromisión en los asuntos maritales era ir muy lejos, como para sumarle un asunto menor. Si la señora de la casa pensaba que lo mejor era pasar tiempo con el pequeño Pip, ¿qué daño podía ocasionar?

Mucho, se dijo cuando los labios de Julia expresaron su plan.

—Así lo creo yo, por ese motivo, convertiremos la sala de música, la única en desuso actualmente, en una de estudio. Además, creo que le vendrá bien a Pip desarrollar su veta artística.

—Señora... eh... la sala de música...

—Ya no más —se adelantó Julia y exhibió victoriosa la llave—, de hoy en adelante estará abierta. Lo primero es limpiar, por supuesto. Vamos, llama a Elle, una vez que esté lista, le comentaremos las buenas noticias a Pip.

Aida quería replicar, tenía tantas palabras, reclamos y advertencias en la punta de la lengua que se atoró con ellas y no pudo decir ninguna. Julia por poco iba a los brincos por la emoción, sabía que Alexander se mostraría hecho una fiera en cuanto se enterara, pero para eso necesitaba despertar, juntar fuerzas, erguirse, bajar los peldaños, presentarse en la sala de música y mantener una discusión completa sin los efectos de la adormidera. Y eso, a Julia, le resultaba como una victoria en comparación a los días pasados.

Si era honesta consigo misma, debía reconocer que los mejores momentos de Alexander —si descontaba el día vivido en la casa campestre del duque— eran cuando se disputaban una decisión. Sin ir más lejos, la noche anterior, gracias a eso, ella contaba con el permiso de su esposo para portar el camafeo.

Estaba lista para una nueva batalla.

Elle, Aida y Julia se adentraron en la sala de música. Si la señora Turner se mostraba escéptica, no había adjetivo para describir la expresión de Elle. Parecía odiar ese recinto y lo que representaba. La única sonriente era Julia, aunque su sonrisa se desdibujó al no poder abrir las ventanas para ventilar.

—El señor Russel las ha enviado a sellar, tras uno de los... eventos.

—¿Eventos?, se refiere a...

—Sí, cuando las flores aparecen y las partituras vuelan por los aires. — Aida se persignó al finalizar con la explicación, una que ponía en manifiesto que el viento nada tenía que ver con los sucesos. Elle, en cambio, no paraba de bufar.

El hecho de que el lugar hubiese estado sellado a cal y canto, sin permiso siquiera para la limpieza, se evidenciaba en la gruesa capa de polvillo. En cuanto las tres mujeres pusieron manos a la obra, lo hicieron en un eco de estornudos.

Warren fue llamado a colaborar, y Pip vino con él. Julia no contuvo la emoción de contarle el plan que lo incluía.

—¿Y podré aprender música? —se entusiasmó el pequeño.

—Por supuesto, esa será una de nuestras principales asignaturas.

—¡Sí! —exclamó—, siempre quise aprender, desde que Phoe...

La parálisis colectiva hizo al niño callar y bajar la mirada a la punta de los zapatos, compungido por haber hablado de más. Julia no estaba dispuesta a que eso sucediera, no más. Phoebe estaba muerta, pero eran ellos quienes la volvían a matar con su olvido impuesto.

—Phoebe —completó con decisión, y coronó el nombre con una sonrisa—. Desde que Phoebe aprendía aquí.

—Pff... —Pip se sintió feliz de poder hablar de su única amiga—. Phoebe no tenía nada qué aprender, ya sabía toodo. —Extendió los manos abarcando el espacio.

—¿Todo?

—Sí, todo. —Y en esa ocasión, a su vez, giró—. Sabía tocar el piano — Señaló—, el violín, el cello, el laúd, la flauta... No necesitaba de más de un día.

La emoción de Pip los alcanzó, y cada uno de ellos, de modo solemne, con esa cuota de alegría y tristeza que caracteriza al duelo, dejaron escapar un par de anécdotas compartidas con la niña. Todos salvo Elle, que no la había conocido demasiado, había entrado a trabajar como ayudante de Aida unas semanas antes de la muerte de Phoebe.

Les llevó toda la mañana acondicionar el lugar, y al mediodía, tomaron un descanso con almuerzo incluido, todos juntos en la cocina. Julia subió a la recámara con una bandeja con pan, queso y una ración de pastel de coles para Alexander. Lo obligó a comer, casi como a un niño, antes de permitirle el descanso que el cuerpo le demandaba.

Si bien no había ingerido nada desde la noche anterior, su organismo tenía residuos de ese veneno que lo mataba lentamente, y cada día le costaba más reponerse, encontrar las fuerzas para salir de la cama y hacer más que solo dormitar hasta la próxima crisis.

Esperaba que su plan diera resultado, comprendía, a medida que los párpados de su esposo volvían a cerrarse, que luchaba una guerra contra el tiempo.

Los primeros días de lecciones a Pip se sucedieron en calma. Julia no pretendía utilizar al pequeño como cebo para enfurecer a Alexander, de verdad deseaba que aprendiera y que, el día de mañana, pudiera forjarse un futuro mejor.

Impartió en la sala de música lecciones de lectura, escritura, historia y matemática básica —ella misma no sabía más que las cuatro operaciones esenciales—. Y dejaba para los días soleados las clases de botánica y biología, que en poco tiempo se convirtió en la asignatura preferida de ambos. Julia había aprendido mucho de hierbas medicinales en el frente de batalla, al igual que a diferenciar las plantas comestibles de las venenosas, pues el hambre era un compañero más en la guerra.

Se divertían, y Julia comprendió que hacía aquello no solo por Pip o por Alexander, sino también por ella. Creando ese vínculo con el niño, lograba revivir lo que le había sucedido al capitán con Phoebe. Dejaba entrar la luz del sincero cariño del pequeño, y notaba como ella misma sanaba. Sanaba de sus penas, de las de una esposa que no llevaba bien el rol, el de una hija abandonada por su padre, el de la muerte temprana de una madre.

Pip iluminaba sus días, como Phoebe había hecho con los de Alexander. Y en esos destellos encontraba la fuerza para afrontar una jornada más. A pesar de ello, era consciente de que aún no había puesto a prueba su plan, pues si bien la sala de música se hallaba sin llave y era utilizada por ambos, Alexander no se había percatado.

El capitán Russel seguía con las rutinas noctámbulas de alcohol y adormidera —por fortuna, no al punto de sumirlo en los terribles delirios como había sucedido tras el evento de las partituras— y durante el día se encerraba a pasar su resaca adormecido sobre el sofá de la habitación.

Eso iba a terminar.

La lluvia regresó a las tierras del ducado, los días de sol y brisa suave tocaron su fin y empujaron a Pip y a Julia a retornar las lecciones bajo techo. En esa ocasión, la señora Russel se enfrentaría al monstruo de los recuerdos, uno que azotaba la casa por dentro con la misma fuerza que lo hacía la naturaleza por fuera.

—Bueno, Pip, como no podremos tomar la clase de botánica, y estamos al día con el resto de las asignaturas, es hora de emprender alguna tarea de índole artística. ¿Qué dices? ¿Piano o pintura? —Le permitió optar, concedora de la respuesta.

—¡Piano! ¿Sabe tocar, señora Russel?

—Oh, ¡y cómo! —mintió con una sonrisa—. Mi institutriz solía decir que sería una gran pianista...

Pip se emocionó y corrió hacia el banquillo. Claro que, de ser una buena maestra, sabría que lo primero que debía enseñar era a leer las partituras. Luego a reconocer las teclas. Tras ello, seleccionar un par de melodías sencillas, y recién después, dirigirse al instrumento en sí e intentar agilizar los dedos sobre el teclado. Pero Julia no era una buena maestra, y sus dotes musicales eran penosos. La única vez que había interpretado bien una melodía, había sido gracias al camafeo.

—Bien, Pip, alcemos la tapa y ahora... toca —ordenó sin más.

—¿Qué toco?

—Lo que quieras, solo presiona las teclas y disfruta del sonido, y ya...

—Creo que ha mentido, señora Russel, usted no sabe tanto de música como de botánica.

—¡Oh, me has descubierto! ¿Me guardas el secreto? —Sonrieron cómplices. Julia se sumó a él arrastrando una silla junto al piano, y entre ambos aporrearon las teclas sin ton ni son, transformando en un juego la tarea sin fines didácticos.

Así, riendo, iluminados por los rayos que quebraban el cielo plomizo e impactaban en la tierra con sonoro estruendo, los encontraría Alexander.

Intentaba dormir cuando la tormenta se desató, y un relámpago hizo temblar los vidrios. Sus ojos se abrieron de golpe, asustado por una pesadilla que se mezclaba con la realidad. Rodó, desorientado, sobre el colchón, hasta el límite del mismo para luego caer sobre el duro piso de madera.

—¡Qué demonios!

Le costó orientarse. El clima no colaboraba, parecía ser la mitad de la noche por la oscuridad del cielo, mientras que él sabía, por su estado, que no

podía ser más de las tres de la tarde. Se incorporó, y el mareo lo asaltó de improviso, luego...

—¡Qué demonios!

El piano, se oía el piano. No podía ser, Richard tenía razón, estaba cada día más cerca de la demencia.

—Phoebe... —murmuró—, Phoebe...

Pero no era ella. No podía ser ella, pues jamás, nunca, ni cuando recién había llegado al orfanato, había tocado tan mal. La melodía que lo alcanzaba no llegaba a considerarse como tal. No... era solo ruido. Un insoportable, desafinado, ofensivo ruido. Sobre todo, un estruendo que provenía de un lugar prohibido: la sala de música.

Abandonó la habitación tropezando con sus pies. Tuvo que buscar apoyo en las paredes para no caer, y las sintió vibrar por la tempestad. Bajó los peldaños, temeroso de rodar por ellos, y chocó con Aida que cargaba con una bandeja. Las tazas y platos al romperse se sumaron al estruendo general, y cumplieron la tarea final de espabilarlo...

—¡Qué demonios! —Al parecer, era lo único capaz de decir.

—Era su almuerzo tardío, la señora...

—¿La señora? —La pregunta de Alexander estaba cargada de amenaza. Ya no se sentía el piano, el choque contra la señora Turner había puesto a los dos intrusos en alerta.

—La señora iba a subirlo —Señaló el desayuno desfallecido a los pies de ambos— pero se ha... entretenido.

—Ya veo... —Y sí lo hacía, la veía a Julia asomar la roja cabellera por a través de la puerta de la sala de música. Su cuerpo cubría al pequeño cómplice. Casi en el mismo instante en que la mordaz reprimenda nació en sus labios, murió. Un Pip asustado lo observaba por detrás de la falda de su esposa—. Ya veo... —repitió, enfurecido.

—Pip, ve a ayudar a tu padre, por hoy hemos terminado —ordenó Julia.

—Sí, señora. —Hizo una reverencia, se giró hacia Alexander y repitió el gesto con solemnidad—. Señor...

Los pies casi no tocaron el suelo por la velocidad con la que corrió para alejarse del capitán. Russel abrió la boca una vez más, en esa ocasión, decidido a desatar la discusión adeudada. Julia se le adelantó, desconcertándolo por completo.

—¡Lo has asustado, Alexander! ¿Has visto cómo corrió?, ¡es solo un niño!

Los labios del hombre quedaron paralizados por unos segundos, para

después boquear como los de un pez fuera del agua. Aida se apresuró a juntar los restos de la bandeja y escapar de allí. Soldado que huye... decía el refrán.

—Julia... —masculló—, Julia, fui claro con mi orden...

—Efectivamente, y como soy una buena esposa, la cumplo a rajatabla.

—¿Perdón?, ¿cumplir? Especifiqué que la sala de música debía mantenerse bajo llave. —De manera instintiva, se palpó la camisa, los pantalones, para constatar que la llave no estaba allí.

—Oh... esa orden. Esposo, es que da usted tantas...

—No estoy para estos juegos, Julia. —El enojo lo estaba devorando, y solo una cosa lo mantenía a raya: la luminosidad de su esposa. La mujer estaba frente a él, sin vestigios de miedo, buscando tentar a la fiera. ¿Por qué, para qué?, eran preguntas que no se atrevía a responder. Porque la curiosidad era la cualidad de los vivos, era una tentación que llamaba a involucrarse en algo.

—Ni yo, esto no es un juego. Me lo has pedido, Alexander, y he cumplido. ¿No lo recuerdas? —La mano de Julia se perdió en los pliegues de la falda para dar con el camafeo y revelarlo. No lo usaba al cuello, pues ella sentía demasiado la magia del objeto, no podía hacer como su esposo—. Me pediste que la ayudara, a Phoebe...

El nombre... El nombre tenía el poder de despertarlo de cualquier letargo.

—Sí, lo recuerdo... pero, no así, no...

—¿Cómo, entonces? Así es como debe ser, Alexander. —Julia avanzó, redujo la distancia que los separaba—. No la olvides...

—¡No lo hago! Sabes que no lo hago...

—Entonces, ¿por qué no hablas de ella?, ¿por qué no la honras con lo que más amaba, la música? Pip la quería, en su inocencia recuerda todo lo bueno, me ha relatado sus mil andanzas. ¿Sabes?, quería aprender a tocar el piano para poder hablar con ella. Me lo ha dicho mientras juntábamos hongos, que Phoebe hablaba así, pero que él, al no saber tocar, no la entendía... ¿Tú... tú lo hacías?

—Sí...

Julia quiso presionar más, fue Alexander quien puso el límite antes de romperse. Rodeó el cuerpo de su esposa y se dirigió a la sala de música, para observarla una vez más. Era el mismo recinto, y, a la vez, era otro. Olía a fresco, como cuando vivía Phoebe, y estaba ordenado. No lo esperaban flores de partitura para torturarlo, solo una inmensa paz para reconfortarlo.

Por eso, ante los ojos de Julia, se atrevió a hacer algo que no hacía desde hacía meses. Buscó una caja de madera con un intrincado dibujo en la tapa. El

patrón se conformaba de piezas oscuras y claras, y conseguía la imagen de un mosaico. De memoria, Alexander movió cada pieza, hasta que un leve chasquido se hizo oír. El cuerpo le obstaculizaba la visión a la mujer, quien solo pudo percibir con sus dotes la emoción que embargaba al capitán al vislumbrar lo que fuera que escondía esa caja.

—Debí quemarlo —musitó tras un prolongado silencio—, si no es ella... ¿quién? —Volvió a cerrarla y la regresó a su sitio, cerca del hogar que no ardía—. No pude, no la he olvidado, Julia, no quiero recordar solo lo malo, no cuando ha dado tanto bueno...

Julia se acercó y le apoyó la mano en el antebrazo. En el rugir de la tormenta, se miraron, se reconocieron y supieron que estaban en el sendero correcto. Solo que Alexander ya no hallaba la fuerza, dejaría que su esposa salvara a Phoebe y se salvara a sí misma.

Alexander defraudó a todos. Cada uno de los habitantes del hogar Russel hubiesen apostado lo que tenían a que la tormenta que el capitán desataría en el interior del salón de música sería cien veces mayor a la que rugía fuera comandada por la naturaleza. Se equivocaron, el temperamento del hombre mutaba, al igual que sus intenciones y decisiones, todas inesperadas.

La realidad era que no había nada de inesperado en los nuevos matices que vapuleaban al comportamiento del señor de la casa; lo que había logrado encender la chispa de la resurrección en él llevaba faldas, tenía un cabello que a la luz de la vela se confundía con el fuego, y tal vez, como consecuencia de ese fuego, poseía un carácter más indomable que el de Russel.

Lo que Julia poseía en verdad nada tenía que ver con la cualidad de indomable. Albergaba paciencia, auténtica paciencia, que unida a la buena voluntad de espíritu, conseguían lo que nadie podría llegar a conseguir jamás, sacar a flote al joven capitán, víctima del peor de los naufragios, el de la pérdida.

Cuando se lo pensaba, Julia se valía de la estrategia de la araña, tejía con calma su red, tejía a la espera de su presa, una que era devorada y cobijada por partes iguales. En lo que involucraba a Alexander, se excluía la acción depredadora para ser reemplazada por maestría pura en el afecto. Así de simple, afecto y sostén, esa podía considerarse la clave de su éxito. Porque estaba claro, alcanzaba la gloria con cada paso que su esposo retrocedía para

entregarle esos centímetros libres a ella; y como la buena estratega que era, supo cuándo llevar a cabo la retirada.

Le permitió la soledad, el encuentro con la silenciosa reflexión en la habitación que, hasta ese día, se abría solo para infligirle heridas. Tenía que hacer las paces con el dolor ahí contenido, liberarlo, dejarlo ir, para que los nuevos vientos trajeran los recuerdos placenteros y no los dolorosos.

La señora Turner llamó a la puerta de su recámara, fue un formalismo, estaba entreabierta. Julia llevaba un par de horas invirtiendo el tiempo en lectura, qué más podía hacer. Leer y dejar el tiempo correr, depurar los ánimos, prepararse para lo que podía llegar a ser una próxima batalla. O no. Quería, esperaba, que no fuese así, que la espiral no girara, que hubiese tocado su fin.

—Señora Julia, la cena ya está lista, ¿desea cenar aquí?

Un nudo le estrujaba en el estómago, comer no haría más que tensarlo y fortalecerlo.

—Creo que por esta noche prescindiré de ella, señora Turner.

—Nunca se debe prescindir de un plato de comida, señora. —Con esa sutileza, Aida hizo aquello que, con gran descaro, se había permitido hacer desde el primer día que la muchacha puso un pie en la casa: desaprobando los comportamientos que creía poco beneficiosos para ella—. Puedo traerle una bandeja para que le haga compañía; quizá, más tarde, se convierta en una amistad anhelada.

Julia sonrió, no podía negarse a los cuidados de la mujer. Aida interpretó la sonrisa como un gesto de aprobación y, antes de que pudiese echarse atrás, se puso en marcha para cumplir con el pedido impuesto.

—¿Mi esposo?

La pregunta de Julia alcanzó los oídos de Aida a los pocos pasos, regresó sobre ellos hasta conseguir asomar, de nuevo, la cabeza por la abertura de la puerta.

—Continúa en la sala de música, señora, y no me atreví a incomodarlo.

—Has hecho bien, Aida. No te preocupes, yo me ocupo de él. Mi esposo no puede prescindir de comida.

Las adicciones no solo debilitaban el alma, también dinamitaban el cuerpo.

Aida se mordió los labios, y con eso bastó para que Julia comprendiera el pensamiento que la había llevado a la pequeña muestra furibunda. ¿Quién cuidaba de ella? Julia estaba al servicio de su esposo, día y noche, noche y

día, sin esperar una recíproca atención. ¿Hasta cuándo resistiría? ¿Cuánto toleraría? Aida no ponía en duda el temple de la muchacha, estaba convencida de que era imposible de aplacar, pero todo lo demás era otro cantar. La veía más pálida de lo común, y las mangas de sus vestidos, que comenzaban a danzar cuando caminaba, daban una clara señal de que los brazos estaban más delgados, al igual que el resto de su cuerpo.

—Prepararé una bandeja con cena para dos, entonces. Con su permiso, señora.

No demoró en cumplir y, al cabo de una hora, con su partida, la casa quedó ahogada en el silencio más profundo.

Fuera llovía, aunque ya no podía llamársele tormenta, eran los restos de ella. Lágrimas del cielo que se aferraban a la tierra, inagotables y perseverantes, como si la existencia misma dependiera de ellas.

Julia intentó desanudar su estómago con la ayuda de un higo. No lo logró, tal vez por la desidia con la que había empujado a la fruta dentro de su boca. Podría comer un centenar de higos sin obtener un buen resultado, su malestar desaparecería cuando oyese los pasos de su esposo en la escalera.

Unos pasos que no se escucharon por horas.

Cuando la luna alcanzó el cenit, Julia optó por medidas más drásticas, y sus pies fueron los que rompieron con el hechizo mudo de la noche.

Halló a Alexander en el exacto y preciso lugar en el que lo había dejado, sentado en la banqueta del piano, con las manos apenas rozando las teclas y la cabeza buscando soporte en el atril. Tenía los ojos cerrados, desde la distancia en que Julia lo contemplaba, el sueño lo había sorprendido. No era de extrañar que su cuerpo no se manifestara en contra, había desarrollado la habilidad de dormir en cualquier superficie, sin importar la forma y dureza.

El fuego del hogar, que había sido encendido a primera hora de la mañana, se extinguía con metódica mansedumbre, como si no quisiera abandonarlo. El frío y la humedad atravesaban los cristales de las ventanas, decidido a quebrar el cálido ambiente.

Julia pensó en despertarlo, obligarlo a recostarse en la cama. Segundos después, un infundado temor —uno que la alertaba de la reprimenda contenida y macerada a fuego lento en Alexander— la hizo cambiar de parecer.

Los cambios del clima y la peculiaridad de la estación actual llevaban a la señora Turner a tomar recaudos por demás. En cada habitación, sin importar la frecuencia de su uso, había cobertores para aplacar el frío. La sala de música, que había sido terreno prohibido por mucho tiempo, contaba con el mismo

servicio. Julia tomó uno de los cobertores apilados en el sillón, y lo colocó sobre la espalda a Alexander. Él reaccionó de inmediato.

—No estoy dormido —confesó con una voz lejana, casi perdida, mientras trataba de recuperar la posición correcta de su espalda. Las vértebras le crujieron—. Dudo que lo consiga, por lo menos no aquí...

No sin una dosis de adormidera, y la estaba tratando de evitar, buscando la fuerza en esas teclas, en el piano, en los recuerdos.

—Tal vez, si regresaras a la recámara...

La mirada indagatoria de Alexander la obligó a callarse. El temor infundado festejó su ingreso a escena, sería un protagonista más en la breve historia que se representaría entre esas cuatro paredes.

—Estás esperando que regrese a la recámara para tomar el control de esta sala, ¿no?

—No... no... —titubeó, la voz le tembló. Tenía que hacerlo entrar en razones—. No se trata de control, Alexander, se trata de hallar una forma en la que...

—¡No voy a permitirlo! —dijo. Se incorporó de golpe y el cobertor cayó al piso—. ¡De ninguna manera voy a permitirlo!

No había intencionalidad de violencia en el tono de Alexander, y la mirada, que supo atemorizarla segundos atrás, la estimuló a una sonrisa. ¿Acaso...? ¿Acaso estaba bromeando con ella?

—¡No voy a permitir que, bajo este techo, dentro de estas paredes, se profane de tal manera a la música! ¿Dónde has aprendido piano? ¿En los bajos fondos de Londres?

Sí, estaba bromeando, y no pretendía ofenderla; pero, si debía de compararla, solo podía hacerlo con las prostitutas que tocaban el piano en los antros clandestinos para motivar a los hombres a beber más. El embotamiento que causaba el alcohol era preferible al sufrimiento musical que ellas brindaban.

—¿Te burlas de mí? —dijo ella, entrecruzando los brazos sobre el pecho en señal defensiva. Apretujaba los labios para no sonreír.

—De ti, no... de tus conocimientos musicales.

Alexander quería más que dar una vuelta de página, quería ponerle el punto final al capítulo, porque llevaba una eternidad vagando por esos párrafos inconclusos. Iniciar uno nuevo significaba aquello que su alma atormentaba reclamaba en silencio, ayuda para Phoebe, y ya no confiaba, estaba convencido de que Julia podría lograrlo. Estaba dispuesto a abrir todas

las puertas que ella necesitara, aunque algunas, le hicieran sangrar las heridas.

—He hecho lo que pude con lo poco que tuve, cuando le expresé a mi padre los deseos de estudiar música, no puso gran esfuerzo en la búsqueda de un maestro... tenía asuntos más importantes.

—Me lo puedo imaginar.

—Creo que metió a la casa a la primera mujer que se le cruzó en el camino, y de ella aprendí.

—¿Puedo hacer una pregunta? —Alexander apoyó las caderas en el reborde del piano. La imitó entrecruzando los brazos sobre el pecho. Julia asintió—. ¿Qué fue lo que te motivó a tomar clases de piano?

—Mi tía Berta —Recordó a la hermana de su padre, si le cambiabas la falda por pantalones, era una copia exacta del general. Dos gotas de agua, en especial en lo que se refería a la falta de tacto y demostración de afecto—, me dijo que, si quería ser una buena niña y una buena esposa, debía aprender a tocar el piano.

—¿Para qué? ¿Para torturar al pobre hombre?

—¡Alexander! —Lo palmeó en el hombro para demostrarle su enfado, que de enfado no tenía nada. Disfrutaba del hombre que tenía ante ella, dispuesto a la conversación amable, dulce y condescendiente—. Déjame recordarte que ese hombre eres tú.

Él sabía de torturas, había hecho de ello toda una experiencia profesional, y la que su esposa le propiciaba generaba el efecto contrario. Elegiría esa tortura sin dudar.

—Lo sé, creo que debería ir a visitar a tu tía Berta para echarle en cara la pésima idea que tuvo contigo.

—Soy desastrosa, no tienes que recordármelo, reconozco mis defectos... es más, si lo pienso, creo que mi padre quiso enmendar su error al casarme contigo.

—Puede que estés en lo cierto. —El buen humor de Alexander se comportaba con un niño recién nacido que lo único que deseaba era crecer y crecer. Se lo permitió, ¿qué tanto podía llegar a suceder si él se regalaba un instante de felicidad?—. Si lo pienso, este enlace es más que provechoso para ti, no solo dejaste la soltería atrás —Volvía a burlarse de ella, las novias de veintidós años no eran muy alabadas—, sino que obtuviste también clases de piano y un título de duquesa a futuro.

Futuro. ¿Había oído bien? ¿Alexander hablaba de un futuro con ella? ¿Estaba soñando? Sí, lo estaba. Con disimulo, se pellizcó el antebrazo.

¡Maldición! Apretó los labios y la mandíbula para soportar el dolor.

—¿Clases de piano? —fue lo único que pudo decir, tenía al «futuro» atravesado en la garganta—. ¿Piensas darme clases de piano?

—Por mi bien, y por el bien de Pip, sí.

Julia sonrió sin mesura, las comisuras de sus labios casi le tocaron los lóbulos de las orejas. Así de feliz estaba, sintiendo que, finalmente, Alexander escalaba las paredes de su abismo personal.

—Lo acepto, por el bien de Pip —dijo en un intento de no hacer tanto alarde de felicidad.

—¿Solo por el de Pip?

—Pip lo merece. —Dejó abierta la oración, no había que ser un prodigio musical para comprender el mensaje entre líneas.

Con justa razón lo decía, no era un buen esposo, eso era indiscutible. Con el tiempo mejoraría —o tal vez no—, como fuese, Julia poseía un legítimo derecho de réplica que él aceptaría sin rebatir. A modo de muestra de paz, de inicio de tregua, alzó la bandera blanca entre ellos. Extendió la mano para romper el entrecruzamiento de brazos que la mantenía rígida y, tomándola por la cintura, la hizo sentar frente al piano.

—Es cierto, él lo merece, y tú no mereces más dilataciones.

Julia acarició la tela acolchada de la banqueta con sus nalgas, cuando obtuvo la seguridad necesaria, se dejó caer en ella.

—¿Ahora? ¿Vas a iniciar las lecciones de piano, ahora?

Como si la noche fuese sinónimo de calma para ellos.

—Sí.

Alexander trasladó las palabras mudas a acciones, por una vez, podía poner en práctica lo aprendido con Phoebe; porque ella también le había enseñado mucho, le había enseñado todo, hablaría con su esposa el lenguaje de la música, le diría lo que sentía y no se atrevía a reconocer.

Fue en busca de unas partituras, las colocó sobre el atril y movió las hojas hasta dar con el fragmento musical deseado.

—Comienza desde aquí. —Le indicó el tercer pentagrama.

Los dedos de Julia jugaban superficialmente con las teclas, algo la detenía.

—¿Qué ocurre?

Tras una notoria exhalación, Julia respondió:

—Puedo ser sincera contigo —dijo y giró para enfrentarlo.

—¿Pensé que ya lo eras? —bromeó con sorpresa, una de sus cejas se

elevó escapando de su control.

—Lo soy, aunque no en esto... —La otra ceja de Alexander se enarcó por lo alto—. Mi tía Berta me forzó a aprender piano, yo tenía otras intenciones, unas que fueron arrancadas de raíz.

La intriga nadó en los pensamientos de Alexander, y la expresión en su mirada bastó para que Julia pusiera en perspectiva lo dicho. Giró sobre la banqueta hasta ubicarse frente al objeto de su deseo musical, el cello, que se encontraba exhibido en una de las esquinas de la sala.

—¿Cello? ¿Quieres aprender a tocar el cello? —Alexander no sabía si reír o enternecerse.

—Sí... mi tía lo prohibió en aquel entonces, diciendo que no era un instrumento femenino.

La naturaleza de lo dicho tenía una lógica, sostener el cello implicaba una abertura de piernas que era considerada, lisa y llanamente, indecorosa para una mujer.

Sin poner en pausa un minuto más los deseos contenidos de años, Alexander fue en busca del instrumento. Acercó un pequeño taburete, el que solía utilizar para ese fin, y la invitó a cambiar de asiento.

—¡Tú estás loco!

—Esa es noticia del periódico de ayer... ven. —Le cedió el mando.

Ella intentó acomodar la falda tanto como pudo, abrió las piernas con delicadeza para calzar el instrumento. No pudo, la tela oponía resistencia.

—Tu tía Berta te lo prohibió por este motivo —dijo Alexander alzando la falda hasta la mitad de sus muslos.

El instrumento halló un hogar en la calidez de esas piernas cubiertas con medias de seda. El fuego casi extinguido del hogar pareció crecer de forma repentina, las mejillas de Julia ardieron, al igual que lo hizo su cuerpo. Alexander se ubicó detrás de ella, rozando la espalda con su pecho; luego, fue en busca de la mano derecha de Julia para colocar entre sus dedos el arco. Una vez conseguida esa meta, llevó los dedos de la mano izquierda al diapason, le hizo hacer presión en las cuerdas.

—Vamos... —le susurró al oído compartiendo el calor de su cuerpo con el de ella—, demuéstreme cuánto lo deseas.

Unos acordes, solo unos acordes sonaron, y fueron mágicos; los transformó en serpientes que danzaban en torno a una melodía, danzaban en la búsqueda del contacto mutuo. Julia cerró los ojos en el preciso instante en que los labios de Alexander le rozaron el cuello. Las manos traicioneras de su

esposo abandonaron la tarea impuesta, ya no habría más lecciones de música.

Relegaban el aprendizaje ante el anhelo acallado; el punto final que Alexander estaba dispuesto a poner incluía el hecho de decirle adiós a la idea de que no se merecía una esposa como Julia. La merecía y la reclamaría desde esa noche en adelante.

Los dedos de Julia perdieron fuerza, el arco de cerdas fue a parar al suelo, y, sin piedad alguna, también lo hizo el cello. El pobre instrumento era la primera víctima colateral del incendio que consumía a los cuerpos. Los labios se encontraron, una vez, otra vez. Julia abandonó el taburete para poder disfrutar del maravilloso obsequio que le otorgaba la contextura física de su esposo. Se abrazaron, se acariciaron... danzaron como serpientes.

Julia se sintió girar entre sus brazos hasta quedar apoyada en una de las ventanas, presionando con la espalda la superficie helada. La humedad traspasaba la cortina decidida a hacer lo mismo con la tela de su vestido. Un hilo de brisa le acarició el cuello —proveniente de vaya a saber dónde— con tanto ímpetu, que su cuerpo no pudo más que temblar. Los labios de Alexander no abandonaron los suyos en ningún momento, mientras la empujaba contra el cristal azogado. Tuvieron la impresión de caer, vencer la estructura sellada con la fuerza de la pasión que manipulaba los cuerpos. ¿Caer dónde? ¿En el deseo? ¿Otro mundo? Sí, se sumergirían en otro mundo, uno gélido y ardiente, parecido al infierno, y dejarían que las llamas los consumiera, por primera vez se entregarían al incendio que les abrasaba el cuerpo.

La realidad del entorno diezmaba la masculinidad de Alexander, gozar del cuerpo de su esposa ante la mirada expectante de los objetos de ese salón en particular lo incomodaba. No quería romper el hechizo que mantenía a los cuerpos unidos, no quería perder a la mujer que vibraba al ritmo de sus besos. Julia apoyó las manos en su pecho y, con extrema delicadeza, lo intimó a retroceder al lanzar el peso del cuerpo sobre él. Lo que hacía no hablaba de intenciones de separación, todo lo contrario, sus besos eran depredadores, como si pretendiesen contener a su presa con la fuerza de la lengua. Sin oponer resistencia, él se dejó guiar por sus movimientos. Giraron, chocaron con el marco de la puerta, y llevaron el juego amoroso hasta el corredor. Julia le había leído el pensamiento, lo que ambos anhelaban requería de un escenario íntimo, nuevo, sin historia, y los dos sabían dónde hallarlo.

La escalera no fue un impedimento, Alexander la cargó en brazos. Julia se abrazó a su cuello y se valió de la situación para recorrerlo con el roce de su boca. Enredó los dedos en su cabello, y tiró de él para recordarle al hombre

que sus labios debían regresar a los de ella con presura. La puerta de la habitación de Julia se abrió gracias a la embestida de Alexander, la madera golpeó fuerte, no les importó, podían hacer de ese instante un gran espectáculo sonoro, contaban con el privilegio de la soledad absoluta.

La distancia de los cuerpos, que habían logrado batallar con una destreza única nacida de la pasión postergada, se enfrentó a su peor enemigo: la ropa.

Como era de esperarse, Alexander actuó en función de su cargo, comandó la primera ofensiva sin demora. Las palabras no fueron requeridas, Julia se volteó para que él desenlazara el vestido y el corsé. Deslizó el vestido hasta dejar expuestos los hombros, lo demás lo dejó en sus manos, a su tiempo. Cuando la desnudez de su esposa estuvo a pasos de ser conquistada, Alexander tomó distancia para deshacerse de sus botas, camisa y pantalón. Finalmente, Julia se entregó a la rendición, dejando caer el vestido. El corsé halló el mismo destino; la única prenda sobreviviente que la separó de la desnudez fue la camisola. Se volteó hacia él, el cuerpo desnudo de su esposo no le provocó pudor alguno, sino lo opuesto, la imperiosa necesidad de acariciarlo y recorrerlo con total descaro. Lo hizo, sus manos le rozaron los pechos, jugaron con el vello rizado que lo cubría.

—Bésame... —demandó ella temiendo que la sensatez tomara el control de los deseos de ambos.

Alexander hizo más que eso, aprisionó sus nalgas, la atrajo hacia él, propiciando el primer encuentro con su erección, y la alzó hasta dejarla caer de espaldas al colchón; una vez en la calidez de la cama, Julia se despojó de la camisola, dejando que su esposo se ocupara del pololo. Con su pubis en libertad, Alexander volcó el peso del cuerpo sobre el de ella, mientras avanzaba por entre sus piernas con una provocadora caricia. La besó en el ombligo y descendió hasta la espesura de su monte secreto.

La sensatez, el obstáculo que Julia había intentado sortear segundos atrás, encontró la forma de atravesar la barrera de la pasión de Alexander. Conocía retazos de la historia de vida de Julia, pero no conocía la de su cuerpo. Tenía veintidós años y había experimentado sucesos a los que muy pocas mujeres se atrevían, eso hablaba de un albedrío único, uno que él no juzgaría, aun así, necesitaba saber. ¿Debía ser cuidadoso o podía desatar la furia del fuego contenido en su interior?

—Julia... —Abandonó la tibieza rizada de su sexo en busca de su mirada. ¡Por los cielos! ¡Por todos los infiernos posibles! No encontraba las palabras—. ¿Tú...? —La duda era más que evidente en su voz—. ¿Esto?

¡Maldición! Parecía un niño.

—¿Esto? —repitió Julia tratando de comprender, la lujuria le nublaba el pensamiento.

—Quiero ser gentil contigo...

—Pues sé gentil. —Lo tomó del cuello para atraerlo y retomar el contacto con sus bocas.

Los labios de Alexander opusieron resistencia, su cuerpo también, él único que se mantenía firme y dispuesto era el erecto miembro que golpeaba las puertas de la húmeda intimidad de su esposa.

—Necesito saberlo... —Alexander trasladaba la experiencia de su vida a ella—. Conozco la vida en el frente de batalla, Julia, allí las normas sociales no tienen lugar. Vivir al borde de la muerte nos da otra perspectiva...

Julia veía el horizonte que él intentaba dibujar ante ella. Hablaba de su virtud.

—¿Quieres saber si he estado con un hombre? —Si no tuvo vergüenza de exponerse desnuda ante él en cuerpo, tampoco lo tendría con lo demás—. ¿Si he amado a alguien?

Para Julia la intimidad se hallaba hilada al amor, o en su defecto, a las funciones matrimoniales; el amor no siempre entraba en juego en lo último.

—No hablo de amor, Julia... hablo de simple deseo, de la satisfacción del cuerpo.

—¿Amor o deseo? ¿Para ti solo se reduce a eso? —Las palabras de Alexander sonaron como antípodas, imposibles de conjugar.

¡Maldición! Ya no parecía un niño, sino un grandísimo imbécil.

Miéntele, le decía el diablo que avivaba el fuego que le quemaba la piel.

La sensatez volvió a golpear dentro de él.

—Sí —respondió Alexander augurando con ello lo que podía ser el fin de ese enfrentamiento de cuerpos.

—De ser así, ¿dónde nos hallamos nosotros en este momento?

—No lo sé.

Las manos de Julia recorrieron su cuello, le acariciaron la espalda.

—¿Me amas? —Le susurró al oído.

Los ojos de Alexander fueron en busca de los de Julia. ¿Qué quedaría entre ellos si la respuesta no era la que esperaba? ¿Y si le mentía? Si le mentía lo haría para hacerla feliz. ¿No era acaso eso un comienzo? Las piernas de su esposa se abrieron por debajo de él para darle la bienvenida.

No, no le mentaría.

—No... —Tampoco cerraría la puerta al sentimiento—. No aún.

Los labios de Julia lanzaron un contraataque inesperado, impactaron con ardiente necesidad sobre los de él. Murmuró sobre ellos:

—¿Me deseas? —Las manos de Julia llegaron hasta su cadera y descendieron pacientemente por sus nalgas.

—Más que eso —dejó escapar él con una profunda y sensual exhalación.

Era la más pura de la verdad, lo que ocurriría entre ellos no sería simple satisfacción. Era... ¿qué era? ¿Eran un principio? Tal vez.

—Amor... —Lo besó una de sus mejillas—. Deseo. —Besó la otra mejilla—. Supongo que entonces somos el camino entre medio. —Y selló lo dicho devorando sus labios, invadiendo su boca.

—El camino entre medio... —susurró Alexander cuando abandonó la boca de Julia en busca de una tregua que duró segundos.

El miembro palpitante de Alexander respondió a la humedad que lo convocaba, fue gentil, la penetró con calma, con pericia, dulzura... quería memorizar cada centímetro de su sexo. Julia gimió de placer, elevó la pelvis para recibirlo por completo. Cuando alcanzó el punto máximo de profundidad, sintió cómo la membrana virginal se rasgaba. El encuentro de miradas fue el paso siguiente, y Alexander no solo se entregó al placer que la tibia cavidad de su esposa le entregaba, también se perdió en el hermoso y transparente mar de sus ojos. En esa superficie halló escrita la respuesta a su pregunta.

¿Eran un principio?

Sí, eran eso y mucho más.

# Capítulo 13

## *Diario del camafeo*

*En los tiempos que llevo en este mundo, he visto y vivido todos los amores Russel. Los amores románticos, los filiales, los fraternales... He llegado a reconocer los lazos sentimentales cuando empiezan a tejerse, y entre Phoebe y Alexander nació un vínculo filial de amor puro casi de inmediato.*

*Estaba allí, presente, inquebrantable. Y no se evidenciaba en los momentos dulces de comunión al piano, ni en las emociones intensas que albergaba el capitán cuando la niña ponía su mente y corazón en notas... No, el amor se hacía inmenso cuando la frustración les ganaba, cuando la mudez de Phoebe era ensordecedora, cuando Alexander perdía los estribos y la niña lo desafiaba, cuando, pese a todo eso, tutor y alumna se levantaban una mañana más, felices, fuertes y dispuestos a enfrentar un nuevo día juntos. Incluso los infructíferos, que eran más frecuentes que los demás.*

*«Phoebe, repite la melodía», pedía Alexander, y la niña era incapaz de hacerlo. No por desconocimiento, sino porque el sentimiento que había impulsado esos acordes se había evaporado. Y era entonces, cuando Phoebe no podía complacer a Russel, que la frustración se manifestaba en un fuerte berrinche. «Mírame, Phoebe», exigía el capitán, «mírame, no sucedió nada grave». Sin embargo, la pequeña no podía de hacer contacto visual, responder. Su mente pertenecía a otro plano, al de la música, entonces, se dirigía al instrumento más cercano y lo desgarraba hasta expresar todo el malestar. «Entiendo, entiendo, no te agradan los días de lluvia...», más notas, «a mí tampoco me gustan demasiado. No tenemos control sobre el clima, pero sí sobre nuestras acciones. No es la lluvia, es lo que hacemos con ella». El sonido que emitió el violín le dijo a Alexander que Phoebe no estaba de acuerdo con su filosofía, y lo hizo reír a carcajadas.*

*Los días se sucedieron en ese armónico caos. Se volvieron intensos para el capitán, nunca antes había lidiado con tantas emociones juntas. Dado el*

*medio de comunicación de la niña, no existían entre ellos conversaciones banales y sin sentido, todo lo que expresaba Phoebe era vida, anhelos, sufrimiento, dolor, esperanza... A veces, por las noches, Alexander quedaba agotado, y aunque su cuerpo no respondía, su mente era incapaz de desconectarse. Pensaba y pensaba en lo poco que podía hacer por la huérfana, en la cantidad de veces que no lograba interpretar sus necesidades, en el desafío de desarrollar un lenguaje entre ellos. Sí, la música, pero ¿cómo?*

*La respuesta llegó una tarde de piano. Alexander había solicitado a O'Neil impartir las lecciones de Phoebe en su propia sala de música, por varios motivos. Uno, porque pese a sus generosas donaciones, la sala del orfanato era limitada para el talento de la pequeña; y dos, porque los demás niños sentían la preferencia del capitán hacia la niña como un desprecio hacia ellos, y odiaba lastimarlos así. Continuaba con las clases semanales, y a veces, las complementaba con visitas esporádicas, presentes varios y eventos que rompieran con la cruel rutina del lugar. De todos modos, era cierta su conexión especial con Phoebe y ayudarla a ella le ganaba a la culpa, a la desazón, como les había ganado a los vicios, al vacío y a la desesperación... Phoebe vencía a la guerra, sin siquiera saberlo.*

*Allí, en la sala en la que el mismo Alexander había aprendido, intentó enseñarle a su pupila un fragmento de la sinfonía número 35 de Mozart. Phoebe tenía la capacidad de repetir cualquier sonido oído, pero al ser analfabeta, no podía leer ni escribir partituras. La obra de Mozart la conmovía al punto de hacérsele carne, y por tal motivo, era imposible para ella representarla sin alterarla con sus propias emociones. Como si hiciera impases para explicar lo que le generaba tal o cual movimiento.*

*Y lo magistral, cuando no se puede controlar, se convierte en frustración. Así lo manifestaba Alexander.*

*«No, no y no, Phoebe... debes repetirla. Sé que eres capaz de crear algo nuevo, pero también debes ser capaz de interpretar a otros artistas», y con esas palabras, la armonía se hacía añicos. Phoebe pasaba de ser una dulce niña, callada y ángel musical, a un demonio, una tempestad, una fuerza irascible que arrasaba con todo. Sus brazos arrojaban las partituras por toda la habitación, algunas las destrozaba con las manos, y luego se arrojaba al piso alfombrado a llorar y patalear, y pobre de quien quisiera interrumpir el berrinche.*

*Aida se asomaba por el umbral y buscaba el contacto visual con*

*Alexander, para constatar que todo estaba en orden. Al principio, el capitán intentaba por todos los medios poner fin a tal horroroso espectáculo, tiempo después, comprendió que era en vano y solo permanecía a su lado, abrazándola para que no se hiriera a sí misma. Hasta el peor de los huracanes terminaba, y así lo hacían esas crisis.*

*«¿Qué va a hacer, señor Russel?», preguntó la señora Turner.*

*«Debo enseñarle a escribir música. Esto...», especificó mientras acunaba el cuerpo agotado de Phoebe, «esto sucede porque no puede expresar las emociones. Pero si yo pudiera brindarle un medio... uno en el que sea capaz de decir lo que siente, incluso sin un instrumento musical cerca, entonces... entonces lo podrá manejar, sé que podrá».*

*«Si usted lo dice...». El escepticismo de Aida lo hizo sonreír.*

*«Sí, yo lo digo, señora Turner. El problema...»*

*El problema serían los meses que le llevaría semejante hercúlea tarea, y la cantidad de crisis que deberían de enfrentar antes de lograrlo. El tintero, la pluma, las hojas... todo se presentaba como un vil enemigo ante los ojos de una Phoebe que solo deseaba hacer música, sin ambiciones. La prohibición de Alexander se le presentaba como cruel, y le hacía saber a su modo que ya no le caía tan simpático.*

*«Phoebe, si te permito volver a tocar, entonces no tendrás interés en aprender a escribir. Quiero que veas esto como tu “única posibilidad” de expresarte, que te sientas entre la espada y la pared, para que tomes la herramienta que te brindo. Si te dejo una vez, una, volver al piano, perderemos este avance».*

*¿Avance?, si así se podía llamar a los brazos cruzados de Phoebe, a su terquedad. Cada vez con más frecuencia optaba por abandonar a Alexander para pasar las horas jugando con Pip, y mostrarle así su desprecio. Un desprecio que nacía del cariño, y que el capitán no malinterpretaba. Solo se paraba detrás del ventanal de la sala de música, con Aida a su lado, y observaba el jardín donde la niña se empecinaba en comunicarse con Pip sin palabras.*

*«¿Quién volverá loco a quién?», preguntó la señora Turner.*

*«Confío en que Pip a Phoebe». Sonrió.*

*Sí, Pip al no entender lo que Phoebe quería transmitir, se inventaba sus propias conversaciones. Así era como se convencía de que su nueva amiga quería cazar ranas en la laguna, pescar con lombrices o montar a caballo, y la arrastraba de aquí para allá, sin grandes contemplaciones. Hasta que*

*sucedió lo esperado por Alexander, la niña se hartó, entró en la sala de música, tomó la pluma, el tintero y el papel, e intentó explicarle a su manera a Pip que sabía cuando mentía: los unicornios no existían y él no había visto nunca uno; que no le gustaba poner lombrices en un anzuelo, odiaba verlas retorcerse, y, no quería romperle el corazón, pero le daban miedo los caballos.*

*Trató una, dos, mil veces, sin lograrlo. Hasta que, con la misma frustración que propiciaba sus crisis, le permitió a Alexander que le enseñara a escribir música.*

*Tomar correctamente la pluma fue el primer desafío, al que le siguió la motricidad fina de Phoebe. Una tras otra las partituras eran desechadas, y el enojo de la niña ante su imposibilidad de expresarse se volvía pura furia. Las crisis fueron frecuentes, algunas de ellas, bestiales. Al punto que hizo a todos los sirvientes de la casa preguntarse si Alexander estaba en lo correcto... el único que no flaqueaba era él.*

*«Sí, sí estoy en lo correcto», se repetía mientras mecía a Phoebe y la contenía en sus ataques. «Calma, pequeña, calma. Recuerda que solo valoramos el sol cuando se va la tormenta, lo bello existe solo en contrapartida de lo feo. Y esto que pasas hoy es lo que hará que construyas algo hermoso. Ya lo verás». Con esa promesa en los labios, hizo algo que luego se convertiría en un ritual para los dos, comenzó a construir flores de papel con las partituras desechadas. «Lo ves, era algo feo, y ahora es algo bello».*

*Los ojos cafés de Phoebe, esos que jamás hacían contacto con otros, se fijaron en la flor de partitura y sonrieron.*

*Uno a uno los errores de la niña se volvieron flores, hasta llenar jarrones, estantes y casi todo el piso de la sala. Sin embargo, ese aparente caos traía la paz a la mente de Phoebe, quien apenas sufría crisis desde entonces. Simplemente extendía la partitura errónea para que Alexander la convirtiera en algo hermoso.*

*Y Russel no entraba en sí por el orgullo. Pese a que la niña optaba por darlas por perdidas, y él respetaba su deseo, no lo hacía hasta no ver de qué se trataba, y comprendió que, sin más que ese poco conocimiento de música, Phoebe estaba escribiendo una sinfonía. Una bella y única sinfonía.*

*«¿Lo ve, Aida?», extendía la hoja a la mujer, «¿lo ve? Este es el segundo movimiento, ya puedo reconocerlo».*

*A la señora Turner le hubiese encantado hacerlo, entender a Phoebe*

como hacía Alexander. Todos en la casa Russel compartían el afecto por la niña, al igual que la alegría de ver a su señor con un objetivo en la vida, un proyecto que lo había hecho olvidar los vicios y la guerra. No tenía más pesadillas e insistía en la alimentación saludable como una herramienta para que el cuerpo estuviera en condiciones de crear arte.

No le bastaba con las horas por las mañanas. Le solicitó a O'Neil que le permitiera encargarse de Phoebe durante todo el día, desde el desayuno hasta la cena. Solía pasar el carruaje del ducado por la pequeña al alba y regresarla cuando el sol se había puesto.

La niña se abría paso en el corazón de Alexander a pasos agigantados. Todo lo que hacía el capitán era por ella: remodelar la casa, conseguir libros de cuentos acordes a la edad, asegurarse de que la señora Turner hiciera dulces para la hora del té, constatar que siempre hubiese un espacio y un tiempo para el juego recreativo... La vivienda cobraba vida, y todos sus integrantes resplandecían.

Solo dos cosas apenaban a Alexander: las noches, en las que debía despedirla para que volviera a la oscura fortaleza, y no poder compartir el talento de ella con nadie. Claro que solía hablar a todas horas, y comentar los avances con Aida, Warren, incluso Pip que destinaba parte de su tiempo libre a sentarse junto a Phoebe e imitarla en su concentración. Pero ninguno de ellos era capaz de comprender lo que tenían ante sí, la genialidad, lo complejo que era hacer eso que la niña hacía sin más conocimiento que el de reconocer los sonidos del mundo. Era magistral.

Solo una persona de su confianza podía compartir con él semejante alegría. Hacía algunos meses que no lo veía, ambos se encontraban absortos en nuevos proyectos. A pesar de ello, en cuanto le envió una nota, su amigo Richard no dudó en hacerse presente.

«¡Alexander!, realmente se te ve muy bien».

«Gracias, la apreciación es mutua. Ven, vayamos a la sala, creo que por hoy puedo interrumpir mi vida abstemia para compartir un whisky con un amigo».

«¿Abstemio, tú?».

«Ya ves cómo cambia la gente», rio de buena gana. Claro que no había abandonado el alcohol, se lo resguardaba para la vida social. Una vida que relegaba a segundo plano, en el primero estaba Phoebe. Una vez cómodos en el salón principal, con vasos en mano y la vista puesta en el soleado día, se atrevió a preguntar: «¿Qué tal va tu obra?»

*«Bien... mal... no lo sé». Esa era la respuesta de un músico frustrado, Alexander podía reconocerlo. Le permitió expresar sus dudas y malestares, y por algunas horas compartieron recuerdos, consejos y experiencias. Cosas que Russel esperaba pudieran ayudar a su amigo a salir de la mala racha. «¿Y tú?, me he enterado por mi madre que te has convertido, no solo en el profesor de música del orfanato de Lancashire, sino también, en su máximo benefactor».*

*«¡Oh!, de eso quería hablar, ven, aprovechemos que Phoebe está disfrutando del día con Pip. Es algo recelosa con los extraños».*

*«¿Phoebe?».*

*«La niña de la que hablaba tu hermano cuando te ofreció el trabajo. Sabes, por poco te reto a duelo cuando comprendí que no existía responsabilidad alguna, pero ahora no puedo más que estarte agradecido. La niña es prodigio, es más que eso, es... es genialidad pura, es luz, es...». Los adjetivos le fueron insuficientes, y la sorpresa ante tanta emoción dejó mudo a Richard.*

*Un silencio que se extendió por minutos cuando arribaron a la sala de música y la halló repleta de flores de partitura. Alexander le explicó con una sonrisa que eso calmaba a la niña, y el mutismo fue reemplazado por alabanzas y por un relato resumido de esos meses de enseñanza.*

*Trevor no podía creer lo que tenía ante sí, le resultaba demencial. Pensó que su amigo había perdido la cabeza, y si no fuera porque vio a la niña jugar en los jardines, hubiera creído cualquier cosa. Sabía que la guerra volvía a los hombres locos, pero Russel no lo estaba. De verdad, se encontraba ante un suceso extraordinario, uno que los mortales desconocedores de la música no entenderían jamás.*

*«Está componiendo una sinfonía, Richard. ¡Una sinfonía!, tiene apenas once años y no sabe leer ni escribir. ¡Ni siquiera habla! Pude enseñarle las notas musicales, cómo representar cada sonido en el papel, y desde entonces se dedica cada día a escribir. Sé que para nosotros es arte, pero para ella... para ella es mucho más. Es su forma de expresarse, su única forma».*

*«Alexander, serénate, por el amor de Dios. ¿Entiendes de lo que hablas?, la niña, Phoebe...», se corrigió ante la mirada censoradora de Russel, «no será jamás aceptada en un concierto, en una ópera, mucho menos frente a Su Majestad. Esa niña puede ser prodigio en la música, pero para el resto de la sociedad, le corresponde estar en el orfanato, o peor...»*

*«No lo digas...».*

*«En un manicomio», expresó sin titubear, para que Alexander comprendiera a lo que se enfrentaba en realidad.*

*«Lo sé, pero... ¿sabes?, soy el maldito sobrino del duque de Perth y el próximo heredero. Puedo protegerla, y lo haré. Eso es otro tema que pensaba comentarte...».*

*«¿Qué cosa?».*

*«Pienso oficializar mi tutela. Sé que, dado mi árbol genealógico, haría temblar a toda Inglaterra si quisiera hacerla parte de la familia en términos legales, eso quedará en lo afectivo. Pero de igual modo pienso tutelarla, asegurarle un porvenir económico, un respaldo y la protección de mi apellido».*

*«¡Has perdido la cabeza!».* Alexander solo pudo reír por respuesta.

*«¿Acaso no la perderías tú también? Mira, has estado tan ocupado regañándome como un hermano mayor que no lo has visto».* Extendió las partituras del primer movimiento de la sinfonía de Phoebe. Richard bajó la vista de mala gana, como quien complace a un niño al revisar bajo la cama para luego repetir: *no hay monstruos, puedes dormir.*

*Su expresión mutó tras las primeras líneas, cuando pudo convertir ese trazo desigual en notas en su cabeza. Las manos pasaron las hojas con gran velocidad, hasta llegar a la última y girarla, voltearla, sacudirla, ansioso por sacar más música de ella.*

*«¡Por todos los santos y la santísima Virgen!»*, expresó, y siguió con las blasfemias a coro con las carcajadas de Alexander.

*«Ten, el segundo movimiento».*

*Richard ya no se mostraba esquivo. Buscó el banquillo del piano para dejarse caer en él, la ansiedad de interpretar la sinfonía le hacía arder los dedos. Claro que no lo haría, Phoebe la reconocería y, según Alexander, eso podía provocar una profunda crisis. Trevor no quería hacer nada que pusiera en riesgo la composición de semejante obra. Valoraba cada nota, cada acorde... para un hombre que llevaba meses apresado en la jaula de la falta de inspiración, eso era una bocanada de aire fresco.*

*«Es... magistral».*

*«Tercer movimiento...»*, Alexander, lleno de orgullo, le alcanzó un fajo más de partituras, y aguardó a que su buen amigo lo comprendiera.

*«Son las estaciones del año, cada movimiento: verano, otoño, invierno...».*

*«Falta primavera, es en el que está trabajando en estos instantes. Pero*

*es más que eso, Richard, las estaciones son, para Phoebe, una representación de su propia historia. Recuerda el verano como el tiempo junto a sus padres, antes de la orfandad, el otoño es cuando la desgracia cae sobre ella, como hojas de los árboles, luego el invierno...». No necesitaba decir más, la melodía era tan desgarradora que uno podía sentirse a sí mismo atrapado en los muros de un orfanato de Londres, torturado, golpeado y hambriento. Mudo e incomprendido.*

*«Alexander...».*

*«Yo soy su primavera, ¿entiendes ahora lo que significa para mí? He vuelto a pedazos de la guerra, he pensado que jamás volvería a ser útil, a tener valor. Que la vida no tenía sentido... y Phoebe, una simple niña, me convierte en su primavera».*

*«Me encantaría tener un consejo en los labios, uno sabio de ser posible. No lo tengo. No sé qué haría en tu lugar, confiaré en que sabes lo que haces».*

*«Eso es más que suficiente para mí». Richard era un buen amigo, sabía que estaría siempre a su lado, incluso cuando la sociedad le diera la espalda. Porque eso sucedería, lo tratarían de loco, de excéntrico, de radical y revolucionario, incluso de traidor a la nobleza por sumar una plebeya a la familia Russel. Y eso último, en épocas de Napoleón, hasta podía terminar en la horca.*

*Phoebe lo valía. Y Trevor era la única persona con suficiente talento musical como para verlo tan claro como él. Se despidieron tras un último brindis, y Alexander le pidió a Phoebe que se presentara a saludar, pues desde ese día en adelante, si algo le sucediera, solo Richard sería de confianza.*

*Por la noche, después de la cena, y mientras el carruaje del ducado aguardaba para regresarla al orfanato, el capitán Alexander Russel hizo palabra su promesa.*

*«Phoebe, lo que debo decirte es algo difícil de expresar. Sé que, aunque no me miras ni me contestas, entiendes todo lo que digo. Quiero que sepas que te considero mi familia, mucho más que a mis primos...», que esperan que muera para heredar, agregó sin pronunciar, «que a varios parientes de sangre. Y deseo que tú también te sientas parte de mi familia. Por razones bastante estúpidas e incomprensibles, no puedo brindarte mi apellido, pero sí mi tutela. Entre nosotros formaremos una familia distinta, peculiar, pero familia en fin. Por supuesto, si me lo permites».*

*La niña, por primera vez desde que se conocían, alzó la mirada. El contacto visual fue de menos de un segundo, tiempo suficiente para que Alexander sintiera que el corazón se le paralizaba por la emoción. Luego, los delgados brazos de Phoebe lo rodearon por el cuello, formando el más dulce abrazo jamás brindado.*

*No había lágrimas, ni más muestras de cariño, no era así su pequeña. Lo que existiría sería música, mil melodías que iluminarían la casa Russel y la volverían el hogar más feliz de Inglaterra.*

*«Ahora, solo queda una cosa», dijo Alexander, quitándome de su cuello para pasarme por el de la pequeña. «Que lleves siempre este camafeo contigo, ya que tiene el poder de regresarte conmigo, aunque te pierdas, aunque te alejen o te quieran separar. Él te protegerá y te señalará el camino de vuelta a casa. Prométeme que jamás te lo quitarás».*

*Desde ese momento, mi portador era otro Russel: Phoebe Russel.*

## Capítulo 14

El camino entre medio del amor y el deseo parecía estar llegando a su fin, por lo menos para Julia. A medida que recorría los intrincados pasillos de la memoria que albergaba el camafeo, se enamoraba más y más de su esposo. La humilde joya parecía poseer un deber secreto, no le bastaba con contarle a Julia la historia contenida en ella, pretendía que su nueva portadora la viviera con la misma intensidad, y lo hacía. Sentía la pasión de Alexander que, en un tiempo no muy lejano, había sido lo única toxina que le contaminaba el espíritu; también descubrió sus pasados temores, esos que parecían ante la valentía que lo había mantenido en pie toda su vida, y como si eso ya no fuese motivo suficiente para estimular el sentimiento en Julia, experimentaba el amor puro que le había entregado a la pequeña huérfana sin medida ni condición alguna. Un amor que había sido correspondido de igual manera. Amarlo era una ardua travesía, sin duda lo era, y a la vez, amarlo, era el único desenlace posible en su historia.

Amanecer junto a él simplificaba las cosas convirtiendo los pensamientos revoltosos en tormentas de primavera pasajeras. El pronóstico de la relación cambiaba de estado tras cada hora que pasaban uno en brazos del otro, el mal clima se alejaba dando lugar a claros destellos de sol.

Cuando el encierro los involucraba a ambos, anulaba su connotación negativa para consagrarse como una óptima y beneficiosa decisión. No requerían de mucho más que de cuatro paredes, una cama, sábanas y el calor de los cuerpos. Sí, ocasionalmente reclamaban algún que otro alimento, pero nada más, rechazaban al resto del mundo. Y lo continuarían haciendo por el tiempo que pudiesen.

Los vicios de Alexander fueron suplantados por los besos de Julia, por el encuentro constante con la tibieza de su piel y por la humedad íntima que le daba la bienvenida con un ansia inagotable. Pensar que días atrás se obligaba a no abrir los ojos para escapar de la penosa realidad que era su existencia, y ahora, en ese presente repentino, que lo había abofeteado de la más dulce

manera, anhelaba el despertar porque sabía que la hallaría a su lado. Alexander comenzaba a comprender las respiraciones y movimientos de su esposa cuando esta se hallaba rendida a Morfeo; era su estrategia de reconocimiento; así, sin que ella lo supiese, trazaba en la mente el perfecto mapa de su cuerpo. Las sábanas traslucían las formas, y la piel, que se escapaba de la protección de la tela, le confesaba sus marcas, sus pecas, cada detalle.

La tentación lo superó esa mañana, los bucles rojizos de su cabello, jugando con las puntas de los rosados pezones, fueron un evidente grito de batalla para el capitán Russel. Tendría que lanzarse a la primera embestida...

El cuerpo de Alexander se movió por motu proprio, a pesar de la escasa racionalidad alojada en el cerebro que lo instaba a lo contrario. Se deslizó por debajo de la sábana con la astucia de un felino. Un pequeño felino juguetero que fue emboscado antes de llegar a cumplir con el cometido. Las piernas de Julia se enredaron a las de él para impedirle el movimiento, y antes de que Alexander pudiese prepararse para una defensiva, el cuerpo de su esposa se alzó sobre el de él tomándolo prisionero con una facilidad abrumadora.

—¿Un capitán condecorado? —le susurró al oído luego de mordisquear el lóbulo de su oreja— ¡Patrañas!

—Cariño, conservo mi destreza para otros momentos. —El roce del sexo de su esposa estimulaba a su miembro anhelante de despertar junto al resto de su cuerpo—. Además, contigo... —Se interrumpió para besarla.

—Conmigo ¿qué? —Julia le devolvió el beso, y lo repitió una y otra vez, hasta que se dio cuenta de que, si no se detenía, no obtendría la respuesta.

—Contigo...contigo prefiero perder.

—Perder significa rendirse.

—Lo sé.

El juego de seducción se hizo a un lado para permitirle lugar a los sentimientos. Le acarició el rostro; Julia también intentaba grabar en su mente el mapa perfecto que era su esposo, lleno de cicatrices y marcas que le guiaban a dónde se hallaba el más grande tesoro: su alma. Aunque el desprecio y la culpa todavía lo acosaran, el destello luminoso en las pupilas de sus ojos cada vez que la miraba le decían en secreto que él también deseaba dejar de transitar por ese camino indeciso de amor y deseo para llegar a un destino compartido. Alexander envolvió su cadera con los brazos, y con un delicado giro, la llevó a estar de espalda al colchón de nuevo.

—Nunca supe el hombre afortunado que era hasta hoy... —confesó a

centímetros de sus labios. El brillo en sus ojos le pertenecía.

El momento de confesión fue interrumpido por un llamado a la puerta, la intención de mantenerse alejados del mundo no podía sostenerse por mucho más tiempo. Un beso, un beso consagró las palabras dichas por Alexander, como si sellaran un pacto, uno que retomarían en cuanto pudieran.

—¿Sí? —preguntó Alexander.

En los últimos días la prudencia manipulaba las acciones de la señora Turner, ya no ingresaba a la habitación sin autorización, sabedora de que el joven capitán estaba «en muy buenas manos», y que había cambiado una adicción por otra. Una más productiva, que satisfacía a todos, en especial al duque. Aida se preocupaba sinceramente por el bienestar de Alexander, pero una cosa no quitaba la otra, seguía respondiendo a la cabeza noble de la familia, y eso incluía mantenerlo al tanto de los cambios en la casa y en las relaciones. Para el duque de Perth, que la relación entre su sobrino y su esposa se hiciera física, significaba la posibilidad de extensión del linaje familiar. ¡Enhorabuena! Los buenos ánimos no solo se extendían en el hogar Russel, sino por todos los territorios del ducado.

—Señor Russel, el señor Trevor nos hapreciado con su visita.

Aida no dejaba escapar ni un momento para recordarle al matrimonio — llevaban casi cuatro días aislados de todo— que tenían responsabilidades, algunas de ellas, sociales. Richard Trevor se merecía un correcto recibimiento.

—¿Qué crees que pretende al decirnos eso? —le habló a Julia, pero la que respondió fue Aida:

—Lo que entiende, señor Russel. —Y para no dejar espacio para equívocos, finalizó con—: Le comunico al señor Trevor que en unos minutos están con él.

El sonido de los tacones sobre la madera indicó la partida de la mujer. Alexander retomó la conversación con Julia.

—¿Sabes que es muy probable que haya venido a verte a ti?

—¿Por qué lo dices?

Él se esforzó en ocultarlo, pero los celos le ganaban, se le escapaban por los poros.

—¡Porque es lo que ha hecho desde que eres mi esposa!

—Vino a ofrecerme compañía ¿lo culpas?

¿Cómo hacerlo? Si lo pensaba en retrospectiva, había hecho de las primeras semanas de Julia una tortura de silencio y distancia. Ni mención

hacer del estado de dejadez y borrachera con el que había tenido que lidiar ella.

No iba a agradecerle a Richard por su asistencia, es más, estaba dispuesto a hacerle entender que ya no era requerida. La amistad entre ellos estaba marcada por el tiempo, siempre existiría, y lo más conveniente era mantenerla tras la raya correspondiente. Mezclar esa clase de afectos era comparable a agitar un avispero a finales del verano.

—No... —respondió incorporándose decidido a vestirse.

—Me alegra saberlo —dijo y lo imitó. Se sentó en el borde de la cama, y se estiró hasta alcanzar la camisola que yacía en el extremo del colchón.

Alexander fue veloz, pantalón, camisa, botas, y lo fue para brindarle el resto de la atención a su esposa. Tomó el corsé, Julia se acomodó para darle la espalda, calzó la prenda en sus pechos, y tiró de las cintas con suavidad hasta ajustarlo. Finalizó la tarea con un beso en su cuello, luego continuó con el vestido; arrodillándose ante ella la instó a introducir las piernas en la abertura para deslizarlo en un proceso de ascenso sensualmente lento. Un nuevo beso en el cuello fue el indicador de que la tarea había llegado a su fin.

—Ve a su encuentro —le dijo para no ser ella el motivo de la demora—. Tengo que arreglarme el cabello.

—Tu cabello luce hermoso, perfecto. —Enredó el dedo índice en uno de los bucles y rememoró la imagen de instantes atrás: esos tirabuzones rojizos acariciando los pezones.

El cabello de Julia confesaba a los cuatro vientos la realidad que llevaba viviendo desde hacía días: no había visto la luz del sol, solo había hecho fricción contra las sábanas.

—Hermoso, perfecto e impresentable. —Lo besó.

—Si tú estás impresentable, ¿qué queda para mí? —Alexander buscaba excusa tras excusa para extender la conversación, se negaba a abandonarla, aunque fuese por minutos.

Julia lo hizo girar, y el cuerpo de su esposo se enfrentó al espejo. Los dos lo hicieron, era una bella imagen la que les devolvía el reflejo. Juntos. Ella sonrió...

—¿Mírate? Lo de impresentable ya es una característica en ti... así te conocí, ¿lo recuerdas?

Por supuesto que lo hacía. ¿Cómo olvidar el día en el que cometió la peor de sus locuras? La que lo llevó a casarse con ella.

Los pensamientos fueron desplazados con una palmada en su trasero.

—Ve... Richard te espera.

Con un beso robado, que solo perduraría un par de segundos en los labios, abandonó la habitación en busca de su amigo.

Existía una confianza absoluta entre ellos, la relación de amistad que atesoraban saltaba todas las barreras, y que Richard se tomara el permiso de recorrer la casa sin compañía era una de las tantas.

Alexander lo halló dentro de la sala de música, estupefacto, acariciando las teclas del piano como si nunca en la vida hubiese estado ante un instrumento similar.

—¿Acaso es la primera vez que estás frente a un piano? —Los buenos humores en él se mantendrían por un tiempo, todavía gozaba de los maravillosos efectos secundarios que obtenía de los momentos a solas con su esposa.

—No... pero no recuerdo la última vez que estuve frente a este piano. ¡No puedo creerlo!

—¿Qué no puedes creer? —dijo. Descansó el cuerpo en el marco de la puerta.

—¡Esto! —expresó al tiempo que extendía los brazos a lo ancho.

Por más que Alexander pretendiese restarle crédito al suceso, lo que ahí ocurría era un vuelco inesperado de los acontecimientos. Añorado pero inesperado. Richard hizo todo lo que estuvo al alcance de la mano para conseguir lo mismo sin más resultado que el fracaso.

Cuando el deleite con respecto a la sala comenzó a perder peso, el aspecto de Alexander fue el nuevo punto de evaluación. La ausencia de ojeras y un rostro brillante —un brillo que nada tenía que ver con el sudor— resultaban ser un cuadro también impensado. Las señales del abuso de alcohol y de opio solían manifestarse en las facciones del joven capitán.

Si le permitía la contemplación a Richard, no se marcharía más. Era su amigo, le agradaba la visita, aun así, si tenía que elegir, elegía a la mujer de cabello rojizo que lo esperaba en la habitación.

—Dime, ¿a qué debemos tu visita?

Que Alexander se expresara en plural indicaba cambios que se escapaban de la simple percepción de Richard. El hermano del conde estaba intrigado. Había pasado ¿cuánto?, ¿un par de días? ¿Una semana? Sí, más de una semana

había transcurrido desde la visita de Julia a su hogar. ¿Podía haber conseguido todos esos cambios en tan poco tiempo? ¡No, imposible! Conocía el temperamento terco de su amigo, y si a la testarudez le sumabas la perjudicial melancolía cotidiana, ni en un millón de años obtendrías al Alexander que estaba ante él.

—Ayer me encontré a Pip cerca de la arboleda norte. —El pequeño solía recorrer esa zona de los alrededores en busca de los olmos, le fascinaba treparse a ellos—. Cuando le pregunté por Julia, me dijo que no la veía desde hacía días.

Era verdad, Pip se expresó de esa manera, para el niño dos días era una infinidad de días.

—¿Por eso estás aquí? ¿Por Julia? —Se cruzó de brazos, aunque mantuvo la postura relajada contra la puerta.

—Sí —respondió con la tranquilidad que amparaba sus acciones—. Que Pip me diga que no te ha visto a ti por días no es sorpresa alguna... —Avanzó hasta él, lo imitó en actitud cruzándose de brazos—, convengamos que pasas más tiempo encerrado en tu habitación que fuera de ella.

Discutir era en vano, Alexander reconocía su dinámica de vida.

—Que exprese lo mismo de Julia, es un hecho que atrae mi atención. El espíritu de tu esposa, en contraposición al tuyo, reclama libertad. ¿Se encuentra bien?

Alexander debió recordarse que el hombre que tenía ante sí era Richard Trevor, amigo de la infancia, compañero de batallas, casi un hermano... de lo contrario, lo hubiese tomado del pescuezo en ese preciso instante. ¡Hablar de libertad, de espíritu como si la conociera!

Elaboró un par de respuestas y las repitió dentro de su cabeza antes de que abandonaran la boca. Lo bien que hizo, ninguna de ellas era acorde. Tenía que apartar la necesidad de ser audaz para marcar territorio como si fuese un animal en celo. Julia era su esposa, y no era algo que tuviese que recordarle a su amigo, sino a él mismo.

La repentina sonrisa en el rostro de Richard aplacó lo que parecían ser cavilaciones insustanciales.

—No te preocupes, no necesitas responderme, puedo comprobarlo por mí mismo.

Julia había desarrollado la destreza del sigilo, y Alexander no se percató de la cercanía hasta que el perfume de su piel conjugó con la actitud y palabras de Richard.

—¡Richard... bienvenido! —Estaba radiante y se mostraba radiante, al punto de no controlar la efusividad del saludo—. Un placer tenerte por aquí.

El visitante se sintió más que honrado ante el recibimiento, y para Alexander fue como si de pronto se hubiese convertido en una sombra que podía ser atravesada; porque eso fue, exactamente, lo que hizo Richard, pasar a su lado sin delicadeza alguna con una dirección en particular: Julia.

¿Cavilaciones insustanciales? ¿Qué era ese extraño brillo que refulgía en los ojos de Trevor? Alexander intentó mediar con las desbordantes emociones. Debía reconocer que les había perdido la práctica.

—No era mi intención molestar, pero no me has dejado más alternativa. — La visita cambió de matiz, y fue unidireccional. Alexander se había desvanecido para el hombre—. Tu repentina ausencia me ha preocupado, y, además, mi madre no deja de preguntar por ti.

—¿Conoces a Lady Trevor? —Alexander interrumpió la conversación dirigiéndose a su esposa.

—Sí...

—¿Cómo la conoces? —Conocía de memoria los hábitos de la anciana Lady, llevaba años sin poner un pie fuera de la mansión.

—Los Trevor me invitaron a una cena familiar.

—¿Los Trevor te invitaron a una cena familiar? —Increpó con la mirada a Richard—. ¿Y cuándo fue esa cena?

—Hará más de una semana. —La liviandad en la respuesta de Richard no hizo más que exaltarlo, una sensación que Alexander hubiese domado si no hubiese sido por el contraataque de su amigo—. Supongo que tus habituales estados de alienación mental han hecho que te pierdas de ciertos detalles.

El intercambio de miradas entre Alexander y Julia fue instantáneo, los ojos de su esposa clamaban por un silencio inmediato para asegurar la armonía. No había justificación que avalara el duelo repentino de palabras, y desde donde ella contemplaba todo, tampoco existía espacio para la manifestación de celos por parte de él. Quizá pecaba de inocente al creer que las actitudes amables de Richard nacían fruto del vínculo de la amistad. Quizás...

Morderse la lengua, los labios. ¿Qué tan difícil podía resultar? Lo hizo por Julia. Solo por ella.

—Supones... y supones bien. Es verdad, me he perdido «ciertos detalles». —Se acercó a Julia para tomarla de la cintura y acercarla a él—. No volverá a ocurrir, dile a tu madre que estaremos encantados de visitarla.

—Así lo haré.

El aire se tornó denso, pesado alrededor de ellos. Los tres eran presos de una incomodidad nunca antes vivida. Era la primera vez que Richard se sentía fuera de lugar bajo ese techo. Tenía ante él la antítesis de lo que había ido a buscar. Antes de marcharse, examinó a Julia con meticulosidad. Solo él era capaz de detectar el más mínimo cambio de matiz en su piel; cuando de la señora Russel se trataba, Richard Trevor se comportaba como un eximio observador.

—Estás pálida... ¿Te sientes bien? ¿Has estado enferma?

Valiéndose del estrecho abrazo que la unía a Alexander, Julia lo pellizcó con disimulo a la altura de la cintura. El mensaje fue claro y alto para él: ¡Cierra tu bella boca y déjame responder! El hecho pasó desapercibido para Richard.

—Oh, no, me encuentro en óptimo estado.

—Pip me ha dicho que hace días que no te ve.

¡Por los cielos! Sí que era un hombre insistente.

—Es verdad... he prescindido, por unos días, de mis paseos matinales. Solo eso.

El pobre Trevor era un derroche de buenas intenciones y preocupaciones que no le correspondían. Lo que Alexander tenía de destructivo, Richard lo tenía de altruista.

Un joven, apuesto y soltero altruista.

—¿Solo eso? ¿Estás segura? —Observó de soslayo a Alexander—. Puedo enviar al médico de la familia de ser necesario...

¿A qué venía esa mirada? ¿Lo responsabilizaba de la palidez de su esposa? ¿O de vaya a saber qué cosa? ¡Estaba loco! Bueno, no del todo. La palidez de su esposa tenía una razón, una que lo involucraba como directo protagonista.

—No, Richard, no necesita de un médico... ya te lo ha dicho, ha postergado sus paseos, y no lo ha hecho por ningún malestar o algo que amerite preocupación tuya. —No sabía cuál era la extraña relación que estaba expandiéndose entre ellos, la que fuese, tenía que ser arrancada de raíz. No midió las palabras, y fue una decisión tomada con el propósito de ser directo—. Hemos invertido ese tiempo de otra manera, juntos, en nuestra recámara.

La palidez de Julia que había sido el disparador del conflicto, fue reemplazada por un tono rojizo; cuando estuviesen a solas, desaprobaba por lo alto el comportamiento de su esposo, de momento, no pudo más que callarse y rehuir de la mirada de Richard.

Para evitar que el silencio fuese devorador o traicionara pensamientos, Trevor habló:

—Oh... ya veo. —La incomodidad era compartida con Julia—. Me alegra saber que... que... —No encontró las palabras, él no podía arrancar los filtros de las normas sociales con la facilidad con la que Alexander lo hacía. Era un hombre de perfectos modales—. Creo que lo mejor es que me marche.

—Ven —le dijo Alexander separándose de Julia para palmearlo en la espalda—, te acompaño.

Eran apenas un par de metros, y Richard los conocía de memoria.

—No es necesario.

—Sí, lo es. —Lo tomó por los hombros—. Vamos.

Se despidió de Julia con un simple gesto de cabeza, e iniciaron el trayecto sumidos en la mudez total. Volvieron en sí cuando cruzaron el umbral de la puerta principal.

—Siento mucho haber sido tan poco discreto —alegó Richard.

Lejos de su esposa, los pensamientos celosos de Alexander se ponían en pausa, y volvía a ver a los ojos de su amigo como lo había hecho toda la vida, con plena confianza.

—No tienes por qué, hiciste lo que siempre haces, preocuparte por mí, y en el presente, eso incluye a Julia. Creo que debo de agradecértelo.

Richard resopló, era la manera en la que él solía echarle en cara su pésimo comportamiento.

La conversación se vio interrumpida por un cercano sollozo. Apoyada en uno de los árboles se encontraba Aida, aferraba en una de las manos lo que parecía ser una carta y, en la otra, atesoraba el pañuelo que le contenía las lágrimas.

—¡Aida! ¿Qué sucede?

Los dos fueron a brindarle asistencia, la señora Turner tenía una conducta intachable, y la sobriedad la caracterizaba, rara vez exponía las emociones.

—Es... es mi hermano. —La congoja le impidió continuar.

Alexander le brindó apoyo físico, la sostuvo entre sus brazos, el árbol no parecía ser suficiente para el cuerpo de la mujer; mientras que Richard se apropiaba de la carta para indagar en lo ocurrido.

—Su hermano ha muerto —murmuró una vez leída la información.

La camisa de Alexander relevó al pañuelo, ella enjugó sus lágrimas con libertad.

—Lo siento, Aida ¿Dime en qué puedo ayudarte? ¿Dónde vivía tu

hermano?

—En...en la ciudad... trabajaba para los Ecleston en Londres. Ellos me han enviado la carta, soy su único familiar con vida.

—¿Necesitas tomarte unos días? —Ella asintió, debía de encargarse de sus restos—. Tómame todo el tiempo que necesites, Aida... y lleva a Warren contigo.

—Pero, señor... sin Warren.

No iba a discutirlo, era impensado para él dejar marchar a la mujer sin ayuda. Warren y Pip serían un soporte emocional para la anciana mujer.

—Ve y prepara lo que necesites de equipaje, yo voy por Warren. La casa Russel podrá mantenerse en pie sin ustedes. No te preocupes.

En otra circunstancia, Aida se hubiese negado a tal locura: la casa Russel sin su mando. ¡Por favor! Por desgracia, no contaba con otra alternativa. Fue a preparar el equipaje para su partida, estaría un par de días fuera.

—Richard, continuamos en otro momento... —Tenía que abandonarlo para ir en busca de Warren.

—¡No es necesario ni que lo digas! Si requieres de asistencia, cuenta conmigo, puedo enviarte a alguno de nuestros empleados por unos días.

—No, lo que le dije a Aida es verdad... el hogar Russel puede mantenerse en pie sin problemas, yo voy a ocuparme de ello.

En un par de zancadas se alejó hasta desaparecer por completo tras la casa.

Richard dudó. ¿Mantenerse en pie? Alexander tenía una buena apariencia, y contaba con que los cambios vistos en él se extendiesen a futuro, por su bien y el de Julia. Sin embargo, estaba ante una mejoría, una de las tantas que podría desaparecer más rápido que un suspiro, poseía un gran listado de ellas. Tendría que estar atento, muy atento.

Sin Aida, ni Warren ni Pip, Elle se hallaba más que perdida ante los señores. Acostumbrada a como estaba de la incansable guía de la señora Turner, en soledad, no era más que un animalillo desorientado.

Julia tenía gran experiencia en los manejos de la casa, hallarse sin madre desde joven le había otorgado ese don de mando en el hogar Wesley, y los años asistiendo heridos en el frente la habían dotado con una capacidad de independencia mayor. Podía encender los hogares, las estufas de cocina,

preparar manjares culinarios en minutos y encargarse de la limpieza de ser necesario.

La licencia de la señora Turner se extendería por cinco días, la mujer debía encargarse de los servicios fúnebres correspondientes y tanto Alexander como Julia consideraron adecuado que se tomara todo el tiempo que necesitara. Tres días habían acontecido desde la improvisada partida, y el techo continuaba firme sobre sus cabezas, podían prolongarlo un par de días más. Elle ya se había adaptado a la dinámica de la señora de la casa, y juntas llevaban las tareas hogareñas a un buen ritmo; al punto tal que, dadas las exigencias a las que la muchacha debía de enfrentarse por la ausencia de Aida, Julia le otorgó la mañana y tarde libre.

—Tú también deberías contar con ese privilegio. —Alexander tenía intenciones secretas.

—Yo ya cuento con muchos privilegios.

Estaba gozando de un baño caliente perfumado y de las caricias de su esposo en la espalda. Se retorció como una oruga entre sus manos. Alexander hizo presión en uno de los puntos estratégicos que se hallaba al borde de los omoplatos, y ella gimió. Sus músculos se encontraban entumecidos, fruto de las labores que no solían formar parte de su cotidianidad.

—Creo que necesitas un poco de aire libre —expresó con los labios sobre su cuello. Julia confirmó lo elucubrado: tenía secretas intenciones—, los dos lo necesitamos. El sol parece decidido a no flaquear ante las tormentas pasajeras. ¿Qué me dices?

Las pestañas de Julia se agitaron frenéticas. Llevaba la situación a la exageración para divertirse a costa de su esposo.

—¿Tú? ¿Salir de la casa? ¿Te sientes bien, esposo mío? —bromeó, le tanteó la frente en busca de una variación de temperatura—. No, no... no tienes fiebre. Aun así... —Estalló en una estrepitosa carcajada, no pudo ni terminar lo que tenía pensado decir.

—¡Está bien, está bien! —la interrumpió, la actitud de Julia se correspondía con el pasado cercano—. Tienes todo tu derecho a bromear, lo sé... —Les puso fin a los masajes, de alguna manera tenía que reprenderla—. Hazlo, que mientras tú te ríes, yo voy a preparar una cesta para nuestra tarde fuera.

Cumplió con lo dicho de inmediato, la dejó a solas, y antes de que sus pasos dejaran de oírse, Julia le comunicó:

—¡En un par de minutos estaré preparada!

—Perfecto, cuento con ello.

Alexander también se mostró diestro en aquellas tareas que no solían formar parte de su día a día. Tal cual había dicho, preparó una muy bien equipada cesta para el picnic y ensilló los caballos con evidente maestría. No cabalgaron, apenas los utilizaron para un ligero trote. Llegaron a las inmediaciones del arroyo, y descendieron para disfrutar de la tranquilidad del lugar. Alexander se ocupó de todo, sin mostrar malestar; la lesión en su pierna solía incomodarlo cada tanto, en especial cuando llevaba a cabo actividades físicas sin pausa, y las actividades bajo las sábanas estaban incluidas.

—Déjame ayudarte. —Julia intentó librarlo de la pequeña imposición, tender el mantel y colocar los elementos adecuados sobre el césped podría llegar a ocasionarle una exigencia que lo traicionaría horas más tarde con dolor.

—No, por una vez, permíteme brindarte mis atenciones.

Merecía todas y cada una de ellas, cuando lo pensaba, ese presente que estaban viviendo se lo debía a ella. Estaba al tanto de que Julia utilizaba el camafeo, por eso se lo había entregado en confianza, para que hiciera uso de él. Cómo lo utilizaba y qué obtenía de él era una incógnita que, con el pasar de los días, no demandaba una respuesta. Lo sentía en su pecho, ahí, en su corazón, Phoebe... Phoebe estaba hallando el camino hacia la paz, y con eso a él le era suficiente. El porqué de su muerte ya no era una premisa que le atormentara el alma. Quería creer que, más allá de los límites del cielo, la pequeña había encontrado la voz perdida, la felicidad arrebatada. Sí, se aferraba a la idea de la felicidad, porque así, él podría permitirse lo mismo junto a Julia.

Degustaron la selección de dulces elegidos por Alexander y del festín de quesos, tocino y pan que les hacían compañía. Luego de unas copas de vino, y de anécdotas de niñez compartidas, las verdaderas intenciones salieron a la luz.

—Recuerdas cuando hablamos de la posibilidad de cambiar de vivienda...

—¿Te refieres a cuando intentaste convencerme de mantener un matrimonio a distancia?

No había matiz suave que sirviera para adornar esa rememoración.

—Sí, me refiero exactamente a eso.

Julia dejó la copa de vino sobre el césped decidida a cruzarse de brazos y batallar con palabras. A Alexander, el rictus de ofensa en su rostro le resultó sensual y encantador.

—¿Para eso me has traído hasta aquí? ¿Para retomar esa estúpida idea?

—No quiero sonar repetitivo, pero sí, quiero hacer exactamente eso. Retomar la idea, aunque sin tantas opciones, el cambio habitacional se trasladaría a lo de Harvey y Letizia.

—¡Estás loco! —Abandonó el reposo de un salto, como si un resorte hubiese impulsado su cuerpo. Estaba ofendida, muy ofendida—. ¿Qué te hace pensar que vas a conseguir lo que quieres? No, no y no... no voy a marcharme.

—Marcharnos —agregó a modo de corrección.

—Eso mismo, no voy a marchar... —Se detuvo, lo observó. Dudó—. ¿Qué quieres decir?

Alexander se incorporó para poder tomarla entre sus brazos.

—Lo que has oído... por lo menos en parte. Lo he pensado, llevo varios días pensándolo. —La ausencia de Aida le hizo germinar la idea, el cambio de rutina, de costumbres cotidianas de la mano de su esposa—. Hay demasiados recuerdos en esa casa, buenos y malos, por desgracia me he aferrado a los últimos hasta convertirlos en arte. —Quería volver a sentir sin culpa, quería amar la vida, amarla a ella—. Tú me guiaste al camino de los buenos recuerdos, de ellos quiero llenarme, y sé... sé que mientras continúe en esa casa, no lo haré.

¿Lo había conseguido? ¿Alexander quería abandonar el infierno que había construido? En la bella oscuridad de sus ojos estaba la respuesta, existía un atisbo de luz brillante en ellos, lo suficiente para mostrarle que el camino hacia adelante era el mejor, el único sensato y disponible. Para ella, formar parte de ese trayecto no era un triunfo, sino un anhelo cumplido.

—Toda tu vida, tu historia se encuentra en esa casa, Alexander. —La decisión era demasiado importante como para tomarla a la ligera, y Julia pretendía cerciorarse de ello, era importante que su esposo reflexionara con calma.

—Todo mi pasado se encuentra en esa casa, lo sé... y tú eres mi presente, uno que no busqué, pero encontré. —Le sonrió, casarse con ella fue el mejor error de su vida. Le acarició el rostro, los labios, la besó—. Déjame ser tu «presente». —La felicidad que le inundaba el alma, le recorrió el cuerpo. La envolvió con sus brazos, la levantó por los aires, y giraron juntos—. ¡Seamos presente, Julia! ¡Seamos presente, juntos!

Ella rio a carcajadas, la felicidad de su esposo era un virus contagioso. Se abrazó a su cuello y lo besó. La locura del momento, el descontrol de los cuerpos, la descoordinación de movimientos, los hizo caer. Rieron a pesar del

dolor, giraron sobre el césped hasta rendirse a él. Entrelazaron las manos, contemplaron el cielo diáfano, el sol les hacía compañía.

—¡Seamos presente, juntos! —repitió ella.

Fue una promesa...

Una promesa que se perdió con el viento ni bien regresaron a la casa. Los fantasmas no existen, los fantasmas son el reflejo oculto de lo que somos, vivimos en las sombras temerosos de lo que encontraremos en la luz.

¿Los fantasmas no existen?

Julia tuvo que gritar en el silencio de su mente que no. ¡No! ¡No era posible! Lo que estaba ante ellos no podía ser una realidad.

Flores de papel... un sin fin de ellas, desparramadas en el hall, en el corredor principal, en la sala de música. ¡Dios santo! ¡Estaban en cada maldita habitación! ¿Cómo era posible? ¡¿Cómo?!

El rostro de Alexander mutó en segundos, el brillo en sus ojos se extinguió, y Julia temió que se extinguiera por completo.

—¡Phoebe! —gritó ahogándose en la furia demente que solía contaminarle el espíritu—. ¡Phoebe! —Recogió cuantas flores pudo entre los brazos—. ¿Qué quieres de mí, pequeña? —Se dejó caer de rodillas.

Julia no iba a permitir que sucumbiera de nuevo a la locura. ¡Eso tenía que tener una explicación!

—¡Alexander, por favor! No es ella... créeme, no es ella.

—¡¿Qué sabes tú de ella?! ¡Nada, nada sabes!

Demasiado tarde. El capitán Russel se lanzaba al abismo, y esta vez no regresaría.

—¡Sé que ella jamás intentaría hacerte esto! ¡Lo sé, lo siento! —Se colocó ante él y se arrodilló. Sostuvo su rostro entre las manos— ¡Mírame! ¡Mírame, Alexander! —Ni la más grande dosis de opio hubiese conseguido tal alienación mental. No pudo lograr el contacto visual con él—. ¡Phoebe jamás trataría de enloquecerte! ¡Y esto es eso, pura demencia! ¡Confía en mí!

Los ojos de Alexander, inyectados con rojo, producto de una ira casi inhumana, se posaron en los de ella. Julia temió, por primera vez sintió temor de estar ante él.

—¡Confía en mí! ¡Confía en mí! —Alexander reprodujo las últimas palabras de su esposa tratando de imitar su voz, y el resultado fue por demás

diabólico. La piel de Julia se erizó—. Mi primer error fue casarme contigo, el segundo confiar en ti... ¡Suéltame! ¡Hazte a un lado! —le ordenó.

—¡No, no... no voy a dejarte!

—Sí, tienes que hacerlo. ¡Esta es mi condena! ¡¿Lo entiendes ahora?! —Le apretujó la barbilla con fuerza, giró su rostro de un lado a otro con violencia—. ¡Mira a tu alrededor! ¡Mira!

—¡Alexander, me lastimas! —Los dedos hacían demasiada presión, y las uñas le herían la piel.

—¡Tú tienes la culpa, me convenciste... con tus malditos tentáculos de bondad, con tu... maldito don!

—Alexander, por favor. —Julia intentó liberarse, sus manos lucharon con la de él. Fue en vano, él le hizo más daño. Las primeras lágrimas le inundaron los ojos.

—Y pensar que la iba a abandonar por ti —lo dijo para sí, estaba al límite del quiebre definitivo—. Este es mi castigo por amarte... no puedo amarte, no puedo amar.

La arrastró consigo cuando se incorporó, no estaba midiendo la fuerza, ni el daño que podría causarle.

—¡Hazte a un lado! —Esa orden fue llevada a cabo por él.

La empujó, y Julia, ya con la rendición del cuerpo en sus manos, no pudo valerse del equilibrio. Chocó contra uno de los muebles haciendo que los jarrones exhibidos cayeran al suelo y se hicieran añicos.

—¡Déjame solo, Julia! —Avanzó por el corredor en dirección a la sala de música—. ¡Déjame solo... hoy, mañana y siempre! —Y cerró la puerta ante la mirada unguida en lágrimas de su esposa.

Elle la encontró en el lugar exacto en el que Alexander la había abandonado, rendida en el piso, con los restos de porcelana rota a su alrededor y un rostro enrojecido por la intensidad del llanto. Ya no había lágrimas, se habían agotado. Los lamentos y la tristeza no debían de ganar, los pensamientos racionales sí. Tenía que existir una explicación. ¡Tenía! Confiaba en el camafeo, en lo que le había contado. Phoebe no torturaría a la única persona que no se había dado por vencido con ella, que le había entregado su afecto y posesiones.

—¡Señora, por todos los cielos, señora! —La muchacha entró en una

crisis inmediata—. ¿Qué ha ocurrido?

Le piano sonaba y retumbaba en las paredes, Alexander llevaba más de una hora encerrado interpretando sin parar la misma melodía al piano, la ópera prima de Phoebe.

—El señor... —Julia apenas pudo hablar. El estado de shock físico todavía la acompañaba—, el señor no se encuentra bien.

—¿El señor? —Elle alejó con el pie los fragmentos de la porcelana, y se agachó para ayudarla a levantarse—. ¿Se ha visto al espejo usted, señora?

Cuando se elevaron juntas, el rostro de Julia alcanzó el reflejo. No solo su rostro estaba enrojecido por las lágrimas, su barbilla presentaba una tonalidad similar con el agregado de unas marcas en la piel.

Elle la llevó hasta el sillón más cercano y la intimó a descansar allí. Estaban a solas con el señor de la casa encerrado en estado poseso; si el hombre volvía a tener otra crisis violenta, podría llegar a no conformarse con un par de jarrones rotos. La muchacha no pensaba arriesgarse. Sin Warren, existía solo una figura masculina en los alrededores dispuesto a ayudar: Richard Trevor.



—¡Julia! —gritó ni bien atravesó la puerta.

La respiración agitada de Richard, fruto de una cabalgata veloz, se detuvo cuando estuvo frente a ella. No respiraba, de esa manera contenía a las palabras, estaba a punto de estallar con un millón de improperios que no la tenían como destinataria. La observó, y una ira, similar a la de los ojos de Alexander, se hizo visible en sus pupilas.

—¡Demonios! ¿Qué te ha hecho ese malnacido? —De rodillas ante ella, le examinó el rostro, un sutil color morado estaba dejando huellas en su barbilla. Tomó sus manos entre las de él y las besó.

—No lo llames así, Richard, está cegado por...

—¿Cegado? ¿Por qué... o quién? —La interrumpió, hasta ahí llegaban las acciones moderadas—. Elle, ve por agua fresca y unos paños —le indicó a la muchacha, y esta se encomendó sin dilatación a la tarea—. Tu piel necesita refrescarse... —gruñó, resopló, como si estuviese enojado consigo mismo.

—La casa estaba repleta de flores... no sé cómo llegaron aquí. —Julia pretendía exponer cada detalle del suceso.

—¡Julia, me importan poco las condenadas flores, me importas tú! Alexander ha traspasado el límite con esto, y alguien tiene que ponerle un fin.

Decidido, la dejó a solas en dirección a un destino en particular: la sala de música. Julia abandonó el reposo para correr tras sus pasos.

—No, Richard, no es un buen momento...

—Te equivocas, es el momento perfecto. —A un par de pasos de la puerta, se detuvo, sus oídos se entregaron de lleno a la melodía que Alexander interpretaba al piano. Julia logró ubicarse a su par— Es... —dudo, cerró los ojos—. ¿Es la melodía que la niña compuso?

—Sí, la repite una y otra vez.

Volvió a resoplar, por primera vez, Richard compartía su hartazgo con ella. ¿Hasta cuándo? Alexander se llevaría a todos a la tumba con él. Golpeó la puerta con un puño.

—¡Alexander! ¡Alexander! —No hubo respuesta, la melodía continuaba incesante—. ¡Alexander... abre la condenada puerta! —Golpeó con ambos puños—. ¡Alexander!

La cercanía de Julia lo contuvo, si fuese por él, abriría la puerta a patadas.

Cedió con los golpes, no obtendría ningún resultado con ellos. La realidad saltaba a la vista, Alexander había tocado fondo, y no iba a permitir que arrastrara a Julia con él. Respiró profundo para buscar una calma que ya no poseía, la abrazó y le murmuró al oído:

—Lo siento...

—¿Qué sientes? —Ella forzó la separación de los cuerpos.

—No tengo otra alternativa, no voy a permitir que vuelva a hacerte daño. Alexander necesita ayuda, una que tú no le puedes dar.

¿Daño? ¿Alternativa? Richard Trevor también estaba decidido a cruzar los límites.

—¿Qué pretendes decir, Richard?

—Decir no, hacer... Alexander necesita de otros cuidados, ha perdido la cordura.

Comenzaba a comprender la naturaleza de la iniciativa de Trevor, pretendía recluirlo en un hospicio para trastornados mentales. ¡Jamás! ¡Tendría que pasar sobre su cadáver para conseguirlo! Fue un escudo humano, se antepuso ante el cuerpo de Richard, no le facilitaría el acceso a la sala, a su esposo.

—No, no voy a permitirlo. ¡Es una recaída, puedo con ella... sé que puedo! Ya lo he conseguido.

Era verdad, albergaba anécdotas, pocas, pero anécdotas al fin, y cada una de ellas estaba repleta de besos, caricias, y felicidad.

—¡Mujer necia! —dijo acariciando su rostro con demasiado afecto—. ¡Ven conmigo, Julia! Deja que me encargue de él... de ti.

—No voy a abandonarlo, y no voy a permitir que lo alejes de mí.

No lo arrojaría a la muerte en un hospicio, ni lo convertiría en un despojo humano olvidado en una fría habitación. ¡Porque ese sería su destino en manos de Richard!

—Julia, él ha perdido la cordura, por favor... no la pierdas tú.

—No lo haré.

Nunca había caído en cuenta del color de los ojos de Richard, no era un detalle que tuviese importancia para ella hasta ese día, lo que parecía ser un tono verde cetrino, se enturbió como una laguna desbordada por un alud de barro.

Vio oscuridad, una profunda oscuridad.

—Ya lo veremos... —retrocedió sabedor de que no obtendría lo que deseaba—. Alexander pone en riesgo su vida y la de los que lo rodean, si tú no lo entiendes, alguien más lo hará...

La familia de Richard pertenecía a la nobleza, bastaba una palabra de su hermano para condenar a Alexander.

La melodía al piano no se detuvo hasta entrada la madrugada, ¿qué había sido de Alexander?, no lo sabía. La puerta continuaba bajo llave.

Julia recogió de a una las flores, las arrojó al fuego de la estufa en la cocina, las vio arder.

Phoebe, Phoebe, Phoebe.

No podía dejar de pensar en la niña. Era tiempo de conocer el final de la historia. Si era realmente un alma en pena decidida a atormentar a Alexander, tenía que existir un porqué, uno que solo el camafeo conocía.

# Capítulo 15

## *Diario del camafeo*

*Mi aventura en el cuello de Phoebe fue distinta a cualquiera del pasado. Cada portador me transmite sus sentimientos, sus vivencias y anhelos. Cosas que almaceno en mi interior para las futuras generaciones Russel, para que las historias de amor no se pierdan en el olvido.*

*Y aunque cada portador difiere del anterior, la experiencia junto a la niña fue única. Sus sentimientos compensaban con creces la falta de palabras.*

*La promesa de Alexander la había conmocionado profundamente, al punto en que la inspiración arremetió contra ella y pudo finalizar el último movimiento de su sinfonía: La primavera. Por fin podía comprender lo que era la felicidad, y plasmarlo en melodías. En sonidos que eran más que los oídos, que la música de otro compositor feliz. En ese momento era capaz de darle forma a su sueño, tener una familia.*

*Elle, la nueva empleada de la casa Russel, seguía sus pasos a toda hora. Silenciosa, a veces un poco molesta, pero buena, pensó Phoebe. Había sido idea de Richard contratarla: «No puedes esperar que Aida, con todo lo que tiene por hacer, además se ocupe de una niña... especial». Alexander coincidió con su buen amigo, la señora Turner se veía alegre y satisfecha, pero también, sobrecargada. Sin contar con que Phoebe no tardaría en entrar en esa edad, como solía escuchar en la cocina, dicho en murmullos. «¿Cómo será esa edad para ella?, ¿qué hará Alexander cuando la niña transite esa edad?». A la pequeña le entraba una gran ansiedad cuando los escuchaba, puesto que, de un momento a otro, un suceso importante marcaría su vida y dejaría de ser lo que era para ser otra cosa. No lo entendía, y no sabía cómo preguntarlo. Como si eso no fuese todo, también le sucedería pronto a Pip, y en palabras de la señora Turner, el hecho implicaba que no podrían bañarse en la laguna juntos, ni trepar los árboles,*

*ni alzar las faldas o quitarse las camisolas los días de calor.*

*Era una incógnita. Una incógnita que ansiaba vivir. Porque ahora la vida se le presentaba maravillosa, con todos sus secretos.*

*El día que finalizó con la sinfonía fue el más feliz de su existencia. Y al parecer, en palabras de Alexander, también de la suya. El capitán organizó una íntima cena, con tan solo Richard como invitado. De todos modos, ordenó a Aida y Elle que prepararan una comida sencilla, que pudieran servir sin demasiado protocolo. Pretendía que todos se sumaran en el salón comedor a brindar por el talento de Phoebe. Pip estaba tan ansioso como la agasajada, y no se detenía en su intención de ser el centro de la atención de la niña. Todos bromeaban a su costa de que estaba algo enamorado en su inocencia infantil.*

*Tras la humilde cena, los invitados —sí así podían llamarse— pasaron a la sala de música, donde la señora Turner sirvió té para ellas y coñac para los hombres. Allí reunidos, esperaron por la sorpresa.*

*«Phoebe, cariño, recuerda lo que hablamos», la niña asintió, «debes interpretarla sin alteraciones, tal cual la has escrito».*

*El capitán, con una sonrisa imborrable en los labios, ocupó un lugar cerca del piano y no se atrevió a sostener su vaso de coñac por miedo a que la emoción lo hiciera escurrírsele de los dedos. El silencio antes de la primera nota fue total, y en segundos fue roto por los acordes del verano.*

*La sinfonía empezaba alegre, y los presentes la disfrutaron. El único que contenía el aliento era Richard, que había leído la continuación. Cuando el segundo movimiento resonó en la sala, lo hizo a la par del discurrir de lágrimas. Unas lágrimas que se volvieron sollozos al llegar el invierno, para convertirse en una exhalación de gloria en la primavera.*

*Solo Alexander se propulsó fuera de la butaca para romper en aplausos y abrazar a la niña. Los demás estaban estupefactos, hasta Pip, en su inocencia, comprendía la obra maestra que acababa de oír.*

*El capitán se vio en la obligación de dejar el orgullo de lado e interpretar una melodía tras la genialidad de Phoebe, sabedor de que cualquier cosa que tocara quedaría deslucida. Sin embargo, consiguió su cometido, que los invitados se relajaran. La niña acompañó a su maestro al violín, el instrumento que más le dificultaba tocar, y se dejaron llevar por una velada llena de música y felicidad.*

*«Por último, antes de que todos se marchen, daremos la gran noticia merecedora del último brindis», dijo Alexander al tiempo que hacía sonar la*

*copa de coñac con una cuchara de té. «Luego de muchas negociaciones y con el apoyo invaluable del duque de Perth, a quien he tenido que prometer demasiadas cosas», agregó en tono de broma, «he conseguido la aprobación para tutelar oficialmente a Phoebe». No entró en más detalles de los necesarios, como el hecho de que pasaría a portar el apellido Russel pues no contaba con ninguno, y que se registraría en la iglesia del condado de Lancashire como nacida once años atrás, aunque no se constatará el dato en ningún sitio.*

*Los presentes volvieron a romper en aplausos, saludos y abrazos, y se despidieron para descansar. Phoebe contaba ya con un cuarto en la casa Russel. Alexander había acondicionado el que correspondería a una próxima señora Russel, con la promesa al duque de que, cuando se casara —porque si quería la tutela de la niña, debía cumplir con su parte al ducado, esa era una de las tantas condiciones—, se mudarían de allí a la casa que le correspondía como próximo heredero.*

*Elle hacía las veces de doncella de la niña, y la ayudó a prepararse para descansar, mientras los amigos se saludaban en el umbral.*

*Richard estaba tan mudo como la misma Phoebe, y el capitán no le presionó a que desperdigara halagos. Entendía el efecto de la niña, de su talento. Había nacido con un don que ellos llevaban años anhelando. Estudiaban, se perfeccionaban, trabajaban a sol y sombra para intentar alcanzar lo que Phoebe conseguía sin más preparación que un par de lecciones de escritura.*

*Todo eso era ajeno a mi portadora, para ella, no existía nada magistral. Era su forma de sentir, de comunicarse. Del mismo modo que las personas veían su don para la música, ella admiraba la capacidad de hablar que poseían. Le resultaba tan inalcanzable como a ellos sus sinfonías.*

*Pero ahora sabía que era capaz de interpretarlas, y aunque no todos conseguían comprender lo que intentaba decir, una parte del mensaje les llegaba. Y eso, junto al sueño de una familia a punto de cumplirse, la hacía sentir radiante, completa.*

*Por la mañana, escribió una melodía para Pip en la que le agradecía su amistad y le decía cuánto lo quería. Arrastró al niño a la sala de música, lo obligó a sentarse y a callarse —tarea difícil tratándose de Pip— e interpretó para él lo que había escrito. Luego, sin más, lo rompió ante los ojos desorbitados del niño, realizó una flor como las que hacía Alexander, y se la regaló.*

*Pip estuvo todo el día caminando en las nubes, y le contó a cuanta persona estuviera dispuesto a oírlo que Phoebe le había contado un secreto que solo él sabía, y que no lo revelaría aunque insistieran.*

*Fue el turno de Aida al día siguiente, luego Warren, otra vez Pip — porque se había puesto celoso—, Alexander, Elle... hasta que, cuando comprendió que ya no regresaría al orfanato, le llegó el turno a O'Neil.*

*Le llevó todo el día escribir una melodía para el director, pues si bien el hombre había sido bueno con ella y había confiado en su talento, al punto de ponerla en el camino de Alexander, lo cierto era que le traía malos recuerdos. Pensó demasiado en si transmitir esa tristeza era lo apropiado o no, si era mejor quedarse con la parte buena y descartar la mala; pero recordó las palabras del capitán, de que solo se apreciaba lo bello en contraposición de lo feo, y se lanzó a la escritura de un vals para O'Neil.*

*«Es tarde, Phoebe», la reprendió Alexander al terminar la tarde, «no puedes salir ahora».*

*La niña odiaba y amaba esa parte de su tutor. La preocupación por su bienestar. Le molestaba como a toda infanta, los límites, a su edad, estaban para ser desafiados, al tiempo que lo adoraba, porque al fin tenía quien se ocupara de ella.*

*Lo que el capitán desconocía era que Pip le había enseñado todas sus travesuras: Cómo escapar, qué ventanas permanecían abiertas por la noche, qué partes del terreno debía evitar y cuáles eran seguras, qué estrella debía seguir en el firmamento si se hacía de noche...*

*No le ocurriría nada, sabía cuidarse. Con una sonrisa pícaro, decidió que iría en ese mismo instante a darle la melodía a O'Neil, y que probaría que no solo la música era su fuerte, que también estaba lista para salir al mundo. Eso era algo que le molestaba un poco, que todos susurraran que ella no podía presentarse en sociedad o tener una vida normal. ¿Qué era una vida normal de todos modos? Estaba segura de que, después de una brutal reprimenda por parte de Alexander, su tutor valoraría la osadía y le diría a los demás que ella era capaz de tener esa vida normal.*

*Normal... Normal... Normal. Esa palabra resonaba como una melodía estridente en su cabeza. No le parecía una linda palabra, quizá se tratara de cómo la gente la utilizaba.*

*Normal... Normal... Normal.*

*«¡Phoebe!, por el amor de Dios, ¿qué haces aquí?», la voz de Richard cortó sus pensamientos, sonó desafinada en su mente y la hizo fruncir el*

ceño. «¿Sabe Alexander que estás aquí?, en unos momentos anochecerá por completo».

Phoebe negó con la cabeza, sin hacer contacto visual ni responder con sonidos. Según el capitán, ese era un gran avance y había ameritado un abrazo de su parte.

«¿Qué haces aquí?», repitió la pregunta, y ella respondió llevando la mano a los pliegues de la falda para revelar el trozo de partitura. «¿Para quién es?».

No contestó. Richard, que viajaba sobre su montura, descendió de ella y caminó a la par de la pequeña hasta llegar a un árbol junto a la laguna, donde ató al caballo.

«¿Sabes, Phoebe?», dijo Richard emitiendo un cansado suspiro, «eres muy talentosa. Mucho. No sé para quién es esta melodía, pero es muy buena. De hecho, es mejor que todo lo que he compuesto en mi maldita vida. Y lo peor... ¿cuánto te llevó?, ¿dos horas?, ¿tres?». Las lágrimas brotaron de los ojos de Trevor, consiguiendo de Phoebe lo imposible, el contacto visual. «Estoy tan cansado, pequeña, tan, tan cansado, que he pensado en quitarme la vida. ¿Alguna vez has pensado algo tan horrible?, supongo que viviendo en un orfanato...», adivinó, «y casi estaba decidido a hacerlo, y entonces Alexander, mi buen amigo Alexander, me muestra tu sinfonía, tu magistral sinfonía...»

Phoebe lo vio, lo vio en sus ojos, pudo vislumbrar la verdad oculta, y yo también lo hice. Rompió el contacto con su mirada y, presa del temor, comenzó a correr. A correr desesperada, de regreso a casa, a los brazos de Alexander que siempre la protegerían. Lo escuché, en su mente, el miedo sonaba desgarrador, sonaba a una disculpa para su tutor, a quien había acusado en silencio de sobreprotector.

Las piernas de Richard fueron más rápidas. Sus brazos más fuertes. Lloraba, lloraba como si de verdad lo lamentara. Y no dejaba de repetir que lo hacía.

«Lo siento, pequeña, lo siento... no quiero morir, no quiero morir en el olvido. A ti no te importa, sé que no lo haces por la gloria. Lo siento tanto...».

La codicia, la envidia y el desprecio propio me embargó por completo. Comprendí que había cambiado de portador, mi cadena ahora se enroscaba en la muñeca de Richard Trevor, en esa muñeca que se sumergía en las profundidades de la laguna para impedir que la cabeza de Phoebe saliera a

*flote, respirara, compusiera más grandiosas melodías... pasara a la eternidad, a la verdadera eternidad que es el recuerdo colectivo.*

*Tenía un nuevo portador, uno que no era un Russel. Debía volver a casa, debía hacerlo con la verdad.*

## Capítulo 16

Temblaba. El cuerpo de Julia convulsionaba por la verdad. La desesperación de Phoebe le erizaba la piel, la melodía del miedo resonaba en su cabeza y la mirada de Richard... ¡Oh, esa mirada llena de codicia!

Tumbó el tintero cuando se precipitó sobre el cuenco mingitorio y vomitó. El estómago se le retorció hasta eliminar todo el alimento ingerido, hasta que de su boca solo salieron jugos gástricos.

Las piezas del rompecabezas, unas piezas que ni siquiera había visto, comenzaban a encajar. Richard Trevor era el peor de los enemigos, pues se escondía tras la fachada de amigo. Un lobo disfrazado de cordero. Y ella que había creído que era la culpa lo que lo motivaba... ¡Ilusa!

Odiaba su confianza puesta en él, su ceguera. Odiaba no haberlo adivinado. Su don, su maldito don la había abandonado en el momento más importante, cuando debía percibir la verdadera esencia de Richard.

Por supuesto, la culpa... el remordimiento. Ese sentimiento que lo atosigaba y que ella había asociado a Alexander era en realidad hacia Phoebe. Se lamentaba de la acción, pero no se arrepentía de ella. No, estaba decidido a llegar al final de todo.

—¿Cuál es tu límite, Richard? —preguntó Julia al aire, antes de volver a estremecerse por el asco. ¡Había matado a una niña!, ¡a una indefensa niña! Todo por la avaricia, por el deseo de gloria. Y en el camino, estaba dispuesto a hundir a su amigo en otra clase de laguna, en la de la demencia y el desprestigio.

Sostenía la cabeza del capitán bajo las aguas del opio. ¡Era él, siempre fue él quien consiguió la adormidera!, ¡quien la proveía! ¿Cómo no pudo notarlo antes?, si Alexander no salía de casa, ¿cómo conseguía reponer las dosis?

Sabía, lo sabía por el camafeo, que el crimen había sido premeditado. Desde el instante en que Trevor puso los ojos en la partitura de Phoebe la avaricia se había apoderado de él, un sentimiento tan oscuro y potente que le robó la razón, el corazón y la dignidad. Ansiaba esa composición, la

necesitaba como al aire mismo.

La muerte de Phoebe no era suficiente, quedaba un testigo que eliminar, uno a quien no podía someter: el capitán Alexander Russel. Aida, Elle, Warren, Pip... todos ellos serían de poco peso, eran sus voces de sirvientes, desconocedores de música, contra la del hermano de un conde. Nada tenían por hacer. En cambio, el sobrino del duque de Perth era otro cantar. Todos le creerían, salvo... salvo que lo creyeran loco.

«*Alexander pone en riesgo su vida y la de los que lo rodean, si tú no lo entiendes, alguien más lo hará*». Ella cobraba un rol protagónico en las maquinaciones de Richard, sería la última en constatar que Alexander había perdido la cabeza por los vicios y el dolor, que nada quedaba de él y que necesitaba ayuda. Juntos, la esposa y el mejor amigo, darían la versión definitiva. La obra de Phoebe sería de Trevor, y cualquier denuncia por parte del capitán caería en oídos sordos.

—Por eso llegó a mí —susurró Julia, apretando el camafeo en las manos—, por eso me lo obsequiaste, desgraciado.

No tenía pruebas, ni una, pero tampoco tenía dudas. Richard le había dado la joya, sabedor del impacto que tendría en Alexander. El capitán se vuelve loco y ataca a la hija del general. Todos lo ven, muchos testigos, dos opciones: Frederick Wesley mata a Alexander Russel en un duelo o los amigos del general contemplan el verdadero estado mental del capitán.

Con lo que no contaba Trevor era con el poder del camafeo y el don de Julia. Ese giro del destino que la empujó a la mayor de las locuras, a la única posible, cubrir las acciones de Alexander y casarse con él. Sobre la marcha, el plan daba otro giro, ese que exponía a Richard como un amigo fiel, preocupado por la pobre esposa del capitán.

¡Maldito!, ¡maldito asesino!

Se iba a salir con la suya... Julia se dejó caer en la cama, rendida, devastada, con los ojos inundados por lágrimas de odio e impotencia. Iba a ganar, pues los rumores sobre Alexander eran muchos, y ella estaba sola... no tenía con quién contar. Su padre en el frente, al que creyó como un amigo era en realidad el villano, y los sirvientes de la casa, víctimas como todos ellos.

Nada podía hacer contra el hermano de un conde, contra el apoyo de Lord Mornington. Pensó que moriría de pena y dolor, allí, atrapada en su propia derrota. Se hundía, y la acompañó la sensación de ahogo vivida junto a Phoebe, la acompañó la pena de Alexander...

Las vivencias junto al camafeo pasaron por su mente, como si el objeto la

obligara a repasar la historia y encontrar la clave. Julia se irguió de golpe, con una posible respuesta que traía consigo una luz tenue de esperanza.

—¡El duque de Perth! —exclamó.

El tío de Alexander, ese hombre noble, paciente, que había aceptado a Phoebe a cambio de que su sobrino saliera adelante y se convirtiera en un digno heredero. El duque era el único enemigo de Richard.

Corrió hacia el tocador, juntó el tintero y rogó que conservara suficiente líquido en el interior como para completar la misiva. Tomó el papel y plasmó en él todos sus ruegos. Por obvias razones, no relató las visiones, las conjeturas y miedos, sino que clamó, con todo el amor de esposa, que le brindara a Alexander el tiempo necesario para sanar. Relató los avances, los momentos vividos y le pidió que, si dudaba, le preguntara a Letizia y Harvey, que ellos darían fe de la notable mejoría de su sobrino.

Al finalizar, sin decir nada, ni siquiera a Aida, se cubrió con un pesado abrigo, solicitó un caballo a Warren e hizo todo el trayecto a la mansión del duque por su cuenta. No confiaba en nadie, y eso le helaba el corazón.

Durante el viaje, con el frío viento del invierno azotándole el rostro, pensó en el porqué de su desconfianza, hasta comprender que le faltaba una pieza más: las flores de papel. ¿Qué rol cumplían?, ¿era Phoebe que intentaba advertir algo? ¿u otra terrible maquinación de Richard Trevor?

Debía descubrir de qué se trataba el asunto, pues Richard podía tener un aliado. Ese pensamiento la hizo detener la montura y volver a vomitar, aun así, no consiguió que la determinación flaqueara. Antes del final del día, el duque le había dado su palabra de que confiaba en la sanación que solo una mujer que ama podía brindar. Tenía un par de meses para lograrlo.

Julia esperó que esos meses bastaran no solo para sanar, sino también, para hacer justicia.

Quizá el duque tuviera razón, y sí era una mujer enamorada después de todo.

Al regresar a la casa Russel, el silencio era abrumador. Alexander descansaba, sumido en el sopor de la última dosis ingerida. No le quitaba responsabilidad, no podía. La embargaba la ira, un enojo que brotaba de otro sentimiento, de uno que nacía poco a poco en su pecho, que se escondía en los gestos de preocupación, en la determinación de salvarlo, en la entereza por hallar justicia.

Y para eso lo necesitaba a él, entero. Necesitaba del peso de su esposo, de su valor, el mismo que había mostrado en el frente de batalla. Necesitaba al

capitán Alexander Russel.

La soledad la acompañó en el desvelo. Comió un bocado ligero en la cocina, Aida regresaría en breve y no quería molestar a Elle. Tras ello, dispuesta a mantenerse lúcida, desechó la idea del alcohol y optó por deambular hasta que el sueño le llegara. Recorrió los jardines bajo un cielo por completo cubierto, caminó por las tierras del ducado en penumbras hasta la laguna. El agua reflejaba la oscuridad del cielo, y Julia sintió que la pena la volvía loca. Regresó sobre sus pasos y se dirigió a la sala de música para embeberse de la historia relatada por el camafeo, intentar percibir las energías que quedaban atrapadas en el lugar y completar los fragmentos perdidos. Sobre todo, encontrar la explicación a las flores de papel. Eran demasiado oportunas, pensó, y el sabor amargo de la desconfianza le llenó la boca de repente.

Ella, que había estado en el frente junto a las trincheras, que había visto la muerte, el dolor, la miseria, ella... perdía la fe en la humanidad en ese instante, en ese sitio y por ese motivo: la muerte de Phoebe. Todas las vidas valían, las de los soldados británicos, incluso las de los franceses, sin importar que fueran el enemigo. Lo sabía. Sin embargo, lo que le arrebatava la fe eran las circunstancias. ¿Qué diferencia había entre el hambre de gloria de Napoleón y el de Richard, si ambos estaban dispuestos a matar?

Caminó por el salón de música, posando los dedos en cada instrumento. El cello le trajo recuerdos de buenos momentos, de la posibilidad de un futuro con Alexander. «Futuro», la promesa de sus labios. Tal vez no había un amor con raíces fuertes, pero existía el futuro, y allí, todo era posible. Julia lo anhelaba con la misma fuerza que lo había deseado Phoebe. Una familia, un abrazo, alguien que la amara, la cuidara, alguien con quien contar. Se dejó caer en el piso a llorar como una niña, las lágrimas brotaron sin control, empapando las mejillas. La brisa de la noche se sintió helada sobre ellas, consiguiendo espabilar el cerebro abarrotado de Julia.

¿Brisa?, ¿cómo era eso posible?

Recordaba a la señora Turner decirle que habían sellado la habitación tras uno de los acontecimientos. Las ventanas no se abrían, no existía la posibilidad de que el viento entrara y moviera las partituras.

Con esa incógnita que la carcomía, se puso de pie en busca de la filtración de aire. Encendió una vela para ver hacia dónde se movía la llama y se percató de que lo hacía desde la ventana hacia la puerta. Apoyó el candelabro sobre el piano y, con ambas manos tanteó el marco tratando de hallar el origen.

Una pequeña hendidura se revelaba a un lado, tras la cortina. Julia fue por la vela y la acercó para ver mejor. No parecía haber forma de abrir la ventana, pero tampoco estaba sellado. Con la adrenalina corriendo en sus venas, salió de la casa y la rodeó para situarse en el mismo punto de la ventana, solo que por fuera. Allí, apenas perceptible, se veía un clavo suelto. Al tirar de él, pudo notar que la ventana cedía...

—¿Qué haces? —La voz de Alexander la sobresaltó y el candelabro cayó a sus pies. El fuego se apagó producto del rocío—. ¿Qué haces aquí afuera, con estas temperaturas?

—Alexander... ¡Oh, Alexander!, al fin estás de pie. No sabes lo que he descubierto...

El capitán Russel se veía mareado, desorientado. Las pesadillas y el sonido en la sala de música lo habían llevado fuera de la cama sin que hubiera alcanzado la lucidez por completo.

—¿Julia?

—Es Richard, siempre ha sido Richard. ¿Lo ves?, ¿ves el clavo? —El entusiasmo ante el hallazgo cargaba su voz con exaltación—. Alguien ingresa por aquí a la sala de música y deja esas flores y partituras para ti. ¡Intentan volverte loco!

La fresca y recién nacida locura de Julia se enfrentaba con la vieja y agotada locura de Alexander.

—¿Richard? ¿Richard entra por aquí y deja flores? ¡Julia, por favor!

—¡No!, no él. No lo sé... puede que tenga un cómplice. Pero es él, él quiere enloquecerte para robar las partituras de Phoebe.

Alexander se encontraba en ese estadio ideal, aquel que le brindaba el opio cuando le intoxicaba la sangre en totalidad, y en ese estado, olvidaba el dolor, la muerte, la culpa... hasta olvidaba la locura. No esa noche. Para la suma de todas las desgracias, su esposa estaba decidida a coger una pulmonía mientras le arrebatava el mágico momento del olvido.

—Julia, ¿de dónde demonios has sacado semejante historia?

No pensó en sus palabras, presa de la desesperación que le había otorgado el descubrimiento. La inocencia que quedaba en ella se hizo añicos.

—Del camafeo —confesó, y escuchó como el eco de risas de Alexander se enfrentó al silencio nocturno—. ¡Por favor, debes creerme! No conoces su verdadero poder. Richard te ha estado drogando...

—Julia, mi dulce Julia... —la interrumpió él. Tenía los ojos brillantes por la emoción y por las lágrimas producto del efecto del opio—. Eres tan bella,

tan hermosa. Por un momento, quise creer que te merecía...

—Lo haces, saldremos de esta. Lo prometo... —Un beso cortó sus palabras.

—Richard no me droga, yo lo hago. Cada noche, cada maldita noche en que la culpa me abrumba, solo encuentro alivio en la adormidera. No es mi amigo quien me obliga, no recibo amenazas. Yo lo hago, y lo hago porque merezco morir, pero no tengo el valor de quitarme la vida.

—¡No digas eso! ¡No...!

—Richard tiene razón, he perdido la cabeza. Veo flores de papel, veo fantasmas donde no los hay, todo para no afrontar la verdad. ¡Yo maté a Phoebe!, yo lo hice —se lamentó—, fui yo, no Richard quien la trajo aquí, quien la acercó a la laguna. Incluso si fue un accidente, fue mi culpa...

—¡La mató Richard!, ¡él la ahogó! Alexander, por favor, créeme.

No, no... si lo de él era considerado locura, ¿qué quedaba para Julia? ¡Por los cielos! ¿De dónde había obtenido tan brutales e insensatas elucubraciones?

—¿Cómo hacerlo, Julia?, ¿acaso tienes más prueba que... que un camafeo? Yo te conté esa absurda historia. —La había arrastrado al camino de la perdición y jamás se lo perdonaría—. ¡Oh, Dios!, ¡no solo estoy loco, también te estoy desquiciando a ti!

—¡No, Alexander, por favor! —Julia lloraba al sentir el dolor de su esposo. El hombre se rendía, y ella, con su maldito don, percibía todo. La derrota de él, la victoria de Richard, la impotencia suya.

Era el momento de la verdad para Alexander. No deseaba un abismo compartido.

—Sé que mi buen amigo te ha aconsejado que buscaras otra clase de ayuda. —Estaba haciendo referencia a la reclusión en un hospicio para insanos mentales—. Quizá sea lo mejor, Julia. No por mí, ya me ves —Era demasiado tarde para él—, sino por ti. Mereces algo más...

—Alexander...

Le dio la espalda y se perdió en la espesura de la noche. Julia gritó su nombre e intentó seguir sus pasos, pero la oscuridad convirtió la tarea en imposible.

Solo quedaba un camino por andar, el de enfrentar a Richard y demandar la verdad. Y rogar que aún estuviera a tiempo de salvar el alma atormentada de Alexander.

—Por favor, Alexander... —musitó, dejando que su voz se perdiera en la noche—, por favor, no te rindas todavía. Una última batalla, es todo lo que te

vido, capitán.



Había dejado que las semanas pasaran sin pena ni gloria, llenándose la boca de lamentaciones que compartía con Aida y Elle. Lo hacía para que las mismas llegaran al oído deseado: Richard.

No había vuelto a hacerse presente desde aquella fatídica noche, cumplió con la promesa esbozada, recurrió a las relaciones familiares para procurar la reclusión de Alexander. La jugada no fue más que una movida infructuosa, el sello lacrado del ducado pesó más que el del condado del hermano de Trevor.

Si se llevaba la cuenta de las batallas ganadas, Julia se alzaba, en secreto, victoriosa. Si se hablaba del resultado final de la guerra, Richard se consagraba como futuro ganador.

Tal vez así sucedería, la muerte de Phoebe quedaría en el olvido, yacería por siempre en la profundidad de la laguna; al fin de cuentas no era más que una huérfana, había sido un reconocido prodigio de la música solo de puertas hacia dentro, una niña como Phoebe era desechable. Aun así, todavía quedaban cuentas pendientes, con su muerte, Richard pretendió mucho más que ponerle fin a la excelencia musical que esta poseía, deseaba también hacerse con ella. Anhelaba tener en su poder la sinfonía, interpretarla como suya para justificar los eternos años dedicados a la búsqueda de un sueño que nunca parecía alcanzar. Estaba hasta la coronilla de los honores que recibía su hermano, el conde, un bueno para nada, sin más mérito que el de haber nacido primero. Alcanzar el éxito era una necesidad.

Sembró la semilla perfecta...

*La única amistad que valía la pena era la de Richard Trevor.*

*La ausencia de Richard Trevor era un vacío imposible de llenar.*

*Richard Trevor... Richard...*

Julia era una adversaria poco valorada, si un Trevor se enfrentaba a una Wesley, la lógica de las apuestas diría que el primero ganaría.

La lógica, en circunstancias particulares, podía perder.

—¡Oh, Richard! —Le brindó la bienvenida que él llevaba tiempo esperando, corrió a sus brazos ni bien descendió de la montura—. Lo siento, siento tanto cómo nos despedimos la última vez —le susurró al oído—. Tu ausencia no le hace bien a esta casa.

Richard no era la única presa cazada de esa tarde, existía otra, una que

había oído el resonar de los cascos de un caballo y que contemplaba la amorosa escena desde el subrepticio refugio que le daban las cortinas de la habitación.

Era precisamente a esas horas de la tarde cuando el letargo le daba tregua a Alexander, una tregua que él dilapidaba con otra dosis de opio. Julia contaba con que los celos fueran más potentes que las ansias de adormidera.

—Yo también lo siento, Julia... me he arrepentido de cada una de mis palabras y de mis acciones.

¡No lo suficiente! ¡No lo suficiente!

Julia podía sentir la impronta del camafeo expresarse en el silencio de su mente. Sí, estaba jugando todas sus cartas, y la antigua joya pendía de su cuello.

Los ojos de Richard quedaron prendados ante el refulgir de la pieza. El camafeo le recordaba cada una de las atrocidades cometidas en su nombre: la muerte de Phoebe, la mentira, la manipulación... y ahora, el deseo equivocado. Porque ya no se conformaba con obtener las partituras de la sinfonía de la niña, quería reclamar la totalidad del botín. No descansaría hasta ver a Alexander pudrirse en soledad, y cuando eso ocurriera, le pediría a su hermano que intercediera con él ante el duque de Perth para obtener la autorización de desposar a Julia en segundas nupcias.

Él la haría feliz. Tendría todo, el reconocido éxito y el amor. Algo que valía más que cien condados.

—¿Cómo se encuentra Alexander? —El desinterés ya no podía ser camuflado, el tono en su voz lo delataba. La pregunta era una mera formalidad.

—Sinceramente, ya no sé cómo responder a ello —dijo invitándolo a pasar al interior de la casa—. Pensé que iba a poder lograrlo... —Hizo una pausa dramática, llevaba días de práctica, requería de todas sus dotes de actuación para tolerar la cercanía de Trevor—. Le pedí tiempo al duque, le rogué, imploré por ese tiempo... y no es más que tiempo perdido. ¡No soy capaz, Richard! —Las lágrimas abandonaron sus ojos—. ¡No puedo ayudarlo, pero tampoco puedo verlo morir! ¡No de esta manera! No sé qué hacer, y solo te tengo a ti, nada más que a ti.

La consoló, se sentía un hombre completo cuando la tenía entre sus brazos. La besó en la coronilla, y respiró profundo para inundarse las fosas nasales con el dulce aroma que desprendía su cabello. ¡Era la gloria, la gloria divina!

—Sí, Julia... me tienes a mí —murmuró con la satisfacción de saberse un futuro poseedor de su corazón.

El sentimental y empalagoso momento fue interrumpido por el otro integrante de la casa.

—¡Tenemos visitas y nadie me ha informado! —El rostro de Alexander surgió como una entidad fantasmagórica en el descanso de la escalera.

Los cuerpos de Richard y Julia se repelieron como si hubiesen sido capturados en un acto deshonesto.

—Oh, Alexander, pensé que dormías... —Las justificaciones estaban de más, no existían otras actividades en la agenda del futuro duque. ¡Qué sentido tenía mentir!

—Pensaste, y te equivocaste. Como verán, estoy más despierto de lo que creían.

¿Cuánto más estaba dispuesto a perder Alexander? Ni siquiera él lo sabía; sin embargo, su cuerpo, y ese maldito músculo alojado en el pecho que latía descontrolado cada vez que su esposa se hallaba presente, intentaban darle una respuesta. Podía perder todo... todo menos a Julia.

Desoyó a sus sentimientos, al fin de cuentas, en breve, serían acallados por una nueva dosis de adormidera.

—¿Cenas con nosotros, Richard? —preguntó.

Richard se encontró sorprendido. Lo que lo había llevado al hogar Russel era una propuesta de cena. Una cena con la señora Russel a solas.

—Ese era el plan inicial —respondió Julia.

—Ya veo —Alexander abandonó la escalera para acercarse hasta ellos—, les he cambiado los planes.

—Sí, los has mejorado —mintió Richard con una sonrisa en los labios.

¡Era excelente en su rol! ¡En su mentira!

—Pues, no lo posterguemos más.

Adelantándose a ellos, marcó el camino al salón comedor. Lo siguieron en silencio, Julia estaba decidida a mantener una complicidad ficticia con Richard.

La cena ya estaba dispuesta, por fortuna y costumbre, la señora Turner había colocado vajilla para tres con la esperanza de que el señor Russel tuviese un brote de lucidez que lo llevara a compartir una comida con su esposa y el invitado.

Alexander se sentó en la cabecera permitiendo que Julia y Richard gozaran del privilegio de estar frente a frente. De seguro intercambiarían una que otra mirada.

Sirvieron el vino, llenaron los platos y comieron sumidos en un profundo

silencio. Las miradas por lo bajo fueron comparables a un juego de cricket, iban para un lado, para el otro...

—La señora Turner no ha perdido la buena mano en la cocina, el budín de vegetales está delicioso. —Richard optó por cortar con la incómoda mudez.

—Sí, es uno de mis favoritos... entre nosotros, creo que la señora Turner me está consintiendo en demasía.

—No creo que eso sea posible contigo, Julia.

Ella rio, y su risa fue una melodía similar a la primavera.

La realidad golpeó con fiereza al rostro de Alexander, su amigo estaba en lo cierto, Julia era merecedora de todo y cuanto este mundo pudiese darle. Con él solo obtendría tristeza, soledad, un amor inconcluso y carente de fuerza. Tenía que preguntarse: ¿La amaba?

Ni siquiera se atrevía a mirarla de soslayo. No podría tolerarlo, era bella... demasiado bella, en cuerpo y alma. Cerró los ojos por unos segundos, mientras ellos mantenían una conversación banal que lo único que pretendía era robar más risas a la señora de la casa. ¿La amaba?

Si amar significaba recordar cada centímetro de su piel con anhelo...

Si amar significaba soñar con ella cuando la profunda oscuridad de la culpa lo empujaba al infierno...

Si amar era decir su nombre cada vez que abría los ojos...

Entonces sí, la amaba.

—Richard...

Las risas fueron interrumpidas.

—¿Sí, Alexander?

—¿Eres mi amigo?

—¡Por supuesto que sí!

Julia se inquietó, Alexander se estaba convirtiendo en la variable que pondría todo en riesgo.

—¿Cariño, te encuentras bien? —Hizo presión en su mano, le envió un mensaje que él no entendió.

—Entonces harás lo que te pida, ¿verdad?

—¿Alexander? —Julia quería ponerle fin a lo que fuese a suceder tras esas palabras.

La amaba, y por eso podía verla partir.

—Tienes razón, he perdido la cordura... he perdido lo poco que me quedaba.

¿Qué demonios estaba haciendo? ¿Por qué le entregaba la bandera blanca

a Richard cuando ella aún no había terminado de atacar? Si él se rendía...  
¡No!... ¡No!

—¡Alexander! ¡Ya calla, por favor! ¡Calla!

—¡No, Julia... no voy a hacerlo, esta no es vida para ti! Haz lo que tengas que hacer Richard, que me encierren en una maldita habitación de por vida, no me importa, solo consigue la bendita anulación de este matrimonio...

Julia lo abofeteó, era la única forma que tenía de callarlo.

—¿Cómo te atreves a decidir por mí?

—Me atrevo porque sé que es lo mejor.

Una vulgar carcajada abandonó la garganta de Julia con la potencia de un trueno.

—¿Lo mejor? ¿Richard es lo mejor para mí?

El plan de Julia fue a parar al cesto de la basura. Se sentía frente a una emboscada, y cuando eso sucede, no debes pensar, sino reaccionar. Se levantó con tanta fuerza que la silla cayó a su espalda y la mesa vibró ante el roce de sus piernas.

—¡Voy a demostrarte que tan bueno es Richard para mí!

Tenía una fuerza sobrenatural que la acompañaba, que alimentaba sus energías: el camafeo. La reliquia familiar comandaba esa última embestida. Abandonó el comedor rumbo a la sala de música.

—¡Por todos los cielos! —clamó Richard. No comprendía qué estaba sucediendo—. ¿Qué rayos ocurre? —Le importaba muy poco la opinión de Alexander para esas alturas. Fue tras ella.

Julia lucía como un animal enjaulado, deambulaba de un lado al otro, llevando en las manos la caja de madera con la combinación en diagrama de piezas. Los dos sabían lo que contenía: las partituras de Phoebe. Habían visto demasiadas veces a Alexander contemplarla y clamar que debía destruirlas.

—¡Fuiste tú! —le gritó ni bien entró al salón.

—¿De qué hablas? —Trató de acercarse a ella para otear la caja.

—¡Los dos nos hicimos la pregunta! ¿Cómo diablos llegó el camafeo a mi poder? ¿Cómo? ¡Simple!... Tú —Le apuntó con la caja de partituras—. ¡La mataste y lo conservaste, maldito desgraciado!

La verdad confesada en palabras de Julia se vio reflejada en los ojos de Richard, las llamas del hogar brillaban en sus pupilas despojándolo del disfraz de ángel que lucía a diario. Era un auténtico demonio, y como tal, sonrió. Sonrió porque la verdad no llegaría lejos, moriría... al igual que Phoebe.

—Y yo que pensé que Alexander ya no tenía salvación... me equivoqué. — Su voz fue tenue, suave, y macabra a la vez—. Tú estás más desquiciada que él. ¡Ay, ay, ay, qué haremos contigo! —Avanzó con clara intención de doblegarla.

—¡No te me acerques! —Estiró la caja en dirección al fuego—. ¡Si te acercas las quemamos, me oíste, las quemamos!

Si fuese por Richard, toda la condenada casa podía arder, todo menos esas partituras.

—¡No lo harías, no le harías eso a Alexander! Creo que son lo único que lo mantiene con vida... «Yo soy su primavera» —imitó con burla la voz de Russel. Dio un paso—. ¡El muy estúpido tenía a la gallina de los huevos de oro ante él, y lo único que quería era darle una familia! —Dio otro paso, casi imperceptible para Julia—. Y luego tú, otra estúpida... solo debías lucir bonita y llevar el camafeo contigo. ¡Nada más! Pero no, tuviste que ser una buena samaritana, tuviste que rescatarlo... casarte con él.

—¿Cómo pudiste, Richard? ¡Era una niña! ¡Una niña!

—¿Alguna vez has sentido el peso del fracaso en tu espalda, Julia?

La amabilidad de Lady Trevor no era más que un disfraz, similar al del «buen Richard». Tras ese disfraz se encontraba la naturaleza demandante de la mujer: la perfección absoluta. Ante los ojos de su madre, Richard no era conde, no era talentoso... ¡Por Dios, ni siquiera servía para la guerra! Por eso lo habían enviado de regreso.

Somos lo que nos enseñan a ser, y a Richard le habían enseñado a ser un fracaso desde pequeño.

—¡El peso del fracaso no se compara al peso de una vida! —Julia se acercó más al fuego. Podía ver en su mirada el inminente asecho.

—Depende de qué vida... ¡Vamos, Julia, tú has estado en el frente de batalla! Algunas vidas son prescindibles. La vida de Phoebe lo era...

Se lanzó a ella, los cuerpos unidos en un abrazo forzado chocaron contra los ladrillos calientes del hogar. Con una simple maniobra, capturó la caja antes de que rozara las llamas. Julia le escupió el rostro. Lo odiaba. No, el odio era un sentimiento que hallaba razón de ser en su opuesto. Lo despreciaba... sí, lo despreciaba como nunca antes lo había hecho en su vida.

El placer de sentirse impune y victorioso hizo sonreír a Richard. Quitó los restos de saliva con la manga de su chaqueta.

—Pensar que iba a convertirme en mi esposa... antes de esto, por supuesto. Antes de todo. —Abrió la caja, concedor de la combinación. La confianza

con Alexander se extendía al punto de no existir ni el más mínimo secreto entre ellos. En esos momentos se evidenciaba que la amistad que los unía era unidireccional, uno de ellos escondía demasiados secretos. Examinó las partituras, la escasa luz le jugaba en contra, tuvo que forzar la vista—. Como te he dicho, tú tenías que enloquecerlo... nada más, con suerte moría a manos de tu padre, o terminaba exiliado socialmente, después de eso, tenía pensado pedir tu mano a modo de compensación. —La duda detuvo sus pensamientos, buscó más luz—. Nuestro matrimonio hubiese sido un secreto intercambio de favores. —Deslizó las hojas una tras otra—. No... ¡maldición!

—¿Qué demonios es esto?

—La primera opereta que compusimos cuando éramos niños, ¿la recuerdas, Richard?

Alexander había sido un silencioso espectador, la obra de teatro llevada a cabo le pertenecía a su esposa.

Richard rio nervioso y giró hasta lograr enfrentarse a la voz y el cuerpo. Alexander tenía en las manos otro manojito de partituras.

—Buscabas esto, ¿no? Dime, ¿cuánto tiempo llevas buscándolas?

Le inquietaba la reacción de Alexander, por fuera de ello, seguía contando con el privilegio de la impunidad. No existía prueba alguna de su vinculación con la muerte de la niña. Sería la palabra de los dos contra la de él.

—Demasiado... y veo que la ansiedad me ha traicionado. ¡Mi culpa! —dijo arrojando a las llamas la opereta infantil, era una muestra más de su verdadera esencia—. Cuando te oí interpretar una y otra vez la sinfonía me exalté... llevaba meses dudando, no sabía qué habías hecho con las partituras, y aquella noche tuve mi respuesta.

—¿Las quieres? Ven por ellas... —Lo provocó. El poder de voluntad que lo mantenía en calma le estaba atenazando los músculos. No resistiría mucho más.

—¿Vas a entregármelas o vas a jugar el mismo jueguito que tu esposa? ¿Vas a amenazarme con quemarlas?

—¡No, no te voy a amenazar... voy a borrarle esa maldita expresión del rostro con mis puños! —Adiós poder de voluntad, bienvenida sed de venganza—. ¡O, mejor aún, voy a ahogarte en la condenada laguna!

Las partituras decoraron el suelo, las manos de Alexander tenían otro destino, el cuello de Richard. Lo embistió con la fuerza de una manada de sementales, y la cabeza de Trevor sangró ni bien entró en contacto con la madera del piso.

—¡Maldito asesino! ¡Maldito asesino! —Lo golpeó con el puño, una vez, otra. La mandíbula de Richard crujió—. ¡Voy a matarte!

—¡Detente, Alexander! —Julia trató de apartarlo, un par de golpes más y se convertiría en lo que repudiaba de Richard—. ¡Detente, por favor!

Los gritos se oyeron por toda la casa, en segundos, Aida y Elle se hicieron presentes. Las expresiones de espanto de las mujeres fueron tan sonoras que Alexander tuvo que desistir de la golpiza.

—¡Vete de mi casa, desgraciado! —Le gritó mientras tomaba distancia de su cuerpo maltrecho—. ¡Vete y no te atrevas a regresar!

Richard escupió uno de sus dientes, la sangre le cubría el rostro, parpadeó para tratar de recuperar la visión. Como pudo, se incorporó, tambaleó un par de veces.

—¡Ustedes son testigos! —Les dijo a la señora Turner y Elle cuando pasó junto a ellas—. ¡Está loco, los dos lo están! ¡Y esa locura me ha hecho esto!

La despedida se vistió de amenazas, removería cielo y tierra, haría lo imposible, pero lo conseguiría... los dos terminarían en un hospicio de mala muerte. Era la palabra de él contra la de ellos. Era la palabra de un filántropo, de un hombre de honor, contra la de un borracho dependiente del opio y la de una mujer atormentada por las atrocidades presenciadas en el frente de batalla. ¿A quién le creerían? ¿A quién?

Richard... Richard ganaría la guerra.

## Capítulo 17

La historia del camafeo hecha palabras a manos de Julia desfiló, hoja por hoja, ante los ojos de Alexander. La precisión de la información allí plasmada le erizó la piel. Viajó al pasado siendo un observador diferente, rememoró todo, volvió a sentir en carne propia el dolor físico, la felicidad compartida, la amarga despedida, y comprendió que el origen de su caída, su declive absoluto, tenía un rostro. La realidad del presente cobraba otro sentido, le quitaba la máscara a Richard, y lo mostraba como lo que en verdad era, un ser perturbado y macabro.

Quizás, en aquel principio, no hubo segundas intenciones con el opio, sino que fue la única alternativa al alcance de su mano para ayudarlo a tolerar el dolor de las heridas. Su amigo lo había abastecido, pero lo había hecho bajo demanda, la adicción hallaba el sustento y la responsabilidad en Alexander. Lo demás, de una forma u otra, trazaba un camino sinuoso hacia Richard. Nada había ocurrido por pura casualidad... Nada.

—¿Cómo? — expresó Alexander manteniendo la estupefacción en el rostro.

La veracidad del texto que sostenía hablaba por sí mismo, la memoria de Alexander lo constataba, en esas líneas se relataban acontecimientos que jamás le había compartido a nadie. Menos aún a su esposa.

—Te dije que podría ayudarte... a ti y a Phoebe.

—Lo sé, y yo acepté más por desesperación que por credulidad. Nunca pensé que... —Agitó las hojas—. Repítemelo, el camafeo... —Dios, sonaba a más locura, y ya tenían suficiente de ella en esa casa.

—Digamos que... el camafeo y yo tenemos una extraña conexión. —Era la manera más cuerda de decirlo—. En simples palabras, él me habló y yo lo escuché.

—Él te habló, tú lo escuchaste... —intentó seguir el hilo de su pensamiento—, y lo trasladaste a palabras.

—¡Exacto!

Alexander se desplomó sobre el colchón, exhaló víctima de la desesperanza.

—¡Richard tiene razón... no importa lo que digamos, o cómo lo digamos, todo sonará a locura!

¿Qué dirían? Que un camafeo de origen ancestral utilizaba a su esposa como un medio de escritura para confesar un crimen. ¡Por los cielos! ¡Se condenarían!

Estaban atados de pies y manos, reducidos a la mentira hasta el fin de sus días. Así lo creía Alexander, aunque Julia no se rendía.

—No sonará a locura si tenemos pruebas... —Maquinaba posibilidades, contaban con una ventaja que Richard no sabía que poseían, la verdad narrada por un silencioso protagonista: el camafeo.

¿Cómo había descubierto la verdad Julia? La ausencia de respuesta le estaría carcomiendo el alma al muy sinvergüenza. Era innegable, Richard se hallaba diez pasos adelante, aun así, ellos contaban con una ventaja... saber cuál era cada uno de esos pasos. Solo tendrían que seguirlos para encontrar aquel dado en falso. Siempre se comenten errores, más cuando los sentimientos motivadores son la envidia, la desesperación y el desprecio por la vida humana.

Alexander levantó la cabeza a duras penas, nada de lo que escuchara lo haría cambiar de idea.

—¿Pruebas? ¿Qué clase de pruebas? —Su cabeza rendida, volvió a impactar sobre el colchón de la cama.

Julia se recostó junto a él. Compartir la cama después de tantos días de insana separación le parecía la mejor manera de calmar sus ánimos. La única medicina que su mente y cuerpo necesitaban era el calor y la cercanía de su esposo.

—Las flores de papel...

—¿Qué hay con ellas?

—Nunca fueron obra de Phoebe, sino de un humano.

Alexander se reprocharía por años su estupidez. ¿Cómo se había dejado engañar con tanta facilidad?

—¿Recuerdas la otra noche, cuando me encontraste a hurtadillas fuera de la casa?

—Creo que sí... puede que sí, no lo sé, temo que no haya estado en mi mejor estado. —No podía confirmarlo ni negarlo. Maldita adicción.

—¡Me trataste de desquiciada! —Ella no podía olvidarlo.

—Oh, cierto... ahora lo recuerdo, pensé que había sido un sueño.

—Bueno, no lo fue —dijo. Se giró hacia él y utilizó el codo izquierdo como elemento de apoyo—. Tú enviaste a sellar las ventanas, ¿verdad?

—Sí.

—Pero no todas fueron selladas, una solo aparentó estarlo.

—¿Qué quieres decir? —Se acomodó sobre el codo derecho para enfrentarla.

—Que el revuelo de partituras y la aparición de flores en la sala de música nada tenían con ver con una manifestación fantasmal. Alguien... alguien se encargó de impedir la apertura interna de la ventana, y a la vez, se aseguró que pudiese abrirse desde fuera.

La oscuridad finalmente fue vencida, los pensamientos de Alexander se iluminaron.

—Richard... el hombre que realizó el trabajo era un empleado de Richard. —Siempre se cometen errores—. Aunque ya no trabaja para él, algo ocurrió y él lo despidió.

—¿Lo despidió? Vaya, qué conveniente.

—Muy conveniente... —Alexander exprimió sus recuerdos—. Creo que Warren lo conoce, asistían a la misma parroquia dominical, es muy posible que pueda localizarlo.

No deseaba perder un segundo más, ya había perdido demasiado, días, meses, casi que perdía su vida. Iría en ese preciso instante por Warren.

Julia lo detuvo antes de que pudiese abandonar la cama, sostenía su muñeca decidida a no dejarlo ir.

—Alexander, aún no ha despuntado el alba...

—No puedo esperar, Julia, no puedo esperar más.

—Si yo pude esperar, tú también —Tiró de él hasta regresarlo a la cama—. ¿Acaso no has aprendido nada de mi padre? La paciencia...

—La paciencia es la mejor emboscada —finalizó él con una tenue sonrisa en los labios, mientras retomaba el lugar junto a su esposa—. Tu padre supo ser un gran estratega. —Cambiar el rumbo de la conversación aparentaba ser la idea correcta, una buena manera de esperar la llegada del alba.

—«Supo ser...», hace tiempo dejó de serlo —dijo con melancolía—. Solía jactarse de ser un hombre con pensamiento asertivo, para su desgracia, esa cualidad se hizo trizas con la muerte de mi madre.

—¿Puedes culparlo? Yo no... no hay peor enemigo que la muerte de las personas que amamos.

—En eso te equivocas, nosotros somos nuestro peor enemigo...

Así lo creía Julia, el poder está en nuestro interior. El poder de honrar a los que amamos con la vida que vivimos. El poder de decidir el porqué, y el para qué vivimos. El poder de romper nuestras cadenas.

Recordó las últimas palabras de la madre de Alexander que él compartió con ella:

—*No llores por los muertos, llora por los vivos. No odies a la muerte, ama la vida.*

Alexander la atrajo hacia él, la rodeó con sus brazos, tenían abrazos pendientes, y eso no era todo, existían muchos asuntos pendientes entre ellos.

—Lo siento... —murmuró rozando sus labios.

—¿Qué sientes?

—Todo... —dijo acariciando su barbilla. La había lastimado—. Siento haberte hecho daño. Siento haber sido tan ciego y cobarde...

—No, no confundas cobardía con dolor.

—Deja de buscar justificaciones para mí, no las hay... —La besó en la frente—. Eres demasiado maravillosa, lo sabes ¿no?

Con ser maravillosa ante los ojos de él le bastaba, el resto del mundo estaba de más. Le sonrió y le correspondió el halago con caricias. Alexander continuó, le debía mucho a Julia.

—Te creí un error... mi peor error. ¿Algún día me perdonarás por pensarlo?

—No necesitas mi perdón.

—Sí, lo necesito. —Debía comenzar a expiar las culpas para saldar la deuda del mayor de sus pecados: darle la espalda a la vida.

—No, lo que necesitas es perdonarte a ti, cariño... a ti.

¿Podía perdonarse? ¿Podía dar un paso hacia adelante sin volver a caer?

Era tiempo de abandonar el límite del abismo, de decirle adiós a la oscuridad.

La separación de los cuerpos fue sorpresiva, el cuerpo de Alexander giró sobre la cama hasta llegar al borde, estiró los brazos al ras del piso para capturar el cofre de madera que atesoraba los elementos de su adicción, fue hasta el hogar, y lo arrojó a las llamas.

Julia le hizo compañía frente al fuego. Se abrazaron.

¿Podía perdonarse?

Sí, podía... mientras la tuviese a su lado podría con todo.

Desde ese instante en adelante, se aferraría a la luz... le rendiría pleitesía

a la vida.

Amanecer en los brazos de su esposo hubiese sido una reconfortante experiencia. No lo fue. Los gritos se lo impidieron. Gritos y golpes en la puerta. Tanta era la demanda de respuesta en la señora Turner, que postergó el uso de los modales, en todos los sentidos.

—¡Alexander! ¡Julia! —No había tiempo para señoríos—. ¡Alexander!

Julia actuó con rapidez, se cubrió con una bata y se lanzó de la cama de un salto. Cuando se cercioró que su esposo lucía presentable y no exponía ninguna parte íntima del cuerpo, abrió la puerta.

Aida estaba roja como un tomate, los gritos habían reclamado mucha energía de su parte. Una vez ante Julia, respiró... respiró profundo.

—¡Aida, ¿qué ocurre?! —El aire inspirado no bastaba para la anciana mujer. Julia la asistió, le entregó su brazo—. Ven, toma asiento... descansa, respira. —La llevó hasta la cama y la forzó a sentarse.

Ella negaba con la cabeza.

—Aida, por favor, tranquilízate, de lo contrario no podremos ayudarte. — Alexander intervino con preocupación, llevaba más de una década contando con sus servicios, y era la primera vez que la veía de tal manera.

—Elle... —dijo ni bien pudo articular palabra—. ¡Elle!

—¿Qué sucede con Elle?

Inspiró y exhaló. El tono rojizo en su rostro comenzó a desaparecer.

—Pip... Pip la sorprendió huyendo.

—¿Huyendo? —Dentro del pensamiento de Alexander, la muchacha era una simple doncella. El porqué de su huida no era algo que le pudiese llegar a quitar el sueño.

—Sí, huyendo... —Los ojos de Aida se posaron en los de Julia, contaba con la capacidad mental de la señora de la casa.

Julia interpretó a la perfección su mirada. La pieza final se hacía presente.

—Las flores... —dejó escapar como un ahogado susurro.

Aida asintió, estaba furiosa, podía notarse.

—Las condenadas flores... —dijo Julia a modo de confirmación.

Pip había adquirido muy malas costumbres según su padre. El niño había desarrollado una extraña habilidad noctámbula, responsabilizaba por ello a la señora de la casa y a sus lecciones de biología; de acuerdo al pequeño, los

mejores insectos salían cuando la luna se encontraba en lo alto. Dormía poco de noche, y luego, durante el día, se escabullía y compensaba el sueño bajo la sombra de la arboleda. Sin dudas, esa no era buena vida para un niño, pero gracias a ese pésimo hábito, la locura de Russel tendría un fundamento real, y la muerte de Phoebe... tal vez, solo tal vez, podría obtener justicia.

El pequeño observó en silencio la partida de Elle y, cuando la vio perderse en la espesura de la noche, temió por ella y corrió a alertar a su padre. Warren, en primera instancia, supuso lo peor, huía en plena madrugada porque algún hecho trágico la había impulsado a hacerlo. Era de conocimiento popular que la tormenta de la desgracia acosaba al hogar Russel desde la muerte de la niña, y para colmo de males, a la locura del señor se le había sumado la muerte del hermano de Aida. Un suceso drástico tras otro, era de esperarse que alguna otra tragedia ocurriera.

La halló al borde de la ladera que delimitaba el condado, entregada a las lágrimas. Warren se llevó una gran sorpresa al descubrir que esas lágrimas no eran de sufrimiento, sino de vergüenza y culpa. A pesar de ellas, y contra la resistencia de la muchacha, la cargó a lomos del caballo para regresarla al hogar que le había abierto las puertas de buena fe, uno que ella traicionó por unos peniques más al mes y promesas de bienestar que nunca se harían realidad.

—Tranquilízate, muchacha, no es a mí a quien tienes que dar explicaciones.

Warren se aseguraba que Elle no volviera a huir recluyéndola en la cocina. Pip devoraba una galleta de avena y miel, premio de agradecimiento que había obtenido por parte de Aida. Le ofreció un trozo de la galleta a Elle que continuaba llorando a mares. La rechazó con toda la amabilidad posible, estaba aterrada.

—Gracias, Pip, no creo que pueda tragar bocado.

—¿Te sientes mal? —preguntó desde su inocencia.

—Sí, Pip... demasiado mal.

Aida los interrumpió trayendo consigo a los señores. La expresión de Alexander no hizo más que motivar el temor que invadía a Elle, en contraposición con la de Julia, que albergaba la esperanza, la alegría de hallar la respuesta que hacía días se formulaba.

—Intentaremos apaciguar ese malestar... —El rechinar de los dientes de Alexander indicaba todo lo contrario—. Aida, creo que Pip se merece otra galleta. —Era necesario sacarlo de allí para hablar sin restricciones.

—Una galleta y un vaso de leche... —agregó la señora Turner, lo llevaría al salón comedor, lejos de lo que sucedía.

—No, señora Turner. —Warren intervino haciendo un rápido contacto visual con ella y Alexander—. Ya tuvo suficientes galletas por hoy, si nos permiten, regresamos al establo, tenemos mucha labor pendiente. —Era el padre, sabía que era lo mejor para su hijo, y ni los hábitos nocturnos ni la situación que estaba ocurriendo lo eran.

Con la autorización de Alexander, tomó al niño de la mano y dejó a las figuras relevantes en soledad.

—Habla... —Alexander gruñó como un animal salvaje, y con ello, lo que obtuvo a cambio no fue más que un llanto desconsolado.

Aida estaba agotada, los hechos recientes la sobrepasaban, sentía pena por la muchacha, y a la vez, tenía deseos de abofetearla hasta el hartazgo. Agradeció no tener que ser el brazo ejecutor de ninguna sanción, ni ser ella la que tuviese que decidir. Se refugió junto al fuego de la estufa de cocina, la artritis siempre la traicionaba a primeras horas de la mañana.

—Habla, Elle... tómate tu tiempo. —Julia fue más complaciente, sostuvo las manos de la muchacha con las de ella, acto que le granjeó una mirada desaprobatoria de su esposo—. ¿Huías? ¿Por qué huías? —Contaban con parte de la información que había sido suministrada por Aida, de todas maneras, lo mejor era recorrer los pasos del relato desde el principio.

—Lo siento... —gimoteó con notoria agonía—. Lo siento, señor Russel. — Los ojos suplicantes intentaron atravesar el frío cristal que cubría a los de Alexander.

—Si lo sientes, ¿por qué huías en plena madrugada?

—Elle —Julia intentó ser una mediadora—, lo que sea que haya ocurrido, lo que sea que hayas hecho, solo se compensará con la verdad, de nada sirve huir de nosotros.

Las lágrimas de Elle eran un extraño cóctel, cada uno de los presentes deseaba abofetearla, pero la realidad era que ella ya había recibido la peor bofetada de todas.

—¡No huía de ustedes! ¡Huía de él! —Estalló en una profunda crisis de nervios. Se aferró con desesperación a las manos de Julia—. Oh, señora, he sido tan ciega... Si es capaz de matar a una niña, ¿qué hará conmigo? ¿con mi niño? —dijo abrazándose el vientre.

—¡Elle! —Aida no pudo evitar reaccionar a lo oído, hacía semanas que tenía sospechas sobre ella, la notaba cambiada, y había presenciado uno que

otro malestar matutino— ¿Estás embarazada, muchacha?

Asintió, y el corazón de Aida se ablandó, fue a asistirle.

—¿Richard es el padre de tu bebé? —para Julia esa era la madre de todas las preguntas.

Volvió a asentir. A Alexander le hubiese encantado denigrarla y echarla a la calle como la traidora que era. No podía. La vida que se gestaba en ella lo obligaba al cambio de planes.

—¿Él lo sabe? —preguntó.

—No, no aún, iba a decírselo ayer, tras la cena, cuando se marchara, pero ahora... —Las lágrimas brotaron a borbotones—. ¿Es verdad, señora Julia, él mató a la niña? —El velo caía de sus ojos arrancando de cuajo el mentiroso futuro que Richard le había vendido con dulces palabras.

—Sí, lo hizo... y te utilizó a ti para que Alexander enloqueciera y nunca llegara a conocer la verdad.

—¿Por qué lo hiciste, Elle? —El embarazo era el desenlace de su historia con Richard, y Alexander deseaba conocer el principio.

De nada le servía callar a esa altura de los acontecimientos, era una simple sirvienta, hasta la palabra de un loco —uno vinculado a la nobleza— bastaba para convertirla en una paria.

—Al principio fue por el dinero... fue dinero a cambio de información, lo que usted hacía o dejaba de hacer. Luego... —Se arrepentía tanto, tanto. ¿En qué clase de mujer la había convertido?—. Luego el dinero dejó de ser importante para mí... sabía que no me convertiría en su esposa, no soy tan ilusa como para creer eso, pero nadie nunca me ha tratado como él, y...

—Y tú hiciste cuanto te pidió —finalizó Julia.

El amor podía ser bendito y maldito a la vez. Para la muchacha supo ser esto último.

—Sí... las flores, las partituras, inclusive, reponer el opio para que contara con un abastecimiento constante. —Confrontó al señor de la casa con la mirada—. Según Richard era un acto de piedad, usted ya estaba demente, pero no contaba con el valor suficiente para ponerle un fin a su locura. Yo no lo consideré piedad, pero aun así lo hice. —Elle, al igual que todos, cargaba con su historia—. Mi padre fue un maldito adicto como usted, murió cuando yo tenía seis años, dejándonos a mi madre y a mi sin nada, en la peor de las miserias... Lo odié con toda mi alma, y lo seguiré odiando hasta mi muerte.

Richard era un perfecto manipulador, un maravilloso estratega, tenía en sus filas a los mejores soldados; Elle, al igual que él, se movía gracias a

motivaciones como el rencor y el odio.

—El odio es un camino sin retorno, te lo dice alguien que lleva tiempo odiándose a sí mismo.

—Lo sé ... —Se acarició el vientre—. Y no quiero llevar a mi bebé por ese camino.

—No lo harás. —Julia volvió a tomarla de las manos—. Te ayudaremos... —Miró de soslayo Alexander, no era momento para discusiones, la ayuda de Elle era fundamental—, y tú deberás ayudarnos a cambio.

—¡Lo que sea, señora Russel! Lo que sea, siempre y cuando me mantengan alejada de él.

Todos los caminos conducían a Richard, y allí, como siempre, morían. Todos morían. Jamish, el hombre encargado de sellar las ventanas ya se encontraba junto al Creador. Una partida de cartas, una apuesta que se salió de control y el cuerpo del empleado de Trevor terminó en un callejón de los bajos fondos londinenses.

No tenían nada.

—No pienso rendirme, no de nuevo. —El lamento desesperado nació de labios de Alexander. Quería justicia para Phoebe, quería paz para ambos. Julia temía que ese sentimiento se volviera el nuevo veneno en las venas de su esposo.

La opereta de Richard no tenía fin. Ante cada redoble de tambores, le seguía un nuevo acto, uno que los contaminaba con su odio.

—No lo hagas —proclamó Julia—. Presentémonos a la justicia con lo que sabemos...

—Sabes que no nos creerán.

—Es posible que no nos crean, o quizá sí. Pero ¿sabes la diferencia?

Alexander lo sabía. La diferencia radicaba en que ellos gastaban cada canal posible, utilizaban cada herramienta. No era rendición si aún se presentaban a la batalla, incluso con las tropas menguadas y sin fuerzas. No alzaban la bandera de la derrota.

Se dirigieron a Londres, el centro mismo del poder. Allí podían ver de cerca los hilos de Richard Trevor. Los privilegios que los nobles, hasta los de poca monta, tenían por sobre los plebeyos. Esas injusticias que en parte habían salido a flote con la revolución, y que los británicos intentaban contener para

no sufrir sublevaciones.

La ciudad se convulsionaba, y esperaban encontrar allí un resquicio por donde colarse. Un resquicio con el nombre de Marcus Brie.

—Oficial Marcus Brie a servicio de Su Majestad —se presentó el hombre de la ley y los hizo pasar sin demora a una oficina atestada de papeles. El ruido de los carruajes, los vendedores ambulantes y los trabajadores en general inundaban la habitación y hacía vibrar los vidrios sucios.

Brie era un hombre justo. También realista. Escuchó la confesión del sobrino del duque con solemnidad, sin traslucir ninguna emoción en el rostro. Julia y Alexander dejaron de lado el asunto del camafeo y pusieron en manifiesto la confesión de Elle, los sucesos con las flores de papel, el opio y la prueba más importante, el objeto de deseo de Richard Trevor.

Al finalizar, el oficial asintió y guardó silencio por eternos minutos. Alzó la vista e indagó en las miradas del capitán y su esposa, antes de volver a asentir.

—Lo dicen, lo creen, tienen pruebas... y también lo saben ¿verdad? —inquirió el hombre.

—Sí, solo nos queda la esperanza.

Marcus Brie sonrió, se puso de pie y observó Londres tras los cristales sucios.

—La esperanza nunca se pierde, pero a veces brilla tan poco que parece extinta. Me pone usted en una complicada situación ¿sabe? La ciudad bulle, el dinero va a la guerra y aquí se pasa hambre. Me gustaría darle justicia, para demostrarle a quienes sufren que lo hacen por un reino que los protege ante las perfidias de los nobles, que no necesitan alzarse porque aquí las cosas son distintas. Y a la vez... no es tiempo de darles mala publicidad a ustedes, no podemos darnos el gusto de que crean que el enemigo está dentro. Supongo que siendo capitán y habiendo servido conoce de lo que hablo...

—Traidores.

—Según como lo vea —bromeó el hombre—. Los franceses los llaman amigos. Déjeme escalar la situación, pero no me pida una promesa. Soy un hombre de palabra, y si la doy, me ataré a ella.

Eso era más de lo que podían pedir. Julia y Alexander se despidieron de Marcus con la sensación que el hombre había descrito: la esperanza parecía una llama a punto de extinguirse.

La casa de Londres los albergaba con sus lujos y una ostentación que los oprimía. Los sirvientes no eran cálidos, acostumbrados a mantener las distancias con los señores. No les hablaban, no los miraban. Era como si no existieran.

Solo se tenían ellos dos. La primera noche les fue imposible dormir; la segunda, eligieron la compañía el uno del otro para darse sosiego. Querían regresar a la casa de campo, pese al dolor allí vivido, esas paredes también albergaban su historia de amor. Y en esos momentos requerían de los buenos recuerdos.

El tercer día la respuesta los sobresaltó al alba.

Esos sirvientes que apenas se escuchaban se volvieron ruido y andar nervioso. La vajilla, las salas cerradas fueron abiertas, el polvo de cada rincón removido y todos los hogares encendidos.

—¿Qué sucede? —preguntó Julia a una muchacha, que abrió los ojos de tal manera que pensó que saldrían disparados de sus cuencas. ¡La señora se encontraba con una bata de dormir!

Otra de las mujeres, Heather creía que se llamaba, se presentó ante ella, le hizo una reverencia y por poco la arrastra de los pelos. Era la doncella, o eso le parecía a Julia.

—El duque... —masculló Heather como única respuesta, con una plegaria en sus facciones que clamaba por misericordia. Si la señora Russel recibía a su Excelencia en bata, la culpable sería siempre la servidumbre.

Por piedad, Julia se dejó hacer. En la habitación, Alexander la miraba cómplice. Ya había recibido la noticia en manos de su ayudante de cámara. Un hombre estirado que estaba dispuesto a vestirlo como si fuera un niño incapaz de tan simple tarea.

—Sé abrochar los botones —se quejó el capitán—, en el frente me encargaba de tan indigna tarea por mi cuenta.

—Ya no se encuentra en el frente, capitán. Me corresponden a mí las... indignas tareas. —Y ajustó la pañoleta al cuello.

El alboroto llegó al límite de ensordecedor, para enmudecer en el mismo instante en que el mayordomo proclamaba desde el hall:

—Su Excelencia, el duque de Perth.

Julia y Alexander corrieron por el corredor, como dos niños traviosos, para disminuir su andar justo antes de hacerse visible ante el hombre. Los dos sonreían, pese a las malas noticias que llevaban consigo. La visita del duque era algo agradable, una brisa de aire fresco. Sobre todo, cuando espetó:

—¡Londres se ha llenado de ardillas!, ya no se puede pasear por el parque.

—Su Excelencia... —saludó Alexander. Julia lo imitó con una reverencia, y la sonrisa del duque le dijo al capitán que ya se conocían. ¿Cuándo?, ¿dónde? Preguntas que no se atrevía a hacer, porque ponían al descubierto sus días de opio y las lagunas mentales que ello provocaba.

—Dime tío —el duque interrumpió la protocolar bienvenida—. son todos tan rígidos aquí, por eso me hace bien el aire de campo.

—Aunque lo invadan las ardillas —bromeó Julia, le tomó las manos con cariño y con ello, tomó a su vez las riendas de la situación. Un escenario que le quedaba grande, pero al que debía habituarse como esposa de un Russel.

«Un futuro juntos». Una promesa de Alexander que exigía de su parte. Volvió la mirada a su esposo, para hallar reciprocidad. Una conexión de amor que le dio la certeza al duque de que la decisión de brindarles tiempo había sido acertada.

—Un té en la sala me parece una buena opción para acompañar este clima —comentó Julia y esperó a que el ama de llaves entendiese la indirecta. ¿Dónde se hallaba la dichosa sala?, ¿cómo debía solicitar el té?

La mujer, eficiente, se encargó de todo: marcó el camino, llevó el té, las bebidas espirituosas y luego, como una sombra, todos desaparecieron. Sin embargo, la señora Russel solo debía alzar la campanilla para que reaparecieran como fantasmas.

—Sobrino, sobrina... haré expeditiva mi visita. Espero una más prolongada en el campo, pero no bromeo cuando digo que Londres me desagrada. Y esta casa en particular.

—Entonces, ¿qué lo trae por aquí, tío? —Alexander fue al grano, no de modo irrespetuoso, sino brindándole la posibilidad de saltarse las normas. El duque era preso de las mismas por su posición, y en ocasiones lo agobiaban.

—Pues... tú. Al parecer hay demasiados rumores en tu nombre, en el tuyo y en el de Richard Trevor, el hermano del conde de Mornington. Los rumores son algo muy malo en estos tiempos, querido, y al parecer un oficial de la ley escaló esa preocupación a sus superiores, ellos a su vez, y a su vez, y a su vez... —El duque se dejó caer, rendido sobre el respaldo de su sofá—. Acabo de tener una no muy agradable reunión con el conde de Mornington y... su alteza.

—¡Mierda! —exclamó el capitán. Julia, en cambio, se atoró con el té. Tres sirvientas la socorrieron y en menos de un segundo, tenía una nueva servilleta

en el regazo, una taza rellena en las manos y una nueva tetera humeante a su lado.

—Sí, mierda. No obstante, creo que lo que traigo son agridulces noticias...

Las palabras iluminaron el momento, y casi como un presagio, el cielo londinense se abrió y un rayo de sol atravesó el plumizo manto de nubes. La esperanza volvía a arder como una suave llama.

—Por favor —fue el ruego del matrimonio Russel.

—Lord Trevor niega, por supuesto, la acusación de homicidio contra Richard, pero acepta que su hermano se encuentra, en sus palabras, algo descarriado. Los rumores de embarazar a una sirvienta no son agradables en ninguna familia y reconoce que es «posible» que se encuentre en un estado de gran frustración debido a la falta de inspiración en su obra.

—Tío, sabes que decir eso ante el regente es prácticamente admitir la culpabilidad. Es recurrir a...

—Eufemismos. Alexander, querido, esto es política. El ducado tiene un único heredero Russel, tú. Si tú mueres o te encuentras incapacitado de recibir el título, el mismo pasará a manos de los MacDonald...

—Escoceses —murmuró Julia, al comprender. Lo que le granjeó una sonrisa de su Excelencia, le gustaba su nueva sobrina.

—Exacto. En cambio, los Mornington son eternos. ¿Quién pudiera tener esa capacidad de engendrar? —se lamentó—, como si no bastaran los legítimos...

Richard no era el único en la familia en tener un par de bastardos desparramados.

—¿Y dónde nos deja toda esta maraña de hilos políticos? —El nerviosismo del capitán era palpable.

—En la necesidad de acallarlos. Ambos hemos repetido ante el Regente nuestro juramento de lealtad, hemos hecho una interesante donación para los soldados del frente y aceptamos no sacudir el avispero en tiempos de abejas rebeldes. El conde de Mornington desmentirá que la familia Trevor piensa que tú estás loco, tú guardarás silencio y Richard irá a servir una vez más, bajo el mando del general Wesley, para limpiar su buen nombre y el de la familia, que tanto ha mancillado.

—E... Eso no es justicia. Phoebe ha muerto, ha muerto por su codicia y...

—Pero no tú. Tú has sobrevivido, Alexander. Has sobrevivido y le has ganado a Richard. El buscaba la gloria y ganó el desprestigio con el que te

quiso manchar. Eso no es justicia terrenal, ni humana... es ironía, y la ironía, en estos tiempos, es lo único que nos queda. Y aún puedes valerte de ella para hundir la daga más profundamente. De ti depende.

Tras ello, el duque se negó a las despedidas protocolares, a las invitaciones y a los honores. Se marchó silencioso, a la espera de que la próxima visita se diera en un marco feliz. Quizá con un heredero en el vientre de esa dulce muchacha que sería duquesa algún día.

Las palabras del hombre hicieron mella en Julia primero, y luego en Alexander. Lo mejor que podían hacer para llevar justicia a la tumba de Phoebe era vivir, vivir plenos y felices, amarse, formar una familia y no atarse al rencor. Permitirle a la música ingresar de nuevo en sus corazones, de modo de que ella viviera siempre en ellos. Honrar la música era honrar a Phoebe.

Dejarían que Richard muriera en su propio veneno, y ellos... ellos vivirían en el eterno consuelo de su amor.

# Epílogo

*Junio, 1815*

El Teatro de Su Majestad en el Haymarket estaba lleno. Toda la élite londinense se hallaba presente. El príncipe regente del Reino Unido ocupaba el palco real, en compañía del duque de Perth.

Las miradas estaban puestas en ellos, su majestad traía consigo las buenas noticias sobre la guerra, unas que inundaban las calles llevando paz a la población.

Sin embargo, cuando el capitán Alexander Russel se hizo presente en el escenario, su magnetismo rompió con el del príncipe y se ganó todas las miradas.

—Esta sinfonía no fue compuesta por mí, sino por una niña de apenas once años. Una niña a la que se le ha arrebatado la vida a temprana edad, pero que hoy la reviviremos en la memoria de todos nosotros. En honor a Phoebe Russel... este es su regalo para ustedes. Porque hoy nos ha llegado la primavera. —Alzó la vista sobre el público y la unió a la de Jorge de Gales. El hombre asintió, sabedor de a qué primavera se refería.

Los acordes de *La vida de Phoebe* irrumpieron en el auditorio, y los primeros sollozos conmovidos no tardaron en hacerse oír junto a la melodía más hermosa que muchos de ellos jamás había escuchado antes.

Los aplausos coronaron el final, seguido de todos los nobles de pie. Luego saldría en los periódicos que Lady Margaret se había desmayado, que Lord Joseph creía haber visto la figura de un ángel sobre el escenario, que Sir Hampton había enloquecido de dolor durante el movimiento llamado invierno y que se decía que donaría su fortuna completa a un orfanato.

Lo cierto era que Phoebe había pasado a la inmortalidad. Siempre se hablaría de ella. Pero eso ya no importaba para Alexander, porque sabía que existía un lugar que el olvido nunca tocaría: su corazón.

Tras bambalinas aguardaba Julia. Sonriente, hermosa, radiante. Llena de

vida. De la suya, de la de él y la de ellos juntos. Una nueva vida que crecía en su interior.

Caminaron juntos por los corredores del teatro de Su Majestad, hasta el camerino, donde una última sorpresa aguardaba por ellos: una flor de partitura junto al camafeo.

—Julia, ¿qué significa?

—Que ha vuelto a nosotros para despedirse. Tócala, Alexander, esta vez no es la maquinación de un alma atormentada, sino el adiós de una que encontró la luz. ¿Sientes la diferencia?

Se sentía en todo el lugar. La flor olía a violetas, pese a ser de papel, y tenía una melodía escrita en ella, unas simples e inéditas notas.

—¿Qué dice? —preguntó Julia, que no hablaba el idioma de la música.

—Dice demasiadas cosas. Creo que no puedo expresarlo, y por eso... — El camafeo, que se hallaba junto a la flor, ansiaba contar una última historia.

Julia no lo había vuelto a usar desde la última noche en que la verdad le fue revelada. Tuvo que juntar valor para hacerlo, las manos le temblaron al ponerse la mística joya.

Alexander tenía razón, era demasiado. Las lágrimas de dolor, pena, alivio y paz los empaparon. Lloraron juntos.

Waterloo les había dado la victoria a los ingleses, llevándose consigo dos vidas atormentadas: la del general Wesley y la del coronel Trevor. Amos lucharon con valor para redimir sus culpas y vergüenzas, y las mismas los acompañaron como un tormento hasta el último respiro.

Apelaban sus almas a un último pedido de paz que solo el don de Julia podría otorgarles. ¿Podía ella perdonarlos?, ¿podía Julia llevar sus últimas palabras a destino como tantas veces lo había hecho en el pasado?

La respuesta era sí. El perdón y el amor eran la única luz posible, tanto en vida como en la muerte.

Era la confirmación de un principio para ellos, un adiós definitivo al pasado, un encuentro con ese futuro prometido.

«Ama la vida».

Aquellas palabras volvían a hacer eco en Alexander y, por primera vez, tenían auténtico sentido.

Finalmente lo hacía, se aferraba a la vida con el más puro de los sentimientos, abandonando el abismo de manera definitiva. El hombre que hoy era existía gracias a Julia. Juntos transitaban por un nuevo camino, uno en donde el amor y el deseo formaban parte de la misma ecuación.

Casarse con ella había sido un error. Amarla... su salvación.  
Ya era tiempo de vivir.  
Ya era tiempo de dejar entrar el sol.

## Nota de la autora

El término autismo fue utilizado por primera vez en 1908, fruto de una investigación psiquiátrica llevada a cabo por Eugen Bleuler, que lo utilizó para describir a un paciente esquizofrénico que se había replegado en su propio mundo. Décadas después, Hans Asperger y Leo Kanner se convirtieron en los pioneros en la investigación sobre el trastorno. Trabajaron por separado, elaborando diferentes tipos de análisis. Asperger describió a los niños con autismo como muy capaces mientras que Kanner los describió como niños seriamente afectados y socialmente aislados.

Lo que, erróneamente, se consideró falta de empatía en las personas con trastorno autista tiene que ver con ciertos fallos en el desarrollo de las neuronas espejo, encargadas de comprender y anticipar los deseos y las acciones de los demás que, si bien no se bloquean, se desarrollan con extremada lentitud.

La psiquiatra Lorna Wing es quién, a principios de los 80, introduce el concepto de «espectro autista», generando así una revolución ante el modo de entender y afrontar el autismo.

Antes de esto, los niños que presentaban características que, en el presente, se considerarían dentro del «espectro» eran diagnosticados con algún tipo de esquizofrenia infantil, cuyo único posible abordaje se obtenía en instituciones mentales. Ahí perecían, sin desarrollar habilidad alguna, alienados hasta su muerte. Solo algunos pocos, aquellos que provenían de familias acaudaladas y con conexiones sociales, lograban trabajar en sus dificultades, potenciando así sus habilidades.

A lo largo de la historia, con estudios posteriores, se ha incluido dentro del «espectro autista» a grandes y reconocidos genios. Entre los más destacables, se encuentra el presidente Jefferson (1743-1826), se decía que era «inflexible en rutinas específicas o rituales no funcionales», tales como meter los pies en agua fría todas las mañanas, registrar sistemáticamente cada

transacción financiera hasta el último centavo, cantar en voz baja de forma continua y tener un carácter esquivo.

El genio que pintó la Capilla Sixtina y esculpió al David, Michelangelo Buonarotti (1475-1564) fue un hombre solitario y de temperamento difícil que pudo sufrir alguna forma de autismo. Basándose en el análisis de las obras del genio y las notas de sus ayudantes, se sostiene que poseía una completa nulidad para mantener relaciones humanas normales. Además de dificultades de comunicación e interacción social, pero un talento excepcional para determinadas disciplinas como la música, el arte o las matemáticas.

En cuanto a Mozart, considerado el compositor más grande que el mundo jamás haya conocido, la comunidad científica mantiene sus dudas. Poseía un talento innato para la música, con sólo cinco años maravillaba a la alta sociedad de Viena y a los ocho años compuso su primera sinfonía, pero, por un lado, no tenía problemas para la fama y le gustaba hacer amigos, al mismo tiempo que se comportaba como un hombre extraño, impulsivo y con conductas obsesivas y repetitivas.

Como curiosidad, muchos autistas son sensibles al sonido, aquellos que no soportan la música y otros ruidos, solo toleran la música de Mozart. ¿Casualidad o existe algo especial en su música?

# Nuestro catálogo

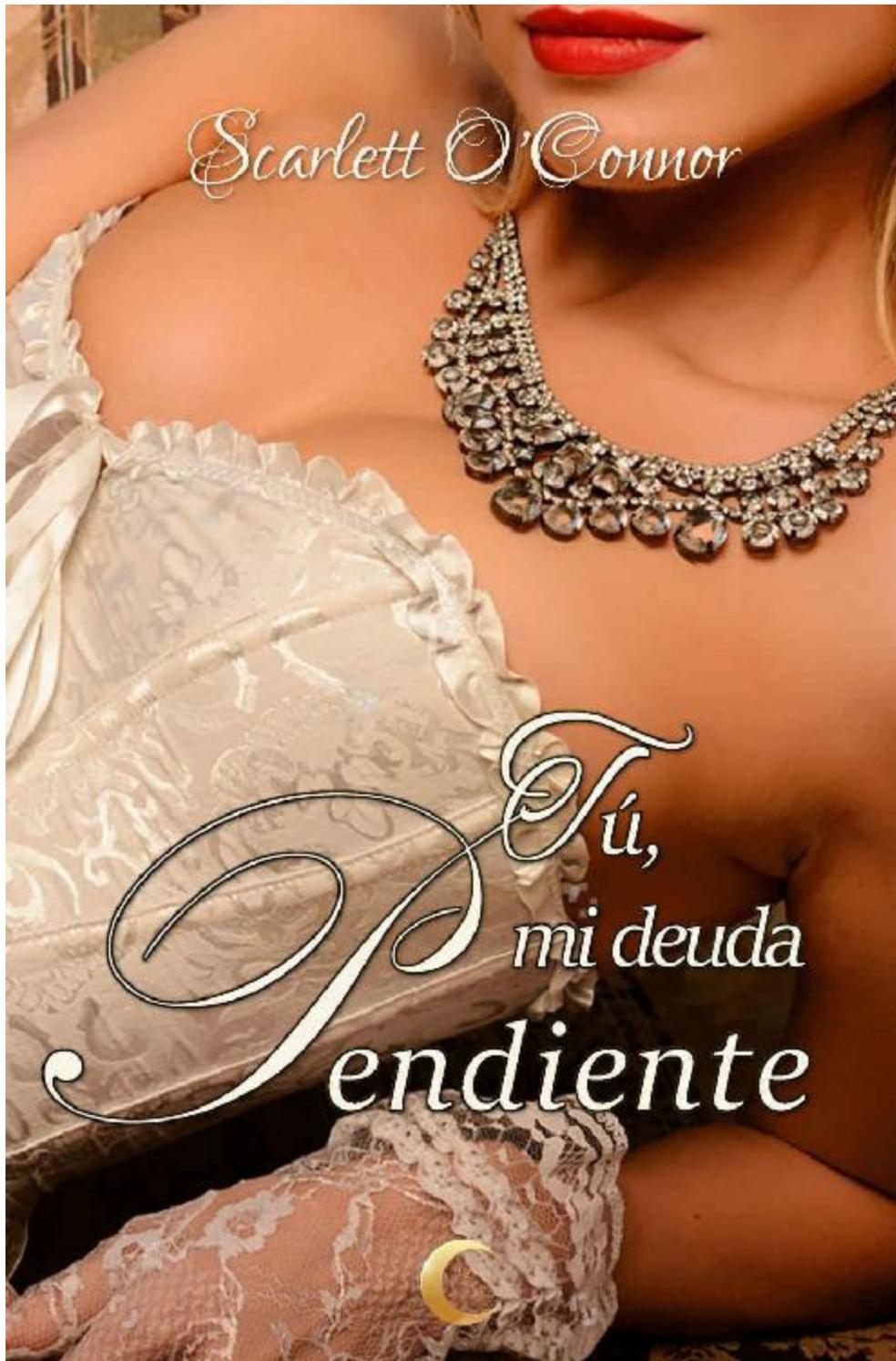


*Melanie Rogers y Scarlett O'connor se reúnen para escribir una novela erótica que no podrás dejar de leer.*

*"Recuerda siempre leer la letra pequeña".*

*Xaviera Fontaine estaba desesperada, día a día, su marido se distanciaba de ella. Por eso, cuando Alice le habla del mejor amante de la ciudad, no duda en recurrir a él para descubrir los placeres del sexo y reconstruir su matrimonio.*

*Pero nadie le advirtió... Una vez pasas por la cama de Leonard, no vuelves a ser la misma mujer.*

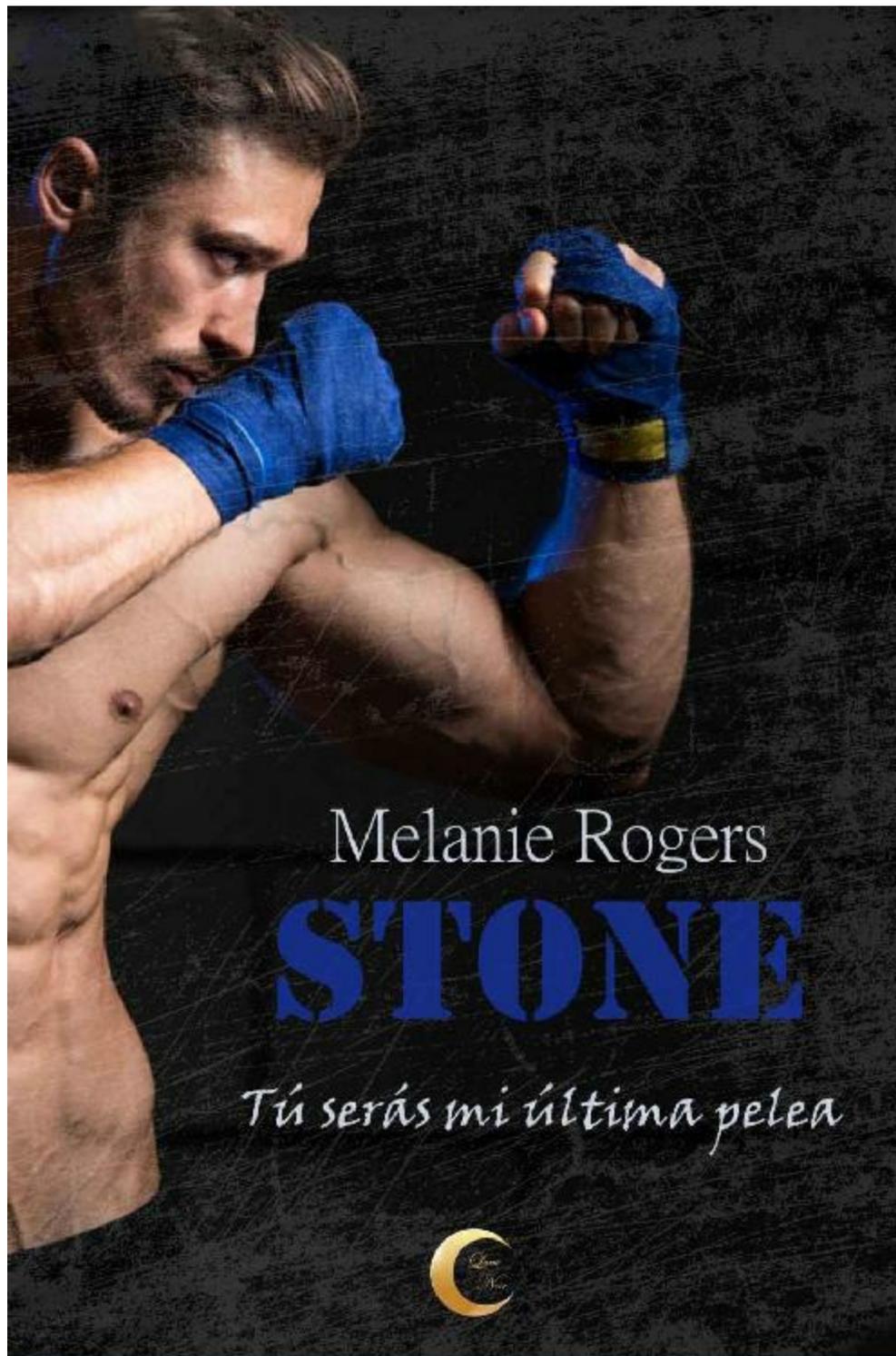


*¡Scarlett lo ha hecho de nuevo! «Tú, mi deuda pendiente» es una novela llena de sensualidad y erotismo que te volverá a hacer creer en el amor.*

*-Melanie Rogers*

*Una traición ha llevado a la ruina a su familia. Anthony Richmond desea que el traidor pague con sangre, pero cuando Lady Katherine se presenta sola en su casa de soltero a clamar por la vida de su hermano, los planes de venganza tomarán otro rumbo. Uno mucho más placentero para el marqués de Shropshire: Seducirla, mancillarla y pasar por el lodo el apellido Aldridge, como ellos hicieron con Richmond.*

*Pero nadie le advirtió. Lady Katherine puede ser tan buena contrincante como él en el juego de seducción.*



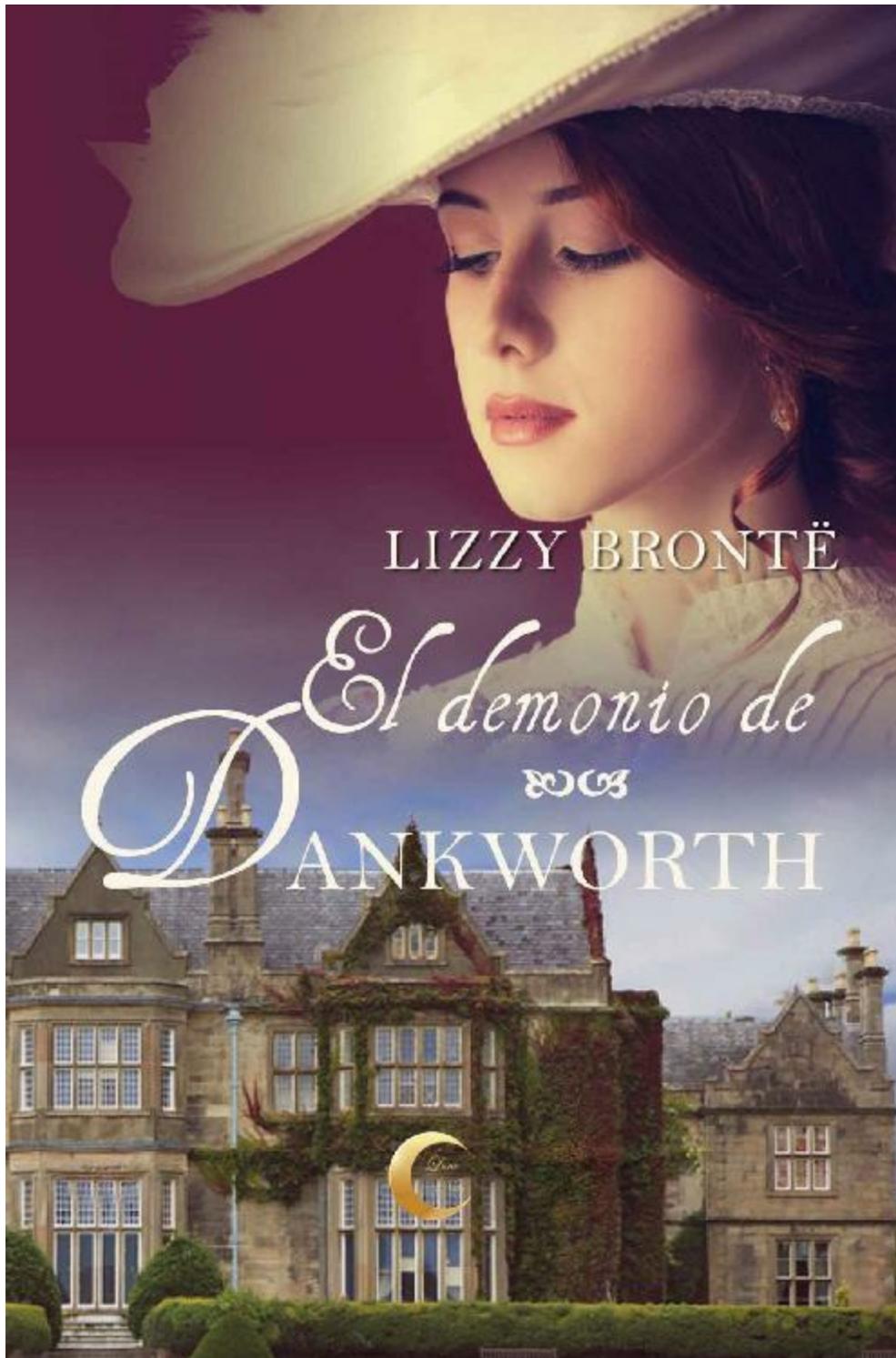
Melanie regresa golpeando fuerte. Peleas clandestinas, mafia, odio y, por supuesto, AMOR con todas las letras. Una historia adictiva. -Lizzy Brontë

Una mujer. Un pasado. Y la pelea de su vida.

Vince "The Stone" Flynn sobrevive en las sombras. La noche es su fiel compañera, en ella oculta los

fragmentos de una vida que quiere dejar atrás. Por desgracia, la presencia de Katrina, una mujer que oculta un pasado igual de oscuro que él, lo arrastrará directo al infierno *del cual escapó tiempo atrás*.

*Golpe a golpe, así recordará quién es. Puño contra puño, así reclamará lo que es suyo. No hay reglas. No hay piedad. Solo... ganar o morir.*



*Un sinfín de emociones. Eso es lo que promete Lizzy Brontë con esta novela de romance gótico. Miedo,*

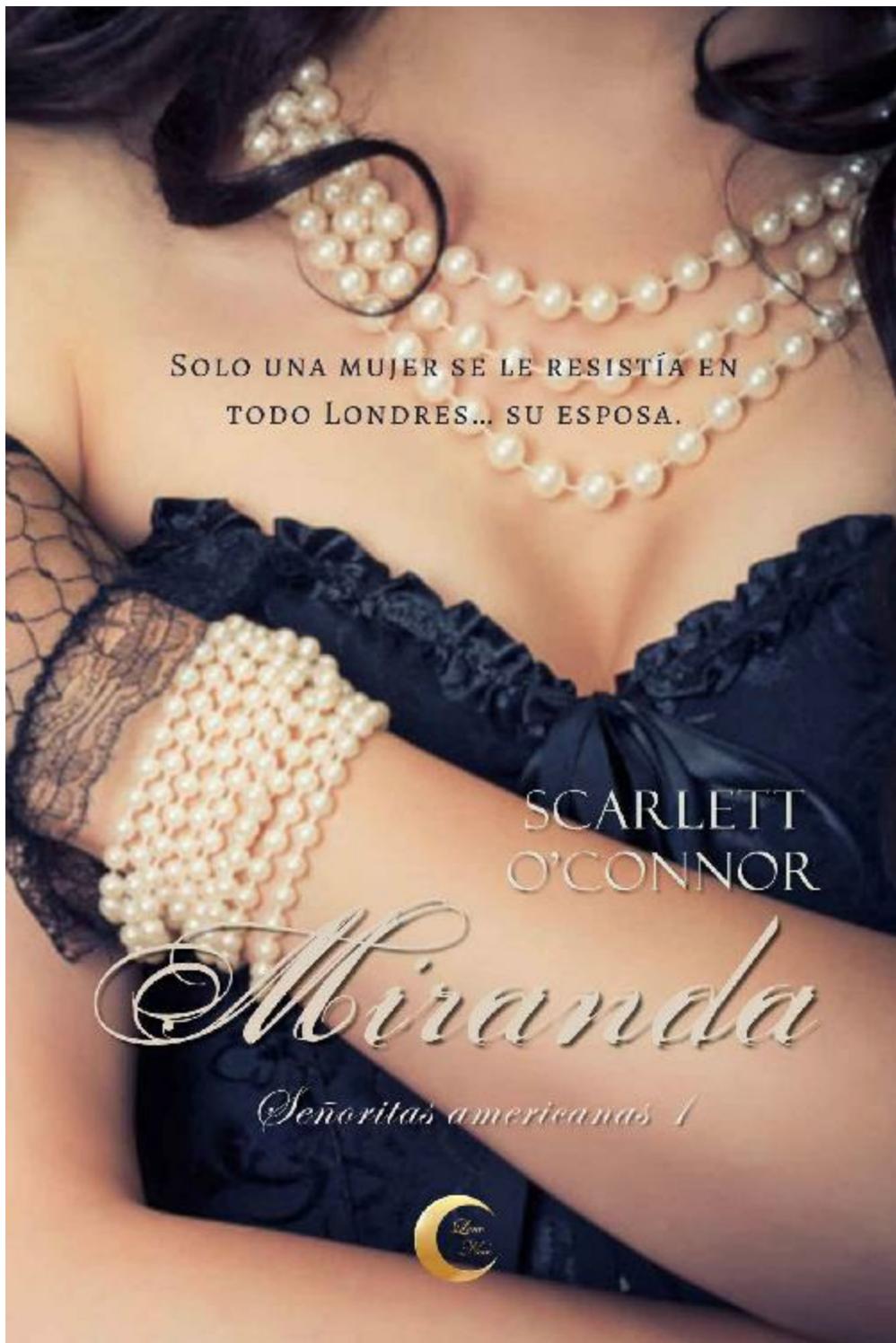
*misterio y amor se entremezclan para crear una historia adictiva.*

*-Scarlett O'Connor:*

*¿Quién estaría tan desesperada como para casarse con el Demonio de Dankworth? Diane Mayer, la huérfana del Barón de Tavernier, está atrapada en una vida que no tiene buen presagio. Los avances de su libidinoso tío son cada día más osados, y la única salida que es capaz de evaluar se le presenta en el abismo ante ella. Una tormenta, un cambio de planes y una nueva opción: Morir o casarse con el Demonio de Dankworth. Cambiar un monstruo por otro.*

*Andrew Lawrens, conde de Dankworth, lleva el disfraz por fuera. Las cicatrices en su cuerpo son reflejo de las que porta en su interior. Tiene en sus manos la posibilidad de salvar a Diane de su infortunio...*

*¿O será Diane quien lo salve a él?*



SOLO UNA MUJER SE LE RESISTÍA EN  
TODO LONDRES... SU ESPOSA.

SCARLETT  
O'CONNOR

# Miranda

*Señoritas americanas 1*

*Personajes inolvidables. Romance como Scarlett nos tiene acostumbrados y un final que te dejará con ganas de saber más de esta serie. Ansiosa por más entregas de «Señoritas americanas».*

*Para la sociedad inglesa, Miranda Clark es sinónimo de escándalo. Todo en ella resulta repudiable, sus costumbres americanas, su falta de decoro y su deshonroso pasado. Por desgracia para ellos, Elliot Spencer, el futuro duque de Weymouth, especialista en el escándalo local, piensa lo contrario. Hacerla su esposa se convierte en una necesidad.*

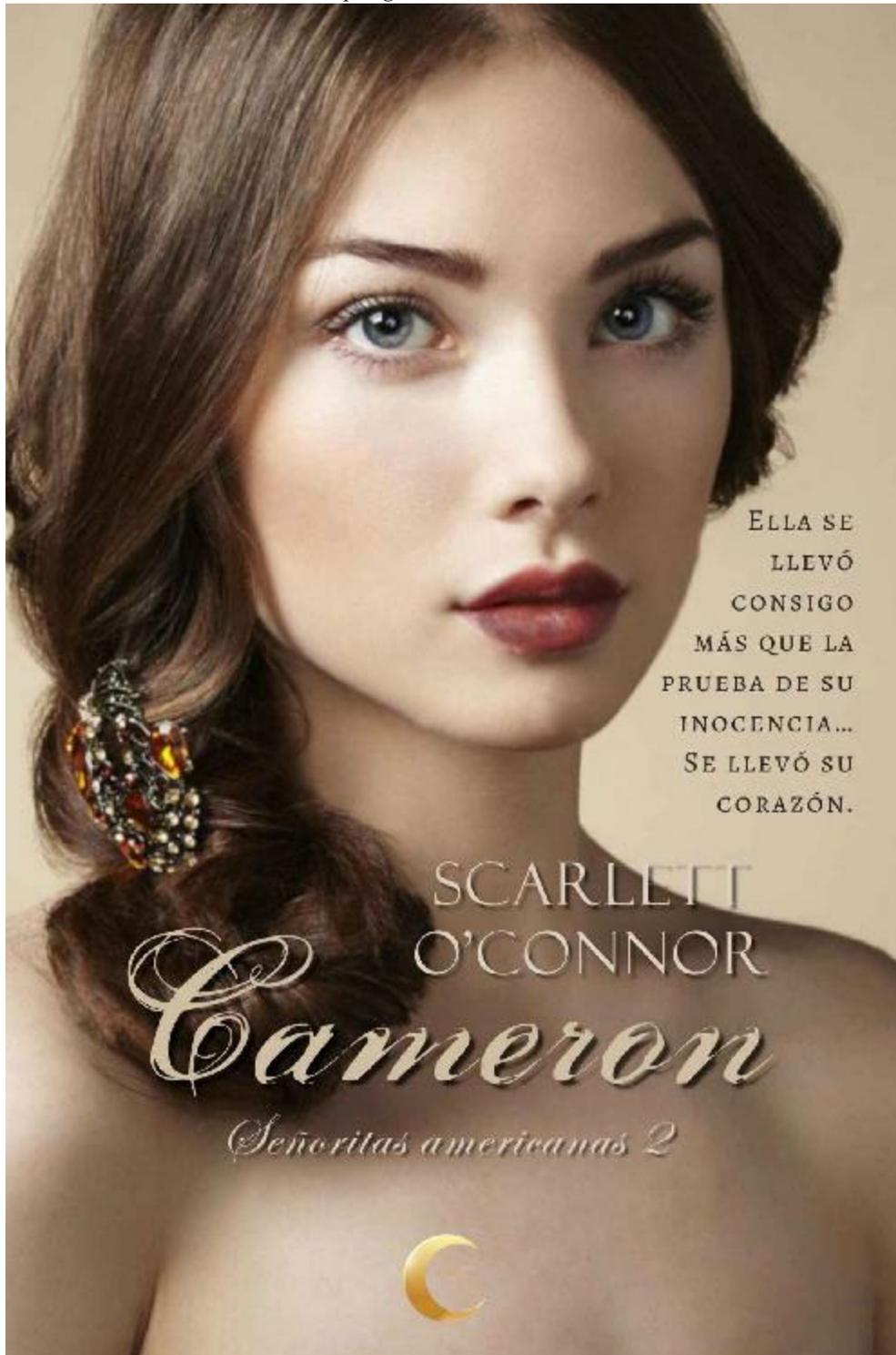
*No enamorarse, ese es el plan de Elliot. No caer en la red de sus encantos, ese es el plan de Miranda. Las*

apuestas se abren... ¿Quién ganará?

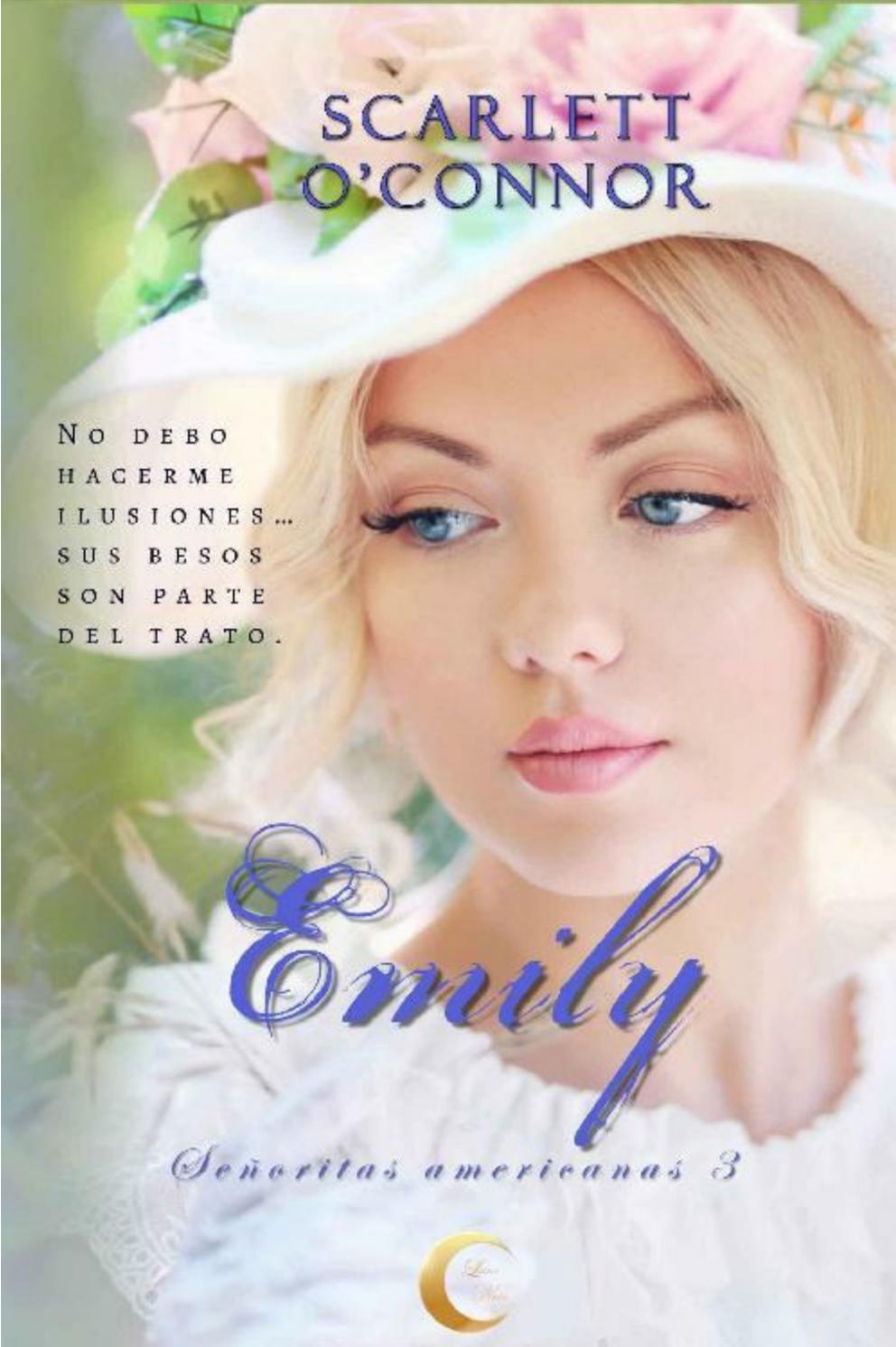
*Una serie que no defrauda, con personajes femeninos fuertes que luchan por su lugar, y hombres que están a la altura.*

*-Melanie Rogers.*

*Un homicidio, un secreto, un peligro...*



*Cameron Madison había crecido entre algodones, protegida y alejada de todos, hasta que Sean Walsh llegó a su vida y le robó el corazón. El empresario de Chicago ve más allá de su apariencia, ve su espíritu indómito, sus ansias de vivir y de experimentar. Ambos se aman, ambos tienen planes juntos, hasta que el asesinato de una esclava lo apunta a él como único autor, y a ella, como único testigo. Un océano de distancia no bastará para acallar la verdad, para romper con su amor... para poner fin al peligro que asecha a Cameron. Ella se había llevado más que su corazón, se había llevado la prueba de su inocencia. Debe recuperarla antes de que sea demasiado tarde.*



SCARLETT  
O'CONNOR

NO DEBO  
HACERME  
ILUSIONES...  
SUS BESOS  
SON PARTE  
DEL TRATO.

# Emily

*Señoritas americanas 3*

*Emily Grant debía casarse. El estatus de su familia dependía de que consiguiera un buen marido, cualquiera con un título nobiliario o buenas relaciones bastaría. Pero... Si todos los hombres eran iguales, ¿por qué no podían ser iguales a Lord Colin Webb? Colin Webb es el heredero del condado de Sutcliff, un dandi que parece tener a todas las mujeres a sus pies. Su secreto lo lleva a mantener una fachada de perfecto amante, una farsa que está agotado de mantener.*

*¿Podrá una discolor americana ser la respuesta que lleva años buscando en sus compañeras de alcoba?*

LIZZY BRONTË

SUSURROS

EN LA

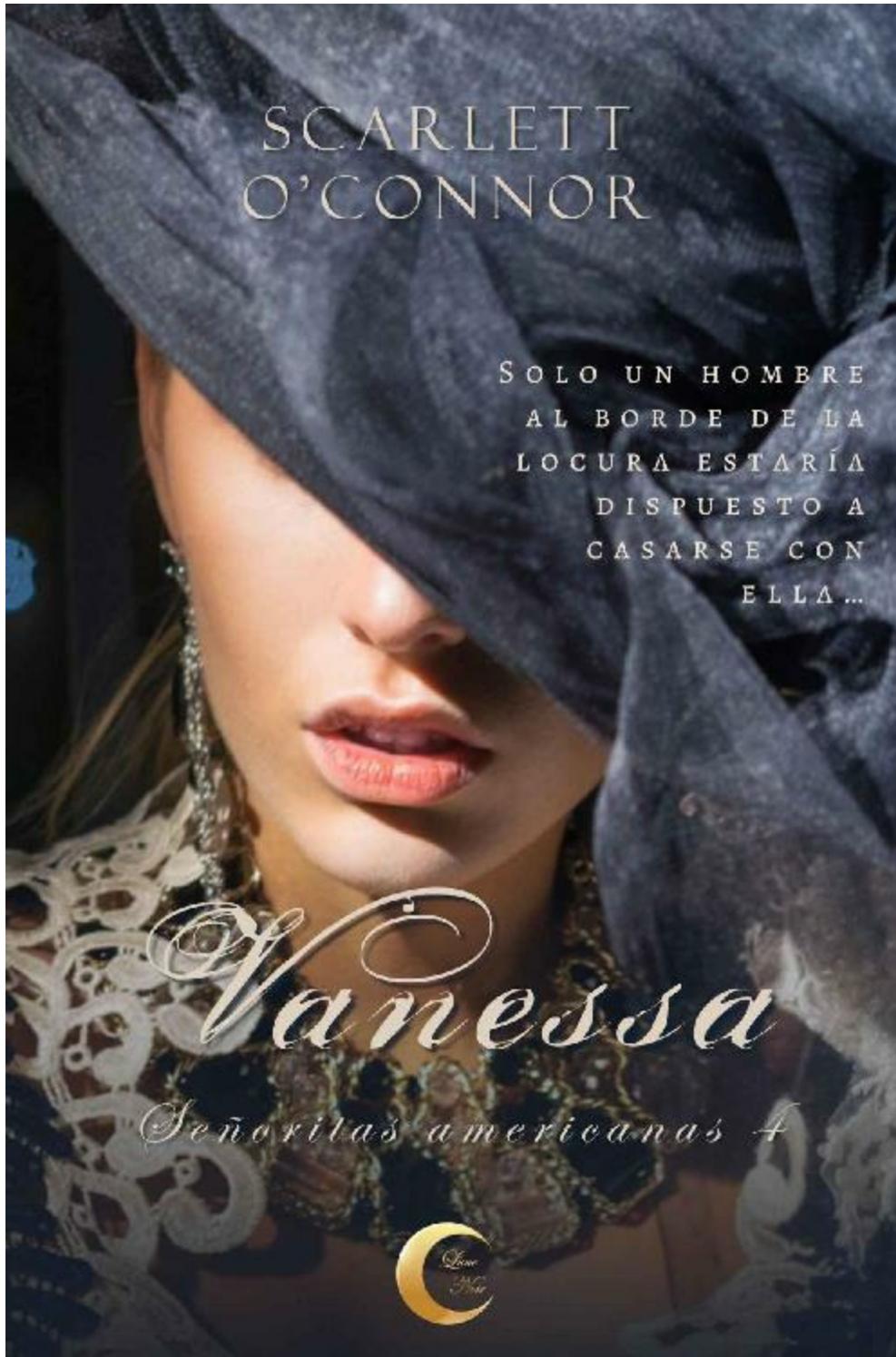
BRUMA

SIGUE MI VOZ, VE HACIA LA LUZ



*Ava Monroe tiene un don, el de ayudar almas atrapadas. Su vida nómada y excéntrica le brinda todo lo que necesita, libertad y ausencia de lazos afectivos. No desea echar raíces, conoce mejor que nadie el dolor de la pérdida. Una voz susurrante, un pedido de auxilio en medio de la noche la llevan a las tierras de Durstfall. Entre las sombras de la olvidada mansión habitan Luke Skyller y su sobrina Rose. Ambos viven una existencia de exilio; en el caso de la niña, por sus sentidos perdidos, en el caso del conde, por su afán de no volver a sentir. Sortear esos*

*muros emocionales será un desafío para Ava Monroe, uno que pondrá en peligro su tan bien resguardado corazón.  
¿Podrá Ava sacarlos de su encierro, o será ella la que caiga en la trampa de los brazos de Luke?*



*¿Quién estaría tan desesperado como para casarse con la arisca Vanessa Cleveland? Desesperado y demente. William Witthall, conocido como el conde Loco, está en la ruina. Quizá se deba a su mala administración o, tal vez,*

*a su afición a hablar de duendes. No lo sabe. Lo único de lo que está seguro es de que necesita ayuda para salvar sus tierras, y ¿quién mejor que la brillante señorita Cleveland? Vanessa no podrá resistir el desafío de probar que puede hacer todo aquello que le es vedado, más aún, cuando los secretos de su pasado vuelvan para atosigarla y la obliguen a averiguar de qué están hechos sus sueños y aspiraciones. ¿Eres tan loco como William, te atreves a lanzarte a la historia de Vanessa?*

# Síguenos en las redes sociales

*<https://www.facebook.com/LuneNoirEditorial>*

*[/LuneNoir7](#)*

*[/lune.noir.libros](#)*

*Icons made by: flaticon <https://www.flaticon.es/autores/freepik> www.flaticon.com is licensed by  
Creative Commons BY 3.0.*



<https://lunenoireditorial.wixsite.com/lunenoir>